

Maite Carranza

LA MALDICIÓN DE ODI

Trilogía de la Guerra de las Brujas

*A lo largo de estos últimos tres años he vivido sumergida
en el mundo de los clanes Omar, rodeada de sus tótems,
buceando en sus profecías y absorta en sus luchas.
De esa experiencia han nacido tres libros.
Y todo ello ha sido posible gracias a la magia
de una bruja encantadora que me hechizó
con su entusiasmo y su clarividencia y conjuró
los desalientos con su compañía.
A ella quiero dedicarle en primer lugar esta trilogía.*

A Reina, mi bruja madrina.

Y a Júlia, Maurici y Víctor, mi trilogía de carne y hueso.



PRIMERA PARTE: LOS SENTIMIENTOS

*Oro noble de sabias palabras labrado,
destinado a las manos que aún no han nacido,
triste exiliado del mundo por la madre O.*

Ella así lo quiso.

Ella así lo decidió

*Permanecerás, pues, oculto en las profundidades de la tierra,
hasta que los cielos refuljan y los astros inicien su camino celeste.
Entonces, sólo entonces, la tierra te escupirá de sus entrañas,
acudirás obediente a su mano blanca
y la ungirás de rojo.*

*Fuego y sangre, inseparables,
en el cetro de poder de la madre O.*

*Fuego y sangre para la elegida que poseerá el cetro,
Sangre y fuego para la elegida que será poseída por el cetro.*

Profecía de Trébora

CAPÍTULO I

El reencuentro

Un hombre rubio, alto, de ojos azules y manos grandes la abrazó con tanta fuerza que a punto estuvo de ahogarla.

Anaíd no sabía si se ahogaba por falta de aire o por la emoción que la embargaba.

Hacía quince años que soñaba con ese abrazo. El hombre era su padre. Se llamaba Gunnar y era la primera vez que lo veía.

Cuando los brazos de Gunnar la envolvieron, Anaíd sintió un cosquilleo de bienestar y tuvo deseos de ronronear como su gato Apolo. Entrecerró los ojos, se acurrucó contra su pecho, inmóvil, saboreando el momento, y escuchó los Nítidos de su corazón, tan desconocidos como su olor a salitre o su acento islandés. Tic, tac, tic, tac, sonaban. Le recordaron a un despertador gigantesco de color verde manzana, y pensó que tener un padre de carne y hueso era una sensación tranquilizadora, como encontrar los zapatos junto a la cima al despertarse o abrir un paraguas bajo la lluvia.

Se avergonzó por comparar a su padre con un paraguas, pero no tuvo tiempo de rectificar y convertirlo en algo más poético, como el viento de levante o un rayo de sol primaveral, porque la voz de Selene rompió el encanto del reencuentro.

— ¡Anaíd! — gritó.

Su nombre, pronunciado con un deje de reproche, le decía que estaba haciendo algo malo. Era el mismo tono que su madre utilizaba cuando de niña cogía las patatas fritas con los dedos u olvidaba cerrar la puerta al salir. Fingió no haberla oído, pero Gunnar levantó la mirada y retiró los brazos que la envolvían cálidamente.

— ¡Selene! — exclamó con emoción.

Anaíd se sintió repentinamente abandonada y se dio cuenta de la anchura, la profundidad y la intensidad del abrazo que acababa de recibir. De buena gana repetiría.

Selene, en cambio, no quiso probarlo.

— Quieto — se revolvió contra Gunnar.

Y le apuntó con su *atame* para impedir que se acercara.

— Hola, Selene — susurró Gunnar, con una voz ahora tan acariciadora como sus ojos o sus manos.

Era otra forma de abrazarla. Pero Selene, a la defensiva, no se inmutó.

— ¿Qué quieres?

No parecían una pareja demasiado bien avenida. Ni siquiera parecían una pareja. Y sin embargo, a pesar de todo, hacían buena pareja. Anaíd pensó que era una lástima que las cosas fueran tan complicadas. Y recordó con nostalgia cómo su madre había caído rendidamente enamorada de su padre la primera vez que lo vio. De eso hacía quince años. Había

llovido mucho desde entonces.

- Creía que estabais muertas...
- Pues ya ves que no. Ahora puedes irte.

La voz de Selene, su actitud y sus movimientos eran agresivos.

– Durante mucho tiempo creí que habíais sido devoradas por aquella osa –confesó Gunnar.

Selene replicó tajante:

- El único que quería devorar a su propia hija eras tú.

Para Anaíd aquello fue como un bofetón. ¿Pretendía decir que su padre era incapaz de sentir afecto por ella?

Por suerte, Gunnar no recogió el guante de guerra.

– Anaíd es tal y como la imaginaba en mis sueños.
– ¿Sueñas? –inquirió Selene cáusticamente–. Tenía entendido que los Odish no teníais esa capacidad.

- ¡Mamá! ¡Basta ya! –la interrumpió Anaíd.

Le ofendía su belicosidad, pero la irritaba aún más que no aceptase la posibilidad de que su padre hubiera soñado con ella. ¿Acaso se sentía celosa?

– Hay muchas cosas que no sabes, Selene. No tienes ni idea de cómo me he sentido durante todo este tiempo, ni las horas, los meses y los años que he ocupado con tu recuerdo y el de Anaíd.

Anaíd sintió cómo un sorbo de calidez bajaba por su garganta y se expandía por su estómago.

– ¿Y por eso mataste a la osa? ¿Para vengar nuestra muerte? –le preguntó impulsivamente.

Gunnar se giró hacia ella. Parecía sincero.

– Lo siento. Después supe que precisamente gracias a I ¡i osa sobrevivisteis. Pero si te consuela, tener su piel no alivió mi conciencia.

Selene forzó una risa fabricada para ofender. O eso le pareció a Anaíd.

– ¿Conciencia tú? No me hagas reír. ¿Me estás diciendo que tienes conciencia y que te ha remordido durante este tiempo? Esto sí que es una novedad. Creía que los Odish carecíais de conciencia.

Anaíd se molestó. Selene se recreaba excesivamente en la pronunciación de la palabra «Odish». La repetía aposta y silabeaba el sonido fricativo de la «shhh» para hacerlo más estridente. Era una forma como otra de trazar una raya y quedarse a un lado. En su esquema maniqueo, ella era una Omar pura mientras que Gunnar era un Odish impuro. No había, por tanto, diálogo posible con la otra parte. Gunnar era como un apestado.

¿Pero qué pasaba con ella misma, Anaíd, su propia hija? ¿Acaso no era también hija de un Odish? ¿O no era ni una cosa ni otra?

No obstante, Anaíd no estaba dispuesta a dejar escapar a su padre ni a permitir que su madre lo echara de su vida a la primera de cambio.

- ¿Te quedarás a cenar?

El silencio se podía cortar con un cuchillo.

– ¿Me estás invitando? – preguntó Gunnar con prudencia.

Y Anaíd se adelantó a Selene cerrándole la boca.

– Claro que sí, eres mi invitado. Quédate a cenar, por favor.

Y esta vez Gunnar no titubeó.

– Gracias, será un placer.

– ¿Y te quedarás a dormir?

Selene palideció. Las leyes de la hospitalidad Omar eran sagradas y ni siquiera ella tenía la potestad de negar la mesa y la cama a un invitado.

Gunnar se dio cuenta de su apuro y evitó violentarla.

– Puedo dormir en mi coche o conducir unos kilómetros más hasta Benicarló.

Selene se crispó.

– ¡No tenías por qué decirlo!

– ¿El qué?

– Anaíd no sabe dónde estamos.

– Te equivocas –la corrigió su hija.

Anaíd lo sabía perfectamente.

Estaban en una pequeña caravana aparcada en medio de un descampado solitario, a pocos kilómetros de la autopista. Las suaves llanuras surcadas de canales de riego que se intuían al oeste, el campo de almendros al norte, el vuelo de alguna gaviota, el lejano fragor de las olas y el aroma de los naranjos en flor, intenso, dulzón, le habían hecho suponer acertadamente que estaban en tierras levantinas.

Selene había querido impedir que su hija adivinase la ruta que seguían desde que partieron de Urt, en el corazón del Pirineo axial. Huían de Baalat, la Odish fenicia, y nadie debía conocer su paradero.

Pero Anaíd no podía sustraerse a su sentido innato de la orientación. Deméter, su abuela, la había acostumbrado a ello desde pequeña y, sin proponérselo, se fijaba en la altura del sol, en su itinerario celeste o en la intensidad de sus rayos. Conocía asimismo las constelaciones nocturnas, que aprendió a contemplar en los cielos fríos de las montañas pirenaicas. Sólo de un vistazo, a través de los vidrios opacos de la caravana, sabía que era medianoche, que iban en dirección sur y que a pocos kilómetros al este se encontraba el Mediterráneo.

Mientras Anaíd reflexionaba sobre ello, se dio cuenta de que Selene, con celeridad, había sacado un objeto de un cajón y se lo ofrecía a Gunnar con un rictus de desprecio.

– Ten, quédatelos. No aceptamos tus regalos. Anaíd reprimió un grito y le arrebató la caja.

– Son míos, me los regaló a mí. Fran los pendientes de rubíes que Gunnar le había hecho llegar como regalo en su décimo quinto cumpleaños.

Selene se encaró con su hija.

– Devuélveselos.

Anaíd hubiera querido continuar considerándose neutral, pero no podía. Si le devolvía los pendientes a Gunnar, se posicionaba claramente del lado de Selene. Si se negaba a devolvérselos, se decantaba por Gunnar.

– Mamá, no me obligues...

Pero Selene estaba fuera de sí.

– Te estoy ordenando que los devuelvas. ¡Yo se los devolví!

Anaíd tomó aire y lo expulsó para darse fuerzas. Era cierto, pero la actitud de Selene la inclinó por Gunnar.

– Tú los rechazaste, pero yo no. Me los quedo.

Y sin saber de dónde provenía su osadía, tuvo el descaro de tantear su lóbulo izquierdo, tomar un pendiente entre el índice y el pulgar, y horadar con la joya puntiaguda la fina piel que cubría su orificio, pues hacía mucho tiempo que no usaba pendientes y se le había cerrado el agujero. Sintió un pinchazo agudo al desgarrarse la carne, pero no dejó escapar ni un grito y sostuvo durante todo el rato la mirada a Selene, como en un duelo.

Una gota caliente salpicó su camiseta. Era sangre. Sangre roja, como el rubí engarzado en oro que tintineaba sobre su hombro. Selene, incrédula, limpió con su dedo la mancha de sangre mientras Gunnar tomaba con sumo cuidado el otro pendiente y lo colocaba con pericia en la oreja derecha de su hija. Fuese magia o habilidad, Anaíd esa vez apenas notó el chasquido de la piel.

Gunnar la sujetó por los hombros y la estudió como se estudia a una obra de arte. Al final sonrió abiertamente, una sonrisa tan acogedora como sus brazos.

– Estás preciosa.

Selene no pudo soportarlo. Retiró las manos de Gunnar que rozaban el cuello de Anaíd y la agarró interrogándola con vehemencia, como era su estilo:

– ¿Sabes de dónde han salido estos pendientes?

Anaíd le respondió sin titubear.

– Del cofre de joyas que poseía la dama de hielo. Tú misma me lo contaste.

Selene se exasperó.

– La Odish más poderosa del hemisferio norte.

Anaíd ladeó la cabeza ante ella, haciendo que el reflejo rojizo de los rubíes hiriese la retina de Selene.

– Mi abuela – respondió con aplomo.

Selene, enfurruñada, salió de la caravana dando un fuerte portazo.

– ¡Espera! – gritó Gunnar en vano –. ¡Es peligroso salir sola!

E hizo el gesto de ir a buscarla, pero Anaíd lo retuvo lomándolo del brazo.

– Déjala. No te va a hacer caso.

Y era cierto. Selene pertenecía a la raza de los cabezotas. Si bien, no era menos cierto que Anaíd quería estar a solas con Gunnar y saborear una victoria pírrica, el triunfo del primer pulso que mantenía con su madre.

– ¿Te gustan los huevos fritos?

– Me encantan – sonrió Gunnar.

— Es lo único que sé hacer —confesó pensando que a un padre se le pueden confesar ese tipo de cosas sin riesgo de quedar mal para siempre.

Luego resultó que no había más que un huevo y que ese huevo se reventó en las inexpertas manos de la cocinera antes de caer en la sartén. Así que Anaíd se quedó con las ganas de agasajar a su padre: la pequeña nevera ofrecía una imagen tan desoladora como el desierto de Arizona.

Con un poco de imaginación, por fin apañaron una ensalada de tomate y atún, frieron unas croquetas congeladas de pollo y pelaron una manzana cortándola en pedacitos, que pretendían ser artísticos, para luego decorarla con miel.

Y en el mismo momento en el que Anaíd colocaba los vasos sobre la pequeña mesa de fórmica, el móvil de Selene, abandonado sobre una silla, comenzó a vibrar. Acababa de recibir un mensaje y Anaíd, sin dudarlo, lo abrió. Creía que se trataba de algún aviso de Elena. Quizá fue por eso, por su necesidad de saber de Roc y por la falta de contacto con el exterior a la que la había condenado Selene... El caso es que la curiosidad pudo más que la prudencia, leyó el mensaje y se quedó tan asombrada que el vaso de vidrio que sostenía en una mano cayó al suelo y se hizo añicos.

— ¿Qué pasa? —preguntó inmediatamente Gunnar, acudiendo a su lado y cerciorándose de que no se hubiera cortado.

Ella apenas podía hablar. Sólo balbuceó incoherentemente:

— Es Baalat. Es ella. Me persigue.

Y tendió el móvil a su padre, que leyó el mensaje con el entrecejo fruncido.

Anaíd, t stoy bskando, vengo de muy lejos pra vrte, t adoro y slo hiero inerte cerca, muy cerca. Lmame, dme algo, porfa. Dácil.

Gunnar parecía tan inquieto como Anaíd. Consultó el buzón de mensajería y lo mostró a Anaíd.

— No es el primero. Por lo que parece, te ha estado bombardeando.

Anaíd aún se quedó más desorientada.

— Selene no me ha dicho nada.

— Para no asustarte —la justificó Gunnar.

— ¿Por qué la defiendes? Tengo derecho a saber quién me persigue.

Gunnar borró el mensaje con un clic seco y dejó el móvil sobre la silla donde se encontraba minutos antes.

— Vamos a hacer una cosa. Vamos a olvidarnos de lo que pueda haber por ahí fuera y vamos a pasar una velada agradable, tu madre, tú y yo. ¿De acuerdo?

Anaíd asintió. Le gustaba tener un padre que le transmitiese calma, seguridad, y que pusiese un poco de orden en su vida. Selene era demasiado caótica.

— Anda, avisa a tu madre de que la cena está lista..., si no se la ha cenado Baalat a ella.

Anaíd contempló su discreta obra de arte gastronómica y se entristeció. La manzana, que antes era blanca y hermosa, se había oxidado y se había ido oscureciendo hasta quedar

casi negra, como el humor de Selene, que apareció en ese preciso instante y les agrió la cena.

La primera cena en familia de la vida de Anaíd fue deprimente.

Selene estaba dispuesta a reventar la celebración y, aunque Gunnar intentaba solventar los pequeños inconvenientes, Selene no hacía más que acentuarlos.

– No has aliñado la ensalada.

– No había vinagre.

– Así está deliciosa.

– Una ensalada sin vinagre es como un gazpacho sin tomate.

– Mamá, por favor, fuiste tú quien olvidó comprarlo.

– Yo no invité a nadie a compartir una ensalada insípida.

– Me gusta de todas formas. La ha preparado Anaíd.

– ¿Te das cuenta, Anaíd? Primero intentará ganar tu confianza. Luego hará lo que quiera contigo.

– Sólo ha dicho que le gusta mi ensalada.

– A mí me dijo que le gustaban mis ojos.

– No es lo mismo.

– Es un Odish, es un brujo, es el hijo de la dama de hielo.

– ¡Es mi padre!

– Eso es un accidente.

– No es cierto: tú te enamoraste de él, soy vuestra hija.

– Podrías ser hija de cualquiera.

– ¡Mentira!

– Te expliqué lo que nos hizo, ¿qué más quieres saber?

– Lo que él piensa.

– ¿De qué?

– De vuestra historia.

– No, eso sí que no. ¡Te engañaría!

– ¿Porqué?

– Porque es su estilo. ¿No lo comprendes? Engañó a Meritxell, me engañó a mí y te engañará a ti.

– Y quieres protegerme, ¿no?

– Eso es.

Gunnar, asombrado y algo aturdido por el rapidísimo diálogo que mantenían madre e hija en su presencia ignorándolo olímpicamente, carraspeó.

– ¿Puedo hablar?

– No – saltó Selene.

– Sí – la contradijo Anaíd.

– Me gustaría explicar mi versión – insistió Gunnar manteniendo las formas.

– ¿Tu versión de qué? ¿De tus mentiras? – le reprochó Selene.

Gunnar abandonó su actitud conmisericordiosa y se puso repentinamente serio. De pronto Anaíd comprendió que, tras esa apariencia amable y condescendiente, se escondía una

dureza de pedernal.

Gunnar fijó sus ojos en Selene, con determinación.

– Voy a hablar, te guste o no.

Ambas sintieron el empuje de su voluntad y Selene permaneció muda. Anaíd, fascinada por la fuerza silenciosa de los ojos acerados de Gunnar, los que ella había heredado sin saberlo, se fijó en algo que al principio no le había llamado la atención: su padre tenía arrugas. En el rostro bronceado y bajo sus pómulos angulosos, se marcaban perfectamente los surcos nasales, ahondando los trazos germánicos y endureciéndolos. Su expresión era mucho más curtida que la que su madre le describió en sus recuerdos. Su entrecejo fruncido, la fina red de telarañas alrededor de sus ojos azules y, sobre todo, esa severidad amable que le confería el cabello entrecano. Ahora que lo tenía tan cerca, se daba cuenta de que las sienes de Gunnar blanqueaban apenas imperceptiblemente.

No, no era posible. Gunnar, según su madre, aparentaba unos veinticinco años a lo sumo. Gunnar fue el joven rey Olav, conquistador de tierras y de bellas vikingas escaldas. Gunnar fue el joven marino Ingar, que traía locas a las chicas y abría las botellas de cerveza con los dientes, en compañía de su pendenciero amigo Kristian Mo. En cambio, este hombre que se sentaba junto a ellas, a pesar de su fortaleza, su energía y su buena forma física, se acercaba a la cuarentena.

– ¿Y tu eterna juventud? ¿No eras inmortal? – preguntó Anaíd, incapaz de mantener la boca cerrada ante un descubrimiento de esa índole.

Gunnar respondió fijando la vista en Selene:

– Hace tiempo que opté por la mortalidad.

Selene se mordió el labio. Ella se había dado cuenta inmediatamente del cambio de Gunnar, pero no había mencionado ni una palabra al respecto.

– Es una apariencia, Anaíd, no le hagas caso. Es un brujo y nos hará creer lo que le convenga.

Anaíd no la escuchó.

– ¿Cuándo decidiste ser mortal?

– Hace quince años – respondió gravemente Gunnar.

– ¿Cuando creíste que habíamos muerto?

Los ojos de Gunnar se nublaron y su mirada retrocedió en el tiempo.

– Antes de que tú nacieses. ¿Te acuerdas, Selene?

Selene levantó lentamente la cabeza, como si lo hiciera al dictado de las palabras de Gunnar, pero continuaba amparada en su terquedad.

– No me acuerdo de nada.

– Lástima. Yo sí que lo recuerdo. Cuando te conocí, eras una bruja Omar preciosa, y no has cambiado: los ojos verdes, las piernas largas, la misma melena enmarañada y esa forma extravagante tan tuya de vestir. Pero lo que me llamó la atención de ti fue tu rebeldía. Eras deliciosamente impulsiva, capaz de capitanear una revolución, embarcarte a la conquista de las estrellas o jurar amor eterno con una voz sincera y vibrante que volvía loco al más cuerdo. No me extraña que los jóvenes de tu edad no se atrevieran a abordarte. Eras

una bomba. Y aunque no te lo creas, me enamoré de ti como un tonto.

Selene permanecía impasible y Anaíd no podía comprender cómo ante tamaña declaración de amor alguien pudiese aparentar indiferencia. Las hermosas palabras de Gunnar la habían conmovido. Si Roc le dijese una sola de las cosas que Gunnar le acababa de decir a su madre..., se desmayaría. Selene en cambio ladró:

– ¡Me engañaste! No me dijiste que eras un Odish ni que tu madre era la dama blanca.

– Tú me engañaste a mí. No me dijiste que eras una bruja Omar y que tu madre, la gran Deméter, era la matriarca de las tribus de Occidente.

Selene se revolvió.

– Yo no tenía ningún plan para utilizarte.

– Ni yo.

– ¡Mentira! Me utilizaste para concebir a Anaíd, la elegida.

– Selene, déjame hablar.

Anaíd intervino y, por segunda vez durante esa noche, abogó en favor de su padre.

– Mamá, por favor. Te he escuchado a ti explicar tu historia. Deja hablar a mi padre y que explique la suya.

Fuese por la contundencia de Anaíd o por la suave firmeza de Gunnar, Selene calló.

Gunnar se sirvió un poco de vino y comenzó a hablar. La voz le temblaba y, si no era cierta su emoción, sabía fingirla muy bien. Su relato conmovió a Anaíd.

– No os podéis imaginar lo que significa vivir más de mil años... El paso del tiempo es implacable. Los paisajes, las casas y sobre todo las personas acaban desapareciendo. Todo se transforma y todo se pierde. Al principio, en mi juventud, quise comprometerme con el mundo, mi mundo, y por eso me volqué en el deber de procurar que mi magia sirviese a la vida de los hombres y mujeres de mi pueblo del norte. Me hice poderoso y mandé construir casas de piedra, calafatear grandes embarcaciones y fletarlas mar adentro, para conquistar territorios que luego anexionaba a mi reino. Me enorgullecía cuando los barcos regresaban cargados de telas, especias, semillas y joyas que hacían felices a mi gente. Fui Olav, un rey vikingo de los fiordos noruegos. Comandé expediciones, compuse versos y me permití enamorarme de la bella escalda Helga. Pero al morir ella, al ver envejecer a mis hijos y después verlos morir a su vez, me hundí y me aislé en un castillo. Allí viví encerrado por espacio de siglos y, desde las almenas de la torre, vi echarse a perder mis tierras, vi a mis súbditos convertidos en vasallos y esclavos de otros pueblos, y vi los paisajes que tanto amaba arrasados por el fuego y la guerra. Juré que nunca más me sucedería. Y desde entonces vagué de un lugar a otro sin echar raíces, amparado en el desapego más absoluto, sin encariñarme con nada ni con nadie, sobreviviendo sin más. Fui mercenario, explorador y marinero. A veces me quedaba unos años en algún lugar remoto, aprendía una lengua y un oficio, lo desempeñaba y luego volvía a partir.

Anaíd se estremeció. Nunca se le hubiera ocurrido que el desamor y el desarraigo fuesen simplemente estrategias para evitar el dolor. A lo mejor, los que creía insensibles eran simplemente personas heridas. Así pues, ¿las Odish también tenían sentimientos? Un enigma difícil de resolver. Al fin y al cabo Gunnar era sólo hijo de una Odish.

— Hasta que mi madre me reclamó para concebir a la elegida. Ése era mi destino. Lo había estado esperando durante más de mil años. Me trasladé a Barcelona convertido en un estudiante islandés. Hace quince años Barcelona era una ciudad junto al mar en la que se podía pasear a cualquier hora por sus Ramblas arboladas de plátanos, una calle flanqueada de flores y repleta de muchedumbres excéntricas. En las noches de verano, bochornosas, uno podía emborracharse de vino y música y recibir el amanecer comiendo churros con chocolate y contemplando las delirantes torres de Gaudí, un loco genial. Era mi momento, por fin había llegado la hora de cumplir con mi misión para poder ser libre de una vez y hacer con mi vida lo que quisiese sin rendir cuentas a nadie.

— ¿Desde cuándo lo sabías? — saltó Selene.

— ¿El qué?

— Tu destino.

— Desde siempre. Cristine me lo repitió hasta la saciedad. Mi única razón de existir era ser el padre de la elegida. Por eso nació. Ninguna otra Odish tiene hijos.

Anaíd se horrorizó. No era la única que se sentía obligada por el peso de un destino difícil de sobrellevar. Sus propios padres habían pasado por ello.

— Pobre Gunnar — musitó Selene—. Qué pena me das. Tenías que enamorar a una chiquilla ingenua, como Meritxell, y dejarla embarazada. Qué difícil.

— Y sabes que no lo hice

— ¿Ah, no?

— En cuanto te conocí, me negué a continuar representando ese papel.

Selene parpadeó por un instante. Fue un desconcierto momentáneo. Enseguida replicó:

— No es cierto. Te quedaste con ella.

Gunnar habló lentamente.

— Sabes que no es verdad. Sabes que la misma noche en que te conocí y nos besamos sobre el césped del campus, y accedí a acompañarte a casa, me comprometí contigo. ¿Te acuerdas de esa noche?

Selene tragó saliva y negó con la cabeza.

— Vagamente.

— ¿Qué te dije esa noche, Selene?

— No me acuerdo.

— Te acuerdas. Y yo recuerdo que tú me prometiste que me querrías siempre, pasase lo que pasase.

— No recuerdo nada.

Anaíd se indignó. Su madre le había narrado el episodio con pelos y señales y hasta confesó que hizo beber una pócima de amor a Gunnar.

— ¡Te conquistó con magia Omar!

— No hacía falta. Yo ya me había decidido... — replicó Gunnar sin retirar su mirada de los párpados de Selene, que mantenía los ojos bajos.

— Continuaste con Meritxell...

— Tú me lo pediste.

– Pero luego...

– Luego decidí ser honesto y creí que Meritxell estaba realmente embarazada.

Selene se puso en pie, tan alta como era, y adelantó un dedo acusador contra Gunnar.

– Da lo mismo. Me traicionaste, me llevaste hasta tu madre para entregarle a Anaíd. Me hubieras abandonado. Nunca te lo perdonaré. ¡Nunca, nunca!

Y súbitamente aquejada por un acceso de llanto, abandonó violentamente la caravana. Todo se tambaleó a su paso. Selene salió con la fuerza de un huracán y pasaron unos instantes hasta que los objetos y los nervios recuperaron su compostura.

Anaíd se sintió obligada a disculparla, como si aquella mujer fuera su hija y no su madre.

– Lo siento, es así.

Gunnar rompió en una carcajada.

– Lo sé, la conocí antes que tú.

– ¿Y decidiste renunciar a la inmortalidad por amor a mi madre?

– Más o menos.

– Explícamelo.

Anaíd miró fugazmente a través de la ventanilla. Fuera se vislumbraba la silueta inquieta de Selene, incapaz de escuchar una versión diferente de su propia historia. Se la había repetido tantas veces en silencio, que había acabado por sacralizarla y convertirse en una fanática de su propio mito victimista.

En cambio Gunnar le parecía más humilde, quizá por saber reconocer sus errores.

– Ya conoces el principio de la historia. Meritxell era la designada por la profecía para convertirse en madre de la elegida, y yo estaba con ella cuando conocí a Selene en una fiesta de Carnaval. Fue un amor a primera vista, que podría haber rechazado. Pero no quise. Había encontrado a la mujer que había estado esperando durante mil años. Lo tuve claro y por eso peleé con mi madre. No quise continuar adelante con Meritxell ni con mi destino.

Anaíd asintió.

– Sin embargo, ya ves, el destino condujo a Meritxell a la muerte e hizo que Selene apareciese como principal sospechosa. Y tuvimos que huir. Fuimos hacia el Norte creyendo que sería un lugar seguro, pero me equivoqué. Cuanto más nos acercábamos a las tierras que gobernaba mi madre, más fuerte era su poder y más débil me sentía yo para resistirme. Porque lo que no sabía Selene es que durante ese viaje renuncié a mi inmortalidad y a mis poderes.

– ¿Cuándo? – preguntó Anaíd.

– La noche del solsticio, en el monte Domen. Allí, en la cima del monte maldito de las Omar, utilicé por última vez mi magia y me juramenté con los espíritus para ser simplemente un mortal. Cuando bajé del monte Domen, era ya un hombre de carne y hueso. Por supuesto Cristine, mi madre, no me lo perdonó, y comenzó a importunarme y a exigirme que me presentase ante ella para rendirle cuentas sobre mi decisión. Cuando descubrí el embarazo de Selene y ella quiso acompañarme al Norte todo se complicó. Entonces ni siquiera podía imaginarme que tú, mi hija, serías la elegida. Ya me había olvidado de mi

destino, convencido de que ese episodio había quedado atrás. Me equivocaba de nuevo.

Anaíd se compadeció de ese padre desconocido que se había equivocado tantas veces.

– Yo sólo quería ser un mortal y envejecer con Selene. Criaríamos juntos a nuestros hijos y no los vería morir. Pero ser mortal tenía sus limitaciones: descubrí, consternado, que no podía defender a tu madre de los ataques de Baalat, y supe que, si yo moría durante el viaje al Norte, Selene también moriría, porque sería incapaz de sobrevivir sola. Hubiera querido separar las cosas: mi vida, mi familia y mis afectos a un lado; y mi deber, mi pasado y mi antigua condición de Odish a otro. Sin embargo, todo estaba entrelazado en nuestra historia y Selene, tozuda, se empeñó en acompañarme. Sencillamente, no tuve valor para dejarla sola y embarazada en Islandia, expuesta a los ataques de Baalat. Intenté confiarla a las Omar del clan de la yegua, pero ella se negó y no me quedó más remedio que pedir protección a la dama blanca, a Cristine, tu abuela. ¿Lo comprendes, hija? Si ella no nos hubiera protegido de Baalat, tú no existirías. Yo, sin embargo, puse mis condiciones: nunca te entregaría a Cristine.

– ¿Y por qué desarmaste a Selene y le hiciste creer que era tu prisionera? –le reprochó Anaíd.

– Selene podía hablar con los espíritus gracias a tu sangre y, cuando se enteró de quién era hijo, se alejó de mí y me consideró su enemigo. Noté cómo se encerraba en sí misma y se blindaba. No me quedó más remedio que vigilarla y privarla de sus armas. Ella lo malinterpretó como una amenaza y huyó de mí. Yo os hubiera defendido y os hubiera llevado de regreso al mundo civilizado para formar una familia.

– ¿Y la osa? Si ya no eras Odish ni estabas a las órdenes de Cristine, ¿por qué la temías? ¿Por qué la odiabas? –insistió Anaíd.

– Era una antigua enemiga con la que sostuve un duro combate años atrás. Creía que me buscaba a mí y que pretendía vengarse con los míos.

Anaíd lo creyó sin una sombra de duda. Sus palabras le sonaron sinceras, sus explicaciones eran lógicas y todo encajaba.

– ¿Qué hiciste cuando pensaste que estábamos muertas?

– Maté a la osa. Estaba ciego de ira y, en cuanto me recuperé de mis heridas, me lancé a su persecución. Como ya no tenía mis poderes, por primera vez estuve en dificultades: tras la cacería se me infectaron las heridas y pasé semanas debatiéndome entre la vida y la muerte.

– ¿Y no se te ocurrió ni por un momento que pudiésemos estar vivas?

– Era imposible. Absurdo.

Anaíd reconoció el mérito de su madre, por entonces una muchacha de dieciocho años, que la parió sola en medio de los hielos, se alimentó de hígado de foca crudo y viajó con una osa y una perra por las estepas.

– Fue gracias a Selene y su coraje.

– Y a la magia Omar. Sin la protección de la osa madre y sin la magia de Aruk, el espíritu, tú y tu madre habríais muerto. El frío, el hambre o los depredadores habrían acabado con vosotras. Conozco muy bien el Ártico. No perdona.

– ¿Y Cristine? ¿No te dijo que estábamos vivas?

Gunnar movió la cabeza con desagrado.

– No quise saber nunca más de ella. Después de matar a la osa, me enrolé en un mercante en el puerto de Gothab y pasé catorce años navegando y envejeciendo. Una sensación maravillosa aunque triste. Era el único consuelo de que mi pena no duraría siempre porque acabaría conmigo, cuando muriese.

– ¿Y cómo te enteraste de nuestro paradero? –quiso saber Anaíd.

– Mi madre, Cristine, despertó de su letargo el día en que murió Deméter. El sortilegio de tu abuela Omar, que había embrujado a tu abuela Odish, desapareció con su último aliento. Cristine volvió a la vida, te buscó y te encontró. Era la única Odish que sabía la verdad acerca de tu naturaleza. Las otras se dejaron engañar por Selene y el reclamo de su pelo rojo.

– ¿Y tú?

– Me negué a contestar a la llamada de mi madre al principio, pero ya la conoces, fue insistente y envió un mensaje hasta mi barco. Una gaviota depositó sobre mi petate un mechón de pelo rojo. Pertenece a un bebé, era un pelo suave, infantil. Comprendí que mi hija estaba viva y desembarque en el primer puerto que tuve ocasión. Fue en una isla Indonesia. Me costó un tiempo llegar hasta Urt y, cuando llegué, lamentablemente, ya era tarde. Selene y tú habíais desaparecido.

– ¿Estuviste en Urt?

– Sí.

Anaíd se llevó la mano al pecho. ¡Su padre había estado en Urt! Cuánto le hubiera gustado que Selene escuchase esa historia. Y en ese mismo momento, atendiendo a su petición, se abrió la puerta y apareció Selene, cansada de llorar y aterida de frío, pero serena.

Gunnar calló y esperó a que tomase asiento sin dejar de seguirla con la mirada.

Anaíd pensó que tal vez había sido él quien la había llamado telepáticamente. Se entendían sin palabras y las personas que han estado muy unidas pueden recuperar esa comunión sin darse cuenta, con naturalidad.

Gunnar la estaba esperando y se dirigió a ella cuando continuó su relato:

– Estuve en Urt, pregunté por vosotras y me remitieron a un hombre llamado Max. Fui a verle.

Anaíd se quedó pasmada y Selene se recompuso inmediatamente.

– ¿Qué te dijo?

– Que ibais a casaros.

Selene apretó la mandíbula y movió la cabeza afirmativamente.

– Ahora ya lo sabes.

Anaíd, sin embargo, no lo sabía. Se quedó de piedra.

– Eso no me lo dijiste... ¡Ni siquiera me lo presentaste!

Selene se dirigió a Anaíd.

– No quería correr riesgos.

– No, no puede ser –balbuceó Anaíd, recordando una breve entrevista que mantuvo

con Max y en la que se cayeron mal mutuamente porque ninguno de los dos estaba informado de la existencia del otro —. Ese tipo era, era, era... un estúpido.

Selene la retó.

— Soy yo quien escojo a mis pretendientes y no tú.

Gunnar tomó a Selene de las manos y aunque Selene intentó desasirse él no la dejó. Las manos de Gunnar eran grandes, fuertes, y cuando deseaban algo, lo cogían sin más. Tenía a Selene y no la soltaba.

— ¿Le quieres?

Selene respiró agitada.

— No responderé a un interrogatorio.

Pero Gunnar apretó más fuerte sus manos y la obligó a levantar la vista.

— No te puedo decir que te he estado esperando, porque creía que estabas muerta, pero he soñado contigo cada noche de estos quince años. Te quiero, Selene, ¿y tú? ¿Me quieres todavía?

Selene aguantó el embate de aquellos ojos acorados, respiró profundamente y tomó fuerzas. Luego escupió las palabras con rabia, una a una, contra la cara de Gunnar:

— Quiero a Max y me casaré con él.

Anaíd se indignó con su madre.

— Lo dices para herirle, no le quieres, ese Max no vale nada y...

Pero Gunnar soltó a Selene con tristeza y levantó las manos en señal de buena voluntad.

— Es tu decisión, Selene, eres libre.

Anaíd, dolida al ver que su padre abandonaba su propósito a la primera de cambio, insistió:

— Pero tú nos has estado esperando todo este tiempo, has soñado con nosotras, has esperado este momento para tener una familia y no perderla como te había ocurrido tantas veces.. No es justo.

Gunnar la atrajo hacia él y la abrazó.

— Ahora que te he encontrado, no te dejaré.

Selene chasqueó la lengua.

— Estupendo, magnífica representación teatral del viajero que sueña con su antiguo amor y su bonita hija. Conmovero.

El sarcasmo le dolió a Anaíd.

— Es mi padre y lo será siempre. ¿Por qué eres tan rencorosa? ¿No sabes perdonar?

Selene aplaudió irónicamente a Gunnar.

— Lo dicho: ¡estupendo! Ya la tienes de tu parte. Quince años sin saber siquiera que existías y en unas pocas horas te metes a tu hija en el bolsillo y consigues que se enamore de ti y que, de paso, me reproche toda mi vida. Fantástico.

Anaíd no la escuchaba. Selene le parecía una egoísta, rencorosa e injusta. Le negaba lo que más deseaba en ese instante: una familia unida.

Selene continuaba hablando, hiriente.

– Un psicodrama de manual. El padre regresa al hogar, pide un plato, una cama y ofrece amor y bienestar. Pero la vida no es así. Los cuentos que te explicaba Deméter no existen. A tu abuela la mataron las Odish y Gunnar fue, ha sido y continúa siendo un Odish. Somos enemigos irreconciliables. Lo que es bueno para unos no puede serlo para otros. ¿Lo entiendes? Me da igual, aunque no lo entiendas.

Selene ignoraba que, a pesar de que su discurso era honesto y coherente, cada palabra que salía de su boca empujaba unos centímetros más a Anaíd hacia los brazos de Gunnar y la hacía dudar sobre su naturaleza, puesto que era medio Odish. Selene, en cambio, desde su arrogancia de Omar pura, estaba lejos, muy lejos de comprender cómo se sentían los que descubren en su interior el germen de la oscuridad sin haberlo buscado.

– Y ahora ya puedes marcharte –concluyó Selene, de nuevo ajena a la empatía de su hija.

– No me iré –manifestó Gunnar.

Selene estaba perpleja.

– Te he dicho que mi respuesta es no. No te quiero y no quiero verte más.

– No he venido solamente por ti. No voy a dejar a Anaíd expuesta otra vez a Baalat.

Selene se irritó.

– Eso es una excusa. Lárgate.

– No es ninguna excusa. Baalat está ahí fuera y ni Anaíd ni tú podéis detenerla, de momento.

Anaíd no pudo callar lo que sabía.

– Ha estado enviando mensajes y no me habías dicho nada.

Selene palideció.

– ¿Habéis hurgado en mi móvil?

– Recibiste un mensaje de Baalat dirigido a mí. ¿Desde cuándo intenta ponerse en comunicación conmigo? –la acorraló Anaíd.

Selene justificó su silencio.

– No quería que lo leyese. Quizá le habrías infundido fuerzas.

– ¿Por qué no borraste los mensajes entonces?

– Por si nos podían servir de alguna pista, de algún indicio. Pensaba enviárselos a Elena para que hallase la manera de interceptarla.

Gunnar se inquietó.

– ¿Has notado algo al salir fuera?

Y al preguntarlo abrió la puerta de la caravana indagando en el silencio de la oscuridad.

La noche, antes estrellada, se había tornado tenebrosa. Anaíd sintió un escalofrío y le pareció ver una sombra cubriendo los campos de almendros. ¿Era sugestión o estaban cambiando la luz y la textura del paisaje? A duras penas conseguía distinguir las flores amarillas de la retama que crecían junto a los matorrales. Cuando salió con Selene a dar un paseo se fijó en que las flores, abiertas, bañadas por la suave luz de la luna en cuarto menguante, refulgían como perlas doradas. Ahora algo sucedía y tan sólo la presencia de

Gunnar la tranquilizaba.

Selene, sin embargo, no se rendía a las evidencias.

– ¿De qué nos vas a servir, Gunnar? ¿No renunciaste a tus poderes?

– No invoco la magia, pero conozco las artes de la lucha. Fui un *berseker* y tuve tropas leales.

Selene chasqueó los dedos.

– No necesitamos tu valor. Tenemos a Yusuf Ben Tashfin, un guerrero almorávide dispuesto a convocar a su ejército de guerreros muertos.

Anaíd intervino con contundencia.

– No estamos en condiciones de rechazar ninguna ayuda, mamá.

Y aunque dijo «mamá», lo dijo con autoridad. Selene se dio media vuelta y se sentó en la litera, concediéndose una tregua.

– Haz lo que quieras. Luego no digas que no te avisé.

Anaíd cogió a Gunnar de la mano y lo arrastró al interior del cubículo.

– Quédate, por favor. No le hagas caso.

La caravana era pequeña, pero también resultó suficientemente grande para que tres cuerpos quedaran distanciados entre ellos. A pesar de que oían perfectamente el sonido regular de sus respiraciones y hasta percibían el calor ajeno, cada uno de ellos se sumió en sus pensamientos, en sus mundos privados.

Anaíd frotó su anillo de esmeralda y Ben Tashfin, el espíritu servicial que convocaba con ese simple gesto, se materializó y se inclinó ante ella.

– Vigilaré por vos, mi señora, descansad tranquila.

Selene y Gunnar ni siquiera parpadearon y Anaíd se dio cuenta de que no podían ver ni oír al espíritu.

Saberse más poderosa que sus propios padres no la consoló en absoluto.

¿Qué clase de familia eran? Una Omar, un Odish y... su hija. Los tres vértices de un triángulo de afiladas aristas.

Una extraña familia.

CAPÍTULO II

Las alianzas

Primero fue el resplandor del rayo y unos segundos después el estruendo del trueno. Anaíd se incorporó bruscamente sin acordarse de que estaba embutida en una litera de una caravana, a pocos centímetros del techo metálico. Levantó la cabeza, se pegó un buen porrazo y gritó, claro. Pero en lugar de la voz de Selene le respondió una voz masculina, aterciopelada como una balada irlandesa, que la arrulló.

– Duerme, Anaíd, sólo es una tormenta. Duerme, mi niña.

La voz tarareó una melodía y sus sonidos la arroparon. ¿O fueron unas manos? En su duermevela Anaíd sintió cómo una mano grande le retiraba con ternura el flequillo de su frente y se entretenía siguiendo los trazos de su rostro. Su palma ocupaba casi todo el óvalo de su cara. Tenía un tacto áspero, pero cálido, y pensó que estaba ávida de cariño.

Aquella mano, encallecida por el trabajo y surcada de cicatrices, había asido centenares de cuerdas, empuñado docenas de espadas y acariciado miles de cuerpos. Era la mano de Gunnar, que había permanecido vigilante toda la noche hasta que, a las primeras luces del alba, se había extasiado en la contemplación silenciosa de su hija.

Selene tampoco dormía. Estaba inmóvil en su litera, hecha un ovillo, y reteniendo con avaricia todos sus pensamientos para que Gunnar no se los robara ni llegase siquiera a intuirlos.

Tan ensimismados estaban ambos en sus propias elucubraciones que no se percataron del cariz que estaba adquiriendo la tormenta, hasta que se desató el vendaval y la caravana incluso se tambaleó peligrosamente. Y cuando la lluvia comenzó a repiquetear contra el techo del vehículo, el sonido de las gotas que caían a millones se multiplicó en infinitos golpes y el agua se transformó en piedra. Anaíd se desveló definitivamente. Algo le decía que esa tempestad no auguraba nada bueno.

Y Gunnar sintió la misma certeza.

– Es Baalat.

Únicamente Selene, ya fuese por llevar la contraria o porque realmente lo pensaba, aportó la nota discordante.

– Es una simple tormenta.

De simple nada. En un alarde de espectacularidad, tal vez ofendida por el adjetivo de Selene, la tormenta desencadenó un viento huracanado que embistió el flanco izquierdo del vehículo, justo donde se abría la ventana de la minúscula cocina, y el vendaval reventó el cristal. Granizaba, y por el hueco se colaron a gran velocidad piedras heladas del tamaño de un huevo de alondra.

– ¡Aparta! –avisó Gunnar ante el gesto instintivo de Selene de acercarse a recoger el estropicio.

Y la obligó a agacharse mientras agarraba la mesa de fórmica que estaba sujeta al suelo del vehículo y la estiraba con fuerza. Los músculos de los brazos y el cuello se hincharon tensos, a punto de reventar, hasta que la arrancó de cuajo y la colocó a guisa de parapeto ante la ventana vacía para impedir que penetrasen con furia los proyectiles de hielo.

– Rápido. Ayúdame a atrancarla.

Anaíd se puso en pie rápidamente y, con los pies descalzos, saltó para ayudar a Gunnar.

– ¡Cuidado con los cristales!

Cristales o pedazos cortantes de hielo, tanto daba, Anaíd notó la mordedura del frío en sus plantas desnudas; pero no tenía tiempo de calzarse, ni de abrigarse.

Unos minutos más tarde, Selene recogía con una pala el granizo que cubría el suelo y Gunnar claveteaba la mesa contra la ventana mientras Anaíd le ayudaba sosteniendo las patas sobre sus hombros. Cuando Gunnar dio el último toque de martillo, se limpió el sudor de su rostro y la tarea estuvo finalizada, el viento remitió y dejó de golpear la chapa. La lluvia, mansamente, comenzó a caer.

No es que Anaíd prefiriese que el viento y el granizo acabasen con la caravana, pero le resultaba descorazonador haberse tomado todo ese trabajo para asistir luego a un plácido espectáculo de chirimiri.

Ella lo pensó, pero Selene lo dijo y sembró cizaña:

– Genial. Te cargas la mesa, agujereas el suelo, destrozas la chapa y... ¿Para qué? Fíjate, sólo caen cuatro gotas.

Gunnar, sin embargo, no le hizo el más mínimo caso.

– Shhh. ¿No lo notas?

Fue suficiente. Anaíd lo notó. Notaba desde hacía un rato una mano fría tanteándola, pretendiendo hurgar en su interior. Aunque no le había hecho caso, lo notaba. Gunnar tenía razón y Selene no quería siquiera escuchar.

– Claro que lo noto: noto que llueve y basta.

– Es la calma que precede a la tormenta.

– Por si no te has enterado, la tormenta ya se ha producido.

– Te equivocas. Eso era sólo una advertencia.

Anaíd hizo caso de Gunnar y se concentró para VER a través de la oscuridad. Y al poco tiempo vio la sombra que instigaba los cielos y que atraía las nubes hacinándolas las unas sobre las otras, hinchándolas, cargándolas mortalmente de agua. Eran nubes anómalas, venidas de los confines de la tierra, que acudían a la llamada de una fuerza que las invocaba. Un conjuro poderoso estaba concentrando sobre ellos la potencia de mil tormentas.

Se disponía a ESCUCHAR cuando Selene se lo impidió abriendo la puerta de la caravana y protagonizando una sobreactuación estelar.

– ¿Lo veis? Es lluvia, simplemente lluvia. La lluvia no hace daño, sólo moja.

Y de un salto salió fuera del pequeño recinto, corrió unos metros y levantó los brazos riendo y dando vueltas.

– Agua, agua fresca, deliciosa.

Alzó la cabeza dejando resbalar las gotas de lluvia por su rostro y sacando la lengua para atraparlas, como si estuviese sedienta.

– Ven, hija, ven a bailar bajo la lluvia como hemos hecho siempre.

Anaíd contempló atónita a su madre danzando juguetonamente mientras sus ropas se empapaban y se adherían a su piel. Al cabo de unos instantes el cabello de Selene chorreaba sobre su figura danzante, que por la misma extravagancia del gesto resultaba hermosa. Tras ella los campos de almendros cubiertos de granizo resplandecían en la oscuridad con una blancura engañosa. Los troncos desnudos, despojados de las últimas flores por el viento huracanado, se retorcían como cuerpos agonizantes.

– Mamá, vuelve, es peligroso.

– Ven, Anaíd, es una tormenta de primavera.

No, no era ninguna tormenta. Anaíd tenía más poderes que su madre y VEÍA en la superficie espectral del granizo que cubría la tierra reflejarse como en un espejo la zarpa de una bruja Odish.

– Ha sido Baalat, está aquí. ¿Recuerdas lo que nos ocurrió? Yo me comuniqué con ella, la invoqué.

Selene detuvo su frenética danza unos instantes. Jadeando y con las manos en la cintura, mientras el agua resbalaba por su cuerpo, respondió con contundencia a Anaíd:

– Es tu padre. Era él quien nos seguía y fue él quien nos atacó para asustarnos y hacernos creer que estábamos en peligro.

Y en ese momento, Gunnar saltó por encima de Anaíd, cosa harto difícil, puesto que Anaíd era bastante alta. Prácticamente voló por los aires, aterrizó sobre Selene con violencia y, sin mediar palabra, le propinó un fuerte golpe en la cabeza; acto seguido se la echó sobre los hombros como si fuera una muñeca de paja. Selene, desvanecida, balanceaba brazos y piernas al ritmo de las zancadas de Gunnar, que se alejaba hacia el bosque huyendo en una alocada carrera con su prisionera.

Todo ocurrió en pocos segundos ante la mirada atónita de Anaíd, que apenas tuvo tiempo de sacar su átame y salir corriendo para librar a su madre del ataque furioso de Gunnar, a quien hacía unos instantes consideraba el padre más tierno y maravilloso del mundo.

¿Cómo podía haber sido tan ciega? ¿Cómo podía haberse dejado engañar de esa forma tan estúpida? Apenas pudo gritar –«déjala»– o le pareció que gritaba. No estuvo segura porque el ruido se adueñó del silencio y las palabras chocaron contra el fragor del sonido del agua. No se dio cuenta de nada porque tenía todos sus pensamientos ocupados en rescatar a Selene y librarse de ese padre desconocido a quien había otorgado su confianza ciegamente. Por eso no la oyó hasta que la tuvo encima y su rugido fue demasiado evidente para ignorarlo.

Al darse la vuelta el horror la paralizó.

Detrás de ella, a unos pocos metros, una ola monstruosa avanzaba en su dirección a la velocidad de la luz, barriendo todo cuanto hallaba a su paso. Como todas las riadas, apareció de repente, pero llevaba fraguándose un buen trecho. El lecho seco y profundo de la riera se

había llenado con el agua de los torrentes secos que bajaban de la sierra hasta convertirse en un río embravecido. Un cúmulo de aguas turbulentas que arrastraban consigo ramas, piedras, animales y árboles, que lamían la tierra con voracidad y se llevaban cuanto encontraban por delante.

Anaíd permanecía inmóvil, en medio de ese lecho que pronto se inundaría de agua. El rugido del cataclismo la había paralizado como lo hacía en tiempos ancestrales el rugido del león. La niña, hipnotizada por la fuerza asesina del agua, era incapaz de reaccionar. Hasta que sintió unos brazos rodeándola no despertó de su ensimismamiento. Era Gunnar que, tras haber dejado a Selene en lo alto del pinar, había corrido en su búsqueda. Fue Gunnar quien la levanto en volandas y la lanzó como un fardo fuera del cauce mientras recibía sobre su cuerpo el impacto tremebundo del agua y era engullido por ella.

— ¡Nooooo! — gritó Anaíd al caer en el suelo cubierto de finas agujas de pinaza y resina, viendo cómo ese río desbocado y furibundo se llevaba consigo a su padre.

Le veía bracear desesperadamente intentando sujetarse a cuantas ramas se cruzaban en su camino, pero ninguna era lo suficientemente fuerte para detener el empuje de las aguas y sostener su peso.

Selene estaba inconsciente y los braceos de Gunnar eran cada vez más intermitentes y débiles. Pronto sucumbiría. Nadie podía ayudarlo excepto ella.

Anaíd se creció y comprendió que, si realmente quería salvar a su padre, le quedaban pocos segundos para poner en juego sus poderes.

Concentró todas sus energías en dominar el agua. Era la primera vez que lo intentaba y no resultaba nada sencillo, pero si las Omar de agua conseguían pacificar los océanos, ella, iniciada por el clan del delfín, intentaría detener el curso del torrente. A pesar de la dificultad, alzó las manos con las palmas abiertas y musitó unas palabras en la lengua antigua:

— *¡Osneted semenditlor!*

Lo pronunció con contundencia; la energía que brotó de su mente y se expandió por sus miembros se dirigió hacia las embravecidas aguas. Anaíd mantuvo el pulso con el río por espacio de un tiempo que le pareció eterno. El empuje del agua tenía la fuerza de mil cataratas y su sola voluntad mágica no bastaba para detener esa inercia enorme. Consumió todas sus energías en esa lid y notó cómo se le agarrotaban los dedos uno a uno y los calambres recorrían dolorosamente sus brazos extendidos. Pero no se amilanó. La vida de Gunnar estaba en juego y se mantuvo firme, presionando, aguantando y conteniendo el caos, hasta que poco a poco fue disminuyendo la presión y el curso del torrente desbocado fue amortiguando su velocidad hasta detenerse casi completamente, convertido en un riachuelo inofensivo.

Anaíd, exhausta, dejó caer los brazos y cerró los ojos unos instantes, para luego tomar aire y salir corriendo hacia donde supuestamente debía de estar Gunnar.

En efecto, encontró su cuerpo unos centenares de metros más abajo; estaba amoratado y no respiraba. Sin perder la calma, contempló su vientre hinchado, se arrodilló junto a él y apretó la boca de su estómago con ambas manos, presionando con los puños y usando la

poca fuerza que le quedaba para desbloquear su laringe obturada y obligarle a expulsar el agua que encharcaba sus pulmones. Una vez, otra, otra. Los masajes eran potentes y certeros, y por fin el agua fue saliendo en pequeños surtidores por su boca; y tras el agua le sobrevino un acceso de tos. Inmediatamente, Anaíd se agachó y tapó su nariz mientras le proporcionaba aire con la boca sin olvidarse de masajear su pecho. Sintió el calor de sus labios, los latidos de su corazón que se instalaban de nuevo en aquel corpachón enorme y generoso, y con una emoción mayor si cabe que cuando lo vio por primera vez, asistió a su renacer.

Gunnar parpadeó, abrió los ojos poco a poco y se hizo cargo de la situación. Era rápido, muy rápido. Fue el primero que se percató de la catástrofe y que prefirió noquear a Selene para evitar pelear con ella antes de que la arrastrase la corriente.

– Selene – murmuró mirando a Anaíd.

– Ella está a salvo, donde tú la dejaste.

Se incorporó y él mismo, sin ayuda de su hija, dio unos pasos vacilantes, se agachó y vomitó toda el agua que había tragado. Luego, como si en lugar de haber estado a las puertas de la muerte se hubiese dado un chapuzón, tomó a Anaíd de la mano y la alejó del lugar donde estaban.

– ¿Has detenido las aguas?

– Te estabas ahogando.

– Debes de estar agotada. Has consumido mucha energía.

Y Anaíd se dio cuenta de que, en efecto, estaba desfalleciendo.

– Lo importante es que ya acabó.

Gunnar la cogió en brazos antes de que cayese desmayada y, sólo entonces, la corrigió:

– Lo siento, pero justo acaba de empezar.

Un relámpago iluminó momentáneamente el valle, como un cohete de fogueo que precede a la traca. Pronto, el cielo estalló en mil pedazos. La tormenta de agua se trocó en una tormenta eléctrica de dimensiones desproporcionadas. Los rayos caían aquí y allá sin tregua y a cada estallido los tímpanos flaqueaban, a punto de reventar, y cada resplandor hería la retina. Gunnar, sin embargo, avanzaba hacia el bosque para rescatar a Selene del refugio incierto que constituían los pinos, que uno a uno iban siendo abatidos por los rayos.

Anaíd, casi semiinconsciente, pensó que estaba asistiendo al fin del mundo. No había un pedazo de tierra seguro donde refugiarse. El fuego y las descargas eléctricas estaban arrasando todo el perímetro que la rodeaba. Baalat iba a por ella y ella se había quedado sin fuerzas.

Gunnar llegó por fin al lugar donde había dejado a Selene, pero Selene no estaba. En su lugar sólo quedaba la cinta con la que acostumbraba a recogerse el pelo.

Gunnar, inquieto, depositó en el suelo a Anaíd y gritó.

– ¡Selene! – y salió corriendo en su búsqueda.

Anaíd, asustada, quiso decir «No me dejes, tengo miedo», pero no pudo articular palabra. Al poco, la voz y los pasos de Gunnar se fueron perdiendo en la lejanía. Y ése fue el momento que aprovechó Baalat para llegar hasta ella.

Anaíd sintió, esta vez sí, claramente, un tentáculo húmedo y viscoso reptando por su rostro y pretendiendo introducirse en su oído. El asco pudo más que el miedo y de un manotazo apartó el tentáculo invisible, pero su mano quedó impregnada de una sustancia pegajosa, exactamente como si hubiese metido la mano en un tarro de miel. Intentó moverla pero no pudo, le pesaba y apenas tenía tacto. Poco a poco los dedos se le fueron paralizando hasta que le quedaron liosos, rígidos. Parecían pegados con cola de zapatero y muertos. Era la mano de su sortija de esmeralda y sin el roce de su piedra mágica no podía convocar al guerrero almorávide.

Estaba sola y nadie podía ayudarla.

El pánico afloró al percibir de nuevo la repugnante sensación de un tentáculo frío e invisible que penetraba por uno de sus orificios nasales. Apretó los dientes venciendo las arcadas y la necesidad apremiante de arrancarlo de un manotazo, como hiciera antes, y puso en juego toda su fortaleza repitiéndose una y otra vez que la fuerza era inútil y que debía utilizar la magia con inteligencia y bloquear su mente para evitar ser invadida.

Consiguió detener a Baalat a fuerza de voluntad férrea.

Y mientras la tierra se resquebrajaba, los matorrales ardían, los troncos de los árboles caían desgajados y Gunnar buscaba desesperadamente a Selene, Anaíd cayó al suelo con los ojos en blanco luchando en silencio contra Baalat.

La poderosa magia de la Odish nigromante vencía poco a poco la resistencia de la niña. Y a pesar de la tenacidad de Anaíd bloqueando su mente, su cuerpo iba Saqueando tras cada sacudida y sus convulsiones eran casi agonizantes. Apretó los dientes hasta desencajarse la mandíbula de dolor. Los calambres le agarrotaban los nervios. Cada célula, cada partícula de su piel, de sus músculos y sus huesos estaba en tensión. Hasta que no pudo más. Al fin y al cabo su cuerpo era mortal y su corazón no resistiría. Eso significaba la muerte.

¿La muerte?

Anaíd dudó, flaqueó unos instantes, los suficientes para bajar sus defensas, y Baalat aprovechó ese momento para colarse dentro de ella.

Penetró por su boca, sus oídos y su nariz, y se desparramó por su cuerpo y su cerebro causándole un agudo dolor en la cabeza.

Anaíd gritó, pero nadie podía oírla.

La Odish se ramificó por todas sus conexiones neuronales y avanzó como una serpiente a través de sus pensamientos recónditos.

Anaíd, horrorizada, sintió como si una mano estrujase despiadadamente sus recuerdos infantiles, golpease hasta hacerla sangrar la memoria de sus experiencias y azotase sus sentimientos.

Baalat entró en ella, Baalat se expandió por sus manos, su estómago y su cerebro, y Baalat fue quien pidió a gritos el cetro de poder y husmeó hasta saber que estaba guardado en la caravana, dentro de la maleta, envuelto en toallas.

Anaíd aún conservaba la conciencia de sí misma, pero sabía que pronto la perdería y que entonces su cuerpo quedaría a merced de la voluntad de Baalat.

— Anaíd, no te rindas —le susurró una voz helada, pero cercana.

Atendió a esa voz amiga. Había hablado a un rincón de su cerebro que todavía le quedaba libre, un pequeño espacio de libertad en su mente invadida. Su memoria comenzaba a poblarse de extrañas escenas. En ellas revivía sacrificios ofrecidos a la diosa Baalat, legiones romanas avanzando bajo una nube de polvo...

– Anaíd, resiste – volvió a decirle la voz sibilante y fría.

Anaíd lo intentó con todas sus fuerzas. Se convenció de que esa lanza que sostenía el decurión no era un recuerdo suyo y la destruyó, la imagen desapareció de su recuerdo instantáneamente.

– Muy bien, Anaíd. Échala fuera de ti. Cierra tu mente –le ordenó la voz con autoridad.

Y Anaíd la obedeció.

Poco a poco fue rechazando con firmeza ese aluvión de imágenes y recuerdos ajenos, esa intrusión de vidas que no había vivido, ese rosario de horrores que afortunadamente no había presenciado. Y al hacerlo, notó cómo la opresión de Baalat frenaba bruscamente, se detenía y luego retrocedía paso a paso. Exactamente, como si desde fuera la arrastrasen a su pesar. Lo comprendió rápidamente. La voz la ayudaba y estaba arrancando a Baalat de su cuerpo.

– ¡Ahora, Anaíd, ahora! –le ordenó la voz.

Recuperó sin dudarle la entereza, supo aprovechar la ayuda que se le brindaba y expulsó a Baalat fuera de su cuerpo con todas sus fuerzas. Y por fin estuvo libre.

Se llevó las manos a la cara con temor. Jadeaba y temblaba como una hoja.

Esperó un nuevo ataque, una nueva acometida. Pero no sucedió.

No había nadie, sólo una niebla pegajosa envolviéndola. Tanteó el vacío con incredulidad. ¿Y Baalat? ¿Y la voz misteriosa que la había defendido? Nada. La rodeaba la nada más absoluta.

Por fin estaba libre, su mano había recuperado la movilidad. Ella misma pasó la palma de sus manos por sus piernas y sanó sus músculos restableciendo el tejido desbarrado. Su cuerpo era un guiñapo, pero con la ayuda de la magia recuperó el tono y la consistencia. No obstante, cuando fue capaz de caminar y quiso correr hasta la caravana para rescatar su cetro, se sintió tan cansada que boqueó en busca de aire, perdió pie y se desvaneció a tan sólo unos pasos. Los suficientes para salvar la vida, porque en esos mismos instantes la caravana saltó por los aires alcanzada por un rayo y el depósito de la gasolina explotó como una bomba. El gran vehículo comenzó a arder con llamaradas altas que chamuscaron las copas de los pocos pinos que habían resistido a los embates de la tormenta.

Anaíd abrió los ojos aturdida por el ruido y se protegió la cabeza con las manos para librarse de la lluvia de casquetes y cenizas que caía sobre ella. Y vio el cetro de poder, resplandeciente, volando por los aires como un pájaro alado de fuego que, siguiendo la trayectoria de un arco perfectamente trazado, aterrizaba a sus pies, obediente.

– ¡No lo cojas, Anaíd, no lo cojas! –oyó que gritaba Selene en la lejanía corriendo hacia ella.

Anaíd estaba aturdida. A su alrededor sucedían cosas extrañas y necesitaba consejo.

Frotó su anillo de esmeraldas y ante ella apareció Yusuf con su espada desenvainada.

– ¡Oh, mi dama! En mi opinión, vuestro es el cetro, vuestro es el poder.

– ¿Debo usarlo?

– Ha acudido a vuestros pies. Yo convocaré a mis guerreros para protegeros.

Y así lo hizo. Un ejército silencioso e invisible de aguerridos guerreros rodeó a Anaíd. Pero ni siquiera bajo la protección del ejército almorávide Anaíd se atrevía a cogerlo. Era incandescente, ardía y, por precaución, por miedo, retiró la mano sin tocarlo.

– ¡Es una trampa, no caigas en ella! – gritó su madre—. No estás preparada para dominarlo y Baalat podría arrebatártelo.

Selene, jadeante, se acercaba a Anaíd con la angustia instalada en el rostro. Y tras ella, Gunnar. Los dos respiraron aliviados al comprobar que estaba sana y salva, y como si realmente fuesen capaces de comunicarse sin dirigirse ni una sola palabra, atravesaron las filas de los guerreros almorávides silenciosos, se tomaron de las manos y la rodearon. Anaíd quedó en medio del círculo mágico que propiciaban sus padres. Una Omar, un Odish. La magia de ambos y su fuerza para proteger a su cachorro. En el círculo exterior, los guerreros de Yusuf tranquilizaban a sus inquietas monturas. Estaba protegida. Se sentía segura.

– Ciertamente el cetro es tuyo –susurró Gunnar.

– Tómalo, Anaíd – oyó la voz fría que la había defendido de Baalat.

– No lo cojas, Anaíd. Resiste – insistió Selene.

Fuera de los círculos tras los que sus padres y los guerreros fantasmagóricos la protegían, Anaíd podía sentir la rabia de Baalat. Pretendía el cetro. Por tanto, si Anaíd conseguía el cetro antes, vencería. ¿A quién hacía caso?

La voz misteriosa y fría que la ayudó a expulsar a Baalat de su cuerpo la decidió.

– Anaíd, vence a Baalat, toma el cetro antes de que lo tome ella.

Y Anaíd, imbuida de sus palabras, alargó su mano y cogió el cetro de oro forjado por la madre O.

No se quemó ni se resintió de su atrevimiento. Inmediatamente, un flujo de energía luminosa brotó de la materia mágica de la que estaba compuesto el cetro dorado y se expandió cálidamente, fluyendo por sus venas y alimentando todos y cada uno de los rincones de su cuerpo.

El cetro era hermoso, palpitaba entre sus manos y, si bien la palma ya no le quemaba, el cosquilleo que se extendía por su cuerpo era más intenso en el lugar donde se producía el contacto.

El cuerpo fue perdiendo gravidez y tornándose ligero, ligero y Anaíd comenzó a ascender como una pluma transportada por el viento. Hasta que, asombrada, se vio a sí misma desde lo alto. No lo comprendía. ¿Volaba? ¿Levitaba? ¿Qué había sucedido?

En realidad, la sombra de Anaíd se había separado de su cuerpo y se dejaba arrastrar por la voluntad del cetro. El cetro de poder gobernaba el espíritu de Anaíd y la conducía hacia una dimensión espectral.

Se contempló con curiosidad. Esa joven esbelta, más alta y más delgada que Selene, de mirada azul, límpida, acerada como un iceberg, y tez blanca, casi translúcida, ¿era ella? Le

recordó vagamente a la dama de hielo, Cristine, su abuela. ¿Así la veían los demás? Y cuanto más se miraba más se sorprendía de su aspecto y más fascinada quedaba por el frágil poderío que irradiaba.

Y en esos momentos el círculo externo de los guerreros de Yusuf fue atacado por una horda compacta de bestias salvajes. No podía distinguir si se trataba de panteras, hienas o chacales. Aquellas fieras saltaban sobre las monturas de los almorávides con los colmillos desnudos sin temer a las espadas de los espíritus.

Quiso bajar de nuevo y reunirse con su cuerpo terrenal para ayudar a sus padres, pero un chasquido, un dolor súbito y algo parecido a un desgarró la alertó. ¿Qué pasaba?

Y de pronto descubrió que ya no veía nada, que todo se había oscurecido. La niebla se extendía a sus pies como un manto y pronto truncó su sorpresa en extrañeza. El hilo que la unía con el mundo real se había roto y su espíritu vagaba sin rumbo, en otra dimensión.

Pero no estaba sola.

Ante ella había una Odish. Baalat. La reconoció inmediatamente a pesar de ampararse en la sombra de un cuerpo robado. Baalat era una serpiente sinuosa con brazos, una lengua bífida y unos ojos afilados. Poderosa y brillante como una cometa alargó sus tentáculos hacia ella y supo que pretendía arrebatarle el cetro y que por ello la había separado de su cuerpo. Anaíd había caído en la trampa de Baalat que la había arrastrado hacia sus dominios.

Se defendió con saña. El cetro era suyo. Le pertenecía. Entre la niebla oyó la voz mortal de Selene, difuminada por la distancia.

— ¡No te dejes dominar por el cetro!

Pero Anaíd sólo obedecía el dictado de la voz interior que la animaba a avanzar hacia Baalat.

— Ven aquí, Anaíd, acércate —susurró Baalat.

Y esas palabras sí que le sonaron claras. Sabía que hablaba Baalat, pero no se amedrentó. Pronto le demostraría quién era más fuerte y quién era la dueña del cetro.

Dio un paso adelante hasta que quedó definitivamente cara a cara con la bruja Odish y quedó suspendida en el vacío midiendo sus fuerzas con ella. Y de nuevo oyó la voz de Selene avisándola.

— ¡Huye, Anaíd, huye!

Sin embargo, Anaíd no huyó. El cetro parecía acercarla más y más a Baalat, hasta que sus alientos se confundieron y sus ojos se fulminaron.

Anaíd no tenía miedo porque poseía el cetro, ésa era su arma mágica para destruir a Baalat. Levantó lentamente su brazo con la intención de golpear el cráneo de su enemiga, pero no pudo. Por más que intentó asestar el golpe mortal, el cetro se negaba a seguir el dictado de su mano.

— ¡Destruyela! Te ordeno que destruyas a Baalat, la dama oscura —musitó Anaíd en la lengua antigua.

La risa de Baalat la desconcertó. No podía creerlo. El cetro se escurría de su mano y volaba hacia la mano de su oponente. No había forma de retenerlo. Se escurría sutil, como una anguila untada de aceite. De nada servía su voluntad, ni su empeño en mantenerlo, ni

sus palabras mágicas, ni su enfado repentino. Hasta que el cetro estuvo en la mano indebida y la voz atronadora de Baalat retumbó en la noche:

– Ha venido hasta mí. El cetro ahora es mío.

Y se lanzó sobre Anaíd, que abrió la boca en busca de aire porque de pronto se ahogaba. Se llevó las manos al cuello para detener la opresión que sentía y que le impedía respirar. Baalat la estaba estrangulando sin ponerle siquiera una mano encima. La dama negra dictaba al cetro sus órdenes y ella simplemente se estaba muriendo.

Fugazmente, vio pasar ante sus ojos, a la velocidad de la luz, retazos de su vida. Vio a su abuela Deméter con su trenza canosa y sus ojos grises tomándola de la mano en el roble y mostrándole con un bastón, bajo la hojarasca, los lugares donde crecían los hongos venenosos de la *Amanita muscaria*. Vio los ojos negros de Roc en su rostro moreno y sus hoyuelos en las mejillas, riendo porque el agua de la poza estaba muy oscura y Anaíd había confundido su mano juguetona con una culebra de río. Vio a Elena, oronda, preñada, ofreciéndole un libro con el dibujo de una niña china, tocada con su sombrero redondo en una plantación de arroz; vio a Karen examinándola y pesándola con un mohín de disgusto; vio a Selene arrullándola en sus brazos y llenándola de besos. Sus recuerdos pasando efímeros mientras el oxígeno dejaba de irrigar su sangre y los ojos se le nublaban de muerte.

Y cuando ya creía que había entrado en la morada de los muertos, una bocanada de aire fresco penetró en su garganta y la vida regresó a sus venas como una burbuja juguetona. ¿Qué había pasado? ¿Qué ocurría?

Pronto lo supo. Baalat y ella no estaban solas. Una silueta femenina de luz fría y rostro velado se había interpuesto entre ambas y luchaba denostadamente contra la Odish.

Anaíd se frotó los ojos, parecía un hada, un hada victoriosa que asestaba rayos mortíferos de luz blanca. Un hada silenciosa, fría y vengativa que no tuvo piedad de la Odish y finalmente consiguió desgajarla en mil pedazos.

¿Quién era la misteriosa dama que le había salvado la vida?

¿Y el cetro?

Lo buscó con la mirada y lo vio flotando en el espacio. La llamaba de nuevo. Quiso tomarlo, pero la ingravidez de su cuerpo la desconcertó. De pronto fue consciente de su levitar y supo que iba a caer de nuevo a la tierra.

– ¡El cetro! – gritó alargando su mano hacia él.

Pero la misteriosa hada de luz de voz helada, la guerrera que había vencido a Baalat, se adelantó, tomó el cetro en sus manos resplandecientes y desapareció sin mostrar su rostro.

– ¡Mi cetro! – gritó Anaíd horrorizada.

Y en ese momento cayó sobre el suelo recuperando la sensación del peso de su cuerpo y la conciencia de ser terrenal.

A su lado, una serpiente caía con la cabeza cercenada por el *átame* que sostenía Gunnar, si es que ese *berseker* que echaba espuma por la boca y destellos de ira en sus pupilas era realmente Gunnar.

Tras él Selene, sin dudar, clavó su propio *átame* en el corazón del cuerpo sin vida de la serpiente. El embrujo estaba destruido.

También el valiente ejército de los espíritus de Yusuf Ben Tashfin, cubierto de la sangre de las fieras y con sus ropas y sus cuerpos desgarrados por las mordeduras, se reagrupaban en torno a su jefe.

Selene dio un paso hacia su hija y la abrazó con Tuerza. Anaíd notó sus sollozos y el calor de sus lágrimas que goteaban en su nuca, como un baño de compasión y afecto que la hacía retornar a la tierra.

— Anaíd, mi niña, mi pequeña.

Y ella se dejó querer sintiéndose de nuevo esa niña, una pequeña niña en brazos de su madre.

CAPÍTULO III

Las traiciones

Al detenerse el coche, Anaíd se despertó. Se sentía diminuta, como una lenteja acunada en la palma de una mano. Quizá porque había dormido sobre la falda de su madre, en el asiento trasero del coche, y tenía el recuerdo de sus dedos ágiles tanteando su espalda y dibujando letras de palo sobre su piel. Las letras componían palabras, palabras secretas que debía adivinar. Un juego antiguo al que Selene y ella eran aficionadas para huir de la disciplina severa de Deméter. Rió al recordar cómo Selene la tentaba con un bombón de rico chocolate praliné que las dos compartían en el pajar que hacía las veces de garaje. A oscuras, a escondidas, como dos chiquillas traviesas, se sentaban dentro del viejo coche para saborear los dulces prohibidos. Luego, ella se estiraba sobre la tapicería polvorienta y Selene escribía en su espalda como lo hacía ahora.

Se concentró para comprender el mensaje de Selene. ¿Qué estaba escribiendo? «Mi pequeña», le pareció interpretar.

Le complacía especialmente cuando Selene le acariciaba el cabello y trazaba círculos en su nuca. Era tan agradable que fingía estar dormida para que su madre continuara demostrando su juego cariñoso.

Pero Selene la despertó a su pesar.

— Anaíd, Anaíd, despierta, ya hemos llegado.

Ni siquiera preguntó dónde. Ya no tenía casa, era nómada y su último refugio, la caravana que habían alquilado, había saltado por los aires tras la explosión que provocó Baalat. Ahora eran fugitivos sin equipaje, sin pertenencias. Le extrañó la certeza de no tener nada. Y la tranquilizó. No había nada que no pudiese ser repuesto o sustituido y comenzaba a aprender una lección que desconocía. Lo más valioso son las personas y los recuerdos. La vida, en definitiva. Aunque se reservaba una carta en su manga: tenía una casa en Urt, una casa a la que podría regresar siempre que lo deseara. Allí sí que guardaba sus juguetes, sus libros, sus fotografías y los aromas y las músicas que la acompañaron en su niñez.

Antes de abrir los ojos olfateó el aire como su abuela Deméter le había enseñado a hacer. Como las lobas. El olor a salitre la remitió a Gunnar. Era eso, estaba en el coche de su padre. Y se acordó del guerrero salvaje que había decapitado a la serpiente Baalat. Abrió los ojos súbitamente y se incorporó para cerciorarse de que en efecto Gunnar era ese hombre, pero sus ojos le devolvieron la imagen de un apuesto y maduro padre de familia que sonreía cariñosamente a su mujer y a su hija tras un agotador viaje automovilístico.

— ¿Qué tal has dormido? — preguntó con dulzura.

— Estupendamente, como un bebé — respondió Selene por ella.

Y Anaíd detectó que por primera vez su voz no traslucía ninguna agresividad. Tal vez sus padres se habían reconciliado. Tal vez esa horrible batalla había servido para unirlos. Tal vez su amor por ella había sido el pegamento mágico que los había unido a pesar de sus fuerzas centrífugas y de la maldición de la bruja Bridget, en el monte Domen. Se llenó de esperanza con sus tal vez y no quiso interferir el silencio mágico que presidía los movimientos de Gunnar cuando desconectó la llave del coche, abrió la portezuela delantera y se apeó.

– Voy a preguntar si hay habitaciones libres. ¿Me esperáis?

– De acuerdo – asintió Selene condescendiente, complaciente, comprensiva.

Anaíd quiso gritar de alegría. ¡Su madre había entrado en razón! Miró a través de la ventanilla y siguió con los ojos los pasos seguros de su apuesto padre. Y de pronto tuvo el impulso de decirle que le quería, que le estaba agradecida por su valor. Asió la puerta para abrirla y... gritó de dolor. Su mano estaba caliente y sensible. La contempló asombrada. Estaba quemada, la piel había saltado y tenía toda la palma en carne viva.

– ¿Qué me ha pasado?

Selene la examinó con mirada circunspecta.

– El cetro. Tienes la marca.

– ¿Qué marca?

– La marca de la profecía de Odi – musitó Selene con tristeza.

Anaíd recordó los versos de la profecía.

*Ella destacará entre todas,
será reina y sucumbirá a la tentación.
Disputarán su favor y le ofrecerán su cetro,
cetro de destrucción para las Odish,
cetro de tinieblas para las Omar.*

Era cierto. Había sido víctima del cetro. Pero a pesar del dolor que le causaba la herida, al nombrar el cetro y evocar el bienestar que sintió con él en la mano, quiso tenerlo de nuevo.

– ¿Dónde está? – preguntó con inquietud.

– Ha desaparecido – reconoció Selene angustiada.

Anaíd sintió que le faltaba el aire.

– No puede ser.

– Es así.

– ¿No lo tienes tú? – preguntó Anaíd segura de que sí, de que su madre lo tenía escondido como antes.

Selene no respondió inmediatamente.

– ¿Qué sientes? ¿Sientes deseos de volver a tenerlo?

Anaíd se avergonzó, pero así era.

– ¿Eso es malo?

– Es peligroso – admitió Selene –. Aún no estabas preparada.

Anaíd necesitaba respuesta a su pregunta. Le producía una inquietud enorme.

– Dime dónde está el cetro.

Pero Selene no respondió directamente a su pregunta.

– Te lo advertí. En lugar de dominar al cetro, el cetro te domina a ti.

– ¿Lo cogiste tú?

– Ha desaparecido, Anaíd.

– ¿Cómo?

– Se ha esfumado.

Anaíd se quedó sin aliento. No podía ser. Entonces era cierto, esa luz refulgente con forma de mujer que destruyó a Baalat se apropió del cetro. ¿Quién era? ¿Qué era? ¿Una Odish? ¿Selene? ¿Un espectro? Necesitaba saberlo.

– Es mío.

– Me asustas, Anaíd.

– ¿Por qué?

– El cetro obedece a una voluntad más férrea a pesar de que tú seas la elegida. Ahora le perteneces. Eres vulnerable, Anaíd.

– ¿Y qué tengo que hacer?

– Olvidarlo hasta que destruyamos definitivamente a Baalat.

Anaíd parpadeó confundida.

– ¿No la hemos destruido ya?

Ella creía, ilusionada, que habían vencido. La vio bajo la forma de una serpiente muerta, decapitada. Luego atravesaron su corazón y redujeron su cuerpo a cenizas como exigía el ritual. Ese cuerpo era inservible.

– Baalat, ha desaparecido... –insistió, pero ante el silencio de su madre dudó–: ¿O no?

– No, Anaíd. Baalat sólo está momentáneamente vencida. Le costará reponer fuerzas, pero regresará. Desea el cetro y lo tomará. Tarde o temprano.

– Pero...

– Escúchame, Anaíd –susurró Selene–. Escúchame bien, porque cuando Gunnar regrese tendremos que fingir.

Anaíd vaciló. No le gustaba nada el tono de la voz de su madre. Era desconfiado y conspirador. Los pelillos de la nuca se le erizaron avisándola de que pronto oiría cosas que no deseaba oír. Y sin embargo las oyó.

– Tenemos que aprovechar cuando Gunnar duerma para escapar. Debes estar preparada en cualquier momento.

– ¿Escapar? –repitió con la voz helada del miedo–. Yo creía que...

Calló. Era evidente que lo que ella creyese o dejase de creer traía sin cuidado a su madre.

– Gunnar es peligroso, tenemos que preservarnos.

Pero Anaíd saltó enfurecida.

– Mi padre me ha salvado la vida.

– Claro.

– ¿Pues entonces...?

Selene le echó en cara lo que para ella era evidente.

– ¿No te das cuenta de que ha sido él quien ha robado el cetro?

Anaíd balbuceó:

– ¿Qué...?

– Es así de perverso, Anaíd. Tienes que desconfiar de sus actos por definición.

Anaíd consiguió desatascar su asombro ante tamaña desfachatez.

– Mató a Baalat y puso su vida en peligro.

– Claro, yo misma fui testigo, pero eso no significa que no fuera una estratagema,

– ¿El qué?

– El ataque.

– ¿El ataque de Baalat? ¿Quieres decir que Gunnar lo planificó?

Le pareció simplemente absurdo, pero Selene fue vehemente.

– Siempre que sucede algo debes preguntarte quién sale beneficiado y por qué. A veces las crisis se provocan. Sé perfectamente que Gunnar pudo dejar pistas de nuestra supuesta indefensión, invitar al enemigo a atacarnos y luego quedarse con el cetro y esconderlo.

Anaíd se llevó las manos a los oídos para no escuchar más las insidias de Selene. No podía concebir algo tan tortuoso, tan sumamente complicado. Y sin embargo, había algo de verdad en su acusación. Estaba prendada de Gunnar y eso era tan cierto como que Selene estaba celosa de ella y no podía aceptar que su padre la quisiera.

– Mi padre me quiere.

– No es cierto. Te utiliza, se sirve de ti.

Anaíd no pudo soportar más la intransigencia de su madre.

– ¿Es que nadie me puede querer? ¡Roc también me quiere, aunque te fastidie!

Selene calló repentinamente. No replicó con el desparpajo y la rapidez que eran característicos en ella. Por algún motivo Anaíd había dado en el blanco y la había dejado en evidencia. ¿Era porque había mencionado a Roc? ¿Qué pasaba con Roc? ¿Sabía Selene alguna cosa que ella no supiese? ¿Le estaba escondiendo algo?

– Mamá, ¿qué pasa con Roc?

Selene rehuyó su mirada y desvió la cabeza hacia la ventanilla. Se frotó nerviosamente su dedo anular, como si aún fuera ella la que luciese la sortija de esmeralda y pidiese ayuda a algún espíritu para sacarla del aprieto. Eso inquietó más si cabe a Anaíd.

– Mamá, contéstame... ¿Qué ha pasado?

– Es que no te conviene saberlo ahora.

– ¿El qué? – insistió Anaíd con un hilo de voz –. ¿Le ha pasado algo? ¿Está bien?

Selene suspiró y apretó su mano.

– Está bien, pero...

– ¿Pero qué?

– Ha vuelto con Marion – dijo Selene, y desvió la mirada avergonzada.

Anaíd había barajado mil posibilidades en un segundo: que hubiese sido víctima de

alguna Odish, que hubiese sufrido un accidente o hasta que hubiese perdido la razón, pero volver con Marión ni se le había pasado por la cabeza. Le dolió como cuando se caía con la bicicleta y le quedaban manos y rodillas sangrando y el cuerpo dolorido por el impacto. Le dolía físicamente. Veía estrellas parpadeando como tras un choque brutal.

– ¿Por qué? ¿Eh? ¿Por qué?

Y sin esperar respuesta estalló en un llanto sincero, un llanto de desconsuelo que Selene intentó calmar, aunque su esfuerzo era inútil puesto que las penas de amor son inconsolables.

Unas horas más tarde, tras haberse dado un baño de agua caliente y haber tomado un tentempié frío que les sirvieron a regañadientes porque la cocina estaba cerrada a esas horas, Anaíd se tendió en la cama de la habitación que compartía con su madre e intentó dormir.

Si bien su cuerpo lo necesitaba, su cabeza no se lo permitía. Ya no sólo era la tristeza de la imposibilidad de reconciliar a sus padres. Esa esperanza había sido un globo que se había pinchado súbitamente. Ahora una frase tamborileaba insistentemente en sus oídos: «Ha vuelto con Marion, Roc ha vuelto con Marion, ha vuelto con Marion...» La oía una y otra vez como un estribillo repetido hasta la saciedad. Iba y venía y a modo de péndulo regresaba fatalmente a su oído martilleándolo con esa frase odiosa.

Se levantó de un salto y salió sigilosamente a la pequeña terraza de la habitación. Se sentó en una mecedora y meció su angustia, pero no consiguió echar de su cabeza la pregunta que le mordía rabiosa:

– ¿Por qué? ¿Por qué?

Convocó a Yusuf en un raptó de ira. Los espíritus lo sabían todo, o eso era de lo que alardeaban.

– ¿Mi señora?

– Dime, Yusuf, ¿por qué me ha dejado Roc? ¿No le gustaba?

– Oh, sí, mi señora, estaba loco por vos, pero eso fue antes de beber la pócima.

– ¿Qué pócima?

– La del olvido, mi señora.

– ¡¿Roc bebió una pócima del olvido para olvidarme?!

– Efectivamente.

– ¿Y por qué? ¿Por qué tenía que recurrir a algo así?

– Él no lo decidió, mi señora.

– ¿Entonces quién fue?

– Se la proporcionó su madre.

– ¿Elena? – preguntó con incredulidad –. ¿Elena preparó una poción del olvido para Roc y se la dio a beber?

– Así ocurrió.

– ¿Por qué?

– Porque así lo convino con Selene.

Anaíd se detuvo en el acto. Un escalofrío le recorrió lentamente la espina dorsal.

¿Acababa de oír bien? El espíritu había dicho fue Selene quien convino con Elena que Roc tenía que olvidarla. Todo comenzaba a cobrar sentido, aunque casi no se atrevía a continuar con su interrogatorio.

– ¿Y mi madre por qué lo decidió?

– Vuestra madre considera que los amoríos os restan fuerza y concentración. Pensar en Roc entorpece vuestra misión y os distrae de vuestro cometido.

A Anaíd le hirvió la sangre en las venas.

¿Ése era el código Omar que tanto se habían empeñado en inculcarle? Selene usaba la magia Omar para sus propios fines. Interfería en los sentimientos humanos con pócimas, como hizo de joven con Gunnar, como a lo mejor había continuado haciendo con tipos como Max. ¡No tenía vergüenza, ni justificación alguna! Era simplemente un acto mezquino.

– ¿Y mi cetro? ¿Y el cetro de poder?

– Lo tiene... ella.

– ¿Dónde?

– En un lugar que conocéis.

– ¿Cuál?

– No me está permitido decíroslo, pero podéis VERLO. Ahora vuestra mano es el espejo de vuestros deseos.

– ¿Mi mano?

Y contempló con estupor la palma de su mano. Resplandecía, su herida le quemaba, pero bajo la herida la luz de la verdad salía a borbotones.

– ¿Mi mano me permite ver a través de los espejos?

– Sí, mi señora. El cetro es vuestro y vuestro es el poder de saber dónde se oculta.

Anaíd se quedó pensativa unos instantes.

– Gracias, Yusuf, te has portado muy bien, has sido valiente y te mereces el descanso eterno.

Una luz de esperanza brilló en los apagados ojos del guerrero.

– ¿Y mis hombres?

Anaíd se sintió generosa.

– Tus hombres también.

Y ante la perplejidad del curtido almorávide, que había convivido tantos siglos con la incertidumbre, Anaíd pronunció las palabras mágicas que le concederían la paz.

– Descansad pues, Yusuf Ben Tashfin, tú y tus hombres, de este transitar inútil en el mundo de los vivos. Penetrad en el reino de los muertos y encontrad vuestro camino hacia la eternidad. Yo, Anaíd Tsinoulis, así os lo ordeno.

Yusuf apenas pudo agradecerle su gesto con una sonrisa. Pronto, su imagen fue simplemente un recuerdo efímero.

Anaíd se secó las pocas lágrimas que le quedaban, se levantó con determinación, se dirigió al baño, cerró la puerta y levantó su mano hacia el espejo. Las palabras que deseaba salieron solas, sin conocerlas.

— *Alm nu oplemp.*

El espejo le devolvió la imagen que había pedido. Ahí estaba su cetro, oculto entre unas rocas. Brillaba, la encandilaba con su luz. Alargó su mano ansiosa, pero fue en vano. El cetro era una ilusión, podía verlo, pero no podía tocarlo. ¿Dónde estaba? Yusuf lo dijo que oculto en un lugar conocido. Ya no podía preguntarle de nuevo. Se esforzó en fijar su atención en el lugar: el agua goteaba de las paredes y tras el cetro se alzaba una esbelta columna de piedra caliza solidificada a lo largo de los milenios. Se fijó mejor. Era una formación de una estalactita y una estalagmita que habían acabado por unirse. Y sobre ellas, unas estalactitas excéntricas que recordaban a una estrella de mar. Estaba en... su cueva. La cueva de Urt. ¡Claro! Un lugar que Selene conocía. La cueva del bosque, del robledal al que acudía con Deméter. La cueva donde se escondió tras la muerte de su abuela y la desaparición de su madre y ante la cual enterró la talla de piedra lunar. La cueva donde la loba madre se le había aparecido para indicarle el camino hacia el mundo opaco.

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué le había mentado? Selene alejaba el cetro de ella. Era egoísta. También la alejaba de Roc y de su padre. Era una envidiosa.

Acercó su mano hacia el cetro, imaginó que lo cogía y la descarga eléctrica que recorrió su cuerpo fue suficiente para que su herida se resintiese. Anaíd, en silencio, formuló su deseo y se desprendió del hechizo del espejo. La consoló la certeza de que su deseo se cumpliría pronto, muy pronto.

Antes de meterse en la cama de nuevo se asomó un segundo a la terraza. Una brisa suave acarició su rostro y ventiló sus últimos suspiros quejosos. Anaíd ya no lloraba y se prometió que no lloraría más. A partir de ese mismo momento actuaría.

A lo lejos, dos siluetas caminaban en la oscuridad, pero Anaíd no les dio ninguna importancia. No obstante, debería habérsela dado, puesto que hablaban de ella y decidían su futuro. Luego una de aquellas dos misteriosas figuras se escabulló entre las sombras y regresó al motel.

Era Gunnar.

CAPÍTULO IV

La desobediencia

O la desobediencia dejaba huella, o Selene había ideado una treta para pescarla, o ambas cosas, pensaba Anaíd con preocupación mirándose la palma de su mano incandescente. Era innegable que la magia del cetro la delataba. Las heridas habían desaparecido milagrosamente y, en su lugar, la superficie que abarcaba esa cicatriz de carne ligeramente más rosada irradiaba un haz de luz tenue, la suma entrelazada de cada uno de los minúsculos hilillos de luz que salían de los orificios microscópicos de los poros de su piel.

Movió la mano con incredulidad e iluminó la pared. ¡Qué fuerte! Era una linterna humana. Si no hubiera sido por el apuro de sentirse descubierta, hasta le hubiera parecido divertido. Imaginó que colocaba su mano en la oscuridad sobre la página de un libro y sintió el agujijón de la curiosidad. Cerró la persiana, tomó el listín telefónico que había sobre la mesilla y lo probó. Qué maravilla, mejor que el flexo de su mesilla de noche. Ya no necesitaría la ayuda de ninguna bombilla eléctrica nunca más. Con su mano podría iluminar las noches de pesadillas, las escaleras peligrosas, los pasillos angostos, hasta las cuevas profundas adonde no llegaban los rayos de sol, como las que exploró su madre Selene cuando descendió al Camino de Om.

Al pensar en ello, se estremeció: el Camino de Om, el camino de los muertos. No sólo le horrorizaban los muertos, sino que su madre tenía la turbia idea de obligarla a acercarse a ellos. Ella estaba viva y enamorada.

Y de pronto se acordó de Roc, y se quedó sin aire. Boqueó con angustia. Se ahogaba. Roc ya no la quería. Roc estaba otra vez con la odiosa Marion y la había olvidado. Sufría amnesia y nunca recordaría que le dijo que quería besarla. La rabia que sintió contra Selene y Elena fue suficiente para acelerarle el pulso, retornarle la respiración y hacerle apretar los puños muy fuerte.

Y mientras continuaba sobre la cama, inmóvil, entre tenida en pensamientos dolorosos y catastrofistas, unos pasos se acercaron y se detuvieron ante su puerta. Anaíd no atendió a ese taconeo diligente. Estaba absorta en sus penas y distraída por el sonido del televisor de la habitación contigua. Además, la puerta se abrió muy rápido y la pilló desprevenida. Sin calibrar las consecuencias de su gesto levantó su mano en dirección a la intrusa y un haz de luz se proyectó sobre la cara horrorizada de una muchacha de facciones grandes, pelo teñido y dientes fuertes que se llevó un susto de muerte porque creía que la oscura habitación estaba vacía.

– ¿Qué haces aquí? – tronó la voz de Anaíd desde la retaguardia de su mano incandescente.

Parecía la voz de una desconocida y ella misma fue la primera en sorprenderse por la

dureza de su tono y la brusquedad de su pregunta.

— Lo siento, señora. Discúlpeme, señora, no sabía que estaba todavía aquí... — balbuceó la chica hecha un manojo de nervios y en un amago de reunirse.

¿La llamaba «señora»? ¿Creía que era realmente una señora? Iba a echarse a reír, pero notó que le gustaba esa reacción pueril y temerosa de la chica de la limpieza.

— ¡Espera! —la detuvo Anaíd con autoridad.

Quería cerciorarse de que no fuera su enemiga y saborear un rato más el placer de sentirse respetada.

En lugar de retirar el haz de luz de la chica, se entretuvo moviendo imperceptiblemente su mano de arriba abajo y enfocando con detenimiento su cara, como si fuese el policía de un interrogatorio. Estudió sus facciones. Se detuvo en sus cejas pobladas, en sus labios gruesos, en sus ojos parduscos, obligándola a parpadear y a cerrarlos. La chica, aturdida por el filo hiriente de la luminosidad, no se atrevía a moverse. Imposible que Baalat se hubiera reencarnado tan rápidamente en otro cuerpo, pensó Anaíd. Imposible que Baalat no hubiese escogido con más mimo su envoltorio. La chica, de piel muy blanca, mostraba unas venillas rojas en las aletas de la nariz, las cejas excesivas, una sombra de vello en el labio superior, las manos agrietadas y el pelo requemado por las mechas. Y a pesar de lodo tenía encanto por toda esa suma de imperfecciones que la hacían humana, natural, vulnerable.

— ¿Cómo te llamas? —inquirió Anaíd intentando imprimir a su pregunta un soplo de simpatía sin conseguirlo.

— Rossy, señora.

El diminutivo no le pegaba nada, pensó Anaíd, pero se abstuvo de decirlo.

— Rossy, necesito consultar mi correo electrónico. ¿Dónde puedo hacerlo?

— En recepción, señora; yo misma la acompañaré.

Y entonces Rossy se tapó la cara con las manos y, algo más confiada, suplicó:

— ¿Puedo abrir la ventana y se lo explico mejor? Es que, así, con esa luz en los ojos, es como si estuviera desnuda.

Rossy había dado en el clavo. Eso era justo lo que Anaíd pretendía. Eso era el desvalimiento: un foco aturdidor en los ojos, la oscuridad alrededor y alguien fuerte manejando la luz.

Rossy era decidida y se conocía bastante bien las distancias de las habitaciones que limpiaba cada día. En cuatro zancadas se había plantado junto a la ventana y había subido la persiana. Demasiado tarde. Anaíd escondió rápidamente su mano en su espalda, casi en el mismo momento en que Rossy abría la boca y los ojos con espanto y reprimía un grito.

— ¡No puede ser!

Anaíd también se inquietó. Rossy la miraba asustada.

— No, es imposible.

— ¿El qué?

— ¿Dónde está la señora?

— ¿Qué señora?

– Pues quién va a ser, la que estaba aquí, con la linterna en la mano, la que me hablaba.

– Soy yo –respondió Anaíd sin demasiado convencimiento.

Y esa duda la perdió.

Rosy ya no tragó.

– Anda, niña, no me líes... ¿Me has visto la cara? Si tú eres la señora, yo soy Blancanieves.

Anaíd se puso en pie. Era alta, pero no amedrentó en absoluto a la resoluta Rosy.

– Era yo quien te hablaba.

Rosy se mosqueó definitivamente y le habló sin ni pizca de respeto:

– No me toques las narices, que bastante hinchadas las tengo ya. Tienes cinco minutos para darte una ducha y bajar a desayunar. Si te entretienes te retiran el cubierto y te quedas sin que te arregle la habitación tú decides.

Y se largó como una marquesa dejando a Anaíd con el mal gusto de boca instalado bajo la lengua.

¿Había fingido ser quien no era sin querer? ¿Tan diferente era en la oscuridad y en la claridad? ¿Realmente proyectaba algo que no transmitía su aspecto? ¿El cetro la había embrujado?

No quiso agobiarse y se metió de nuevo bajo la ducha para que el agua lavase sus preocupaciones.

Era media mañana y tenía un día muy complicado por delante si quería cumplir con la promesa que se hizo la noche anterior. Sólo faltaba que su mano derecha se despertase gritando «Anaíd ha visto el cetro, Anaíd ha visto el cetro» y que en su habitación se colase una muchacha chivata que estaría parlotando con propios y ajenos sobre las extrañas inquilinas, algo brujas, de la 205. Pero así era. Y lo malo era que se moría de ganas de volver a coger el cetro y no podía pensar en nada más. Sólo de imaginar el cetro frente a ella se le hacía la boca agua, como le sucedía al ver un dulce. Al pensar en el cetro las manos le quemaban y la ansiedad de tenerlo entre ellas se le antojaba como la mejor forma de aplacar la quemazón. Así había sido la noche anterior y así sería siempre. Eso era lo que Selene le había advertido.

Frotó enconadamente su mano para ver si borraba la huella de su luz, pero ni con jabón ni con agua. No hubo manera. Y la ansiedad no se aplacó de ninguna forma; al contrario, cuanto más procuraba hacer desaparecer la señal, más crecía su deseo, como el hambre, como la sed.

Al salir de la ducha ya lo había decidido. Echaría sólo un vistazo, se dijo, acercándose paso a paso hasta el espejo y dejando tras ella la huella delatora de sus pies mojados. Lo enfocó unos instantes y se le desbocó el corazón.

Anaíd suspiró, contó hasta cien, suprimió el hechizo y procuró pensar en un bocadillo de jamón y un buen vaso de zumo de naranja. Luego llamó al timbre y pidió a recepción una venda por favor. Un botones solícito se la entregó a través de la puerta entreabierta y Anaíd vendó su mano culpable.

Con las prisas y las dificultades del vendaje llegó tarde a desayunar. Ya habían retirado el servicio.

Conectarse a un ordenador con la mano vendada, un ojo puesto en la pantalla y otro en la puerta no era fácil. Anaíd lo descubrió mientras intentaba comunicarse a la desesperada con Roc. Le rugía el estómago de hambre y notaba que, a pesar de la venda, su mano resplandecía; dos detalles suficientes para convencerse de que todos los clientes y empleados del hotel se fijaban en ella al pasar y la miraban como a un bicho raro.

No había para menos, teniendo en cuenta que el ordenador estaba ahí en medio, como si fuera el aparador de una tienda de modas y Anaíd fuera su maniquí vestida con harapos cubiertos de barro. Parecía salida de un naufragio.

Un orondo turista, con la cara roja como un pimiento, unas bermudas chillonas y una máquina de fotografiar colgada al cuello, se detuvo a su espalda y comenzó a fisgonear lo que escribía Anaíd en la pantalla sin ningún disimulo.

Anaíd no podía echarlo, estaba en su derecho, nadie prohibía mirar, aunque fuera de mala educación.

Probó con el Messenger pero Roc no estaba conectado en ese momento. Natural, era hora de clase. Le envió un *e-mail*.

Roc, porfa, contéstame, dime algo. Necesito hablar contigo sin que nadie lo sepa. Vda o mrte.

Quizá hiciera prácticas de español, pero lo cierto es que el turista leyó con atención el mensaje de Anaíd y se rascó la cabeza. ¿So había emocionado o no entendía ni palabra?

Anaíd, con los dedos temblorosos sobre el teclado, giraba continuamente la cabeza hacia la puerta. Selene podía aparecer en cualquier momento. En recepción le habían dado un papel suyo escrito a mano:

Anaíd, he ido de compras, espérame. Regresaré a comer.

Con la caravana en llamas habían perdido todo su equipaje y ni siquiera tenía ropa limpia que ponerse.

El turista, animado, le dio dos golpecitos en la espalda para avisarla de que tenía respuesta. En efecto.

Triste respuesta. El mail le era devuelto por dirección desconocida. ¿Otra vez? Baalat no podía haber interferido tan rápido. ¿Cuál era la nueva dirección de correo de Roc? ¿Cómo podría comunicarse con él?

Y de pronto sintió que la inundaba un sudor frío que le pegó la camiseta a la piel. Las manos le resbalaron sobre el teclado y la sangre se retiró completamente de su rostro imprimiéndole una palidez espectral. Acababa de recibir un *e-mail* desconocido. Se titulaba: *T adoro, Anaíd*. Y firmaba una tal Dácil.

Dudó unos instantes antes de hacer el doble clic sobre el mensaje para abrirlo. Fue el

turista quien la animó a hacerlo. Hasta la ayudó a mover el ratón sobre el tapete verde de la mesa.

Anaíd, stoy loka por conocrte. Stoy buskándote x tdas prtes. ¿Dnde stas? Vngo de muy ljos, smpre he sñado ser tu amga y aora ke he vndo arrisgandome no t nknro pr nguna prte. Tines que slir a la luz. sn miedo.

Bsos.

Dácil

Y en ese preciso momento, cuando leía con incredulidad ese mensaje absurdo, inquietante, de esa tal Dácil de la que nada sabía, oyó la voz de Selene inquisitiva reprendiéndola:

– ¿Qué haces, Anaíd?

En la puerta, cargada con bolsas y cara de pocos amigos, estaba Selene. El peso de las bolsas le impedía avanzar con rapidez. Anaíd se sintió cazada en falta. Y lo estaba. Su reacción fue inmediata y sin darse cuenta borró el mensaje pensando que así borraba la huella de su delito. Y antes de que Selene se acercase demasiado, salió rápidamente de su Hotmail y se levantó de la mesa.

– ¿Con quién estás hablando? – tronó de nuevo Selene.

El turista fue providencial, porque en ese instante se sentó al vuelo en la silla libre, cogió el ratón abandonado sobre la mesa y lo movió resolutivo pretendiendo conectarse a su vez. Anaíd vio el cielo abierto y señaló al nuevo propietario del ordenador.

– No sabía cómo funcionaba y le estaba ayudando.

Y apostando fuerte todas sus cartas a ese farol, sonrió efusivamente al turista, con quien no había cruzado ni una sola palabra anteriormente, y le dijo con aplomo:

– Pues ya está, ahora ya sabe cómo funciona: no tiene más que hacer el doble clic en el icono de la E.

Y se fue hacia su madre con aspecto de niña que no ha roto un plato en su vida para ayudarla con las bolsas.

– Dame, dame, que vas muy cargada.

– ¿Y eso? – señaló Selene su mano vendada.

Anaíd dudó.

– Ya sabes, la huella del cetro me quema y así me protejo.

Pero una vez en el ascensor no pudo reprimir su ansiedad.

– ¿Lo escondiste tú, verdad?

Selene no parpadeó.

– O sea, que lo has estado buscando.

Anaíd bajó la cabeza disimulando su apuro. Mentiría.

– No sé cómo, ni dónde.

– ¿Has mirado en la habitación de tu padre?

A Anaíd se le revolvieron las tripas. ¿Cómo su propia madre podía llegar a ser tan

mezquina?

– Sí, claro – continuó mintiendo.

– ¿Y?

– Nada.

– Era una estupidez suponer que estuviese aquí. Puede hacerlo viajar a cualquier parte.

Esa vez Anaíd no ocultó su sorpresa.

– ¿Cómo lo sabes?

Selene empujó la puerta del ascensor y entró de nuevo con Anaíd en la habitación.

– El cetro es algo vivo, Anaíd. Obedece la voluntad de quien lo posea. Todo depende de la fuerza de quien lo domina. Y cuando el cetro ha penetrado en uno, ya no hay vuelta atrás.

Anaíd se estremeció.

– Yo sólo lo tuve un instante... – se defendió –. Pero tú lo tuviste mucho tiempo – añadió acusadoramente.

Selene no respondió y Anaíd tuvo la certeza de que había dado en el blanco. El cetro estaba en poder de su madre.

– Enséñame la mano – le ordenó Selene una vez a solas en la habitación.

Imposible negarse, imposibles más excusas. Selene levantó el vendaje y la estudió detenidamente.

– Escúchame bien, Anaíd, no puedes volver a tocar el cetro hasta que tu voluntad sea más fuerte que la suya.

– ¿Y eso cómo se sabe? ¿Acaso hay un medidor de voluntades? – protestó.

Selene pateó el suelo con impaciencia.

– Esto comienza a ser preocupante. No estás atenta a los peligros que te acechan ni a tu responsabilidad. Todo te distrae, todo te vale como excusa... ¡Te comportas como una adolescente cualquiera! Y así no conseguirás cumplir con tu misión.

– ¿Alguien me ha preguntado si quería cumplir con mi misión? ¿Eh?

Selene se asombró.

– Anaíd, nadie nos pregunta si queremos nacer, pero desde el momento en que existimos somos importantes para los demás. Tú eres importante para muchas mujeres y niñas Omar. No sólo eres bruja, sino que miles de brujas de todas las edades dependen de ti, de tu valor, de tus decisiones, de tu fuerza.

– ¿Y qué esperan de mí?

Selene se armó de paciencia.

– Eres la elegida.

– Muy bien, soy la elegida y las profecías dicen que la elegida acabará con la guerra entre las Odish y las Omar. ¿Pero tiene que ser ahora mismo?

Selene contó hasta diez antes de intentar imprimir un tono conciliador a sus palabras. Comenzaba a ponerse nerviosa.

– La profecía anuncia que la llegada de la elegida INICIARÁ LA GUERRA DE LAS

BRUJAS –pronunció con más fuerza su madre, recalcando las palabras—. Ya se ha iniciado, Anaíd. No puedes pedir una tregua y esconderte veinte años en un agujero.

– ¿Y qué tengo que hacer entonces?

– Acabar con las Odish antes de que ellas acaben contigo. Porque si acaban contigo, que te lo mereces –apostilló—, y consiguen el cetro, destruirían a miles de inocentes. ¿Lo comprendes? ¿Recuerdas la profecía de Oma?

Selene, con voz trémula, recitó:

Y yo os digo que llegará el día en que la elegida pondrá fin a las disputas entre hermanas.

El hada de los cielos peinará su cabellera plateada para recibirla.

La luna llorará una lágrima para presentar su ofrenda.

Padre e hijo danzarán juntos en la morada del agua.

Los siete dioses en fila saludarán su entronización.

Y se iniciará la guerra

cruel y encarnizada.

La guerra de las brujas.

Suyo será el triunfo,

suyo será el cetro,

suyo será el dolor,

suya la sangre

y la voluntad.

Anaíd, a medida que su madre iba recitando los versos de la profecía, iba asumiendo la importancia de sus palabras.

Ella y nadie más sería la propietaria definitiva del cetro. Ella y nadie más tenía la enorme responsabilidad de dirimir en la guerra entre Odish y Omar. Se sintió mezquina y banal. Su madre no era de fiar porque tal vez le escondía el cetro, pero a lo mejor era para que no se dejase dominar por él, porque ella se había comportado como una chiquilla consentida.

– Lo siento –se disculpó Anaíd.

Selene aprovechó su arrepentimiento momentáneo para invitarla a sentarse ante ella y tomar su mano impregnada de luz.

– ¿Me puedes atender?

– Vale, de acuerdo, te escucho.

Anaíd intentó relajarse, pero por mucho que se esforzara y que quisiera creerla, no podía olvidar que había sido ella quien le había robado el cetro, quien había alejado a Roc de su lado y quien pretendía también separarla de su padre.

Selene, ignorando los recelos de su hija, se dispuso a hablar con sinceridad.

– Hay tres Odish peligrosas, muy peligrosas. Ellas son la clave de la guerra que tendrás que librar. Su poder es más grande que el tuyo, aunque seas la elegida, aunque tengas el cetro.

– Ahora no lo tengo – le recordó, quisquillosa.

– Lo encontraremos. Ahora escúchame bien.

Anaíd estaba atenta.

– Una es Baalat. También conocida como la dama negra, Astarté, la diosa fenicia. Es nigromante y astuta. Carece de cuerpo porque fue destruida hace dos mil años, pero se ha reencarnado en otras criaturas. Ya la conoces. Fui yo quien la despertó y me siento culpable de ello, pero el mal ya está hecho. Baalat se reencarnará de nuevo y tratará de destruirte. Y lo conseguirá, tenlo por seguro, si...

– ¿Si...? – inquirió Anaíd con una cierta impertinencia en la pregunta interrogativa.

– Sólo hay una forma de acabar con ella definitivamente y sólo puedes hacerlo tú.

Anaíd sintió un escalofrío. Era eso.

– ¿El camino de los muertos? ¿El Camino de Om?

Selene asintió.

– Así es.

Anaíd tembló. Le horrorizaba la idea de adentrarse en la morada de los muertos y de acabar prisionera de sus trampas para siempre jamás. Los muertos eran infinitamente más poderosos que los vivos y, si bien podían ser sus aliados, también podían convertirse en sus enemigos. Imaginarse que podía ser víctima de alucinaciones, de horrores y de torturas le revolvía su estómago vacío.

– ¿Es la única solución? – Sí, cariño.

Pero la palabra «cariño» le sonó falsa. Nadie llama «cariño» a alguien a quien se roba lo que más quiere. Un puro chantaje.

– ¿Y luego? ¿Si regresase viva del Camino de Om y los muertos impidiesen a Baalat volver a reencarnarse? ¿Quiénes son las otras dos Odish contra las que tendría que luchar?

– Una es la condesa, que reina en el mundo opaco. Se la conoce como «la condesa sangrienta» porque hace cuatrocientos años fue la condesa Erzebeth Bathory y en su castillo húngaro degolló a más de seiscientas muchachas y se alimentó de su sangre para resistir hasta la llegada de la elegida. Pero la elegida, tú, ha llegado más tarde de lo previsto y ahora está muy debilitada. Salma, a quien tú venciste, incluso se atrevía a faltarle el respeto.

– ¿La conociste, no?

Selene se estremeció. Recordó los tentáculos fríos de la condesa reptando por su cuerpo y penetrando en los recodos de su memoria.

– Se escondía en las sombras, era fría y calculadora. Pero estaba muy débil.

– Entonces, ¿es fácil de vencer?

Selene negó:

– Posee un talismán indestructible. Lo embrujó con el cabello y la sangre de sus víctimas y le asegura la victoria en cualquier lid. Sólo le faltan la sangre y el cabello de la elegida para poder añadirlo a su piedra. Por eso, cuando creía que la elegida era yo, me

conservaba en el mundo opaco esperando la conjunción. Si se hiciese con el cetro, sería ella la bruja todopoderosa que reinaría entre las Odish. La condesa, tenlo por seguro, acabaría con todas las Omar, sin ninguna piedad.

– ¿Y la tercera? – preguntó Anaíd con un leve temblor en la voz, sabiendo de antemano la respuesta que su madre tenía preparada.

Y efectivamente, Selene dijo su nombre.

– La dama de hielo, la dama blanca, la bruja de los hielos, Cristine Olav, la madre de Gunnar.

– Mi abuela – añadió Anaíd obligándola a rectificar.

– Sí, tu abuela – repitió a su pesar Selene con la boca pequeña.

– Mi abuela no beberá mi sangre, no querrá mi muerte.

Selene la acarició y notó cómo Anaíd retiraba la cara al contacto de su mano.

– Anaíd, ella es la peor, créeme. Es la más inteligente y te utilizará sin que te des cuenta. Ella quiere reinar y poseer el cetro, así que en lugar de destruirte te aniquilará la voluntad.

Anaíd, sin embargo, era leal al recuerdo de Cristine.

– Ella me salvó de niña y luego me protegió en Urt y en Sicilia. Si ella no me hubiese sacado de las garras de Salma, no estaría aquí.

La vehemencia de Anaíd puso sobre alerta a Selene, que inmediatamente rectificó el tono.

– Anaíd, lo siento, lo más difícil es desconfiar de las personas que queremos o que creemos querer. Duele, ya sé que duele. Aunque no te lo creas, yo quise mucho a tu padre y por eso me dolió más su traición. Aún estoy dolorida.

Anaíd vio cómo una pequeñísima lágrima de humedad aparecía en los ojos de Selene, pero enseguida recuperaron su brillo normal.

– ¿Dónde está mi padre?

– Gunnar tenía cosas que hacer hoy – respondió vagamente Selene—. Y nosotras también tenemos muchas cosas que resolver antes de marcharnos.

– ¿Marcharnos adonde?

– Al Sur.

– ¿Y qué hay en el Sur?

– El Camino de Om.

Anaíd notó cómo todas sus alertas sonaban a la vez. No se veía con fuerzas para adentrarse en el horroroso camino del mundo de los muertos. Todavía no. Ahora no podía. ¿No se daba cuenta Selene?

– No sé si podré, no estoy preparada.
Selene no se daba cuenta.

– Necesitas ayuno y meditación. Te ayudarán. Cuanto más liviano sea tu cuerpo, mejor resistirás el paso hacia la nada y la caída.

Anaíd tembló. ¿La nada? ¿La caída? El vértigo le subió estómago arriba y quiso escapar por su boca.

- ¿Y dónde está? – quiso saber.
- No lo sé. Vamos a la búsqueda de un indicio.
- ¿Un indicio? – se extrañó Anaíd.
- Eso fue lo que me dijeron las matriarcas.

Y en ese punto Anaíd explotó.

- ¡O sea que no tienes ni idea de cómo se llega al Camino de Om!

Selene se sintió en falso.

- Las brujas Omar no poseemos la clave para acceder al mundo de los muertos.

Anaíd se dio cuenta de lo que Selene intentaba sugerir...

- ¿Son las Odish entonces?

Selene asintió con un leve movimiento afirmativo de la cabeza.

- O sea que tenemos que pedir ayuda a las Odish. ¿Es eso?

– No, Anaíd. Serás tú quien lo encuentre – dijo por fin Selene con un resquicio de miedo que Anaíd captó –. Eso dijeron los oráculos.

- Porque soy la elegida... – aventuró Anaíd con prudencia.

- No únicamente por eso... – rectificó Selene.

Anaíd tomó aire. Comenzaba a comprender algunas cosas. O bastantes cosas. Su condición de elegida estaba determinada por su naturaleza mixta. Era la única bruja Omar viva con sangre Odish en sus venas.

– Ya. Yo sí que estoy capacitada para descubrir el mundo de los muertos porque también soy medio Odish.

- Sí – tuvo que reconocer Selene avergonzada.

Anaíd lo vio claro. Ella tenía la posibilidad de hablar con los espíritus. Selene no; ni siquiera los veía. Y los espíritus lo sabían todo. Anaíd contempló su anillo de esmeralda.

- Puedo averiguarlo ahora mismo. Me comunicaré con algún espíritu.

Pero Selene negó con la cabeza.

– Ellos no te dirán dónde está el camino porque los espíritus que viven entre nosotros están atrapados y desconocen la forma de llegar.

Anaíd se extrañó.

- ¿Y los muertos? Yo hablé con Deméter bajo la forma de loba.

- No pueden. Su promesa al entrar en la morada es no revelar jamás el camino.

Y de pronto Anaíd cayó en la cuenta de la gran paradoja de Selene.

- Entonces, ¿tú cómo lo hiciste?

Selene bajó la cabeza avergonzada y Anaíd lo comprendió sin palabras.

– Claro, fue Cristine Olav, la malvada bruja Odish según tú, quien te condujo hacia la entrada.

Selene carraspeó antes de dar su justificación.

- En esos momentos las dos éramos aliadas.

Anaíd calló. No quiso que Selene quedase más en evidencia de lo que estaba. Comprendía más cosas de las que su madre podía comunicarle de palabra. Entendía que las brujas Omar solas no podían descubrir las grietas del mundo de los vivos para comunicarse

con el mundo de los muertos. Comprendía que Selene estaba perdida y desorientada y que era muy frágil ante el inmenso poder de cualquiera de las Odish que ella misma había nombrado. La dama negra, la dama blanca y la condesa. Tres terribles adversarias a las que ella, Anaíd, la elegida, con sólo quince años, tendría que enfrentarse con las manos desnudas porque no estaba preparada para sostener el cetro de poder.

¿De qué le servía su madre? Hasta hacía muy poco creía que era sabia, pero ni siquiera podía orientarla porque desconocía el camino y su ceguera de Omar le impedía ver la puerta de entrada. Tampoco era tan fuerte. Ella sola no hubiera podido defenderla de Baalat.

¿Entonces?

Anaíd siempre había creído que las madres habían sido creadas para brillar ante sus hijas, para iluminar su camino, para servir de guía, de bastón, de refugio, de manta con la que arrojarse y almohada sobre la que llorar. Pero no era así.

Todo era una mentira.

Sacudió su decepción intentando recuperar la antigua imagen de Selene refulgiendo con luz propia, sin conseguirlo. Y estudió a la nueva Selene que acababa de descubrir. A la tramposa que iba por el mundo engañando a unos y otros con sus faroles. Hasta su pelo rojo era teñido. Aparentaba fortaleza y le temblaban las manos. Simulaba espontaneidad pero era incapaz de abandonarse en los brazos de un hombre que la adoraba. Se jactaba de ser ecuánime y en cambio actuaba por despecho apartando celosamente a todos los que se acercaban a Anaíd. Su madre era una estafa.

¿Les sucedía esto a todas las chicas? ¿Las mortales también se sorprendían como ella al mirar un buen día a sus madres y verlas débiles y temerosas? ¿Al descubrir arrugas en sus ojos, mentiras en sus palabras y frustraciones en sus bolsillos?

Anaíd asumió que su madre no era quien ella siempre había creído. Su aura indestructible se desmenuzaba entre sus dedos. Pura apariencia. Su madre era sólo la voluntad remota de Deméter. Su abuela sí que fue una mujer de temple, una gran bruja, una matriarca respetada. Selene, en cambio, que ni siquiera sabía cómo llegar hasta la casa de los muertos, quería que Anaíd ayunase, meditase, otease a través de la niebla y se despeñase por el precipicio que conducía al Camino de Om.

¿Acaso no se daba cuenta de que temblaba sólo de imaginar a los muertos? ¿De que se horrorizaba ante la posibilidad de mirarse en sus ojos vacíos y de que le flaqueaban las piernas al pensar en el descenso a través de la oscuridad sin tiempo? La espeluznaba la posibilidad de quedar prisionera en las profundidades de los mundos.

Y no era cobarde, nunca lo había sido. No era irresponsable; al revés, siempre había asumido más cargas de las que le correspondían. Lo había demostrado, pero ahora... ¡Estaba enamorada!

Quería aprender a besar a Roc, a mirarse en sus ojos y escuchar sus palabras de amor. Quería sentir de nuevo su aliento, el cosquilleo de sus manos en su piel, la embriagadora sensación de compartir un instante sin tiempo ni espacio, futuro ni pasado.

Y Anaíd fue llegando a una certeza: para emprender su misión necesitaba el amor de Roc. Hasta las profecías lo auguraban. Trébora lo decía en unos de sus tratados: la elegida

debía estar arropada por el amor. Su madre, por tanto, se equivocaba, como se había equivocado otras veces. Si Roc la quería, ella sería fuerte. Si Roc la olvidaba, en cambio, el mundo le parecería, como ahora, frío e inhóspito, y su pena sería tan grande que únicamente tendría ganas de sentarse en un rincón, llorar y lamentarse por su abandono.

– ¿Anaíd, me escuchas?

– ¿Qué? – preguntó saliendo de su ensimismamiento.

– Atiende, te he comprado ropa, zapatos, un neceser y una maleta. Vístete y ten la maleta preparada para esta noche.

Anaíd estaba aturdida.

– ¿Para esta noche?

– Cuando Gunnar duerma.

Le mostró un juego de llaves.

– ¿Has alquilado otro coche?

– Es una copia de las llaves del coche de Gunnar.

Anaíd pensó que era una desfachatez.

– ¿Se las has quitado?

– Así tendrá más dificultades para seguirnos. ¿No te parece?

Anaíd supo que tendría que actuar más rápido de lo que había previsto. Intentó dilatar el momento.

– ¿Y si Gunnar se despierta y se da cuenta de todo?

Selene sonrió como una niña mala.

– Imposible. Dormirá como un lirón.

Anaíd se sintió asqueada.

– ¿Le vas a dar una pócima?

Selene abrió una bolsa y le mostró unas hierbas.

– La herboristería estaba bien surtida. La prepararé enseguida.

– ¿Cenaremos juntos entonces?

– Sí, claro, para no despertar sospechas.

Anaíd asintió.

– Vamos a engañarlo.

– Eso es.

– Sin que sospeche nada.

– Muy bien.

– Se trata de hacerle creer que nos vamos a ir juntos y luego... abandonarlo.

– Muy lista.

Anaíd la miró con conmiseración. A lo mejor hasta era más lista de lo que su madre pensaba y se le ocurrió ponerlo en práctica. Miró de reojo el coche de Gunnar que su madre acababa de aparcar.

– ¿Y nos vamos a ir con el Passat?

– Sí.

– Lo dudo. Esta noche va a estar sin batería.

– ¿Por qué lo dices?

– Lo estoy viendo. Te has dejado las luces encendidas.

Selene dudó. Intentó recordar si había entrado en algún túnel, en algún parking subterráneo que le hubiera obligado a encender las luces, pero no consiguió recordarlo. Y sin embargo, al acercarse y mirar por la ventana vio que efectivamente las luces estaban encendidas. Claro que ni se le pasó por la cabeza que unos segundos antes estuvieran apagadas y que hubiera sido su hija quien, mediante un sencillo conjuro, hubiera conseguido ese efecto desconcertante.

– Vaya, ahora vuelvo. Ve preparando la maleta.

Salió con las llaves en la mano sin fijarse en que, a sus espaldas, Anaíd abría su bolso, extraía su móvil y telefoneaba sin pestañear al número de Roc.

Todo había sido muy rápido, pero en el momento en que el móvil de Roc comenzó a sonar se le paralizaron los músculos del cuerpo y su mente quedó en blanco.

¿Qué le diría? ¿Y si no recordaba siquiera su nombre? ¿Qué pensaría de ella? Y de pronto el móvil hizo clic y una voz respondió, pero no era la voz de Roc, sino una voz femenina.

– ¿Sí?

– Quiero hablar con Roc, es urgente – dijo de corrido, con cierta autoridad, como si eso la eximiera de dar explicaciones.

– ¿Selene? ¿Eres tú? – preguntó la voz que había respondido al móvil.

Era Elena. ¡Qué apuro!

– ¿Anaíd? – insistió Elena.

La había pescado. Elena era muy intuitiva.

– Anaíd, ¿qué haces llamando con el móvil de tu madre? Es muy peligroso.

Anaíd recordó a la gruesa Elena, la madre de Roc y de siete chavales más, la dulce bibliotecaria amante de los libros y de los estofados, que alimentaba a los niños de cuentos y dulces. Se conmovió. La comprendería.

– Elena, por favor, quiero hablar con Roc.

La voz de Elena, sin embargo, sonó áspera.

– Anaíd, ¿estás loca? Cuelga inmediatamente. Nadie tiene que saber dónde estás.

Anaíd suplicó:

– Por favor, quiero hablar con él. Pásamelo.

– No puede ser, Anaíd, además...

Anaíd interpretó perfectamente los puntos suspensivos que Elena callaba. Tenían nombre: Marion. Ese «además» quería decir que Roc estaba ocupado en sus... puntos suspensivos. ¿Era eso?

– Por favor, Elena, retírale el hechizo. ¡No quiero que me olvide!

Pero Elena era dura de pelar.

– Imposible. Una poción del olvido no tiene marcha atrás. Nunca sucedió nada entre vosotros. Es mucho mejor así, pequeña. Debes tener la cabeza clara para tu misión, la mente libre. Es por tu bien.

No valía la pena patalearse, ni llorar, ni suplicar. Era mejor dejarlo así y procurar que no empeorase. Fingiría que Elena la convencía.

– Lo siento, lo siento mucho, ya sé que no tendría que haber telefonado, pero... ha sido un impulso.

Anaíd comenzaba a darse cuenta de que los adultos tenían en mucha consideración la capacidad para admitir los propios errores. Aunque ese gesto fuera un simple ardid.

– Tienes que dominar tus impulsos, Anaíd, eres demasiado importante.

– Lo sé, lo sé, y sé que lo hacéis por mí, pero sólo quería despedirme de Roc... Es simbólico, ¿sabes?

– Desde luego, porque Roc no va a entender un pimiento si le hablas de algo que haya pasado entre vosotros. No recuerda nada de eso.

Y Anaíd recordó de pronto que Elena había tenido una hija llamada Diana, que fue asesinada por Baalat, y que ni siquiera lo sabía. Ella también tomó su poción del olvido. Pero se abstuvo de decírselo.

– Ya, ya lo sé.

Elena dulcificó la voz.

– Tómate tú también la poción para olvidarle, será lo mejor.

Anaíd simuló un ligero carraspeo.

– De acuerdo, pero tú hazme un favor.

– ¿Cuál? – quiso saber Elena con cautela.

– No le digas nada a mi madre de esta llamada. Se enfadaría muchísimo conmigo.

Elena también se tomó su tiempo.

– Si me prometes que olvidarás a Roc.

Anaíd cruzó sus dedos con sorna. Elena no podía verla.

– Lo prometo. Dale un beso de mi parte.

Y colgó. Sonrió y cerró los ojos imaginando el beso de Elena en las mejillas morenas y algo rasposas de Roc. Seguro que se lo daría. Seguro que hasta le diría: «De parte de Anaíd». Y Roc recordaría a una niña que se bañaba en la poza con él cuando era un enano.

Borró del archivo del móvil de Selene esa última llamada y lo dejó dentro del bolso al tiempo en que su madre abrió la puerta de la habitación chasqueando la lengua.

– No lo entiendo – comentó apurada—. Tres ascensores han pasado de largo sin hacerme ni caso.

Anaíd reprimió una sonrisa.

– Parece cosa de brujas, ¿no?

Y se echó a reír. Selene, de risa fácil, la secundó. Y pronto las dos se abrazaron riendo, aunque Selene no tenía ni idea de que Anaíd se estaba riendo de ella.

Cenaron los tres en buena sintonía. Se trataba de teatralizar y reinventar la familia que no eran. Gunnar les llenaba el vaso solícito, Selene servía el arroz a banda que habían pedido, Anaíd sonreía a ambos y aliñaba la ensalada con aceite, sal y vinagre, esa vez sí. Los camareros trajeron una paella para los tres, una botella de vino para los tres, una botella de

agua para los tres, una barra de pan para los tres y una sola nota para los tres. En cambio, tenían dos números de habitaciones sobre la mesa. Parecía lógico. Una habitación doble para el matrimonio y una sencilla para la hija. Pero ellos eran los únicos que sabían que no era así. Que aquella mujer pelirroja tan guapa y provocativa, de sonrisa abierta y ojos verdes, no compartía habitación ni cama con el hombre alto de piel curtida y manos grandes, el de pelo ceniza y ojos azul cobalto. Unos ojos magnéticos, fríos y acerados, los mismos que había heredado su hija, la hija de ambos sin duda.

Eran una extraña familia que, tras las risas y los titubeos, bullía de secretos, gestos y maniobras.

Selene sirvió un vaso de vino a Gunnar y pronto ella, en justa correspondencia, tuvo el suyo delante de su plato. Los dos bebieron mirándose a los ojos y Selene, en un momento de confusión, tocó los pies de Gunnar bajo la mesa. Los retiró inmediatamente al darse cuenta de que los pies de Gunnar jugueteaban descaradamente con los suyos e intentaban retenerlos. Se puso nerviosa y se levantó para ir al baño, no sin antes levantar una ceja, aparentemente en un gesto inocuo, a Anaíd, para indicarle que procurase que Gunnar bebiese de su vaso.

Anaíd asintió y cuando Selene regresó del baño con los labios más perfilados y la cara más fresca, comprobó con alivio que Gunnar había apurado ya todo el vaso y se estaba sirviendo de nuevo.

Selene se relajó a partir de entonces, bebió un sorbo de su vino y continuó degustando el arroz. Estaba delicioso, algo duro, algo suelto, como a ella le gustaba. El arroz le producía un maravilloso cosquilleo de felicidad. El sofrito estaba en su punto, el caldo de pescado era sabrosísimo y el arroz del Delta una verdadera maravilla. Tuvo deseos de desmerezarse de placer. Se sentía tan bien que hasta se le cerraban los ojos. Nada enturbiaba ese momento absoluto y pleno, nada le preocupaba, nada estorbaba la contemplación de esos dos rostros atentos, sonrientes, que enmarcaban la deliciosa paella. Gunnar y Anaíd. Se parecían. Ella, Selene, en medio de los dos, era objeto de sus atenciones y de sus mimos. Bebió un poco más y pensó con arrobo que dormiría feliz sabiéndose tan querida.

Los rostros fueron difuminándose, difuminándose hasta que desaparecieron y la cabeza de Selene cayó suavemente sobre la mesa, sin estridencias, sin golpes y a tiempo de que Anaíd retirase su plato de paella y le evitase pringarse el pelo de granos de arroz.

Gunnar y Anaíd se miraron algo confusos. Selene era mucho más liviana que Gunnar y la poción había surtido efecto antes de lo que esperaban.

— ¿Y ahora qué hacemos? — preguntó Anaíd algo cohibida por la situación.

Gunnar se levantó y cogió a Selene en sus brazos con delicadeza. No parecía desmayada, parecía simplemente dormida, como una niña que ha madrugado demasiado. Un camarero se acercó solícito.

— ¿Le ha pasado algo a la señora?

Gunnar la besó en los labios.

— Estaba muerta de sueño, y el vino...

La miró con ternura, con la misma ternura que se mira a una niña. Los dos sonrieron y

Gunnar, seguido de Anaíd, se dirigió al ascensor.

– ¿Te ayudo? – preguntó Anaíd.

– No pesa nada – comentó Gunnar sin dejar de mirar a Selene.

Su expresión serena, su sonrisa esbozada. No comentó que era un placer llevarla, pero Anaíd lo supo sin que lo dijera.

La depositó con cuidado sobre la cama. Le quitó con delicadeza los zapatos y el jersey, y la arrojó con mimo, como se cuida a una flor exótica. Luego, sin mediar palabra, volvió a besarla en los labios, dulcemente y musitó:

– Lo siento, Selene.

Anaíd ya estaba en la puerta, impaciente, y taconeó para hacerle notar su prisa. Ella no se disculpó con su madre, no la besó y no quiso despedirse. Su padre se entretuvo unos instantes más hurgando en el bolso de Selene y manipulando su móvil. Anaíd puso sus antenas.

– ¿A quién envías un mensaje? – preguntó con desconfianza.

Pero su padre la tranquilizó inmediatamente.

– He borrado los teléfonos de sus amigas – le susurró.

Y Anaíd, aunque no podía estar segura de si su padre le decía o no la verdad, optó por creérselo. Se había aliado con el y ahora estaba en sus manos.

Antes de marchar lanzó una última mirada al rostro plácido de Selene. «Donde las dan las toman», se dijo para sí Anaíd. Y mientras bajaba las escaleras con su maleta iba pensando si ese proverbio se lo enseñó Deméter o la misma Selene.

CAPÍTULO V

El enamoramiento

A lo mejor, el paisaje del mar Mediterráneo lamiendo las playas de arena dorada valía la pena. A lo mejor, los pueblos del interior parapetados contra las montañas, con sus plazuelas enlosadas y sus iglesias moriscas, se merecían alguna que otra foto. A lo mejor, los campos de naranjos henchidos de flores de azahar eran únicos. Sin embargo, a Anaíd todo eso le importaba muy poco. Sólo tenía ojos para Gunnar.

Si le hubieran preguntado acerca de su padre, hubiera respondido sin pestañear que era la única nota de color en un mundo soso, aburrido y monocorde.

No se cansaba de mirarlo ni de escuchar sus relatos, Gunnar era el hombre de las mil caras y las mil historias. Había vivido más de mil años y ese dato estremecedor, que a Anaíd le resultaba tan incomprensible como el concepto de infinito, la llenaba de curiosidad. Su padre era increíble en el sentido literal de la palabra.

— ¿Estás segura de querer volver a Urt? —le preguntó muy serio Gunnar tras llenar el depósito del coche.

Estaban en una gasolinera y era cerca del mediodía.

Habían dormido en un motel junto al mar, pero durante esa mañana se habían alejado de la costa levantina y se habían internado en las tierras del interior. Al Norte, muy lejos aún, la silueta familiar de la cordillera pirenaica se intuía entre la bruma.

— Segurísima.

— En Urt estarás vigilada. No sólo está Elena, también está Karen.

Anaíd suspiró.

— Sólo quiero ver a Roc y romper el hechizo que le preparó Elena. Luego me marcharé—confesó sin nombrar el cetro.

En realidad, ocultaba a su padre sus propósitos. Primero pensaba recuperar su cetro, luego enamoraría a Roc.

Gunnar chasqueó la lengua.

— Es peligroso.

— Todo es peligroso para mí. Tengo que estar alerta siempre. No paro de pensar en lo que tengo que hacer, en lo que me puede ocurrir, en...

Gunnar le acarició cariñosamente la cabeza.

— No pienses más, ahora no. Relájate. Te prohíbo pensar.

Y la estiró de la mano conduciéndola hasta la cafetería.

— Mi niña comerá un churrasco a la plancha con pimientos del piquillo y unos buenos espárragos y sólo se preocupará de chuparse los dedos. Anaíd se sonrojó de placer y le obedeció sin rechistar.

Y mientras daban buena cuenta de los enormes filetes, una extraña criatura, que los había estado observando agazapada entre los matorrales, se puso en pie con sigilo y se acercó al Passat procurando no ser vista. Alzó una mano, rozó levemente la carrocería, pronunció unas palabras y la puerta trasera se abrió como por ensalmo. La extravagante figura se introdujo en el interior del maletero, se acomodó y ordenó a la puerta que se cerrase. Y la puerta le obedeció.

Aparentemente, el coche tenía el mismo aspecto que unos instantes antes, no obstante, en su interior viajaba un misterioso pasajero de incógnito. A simple vista no se advertía nada extraño, puesto que la cerradura no había sido forzada. Y nada notaron Gunnar ni Anaíd al regresar de la comida bromeando sobre la capacidad de Gunnar para engullir flanes sin masticar.

– Es muy sencillo – intentaba convencerla Gunnar.

– ¿Cómo lo haces?

– Pones un flan en un plato, acercas la boca, sorbes y el flan vuela hacia ti.

– Como el cetro... – musitó Anaíd con tristeza.

Se sentía víctima de un cierto fatalismo. Todo la remitía al cetro. Todo lo asociaba a su poder, a su llamada, a su marca. Durante la noche había vencido el cosquilleo en las manos y el deseo imperioso de tenerlo, pero ahora, la desazón se instalaba de nuevo en su ánimo.

– El cetro... – y ya no pudo aguantarse más –. Selene me dijo que tú lo habías robado.

Gunnar fue tajante.

– Selene mintió.

Anaíd le sonsacó.

– ¿Y dónde crees que está?

Pero Gunnar no era tan ajeno a lo que sucedía a su alrededor como a veces podía parecer.

– Eso lo sabrás tú.

– ¿Yo?

– Enséñame esa mano.

Y puesto que Anaíd no le facilitaba las cosas, la agarró él mismo.

– Con ella has estado hurgando sobre el paradero del cetro. ¿O no?

Anaíd, descubierta, escondió la mano tras su espalda.

– Es mío. Alguien me lo ha robado y, si no has sido tú, ha sido Selene.

– ¿Y por eso vamos a Urt? ¿Está en Urt?

Anaíd bajó la cabeza avergonzada.

– Sí.

Anaíd temió que le pidiera más detalles, pero Gunnar fue discreto.

– ¿Tanto te costaba decírmelo?

– No me atrevía. – Tu madre te ha hecho creer que soy tu enemigo.

– No es eso.

Aunque sí que era eso. El recelo acabaría por cuajar, tarde o temprano. Anaíd intentó zanjar el tema.

- Por favor, papá.
- Está bien – cedió Gunnar.

Se dio cuenta de que había pronunciado la palabra «papá» por primera vez en su vida. Y su padre parecía complacido.

– No hablaré más del cetro – la tranquilizó Gunnar abriendo la portezuela del conductor.

Anaíd dejó resbalar la vista sobre las montañas que se vislumbraban en lontananza. Ya habían puesto rumbo al Norte y el tiempo había refrescado.

- Un momento, necesito un jersey – exclamó.

Corrió hacia el maletero, levantó la puerta trasera impulsivamente y en ese mismo instante sintió una punzada en su brazo izquierdo. Fue un calor súbito, como una quemazón. Levantó la vista y topó con los penetrantes ojos de Gunnar.

- ¡Me has quemado!
- ¿Yo? – se defendió Gunnar desconcertado.
- Me has mirado con tanta intensidad que, fíjate, hasta me duele.

Y le mostró una pequeña marca rojiza en el brazo.

- Cuentista, eso ha sido una pulga.

Anaíd se rió aliviada. Y con la tranquilidad queda saberse protegida, no atendió al cambio en la disposición de los paquetes del maletero ni al bulto sospechoso cubierto por una manta. Abrió su bolsa y cogió un jersey rojo que le había comprado Selene el día anterior. Pero al ir a cerrar notó algo extraño.

- Anda, vámonos – la conminó Gunnar.
- Espera – dijo Anaíd súbitamente en guardia.
- ¿Qué pasa ahora?

Anaíd acarició el jersey y lo acercó a su nariz olfateándolo como le había enseñado a hacer Deméter.

- El olor. No es el mío.
- Claro – confirmó Gunnar –. No es el único. El jersey está impregnado del olor de Selene, de la fábrica, de la tienda, de la dependienta, del hotel...

Anaíd se dejó convencer a medias. Continuó frunciendo la nariz.

- Pero este olor es reciente.

Una empleada de la gasolinera pasó junto a ellos y sonrió coquetamente a Gunnar pasando la mano por la chapa polvorienta del coche, como quien acaricia a una mascota.

– Bonito coche – comentó estúpidamente comiéndose Gunnar con los ojos –. ¿Te lavo los cristales?

Anaíd olvidó su curiosidad sobre el olor extraño y cerró la puerta del maletero con un golpe brusco para echar a la intrusa que mariposeaba en torno a su padre.

- No, gracias – respondió por él, rauda.

Era eso, claro los olores de todas las chicas que se acercaban a Gunnar quedaban ahí, inscritos en la carrocería del Passat, en las tapicerías, en su misma ropa.

— Están muy sucios — insistió la chica, ignorándola—. ¿Vienes de muy lejos? — preguntó a bocajarro a Gunnar.

Gunnar atraía todas las miradas femeninas y arrastraba a su paso suspiros y medias sonrisas congeladas.

— Más lejos de lo que crees — respondió enigmático Gunnar siguiéndole el juego.

Anaíd se puso el jersey rojo.

— Vámonos, cariño — le dijo a su padre con mala intención.

Así consiguió que la chica levantara la cabeza, desconcertada, y los mirase atentamente para cerciorarse de que no había oído mal y de que, a lo mejor, la que ella creía que sería la hija de ese hombre tan guapo era su joven esposa. Pero no coló. Anaíd se parecía demasiado a él.

— Tu hija tiene prisa.

— Es impaciente como su madre. Ten y gracias — replicó Gunnar ofreciéndole una moneda y regalándole un guiño que Anaíd consideró que sobraba.

En cuanto arrancó, se lanzó a protestar:

— ¿Por qué le has guiñado el ojo a esa tonta?

— ¿Yo le he guiñado un ojo?

— Sí. Te he visto.

— Pues ni me he dado cuenta.

— ¿Siempre guiñas el ojo a las chicas desconocidas sin darte cuenta?

— ¿Y tú eres siempre tan celosa?

Anaíd calló. Su padre tenía razón, pero Gunnar era tan especial...

— Es que, no sé, me pone nerviosa. Selene se debía de enfadar un montón.

— Te equivocas. Tu madre se reía. Estaba muy segura de sí misma.

Anaíd se sintió peor. Su padre acababa de decirle que era insegura, a diferencia de Selene.

Un remordimiento momentáneo y molesto la visitó. ¿Qué estaría haciendo Selene? ¿Cómo se sentiría cuando despertase? ¿Había obrado mal?

Intentó acariciar el anillo para tranquilizarse y, ante su asombro, descubrió que su dedo estaba desnudo.

— ¡El anillo! — gritó.

Gunnar dio un golpe brusco al volante.

— ¿Qué pasa?

Anaíd, desesperada, se agachó y tanteó el suelo.

— Mi anillo de esmeralda.

— Menudo susto — se quejó Gunnar.

— ¡Es que no lo llevo!

— Anoche tampoco lo llevabas — comentó Gunnar recuperando el control del vehículo.

Anaíd intentó hacer memoria. Se lo quitó para vendarse la mano. Era eso. Lo había dejado en el hotel y Selene lo encontraría sobre la repisa del baño.

No quería pensar más y comenzó a cantar a voz en grito. Era una buena terapia para

echar fuera los malos pensamientos. Gunnar la secundó y pronto sus voces se fundieron en baladas celtas que consiguieron que la nostalgia por paisajes brumosos y lejanos se instalase en el vehículo.

Doscientos y muchos kilómetros más tarde, a las puertas del desfiladero que abría el valle de Urt, Anaíd comenzó a desafinar al darse cuenta de que su mano derecha temblaba con insistencia. A pesar de que intentaba controlarla no podía. Su mano le quemaba, la desazón se la comía viva. Necesitaba tocar el cetro. El cetro la estaba reclamando a su lado y la llamaba. Estaba cerca y lo notaba.

– ¿Te pasa algo? –preguntó Gunnar contemplándola a hurtadillas e intentando mantener la vista en la carretera.

– Creo..., creo que necesito ir al baño –mintió avergonzada.

Gunnar destensó los hombros. La conducción continuada le agarrotaba los músculos.

– Estamos llegando. ¿Dónde quieres que paremos?

Anaíd lo llevaba pensando durante un rato. No podía entrar en su casa a plena luz del día. No podía poner los pies en el pueblo ni en ningún lugar público a menos de veinte kilómetros a la redonda. La conocían. Tarde o temprano su regreso correría de boca en boca y llegaría a oídos de Elena o de Karen. No podía arriesgarse a que interfiriesen en sus planes. Tendría que ser discreta y moverse con precaución.

– Conozco una zona de picnic junto al río. Hay una fuente, unos lavabos y sitio para descansar. Podemos comprar algo de comida en el súper y esperar hasta que anochezca.

Llegaron al merendero poco después y Anaíd, al parar el coche y contemplar los chopos mecidos por el viento, las mesas de piedra y las barbacoas ennegrecidas, sintió un cosquilleo extraño en el vientre. Le traía recuerdos de domingos pasados en compañía de Selene y Deméter. Volvía a estar en casa. Ésa era su tierra y lo sería siempre.

– ¿Quieres comer algo?

Era el crepúsculo. Una hora misteriosa, cuajada de sombras y susurros, pero Anaíd no tenía hambre sino ansiedad por recuperar el cetro. Estaba cerca del robledal y la cueva. Necesitaba una excusa.

– Me apetecería dar un paseo para estirar las piernas... Gunnar le dio la razón.

– Buena idea. Yo si pudiera echaría una carrera.

– Hazlo –propuso Anaíd, súbitamente interesada en que su padre desapareciese de su vista un rato, el suficiente para echar a correr hacia la cueva y dar rienda suelta a su deseo oculto—. Yo prefiero pasear.

Gunnar, pícaro, guiñó un ojo a Anaíd y Anaíd, esa vez, quedó encantada por la complicidad que estableció con él en ese gesto tan privado, tan malicioso.

– ¿Por qué no? –musitó Gunnar como un niño malo.

– ¿Por qué no? –respondió Anaíd guiñándole a su vez el ojo—. Nadie lo sabrá nunca.

– Lo haces estupendamente.

– ¿El qué?

– Ese guiño.

– ¿Ah sí? Pues no me he dado cuenta –respondió Anaíd muy seria, demasiado. Y

consiguió arrancar una buena carcajada a su padre.

Gunnar salió a la carrera como si persiguiera una liebre y Anaíd lo imaginó mil años antes, con su cabello largo atado con una cinta de cuero, corriendo ligero tras las piezas de caza, llevando su arco a la espalda y dando órdenes a sus perros. No acababa de asimilar la certeza de su longevidad.

— ¡Espera! ¡Espera! Déjame las llaves del coche por favor! — gritó de golpe Anaíd al darse cuenta de que sus sandalias no eran el calzado más apropiado para correr hasta el robledal.

Gunnar, sin detenerse apenas, se las lanzó y Anaíd, al intentar cazarlas al vuelo, se lastimó un dedo. Gunnar tenía mucha fuerza, más de la que era capaz de controlar.

En cuanto lo vio desaparecer tras la loma, Anaíd abrió de nuevo el coche. Estaban en un área de picnic solitaria, al abrigo de miradas indiscretas. El viento se había levantado y mecía las hojas de los chopos que crecían junto al riachuelo.

Sacó la llave y oprimió el botón que activaba la apertura automática. Levantó con cuidado el maletero y, reprimiendo un suspiro, abrió su maleta, cogió la caja de zapatos y sacó unas zapatillas deportivas por estrenar.

En ese justo momento cambió la dirección del viento y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Acababa de darse cuenta de que no estaba sola. El olor difuso que había notado antes le llegó ahora con claridad. Era suave y ligero, parecido al pollo, pero al mismo tiempo infantil y algo dulce. Un olor confuso. Había alguien escondido en el coche. Sí, había oído un roce. Un ligero movimiento de algo vivo arrastrándose. Con el rabillo del ojo, fingiendo indiferencia, captó perfectamente la forma humana del bulto al acecho que se ocultaba entre las sombras.

Se quedó unos instantes inmóvil, agarrotada, incapaz de pensar con lucidez. Hasta que reaccionó y palpó con cautela el bolsillo de su maleta donde guardaba su *atame*. Lo cogió disimuladamente y, con la otra mano, bajó la puerta con fuerza. Se retiró un paso, dos, y con el mando automático, a una distancia prudencial, bloqueó la cerradura. Se llevó la mano al pecho. Respiraba agitada. Tenía que tranquilizarse y pensar. ¿Quién se escondía en el vehículo? ¿Quién la acechaba? ¿Baalat volvía a estar viva?

Entonces lamentó que Selene no estuviera allí para aconsejarla.

CAPÍTULO VI

La vergüenza

Sentía una pereza infinita, pegajosa. Dudaba entre continuar inmersa en su sueño, a sabiendas de estarse pasando de la hora, o abrir los ojos. Le pesaban los párpados y la boca se le abría en un bostezo grande y profundo.

Finalmente, Selene gimió, se despezó con lentitud y, tras un esfuerzo sobrehumano, se incorporó y miró a su alrededor. La luz tenía una tonalidad suave y la habitación estaba vacía. A su lado, la cama donde había dormido Anaíd ya estaba hecha. Sonrió para sí. Era una niña bien educada.

Se sentía de buen humor y extrañamente optimista. Había tenido un sueño vivido, tan real que hasta le cosquilleaba la piel. Gunnar la había tomado en sus brazos y la había trasladado con mimo a un lugar cálido, mullido. Luego la había besado susurrándole al oído: duerme. Y ella había dormido plácidamente sabiendo que nada ni nadie podría estorbarla. Hacía tiempo, desde antes de que muriese Deméter, que no se sentía tan segura, tan arropada. Hacía tiempo que no había dormido tan bien.

Y de pronto en la almohada, junto a su propia cabeza, descubrió un cabello rubio. Lo cogió entre sus dedos con extrañeza y lo olisqueó como una loba. Era de Gunnar. Gunnar había estado allí, con ella. Se fijó en que la colcha, algo arrugada, conservaba la forma combada del peso de su cuerpo. Entonces, tal vez no lo hubiera soñado... Pero por más que lo intentaba, no recordaba nada. Absolutamente nada. Sólo sabía que estaba animosa y muy hambrienta.

Se levantó y se dio cuenta de que en lugar de su camisola de dormir llevaba puesta la ropa interior. ¡Qué extraño! Caminó hacia la ducha y se distrajo entreabriendo su maleta y repasando su ropa nueva. La había comprado el día anterior y podía estrenar el conjunto que le viniese en gana. Todas las prendas llevaban las etiquetas colgando.

¿Una falda quizá? ¿Por qué no? Tenía las piernas bonitas. La apartó a un lado y escogió también una camiseta negra de escote ancho. A Gunnar le gustaba el color negro. Siempre le dijo que la favorecía. Igual que a él le favorecían las sienes algo plateadas y las telarañas de sus ojos. Le hacían más interesante, más apuesto.

En esos momentos ya no sentía ninguna animadversión hacia Gunnar. Sin Anaíd delante podía reconocer que había envejecido como cualquier mortal y que no utilizaba la magia. Lo comprobó en la batalla contra Baalat. Cuando lo arrastraron las aguas se convenció de que lo que decía era cierto, como también era cierto que las había defendido con su propia vida y que había decapitado a Baalat. A veces era injusta. A veces era caprichosa y voluble.

Y al frotarse con su guante de pita bajo el chorro de agua fría, se despejaron los últimos

jirones de niebla que flotaban ante sus ojos y se acordó de la noche anterior. ¡Qué tonta!

Había dado la poción de sueño a Gunnar durante la cena y lo tenía todo dispuesto para engañarlo y huir con Anaíd. ¿Y qué hacía entonces en la habitación de buena mañana? Supuso que había caído rendida de sueño, supuso que estaba tan derrengada que había olvidado hasta el momento en el que llegó a la cama. Pero ahora, a la luz del día, ese sueño reparador le hacía ver las cosas de otra forma. Se había despertado con ganas de reconciliarse con la vida y con Gunnar.

Su defecto era la impulsividad. A veces se precipitaba y actuaba por despecho. Luego, claro está, se arrepentía.

Pobre Gunnar, él sí que debía de dormir a pierna suelta con la dosis que le puso en el vino, como cuando bebió la poción que le preparó la yegua Omar Holmfrídur en Islandia.

Tuvo deseos de visitarlo de incógnito y de verlo dormido, con los zapatos puestos y los brazos abiertos. Así solía dormir Gunnar cuando caía rendido a su lado, en la tienda de piel de reno o en la cabaña de Groenlandia. Tenía un sueño sereno y confiado, como el de un niño.

Rectificar es de sabios, acostumbraba a decirle Deméter. Y comenzó a bullirle una idea nueva en la cabeza. ¿Por qué no rectificar? ¿Por qué no cambiar el rumbo de los acontecimientos? Había ido demasiado lejos con su rencor. Anaíd tenía razón al reprochárselo. ¿Y Anaíd? ¿Dónde andaría? Había olvidado su anillo de esmeralda en el baño y supuso que estaría desayunando.

Acabó de vestirse rápidamente y se tranquilizó al ponerse el reloj. Sólo eran las siete de la mañana. Y sin embargo, tenía la sensación de haber descansado mucho. Mejor. Gunnar dormiría hasta la noche y así a ella le daría tiempo de pensar sobre la mejor decisión para los tres.

Salió de la habitación y bajó al restaurante, pero, ante su decepción, no vio a Anaíd. Se sentó a una mesa vacía con una flor de plástico solitaria en un jarrón sin agua y se extrañó de que no estuviera dispuesto el *buffet* de desayuno como la mañana anterior. El camarero se acercó solícito con una carta.

— ¿Va a cenar sola la señora?

Selene creyó que era una broma.

— Querrá decir desayunar.

— ¿A las siete de la tarde?

Selene se quedó atónita. Si la hubieran pinchado no le habrían encontrado sangre. ¿Entonces esa luz era el crepúsculo?

Por eso no había nadie en el restaurante. Por eso Anaíd había hecho su cama. ¿Qué le había ocurrido?

Se levantó apurada.

— Bajaré luego a cenar con mi marido y mi hija —se excusó recogiendo la chaqueta y el bolso.

Pero el camarero tosió algo azorado.

— Creo que, si no me equivocó, se fueron anoche.

Eso fue como una bofetada seca. Selene se tambaleó.

– ¿Cómo?

– Después de cenar pagaron la cuenta y marcharon.

– ¿Con el coche?

– Supongo.

– ¿Está seguro de que llevaban el equipaje?

El camarero se sentía incómodo. La desgracia ajena incomodaba y aquella pobre mujer, tan bella y tan desgraciada, a quien habían dejado abandonada su marido y su hija, le daba pena.

– Eso será mejor que lo confirme en recepción. Yo no les hice la liquidación y no puedo decírselo con seguridad.

Lo sabía con toda seguridad. El caso había sido la comidilla del hotel. La mujer dormida que compartía habitación con la hija en lugar de con el marido y la huida precipitada de ambos mientras ella dormía, probablemente por efecto de algún somnífero, era el notición del día.

Selene también lo sabía. Las piezas del puzzle iban encajando unas con otras hasta conformar el panorama de su engaño. Y sin embargo, cuando lo confirmó definitivamente en recepción, las rodillas le flaquearon y se sintió tan avergonzada que hasta se sonrojó. No le sucedía desde que era niña, pero en aquel momento tuvo la certeza de que todos la miraban, la señalaban con el dedo y se reían de ella.

Se refugió en la habitación y registró a fondo los armarios. Anaíd se lo había llevado todo. Efectivamente, había huido con Gunnar.

¿Y el cetro? ¿Dónde estaba el cetro? ¿Lo tenía Gunnar como ella dejó entrever? ¿Estaba en manos de una Odish? No tenía forma de saberlo. Ante Anaíd había fingido que ese tema no la preocupaba, pero en realidad, la angustiaba terriblemente. Quien tuviera el cetro tendría poder sobre Anaíd.

No podía sustraerse a la culpabilidad de no haber velado por el cetro. Eso era muy grave, muy peligroso. Tenía que encontrar a su hija antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando tuvo la maleta cerrada y se vio sola ante el espejo con su falda nueva y la camiseta escotada de color negro que se había puesto para agradar a Gunnar, se sintió tonta y desvalida. Entonces se derrumbó y se lanzó sobre la cama deshecha en llanto.

Todo lo hacía mal. Todo le salía mal. Todo acababa por estropearse en sus manos. Gunnar había vuelto a traicionarla y esa vez se había llevado con él lo único que le quedaba en el mundo. A su hija Anaíd. Pero era culpa suya. Lo había hecho tan mal que los había precipitado a ambos, padre e hija, en los brazos del otro.

Y ahora estaba sola, más sola que nunca.

Podría haber pedido un taxi en el hotel, pero prefirió mentir. Salió con una sonrisa falsa, dijo que había sido un malentendido y que pasarían a recogerla por la carretera.

Si se lo tragaron o no era cosa suya, pero prefirió fingir antes que reconocer que la

habían abandonado. Significaba que era prescindible, que otros podían sobrevivir sin ella y que además preferían estar sin ella antes que aceptar su compañía.

Se alejó arrastrando su maleta y luciendo orgullosamente el anillo de esmeralda en su dedo anular. No se dio la vuelta, orgullosa, hasta el primer recodo. Una vez lejos de las miradas ajenas, se rompió en pedacitos.

Ya había anochecido. No tenía ni idea de qué dirección tomar. ¿Adónde iba? Se sentó sin fuerzas sobre la maleta y se llevó las manos a la cara, mesándose los cabellos. Estaba tan sola, se sentía tan desorientada...

Y de pronto, una lengua áspera y caliente acarició su mano y una voz familiar la obligó a abrir los ojos con incredulidad.

– No te des por vencida, Selene.

– ¡Deméter! – exclamó gritando.

En efecto, su madre Deméter, bajo la forma de una loba, le hablaba y estaba ahí, junto a ella.

– Anaíd te necesitará, no puedes dejarla.

– ¿Y qué puedo hacer?

– Búscala.

La convicción de Deméter y su firmeza la ayudaron a levantarse.

– Oh, madre, te añoro tanto, es tan difícil todo.

– Ya lo sé, hija mía.

– Si estuvieses aquí, las cosas serían más fáciles.

– Es tu tiempo Selene, el mío se acabó.

Selene se embebió de sus palabras. Era cierto. De nada servía lamentarse y pedir imposibles. Todo era difícil. Los momentos de bonanza se escurrían de las manos sin darse apenas cuenta. Había vivido momentos felices junto a Gunnar, su gran amor, junto a Deméter, su madre, y sobre todo junto a su niña Anaíd. Ahora la encontraría estuviese donde estuviese. Iría hasta el fin del mundo Si hacía falta.

Se puso en pie, agarrando la maleta con fuerza, y se dirigió a la carretera para detener el primer coche que pasara. Alzó la mano con decisión al divisar los faros a lo lejos y se dirigió a su madre Deméter.

– ¿Hacia dónde?

En la oscuridad ya no pudo distinguir el brillo de las pupilas dilatadas de la loba. Deméter había desaparecido. Frotó el anillo con desesperación, pero de nada le sirvió. Rabiosa y dolida, se lo arrancó del dedo y lo lanzó lejos para zafarse de su impotencia.

CAPÍTULO VII

La decepción

Anaíd permaneció inmóvil hasta que anocheció. Hubiera querido enfrentarse cara a cara al intruso que se escondía en el coche, pero la prudencia le aconsejaba esperar el regreso de Gunnar.

Cuando el sol se hundió definitivamente en el abismo y sus rayos dejaron de alumbrar los chopos, llegó la oscuridad. El desamparo y los gritos de la lechuza se adueñaron del merendero y el ánimo de Anaíd fue apagándose como una cerilla y cediendo terreno al miedo.

Hacia ya un rato que observaba cómo la puerta del maletero cerrado pugnaba por abrirse y en ese mismo momento, a pesar de estar herméticamente cerrada, comenzó a levantarse lentamente. Anaíd, con el cuerpo en tensión, desentumeció los dedos de su mano derecha uno a uno y asió con fuerza su *atame*. Estaba preparada para cualquier eventualidad. Recordó los consejos de la luchadora Aurelia, del clan de la serpiente: la mente clara, los sentidos despiertos y adelantarse siempre a las intenciones del oponente. Era un buen consejo para vencer.

Sin embargo, al distinguir una mano asomando entre las sombras, Anaíd perdió el mundo de vista y atacó a la desesperada. Se arrojó con todas sus fuerzas contra el intruso, sin orden ni concierto, sin proteger su flanco izquierdo ni triplicar su imagen para desconcertar al oponente. Estaba poseída por la ira y levantó su *atame* sin atender a la pequeña e indefensa figura de una muchacha asustada cubriéndose la cabeza con sus manos delgadas.

— ¡Anaíd, no!

Fuese porque pronunció su nombre, porque el tono de voz era inofensivo o porque un instinto oculto le permitió ver los contornos con más nitidez a través de la bruma del descontrol, Anaíd detuvo el brazo a tiempo.

Jadeando y con la mano ardiendo, iluminó a la intrusa.

— ¿Quién eres tú?

Y ante su estupor, la chiquilla se puso en pie, saltó fuera del coche, se arrodilló ante ella y le besó los pies.

— Te adoro, Anaíd. Soy tu más fiel y devota seguidora. Soy Dácil.

— ¿Dácil? —inquirió Anaíd arrugando la nariz y sin dejar de deslumbrarla con su luz y amenazarla con su *atame*—. ¿La misma Dácil de los mensajes de *e-mail* y de SMS?

— Sí, Anaíd, soy yo. Te busco hace mucho tiempo. Quiero estar contigo, seguirte adonde vayas, servirte.

Anaíd tenía dos opciones: creerla o no creerla. La estudió con detenimiento paseando su mano sobre su cuerpecillo. Era una chica muy delgada, de pelo rizado y oscuro, piel

morena y ojos excesivamente pintados y salpicados de rimel caducado, de ése que dejaba grumos en las pestañas y manchones en la cara. Los labios pintarrajeados de un rosa estridente, los pies sobre unos tacones demasiado altos que acentuaban la delgadez de las piernas, y un top cantón de lunares negros subrayaban el mal gusto de la desconocida.

Si obviaba los excesos, en cambio, el aspecto aniñado de Dácil, de sonrisa angelical, ojos dulces y nariz pícaro, era el de una Virgen ortodoxa.

¿Niña? ¿Mujer? Ambigua.

– ¿Qué hacías en nuestro coche?

– Seguirte, hace mucho tiempo que te sigo.

En ningún caso Baalat, con su mundología y su milenarismo amor a la belleza, hubiera consentido en reencarnarse en aquel cuerpecillo nervioso y chillón.

– Pero, pero... ¿se puede saber quién eres y de dónde sales?

Dácil sonrió con una sonrisa tan bonita que Anaíd imaginó una mariposa de alegres colores revoloteando en su cara.

– Soy Dácil, la Luz, hija de Atteneri, la Blanca, y nieta de Guacimara, la Princesa. Pertenezco al clan de la *axa*, la cabra, y desde niña, desde que abrí los ojos, oí hablar de la elegida y del día en que vendría a nuestro valle para descansar en la cueva y entrar en la penumbra del cráter.

Anaíd se quedó asombrada. Digirió como pudo aquel cúmulo de información e intentó asimilarla.

– ¿Eres..., eres una Omar?

– Claro –rió con franqueza Dácil, respondiendo a su nombre, cuyo significado era Luz; en su alegría brillaba la luz.

– Y... ¿de dónde dices que vienes?

– De la isla de Chinet.

– ¿Chinet? –repitió Anaíd con incredulidad.

– Vosotros la conocéis como Tenerife –aclaró Dácil.

– ¡Claro, el Teide! –gritó Anaíd llevándose la mano a la boca—. ¿Has dicho que la elegida penetrará en la penumbra del cráter?

– Eso han dicho siempre las matriarcas de la Orotava.

La cueva está preparada desde hace generaciones. Aremoga, la mujer sabia de La Gomera, y Ariminda, la reina, nos prepararon a mi prima hermana Tazirga, la perspicaz, y a mí, para agasajarla y recibirla. Somos algo así como las azafatas de la elegida.

Anaíd la corrigió.

– Querrás decir las novicias, o las oficianes.

– No. Eso es muy cutre, no mola nada.

Anaíd se quedó desconcertada.

– Ya.

– Las azafatas de la elegida suena más guay, ¿no? Anaíd repasó su vestuario de nuevo: además del horroroso top, llevaba una falda tejana con piedrecillas de colores incrustados, y en sus dedos lucía tantos anillos que apenas podía levantar las manos.

Decididamente los gustos de Dácil y de ella eran muy diferentes.

– Pues sí, suena... guay.

Dácil sonrió como mil mariposas.

– ¿De verdad?

Ahora ya no podía echarse atrás y menos cuando Dácil se lanzó a su cuello y la besó. Anaíd hubiera querido considerarlo un exceso, como su voz chillona o sus colores llamativos, pero el beso le pareció más dulce que los bollos de crema que había desayunado.

– Ariminda se va a enterar. Siempre me corrige.

– ¿Ariminda?

– La matriarca de las *axas*. Es relamida y anticuada. No te gustaría nada, nada –y de pronto, sin que hubiera motivo, Dácil extrajo un paquetito de su bolsillo y se lo entregó—. Es para ti. Un regalo.

Anaíd hubiera querido rechazarlo, pero no pudo. Los ojos cantarines de Dácil, su mano generosa, su paquetito mal envuelto y la expectación mal reprimida le formaron un nudo en la garganta, un nudo muy extraño que le oprimía el cuello y la producía algo así como ganas de llorar.

Muy raro.

Lo abrió con cuidado y una bonita piedra cuidadosamente pintada apareció en medio del papel arrugado. Los colores eran vivos, y las formas geométricas con que estaba decorada, muy bellas. La piedra oval era negra como el carbón.

– ¿Te gusta? –preguntó con mucho interés Dácil—. La pinté pensando en ti, en el color de tu pelo y de tus ojos. Tu pelo rojo, el de verdad.

Anaíd supo que el nudo se le hacía al saber que alguien desconocido pensaba en ella y deseaba complacerla mediante algo tan delicado como una bonita piedra pintada a mano con amor.

– Es preciosa –comentó.

– Volcánica, de mi valle. Ven, te la pondré, es un amuleto. Está embrujada y te protegerá.

Y por el pequeño orificio, apenas perceptible, pasó un cordón de cuero y luego lo ató con pericia al cuello de Anaíd.

Anaíd notó cómo las manos delgadas de Dácil acariciaban levemente su cuello y luego jugueteaban con su pelo.

– Aquí se ve la raíz roja. Tendrás que teñirte. Qué pena. Me gustaría tanto verte con tu pelo rojo... Eres tan guapa que ni me imagino lo bonita que estarías con la melena roja. ¡Guauuu!

Anaíd se sintió complacida. Era agradable palpar esa admiración tan sincera.

– Así que tú eres mi azafata. ¿Y qué sabes hacer?

– Me enseñaron a ofrecerte plátanos con miel, a bañarte con esencias de aloe, a arroparte en una cama fresca perfumada de lavanda, a cantarte viejas canciones guanches y a entretenerte con antiguas leyendas, la de la princesa Ico, la de la bella Amarea.

Anaíd la interrumpió antes de que recitara la retahíla de leyendas que sabía.

– ¿Y qué haces aquí?

Dácil se encogió de hombros.

– Me cansé de esperar y vine a buscarte.

Anaíd no entendía nada.

– ¿Me estás diciendo que tengo que ir a la Orotava porque ahí tenéis una cueva dispuesta a acogerme?

– Te esperamos desde hace quince siglos.

– ¿Me invitáis a unas vacaciones en las Canarias?

Dácil explotó en una carcajada.

– Me estás tomando el pelo.

– Para nada.

– Entonces, ¿por qué preguntas lo que ya sabes? Tú lo sabes todo, eres la elegida.

Anaíd negó.

– Te equivocas.

Dácil pareció apurada.

– Entonces..., ¿no eres la elegida?

Anaíd rectificó.

– No lo sé todo, mejor dicho, no sé nada y no tengo ni idea de por qué las matriarcas del clan de la cabra del Valle de la Orotava tienen dispuesta una cueva para recibirme desde hace siglos.

– Yo sí lo sé, soy la única que lo sé.

– ¿Y me lo dirás?

– Es para entrar...

– ¿Dónde?

Dácil miró a todos lados con reparo y muy flojito murmuró:

– En el camino de los muertos, el que une los mundos.

Anaíd se llevó una mano a la boca para reprimir su sorpresa.

– ¡El Camino de Om!

Dácil suspiró.

– Las princesas menceyes ya lo conocían, pero no se atrevían a entrar hasta que morían. En cambio tú...

Anaíd se sintió muy rara. Una chiquilla venida del Atlántico y nacida en una hermosa isla de clima primaveral sabía más acerca de su destino y su misión que ella misma.

– ¿En cambio yo qué?

– En cambio tú entrarás viva.

Anaíd sintió un leve temblor.

– Y saldré viva, supongo.

– Eso ya no lo sé... – admitió Dácil apenada.

– ¿Cómo que no lo sabes?

– Pues que, una vez entres en el cráter, nuestra misión, la de las oficiantes-azafatas, habrá acabado. Eso quiere decir que no saldrás.

Anaíd se mosqueó.

– O que no saldré por el mismo sitio.

Dácil dio la vuelta a su razonamiento. Era fácil de convencer.

– ¡Es verdad! Me quitas un peso de encima.

Anaíd se dio cuenta de lo absurdo de la situación.

– Entonces, si me tienes que esperar en la cueva, ¿me puedes decir qué haces aquí?

– Conocerte.

La franqueza de Dácil era más refrescante que un helado de vainilla.

– ¿Y cómo te has metido en el coche cerrado?

– Muy fácil. He hecho saltar la cerradura con el sortilegio de Bencomo.

Anaíd recordó que Bencomo estaba maldito.

– ¿Bencomo? ¿Ese sortilegio no está...?

– Prohibido. Sí. Claro –afirmó con naturalidad Dácil–. Todos los sortilegios prohibidos provienen de Bencomo, el último mencey, el terrible, que usó la magia Omar para luchar contra las profecías de los oráculos que vaticinaban la invasión. Sin suerte, porque nos invadisteis.

– Yo no estaba.

– Bueno, los peninsulares; es una forma de hablar.

– ¿Y si están prohibidos por qué los usas?

– Porque soy una revolucionaria.

La frase la dejó frita. No podía creerlo. Lo bueno del caso era que Dácil estaba encantada de conocerse a si misma. Anaíd notó cómo la risa quería escapársele por debajo de la nariz, pero se reprimió.

– Vaya, vaya, he aquí a la Omar revolucionaria, la que capitaneará las nuevas generaciones de brujas jóvenes.

Dácil rió con risa cristalina.

– No seré yo.

– ¿Ah, no? ¿No eres la gran revolucionaria?

– Yo no, yo sólo te sigo.

El asombro de Anaíd fue mayúsculo.

– ¿A mí?

Dácil revoloteó a su alrededor como un ave del paraíso.

– Tú eres mi guía, tú eres mi modelo, mi ejemplo, mi futuro. Tú eres guay, joven, enrollada y no te comes el tarro como las matriarcas que nos prohíben ir a la discoteca, ponernos faldas cortas y usar los sortilegios de Bencomo.

Anaíd sintió que le rodaba la cabeza. Aquella pequeña Omar era una verdadera bomba de relojería.

– A ver Dácil, ¿qué tienen que ver la discoteca y la música *house* con la elegida y los sortilegios de Bencomo?

Dácil se carcajeó y Anaíd se quedó cortada.

– ¡Eres muy divertida!

Anaíd no sabía que fuera graciosa, nunca lo había sido, aunque no le hubiera molestado serlo. Envidiaba –con envidia sana, claro– a las chicas graciosas que abrían la boca, desdramatizaban las pequeñas tragedias cotidianas y conseguían que todos se muriesen de la risa. Clodia, por ejemplo, era infinitamente más graciosa que ella. Pero si Dácil la consideraba divertida..., comenzó a saborear el privilegio de tener a una incondicional.

- ¿Y qué quieres de mí?
- Verte, tocarte, seguirte, servirte... y...
- ¿Y...?
- Decirte cada día que te adoro.

Y volvió a besarla con verdadera pasión, tanta que Anaíd se tambaleó y tuvo que sujetarse al coche. Gracias a esa distracción percibió a lo lejos la imagen de Gunnar regresando de su carrera de *footing*.

- ¡Rápido, al maletero!
- Dácil se extrañó.
- ¿Por qué?
 - No quiero que mi padre te vea.
 - ¿Quién te crees que me dijo dónde estabas?

Y en ese momento Gunnar, jadeando, se acercó hasta ellas y saludó a la recién llegada.

- Tú debes de ser Dácil.

Unos minutos más tarde Gunnar comía su sándwich sonriendo. La carrera le había devuelto el hambre y el buen humor. El asombro desmesurado de Anaíd le hacía tanta gracia que se le marcaba un hoyuelo en su mejilla derecha.

Los tres estaban dando buena cuenta de las provisiones sentados en una solitaria mesa de piedra *graffiteada*.

– No puedo creer que disimulases tan bien –se quejó Anaíd mordisqueando un plátano.

- Tengo muchos años.
- ¿Y por qué te pusiste en contacto con Dácil?
- No me iba a quedar de brazos cruzados ante aquellos mensajes, ¿no crees?

Anaíd miró a ambos, a Gunnar y Dácil, conchabados sin que ella lo supiera.

- ¿Y entonces la llamaste?
- Pues claro.
- Y a Selene no se le ocurrió.

Dácil negó.

- No. Tu madre nunca me devolvió un mensaje.

Ahora la curiosidad de Anaíd se dirigió hacia Dácil.

- ¿Y cómo conseguiste el número de móvil de Selene?
- Lo copié de la agenda de Elena.
- ¿Elena?

– Claro, yo venía de Urt. Lo que no sabía es que regresaría al mismo sitio.

– ¿Cuándo marchaste de allí?

– Anteayer.

Anaíd se llevó la mano al pecho para que Gunnar y Dácil no oyeran los horrorosos latidos de su corazón que le salían por la boca. Qué vergüenza, qué apuro.

– ¿Y conociste a... la familia de Elena?

– Sólo a algunos de sus hijos.

– ¿A Roc? – preguntó con un temblor imperceptible.

– ¿El guaperas de la moto? No me hizo ni caso, su novia es una tonta.

Anaíd se puso de los nervios.

– Marion.

– Eso, Marion, me cayó fatal –y de pronto se tapó la boca con la mano–. Lo siento, perdona, a lo mejor es amiga tuya.

– No, no lo es y no lo será nunca – explotó Anaíd aprovechando la ocasión que se le brindaba –. Marion es una chica engreída, egoísta, manipuladora...

Gunnar interrumpió el monólogo de Anaíd que derivaba peligrosamente en un soliloquio victimista.

– ¿Viniste entren?

– En un camión.

– ¿Cómo?

– De polizón. Era un camión de pollos.

Anaíd entendió el motivo de su confusión para identificar el aroma dulzón que la había delatado. Una mezcla de pollo y niña.

– ¿Tu madre ya sabe que viajas de esa forma?

– Dice que me parezco mucho a ella. Está muy orgullosa de mí.

Anaíd supo que algo no encajaba en esa explicación.

– ¿Tu madre está orgullosa de ti porque te escondes en un camión de pollos?

– Ella se escondió en las bodegas de un barco durante muchísimo más tiempo.

– ¿Ah, sí?

– Iba a Venezuela, pero hubo una tormenta y el barco se perdió. Desembarcó al cabo de mucho tiempo en EE.UU. y así pudo llegar a Nueva York.

– Qué experiencia tan original. ¿Cuándo sucedió?

– Hace diez años. Desde entonces no la he visto.

A Anaíd se le encogió el estómago.

– ¿Tu madre te abandonó?

– No, no, está ahorrando para que vaya a vivir con ella. Me quiere un montón, somos muy parecidas.

– Ya.

– Yo sé mucho inglés, para cuando vaya a vivir con Atteneri y trabajar leyendo las manos; así la ayudaré.

– ¿Y por qué no te ha reclamado antes?

Dácil sonrió.

– No puedo irme sin haber atendido a la elegida.

Entonces Anaíd lo comprendió todo.

– Quieres cumplir tu misión para poder ir con tu madre a Nueva York.

– Eso es.

– Y por eso me has venido a buscar.

– Como tú no venías...

Anaíd se conmovió. El destino venía a buscarla, y eso quería decir que estaba jugando con su destino, dilatándolo, anteponiendo sus caprichos a sus obligaciones.

Pero ella sólo quería recuperar su cetro y disponer de un poco de amor. En cuanto tuviera el cariño de Roc otra vez, ya sabría qué dirección tomar.

Y espontáneamente se inclinó sobre Dácil y abrazó su cuerpecillo delgado. Notó cómo le correspondía clavándole en su espalda la pequeña mano ensortijada. Era un disfraz. Su aspecto de Lolita pizpireta encubría a una niña de trece años a lo sumo. Despierta, atrevida, entusiasta y sentimental, eso sí. Y sin madre, eso también. Como ella en esos momentos.

– Ha sido una sorpresa, Dácil –le confesó–. ¿Dónde vas a quedarte?

– Contigo –dijo inmediatamente la pequeña.

Anaíd le dio largas.

– No puede ser. Yo estoy de incógnito. Nadie debe saber que he vuelto.

Y miró a Gunnar. A él también lo conocían. Según le había explicado, había estado preguntado por ellas en Urt. Gunnar pareció leerle el pensamiento.

– No me verán, Anaíd, me iré.

Anaíd se quedó patidifusa.

– ¿Adonde?

– Hacia el Sur. Si me quedo contigo, Selene interferirá. Tengo que engañarla y alejarla de ti. Anaíd se angustió.

– ¿Cuándo te irás?

– Cuanto antes mejor.

Con eso no contaba. No podía quedarse sola, sin padre y sin madre, huyendo de Omar y de Odish al mismo tiempo.

– Tengo miedo.

– Con el cetro en las manos no lo tendrás.

– Estaré sola –se lamentó Anaíd.

Pero Gunnar le guiñó un ojo.

– Te dejo en buenas manos...

Anaíd miró a Dácil, una mocosa que ni tan siquiera había sido iniciada.

– No me puedes hacer esto –se dolió.

Gunnar recogió los restos de comida, se puso su pie, se limpió las migas de su camisa y la besó.

– Volveré. Tenlo por seguro.

– ¿Y qué voy a hacer ahora? –gimió Anaíd.

– Buscar el cetro, por ejemplo –le sugirió Gunnar con retintín.

Anaíd, que había abandonado a su madre una noche antes, se sintió tan engañada como Selene.

CAPÍTULO VIII

La sorpresa

Anaíd no pudo acercarse al robledal hasta el día siguiente. Esa noche la pasó con Dácil, escondidas en su casa, imbuyéndola de la necesidad de permanecer ocultas a los ojos de Elena y Karen.

De buena mañana dejó a su amiga durmiendo y emprendió el camino hacia la cueva donde se ocultaba el cetro. A medida que se acercaba, su mano comenzaba a arder de impaciencia.

Por fin, ansiosa, penetró en la oscuridad de su cueva. La descubrió en el robledal cuando era niña, escondiéndose de su abuela Deméter; la exploró durante años y ahora sería capaz de recorrer todas sus salas con los ojos cerrados. Se sabía de memoria los pasos que separaban la gruta del lago de la sala de las estalactitas; podía modelar a ciegas los recovecos de la roca caliza, los pasadizos que se adentraban en los túneles, e identificaba perfectamente su aroma húmedo y áspero, su silencio opaco y sus maravillosos techos artesonados cubiertos de infinidad de formas caprichosas que la naturaleza había modelado. Era su cueva.

No obstante, estaba tan obcecada en recuperar el cetro que no atendió a ninguno de los signos que le indicaban que algo anómalo sucedía. No notó que en el suelo arenoso había rastros de huellas humanas; que un olor acre impregnaba la sala de los fantasmas, bautizada así por las estalagmitas fantasmagóricas que se erguían como guardianes blancos; ni que, cuando penetró como una tromba en la gruta del lago, una sombra se escurrió escudándose en las paredes angostas y se ocultó tras una columna. Y es que Anaíd estaba muy alterada. Temblaba, le castañeteaban los dientes, le sudaban las manos y el corazón quería salirse por la boca. Ardía en deseos de poseer el cetro. ¿Dónde estaba? Lo sentía, lo notaba muy cerca. El descontrol la dominaba. Sus ojos fueron a posarse con urgencia en el hueco que su visión le había señalado como el lugar donde se ocultaba el cetro. ¡Efectivamente, ahí estaba! En cuanto lo vio, sus ojos desenfocaron el resto del universo y se centraron en ese único objeto codiciado. Y al abrir la mano, la ansiedad de Anaíd creció y creció como un estornudo a punto de explotar.

El cetro brillaba, palpitaba, le decía tócame, y cuando alargó el brazo para satisfacer su deseo y empuñarlo, la sombra se cernió sobre ella y una mano delgada la aferró por la muñeca.

Quiso gritar, pero al levantar la vista sus ojos toparon con una hermosa y elegante dama de piel clara y ojos azules que la soltó inmediatamente, abrió sus brazos y la invitó a refugiarse en ellos con una gran sonrisa.

— ¡Anaíd, hija!

Anaíd, que al despedir a su padre había mantenido el nudo de la emoción bien atado, sintió cómo se deshacía y no pudo detener el sollozo que salió, naturalmente, de su garganta.

— ¡Abuela! — gritó antes de fundirse en un abrazo con Cristine Olav, la dama de hielo.

Recordó la batalla contra Baalat, la voz serena y fría que le dictó sus actos, el espíritu sin rostro que destruyó a Baalat y se quedó con el cetro. Y la señaló atónita...

— ¡Me salvaste de Baalat, fuiste tú!

Cristine movió levemente la cabeza, en un gesto afirmativo.

— Pues claro, bonita, no te iba a dejar morir.

— Tú trajiste el cetro hasta aquí, para que reconociera el lugar.

— Un lugar a salvo de indiscreciones.

— ¿Gunnar lo sabía?

— Yo misma le avisé de que te esperaría junto al cetro.

— Entonces, cuando dijo que me dejaba en buenas manos, se refería a ti.

— Naturalmente —sonrió Cristine acariciándole la cara con dulzura—. Ya sabes que te quiero.

— Yo también —reconoció Anaíd acurrucándose en el pecho blanco y frío de la hermosa dama.

Únicamente pensó que, si lo supiera Selene, no lo entendería jamás.

Anaíd ya era capaz de distinguir a las Odish. Desde que fue iniciada en Sicilia, percibía su presencia, distinguía su mirada y detectaba su olor acre. Pero Cristine Olav era diferente. Aunque fuera una bruja Odish, por encima de todo era su abuela. Y la abrazó y la besó sin ningún reparo y sin conciencia de estar traicionando a su tribu ni a su clan.

Cristine, alta, rubia y con los mismos ojos azul grisáceo que heredaron Gunnar y ella, era una abuela juvenil. Pero Anaíd pronto se dio cuenta de que estaba dispuesta a consentirla como todas las abuelas.

— Pídeme lo que quieras, mi niña —le ofreció con su voz tan elegante como sus manos delgadas e inmaculadas.

Anaíd tenía un deseo irrefrenable de tocar el cetro.

— ¿Puedo...?

— Pues claro, es todo tuyo.

Anaíd lo acarició avergonzada. Delante de Cristine no se atrevía a empuñarlo. Se limitó a rozarlo con los dedos y a sentir cómo el bienestar del objeto mágico se extendía por todo su cuerpo.

Luego rogó:

— ¿Puedo..., puedo ver a Roc?

— Ven conmigo.

Cristine la invitó a acompañarla al interior de la gruta del lago. Una vez allí, con un levísimo chasquido de dedos, el lago se transformó en un gran bloque de hielo. Desde cinco rincones estratégicos, que unidos por líneas imaginarias componían la forma de un *pentáculo*, se encendieron cinco velas que con su luz difusa fueron iluminando

paulatinamente la estancia.

Cristine rozó levemente el hielo y, ante el asombro de Anaíd, la imagen de Roc comenzó a reflejarse a sus pies. Se le disparó el pulso a mil. ¡Qué guapo que era!

En esos momentos Roc estaba en clase, sentado en su pupitre, sudoroso y agitado, ensortijándose el bolígrafo en un rizo, una vez y otra, en un tic repetido hasta la saciedad. Ante él, un papel en blanco y una fotocopia con cuatro problemas de matemáticas. Era un examen y lo llevaba fatal. Se compadeció de Roc.

– ¿Puedo ayudarle?

– ¿Estás segura? – la interrogó Cristine.

– No quiero que suspenda.

– Pues tú misma.

– ¿Qué hago?

Cristine le tomó las manos.

– Pronuncia conmigo: *Etpordet, le, numis*.

Esa magia ya no era Omar. El conjuro de Cristine no lo utilizaban las Omar. Y con razón.

– *Etpordet, le, numis* – susurró Anaíd flojito.

Y Roc, como en una secuencia absurda, comenzó a escribir a una velocidad desesperada, como si le fuera la vida en ello y sus manos trabajasen a cámara rápida. A su lado, los compañeros se daban codazos y reían. Parecía loco, estaba enloquecido y ni siquiera él comprendía lo que le estaba sucediendo. Hasta que se detuvo con los ojos vidriosos, la mano agarrotada y la incredulidad en el rostro. Había resuelto los cuatro problemas perfectamente en menos de un minuto. O, en cualquier caso, había escrito un montón de números que bien podían ser la solución de esos problemas incomprensibles.

Anaíd quiso decirle que había sido ella, que gracias a ella había resuelto el examen, pero en ese preciso momento la mano de una chica que no había visto antes se deslizó por el pantalón de Roc poco a poco y trepó hasta su pupitre para alcanzar la hoja que Roc le alargaba.

Anaíd se desencajó de rabia. Ahí estaba Marion interfiriéndose entre ella y Roc, para variar, y robándole el examen que acababa de regalarle. Sin necesidad de palabras miró a Cristine y le hizo saber que tenía celos y quería venganza.

Cristine lo entendió. La cogió otra vez de la mano y dictó su nuevo conjuro.

– *Azat, senert ateliomint*.

Y Anaíd, esa vez, lo dijo bien alto, bien fuerte.

– *Azat, senert ateliomint*.

De pronto, el papel comenzó a arder y Marion, horrorizada, lanzó un grito y lo dejó caer sobre los pantalones de Roc, que a su vez se levantó, lo lanzó al suelo y lo pisoteó. El revuelo fue enorme y el profesor se acercó con cara de pocos amigos. Era Hilde, el más intransigente de la escuela. No dejaba pasar ni una. Miró a Roc, a Marion, se hizo su composición de lugar y espacio, cogió el papel y lo estudió con mirada sagaz.

– Magnífica chuleta.

Su dedo señaló alternativamente a Roc y luego a Marion.

– Fuera, estáis suspendidos.

Anaíd no quiso ver más. Acababa de distinguir el brazo de Roc amparando el desconsuelo de Marion, que comenzaba a agitarse en sollozos. No quería ver cómo la consolaba ni cómo los dos se convertían en aliados y víctimas de un mismo verdugo. La desgracia unía mucho. Lo sabía. Y se enfadó porque ella misma acababa de estrechar el nudo entre Marion y Roc.

– ¡No quiero ver más! – gritó.

Al instante el lago recuperó su aspecto mientras Anaíd corría a refugiarse de nuevo en la sala de las estalactitas, junto a su cetro.

Cristine, compungida, fue tras ella y la consoló.

– Pobrecilla, no te lo mereces.

Su vida era una porquería, pero las manos dulces de su abuela secaron sus lagrimillas, ésas que habían escapado sin pedir permiso.

– Ea, todo se puede solucionar.

– ¿Cómo?

– Tienes el poder para ello.

– No tengo ningún poder – se lamentó, catastrofista, Anaíd.

– ¿Ah, no? ¿Y el cetro? – le indicó.

Anaíd se quedó pensativa contemplándolo.

– El cetro no está al servicio de los deseos privados.

– ¿Quién ha dicho eso?

– Mi madre.

Cristine le sonrió.

– Tu madre se equivoca. Se equivocó dando la poción a Roc para que te olvidase.

Era cierto. Tan cierto como que no podía pensar en otra cosa.

– A lo mejor te parece banal, pero la elegida debe ser feliz por encima de todo. Si no consigue su propia felicidad, no podrá hacer felices a las otras brujas, y menos dirigir las. ¿Hacia dónde eleva su mirada si todo le parece confuso?

Anaíd asintió. Era obvio, flagrante y coincidía con su abuela. Es más, ella había llegado a la misma conclusión. ¿Cómo iba a lanzarse a una aventura que requería todo su empuje si únicamente deseaba estrangular a Marion?

– Bien, llámalo.

– ¿A Roc?

– Al cetro, tontina.

– ¿Cómo?

Cristine rió.

– ¿No sabes llamarlo?

– No – se sorprendió Anaíd.

– Tú tienes el poder de hacer que acuda a tu mano cuando desees.

Anaíd abrió unos ojos como platos.

– ¿Ah, sí?

– Cómo es posible que nadie te lo haya dicho, ni nadie te lo haya enseñado. Repite conmigo: *Soramar noicalupirt ne litasm*.

– *Soramar noicalupirt ne litasm* – repitió con convicción.

Inmediatamente sintió el calor en la palma de su ruano, una llamarada de luz que guió el camino del cetro. Y el cetro, obediente a su llamada, voló hasta encajarse en el hueco caliente de su mano.

– Anda, cierra la boca –le dijo Cristine en broma.

Pero Anaíd no podía cerrarla de la emoción.

– ¿Cómo ha llegado hasta mí?

– Magia, cariño, magia, por algo eres una bruja.

Podía llamarlo a su antojo, podía hacerlo ir hasta ella y así ya no tendría que reprimir los deseos irrefrenables de poseerlo.

– Es precioso – musitó su abuela con arrobó.

Cristine lo contemplaba ensimismada y su mano blanca se acercó a tocarlo, pero Anaíd retiró inmediatamente su tesoro y lo ocultó en su espalda.

– Puede ser... peligroso – se justificó.

De pronto, acababa de recordar las advertencias de la lección de su madre. Tres Odish ansiaban poseer el cetro: Baalat, la condesa y su propia abuela, Cristine. Los ojos de Cristine habían reflejado la codicia, aunque enseguida volvieron a ser afables y, sin asomo de ansiedad, le sugirió que volviese a guardarlo.

– Anda, déjalo donde estaba.

No, Cristine no era como su madre decía. Podía confiar en ella.

– Abuela, ¿y ahora qué haremos?

– ¿Tú qué quieres hacer, cariño?

– Una cosa es lo que me gustaría hacer y otra lo que podría...

– Tú puedes hacer lo que desees, Anaíd. Lo que desees. ¿Entiendes?

– No es cierto. Hay magia que me está vedada. ¿Y si quisiese convertirme en avispa y picar a Marion qué?

Nunca supo cómo ni de qué forma apareció en el patio de la escuela, junto al tilo, revoloteando sobre la cabeza castaña de Marion. No había pronunciado ningún conjuro ni había repetido ninguna de las palabras que su abuela le dictaba. Pero era una avispa y bajo ella tenía a su enemiga besándose con Roc. Podía picar a los dos o... Se interfirió entre sus bocas y clavó su aguijón en el labio de Marion.

– ¡Ahhh! – gritó horrorizada Marion separándose de Roc.

Le estaba bien empleado. El labio se le hincharía y le quedaría tan dolorido que se le pasarían las ganas de besar a Roc durante un tiempo.

– ¡Maldita avispa! – oyó que gritaba Roc.

Y a punto estuvo de morir aplastada bajo su zapato. Un rapidísimo *looping* la salvó por los pelos. Planeó hasta las alturas para escapar de su radio de acción.

Marion estaba desesperada refregándose la boca y llorando de dolor.

– Espera, no te lo toques. Qué pasada. Es brutal.

En efecto, el labio de Marion, amoratado e hinchado, era como el de un boxeador. Roc escupió sobre un poco de tierra, fabricó un montoncillo de fango con su propia saliva, hizo una pasta y la aplicó con cuidado sobre la picadura. Lo hizo con cariño, con delicadeza, y luego abrazó a Marion, compadecido de ella, queriéndola más por esa desgracia que los unía.

Anaíd, convertida en avispa, sintió que de nuevo la rabia la embargaba y en esos instantes deseó acabar con ellos de una vez. Fue un deseo oscuro, turbio. Y aunque no llegó a formularlo con palabras, desde las alturas vio horrorizada cómo las ramas del tilo bajo el que se refugiaban Roc y Marion comenzaban a moverse, a crecer, a inclinarse y a deslizarse suavemente alrededor de sus cuerpos.

Estaba haciendo magia. Estaba materializando un deseo. El árbol multiplicaba sus tentáculos y apretaba cada vez más a Roc contra Marion, a Marion contra Roc, y los iba estrangulando con sus finas ramas.

– ¡Auxilio! – gritó Marion.

– ¡Agggg! – pudo decir a duras penas Roc intentando desprenderse de una gruesa rama que se había enrollado en torno a su cuello.

Anaíd reaccionó. Fuese una avispa o una chica no podía permitir que una pataleta de rabia acabase en una tragedia.

– *Ragar erpmeiss* – musitó.

El tilo detuvo su ataque y poco a poco aflojó la presión de sus ramas, que se fueron retrayendo y regresaron a su forma y su tamaño habituales.

Marión lloraba.

– Vámonos de aquí, este árbol está embrujado.

– Espera.

– No me toques, tú también estás embrujado.

– ¿Yo?

– Sí, tú. Cada vez que me acerco a ti me ocurre algo. Vete,

Anaíd revoloteó complacida observando cómo Roc intentaba convencer a Marion de lo contrario.

– No seas burra, han sido coincidencias.

– ¿Coincidencias?

Roc la cogió de la mano y la acercó a él.

– ¿Lo ves? No pasa nada.

Y ése fue el gran momento de Anaíd. De una mirada rápida convocó a todos los pulgones, las larvas de mariquitas y las hormigas que paseaban por las ramas del tilo y los obligó a saltar sobre Marion. Una lluvia de insectos repugnantes cayó sobre su pelo, su cuerpo y su ropa. Los aullidos se oyeron hasta Estambul.

– ¡Ah, qué asco! ¡No te acerques más a mí! ¡Fuera!

Marion huyó a la carrera y dejó a un Roc perplejo mirando la copa del tilo sin conseguir saber cómo ni por qué había vivido tantos episodios extraños en tan poco tiempo. El examen,

el incendio, el árbol estrangulador y ahora la plaga de insectos.

Anaíd se sintió satisfecha, sus deseos se habían cumplido. Ya podía regresar a su cuerpo.

Y volvió a ser una chica, y no una avispa, sentada en una gruta subterránea, quien intercambió una mirada cómplice con aquella mujer tan maravillosa que le había enseñado en unos minutos a conseguir que sus deseos se hiciesen realidad. Era tentador y muy, muy divertido.

- Gracias, abuela.
- De nada, ha sido un placer. Y sólo es el principio.
- ¿Puedo hacer muchas más cosas?
- Pues claro, cariño.
- ¿Conseguir que Roc esté loco por mí?
- Eso es facilísimo, hasta las Omar pueden.
- Pero no lo practican.
- Algunas sí. Tu madre, por ejemplo.

Era verdad. Selene había admitido que proporcionó a Gunnar una poción amorosa que había aprendido de niña con su prima Leto.

- ¿Me ayudarás?
- Naturalmente. Y te protegeré.

Anaíd se arrebujó en sus brazos. Su abuela, Dácil. No estaba tan sola como había creído.

- Sería fantástico vivir con papá y contigo.

Cristine la tranquilizó.

- Gunnar distraerá a Selene. Será su anzuelo. Luego volverá a por ti. Te quiere.

Su abuela tenía razón, alguien tenía que dejar pistas luisas sobre su paradero. No podía arriesgarse a que Selene se presentase en Urt y desbaratase sus planes.

- ¿Y Dácil? ¿Qué haremos con Dácil?

Cristine Olav sonrió.

- Esa chica nos va como anillo al dedo.
- ¿Tú crees?
- Te adora, hará lo que le digas, fingirá lo que le propongas.
- ¿Y qué le propondré?

Cristine sonrió enigmática.

– Ella será tu aliada en el mundo real. Nadie ha de saber que estás en Urt. Si Elena o Karen se enterasen, las Omar intervendrían. Dácil será tu alter ego.

Anaíd se quitó un peso de encima. Era cierto. Su abuela pensaba por las dos, maquinaba y tenía planes seductores en la cartera.

- Vamos a comer algo, ¿no?
- ¿Tienes hambre?
- ¡Uff!, me comería una langosta.

Fue un decir, una frase hecha, algo que formuló sin pensarlo. Pero en el momento en

que tuvo en sus manos una langosta se quedó patidifusa.

– Anda, come, ¿no tenías tanta hambre?

– Pero... – intentó objetar Anaíd.

No había sin embargo ninguna objeción al olorcillo de la langosta y a su carne blanca, tierna y sabrosa que Anaíd probó al separar un fragmento de caparazón.

– Hummm, deliciosa – musitó.

Y en ese mismo instante lamentó no tener una servilleta y un pedazo de limón.

– Dilo, fórmulalo con claridad – la incitó Cristine.

– ¿El qué?

– Tus deseos, Anaíd, todos tus deseos se pueden cumplir.

– ¿Aunque sean egoístas?

Cristine rió.

– ¿Desde cuándo un deseo no es egoísta?

– Si deseamos el bien ajeno estamos pensando en los demás – justificó Anaíd.

– ¿Y eso no sirve para tranquilizar nuestra conciencia? También es egoísta, cariño.

– Es que...

Anaíd no acababa de decidirse. No acababa de arrancar.

– Dilo ya. ¿Quieres ser la elegida y comportarte como tal?

– Sí, claro.

– Entonces no te reprimas, cariño, desea, desea con pasión y serás correspondida. La tibieza y la mediocridad no son buenas compañeras de las heroínas. Aspira a grandes cosas, sé ambiciosa y lucha por ello. ¿Cómo te crees si no que triunfan algunos políticos, algunos hombres de negocios, algunos famosos? Eres muy, muy poderosa. Actúa como lo que eres.

Anaíd se sintió henchida de orgullo. Su abuela tenía razón. La elegida no podía ir por el mundo con la cabeza gacha, los pies descalzos y arrastrando los deseos mal reprimidos. La elegida tenía el cetro y tenía la potestad de dirimir el futuro de todas las brujas. Debía, por lo tanto, poseer la llave de la felicidad, de la propia y la ajena. Ella, Anaíd, era la elegida y simplemente deseándolo el cetro obedecería a su llamada y acudiría a ella.

– *Soramar noicalupirt ne litasm* – exclamó con voz clara y tono autoritario.

E inmediatamente el cetro voló de nuevo hasta su mano y le confirió el poder que necesitaba, el que le correspondía por ley.

– Deseo conseguir el amor de Roc.

Cristine, su abuela, la miró arrobada y la besó.

– Tus deseos se verán cumplidos, bonita. Todos. Todos.

* * *

Dormía envuelta en pieles, dentro de un iglú que la protegía del viento del Norte. Pero su sueño era intranquilo y gritaba en medio de grandes pesadillas.

Su madre estaba alimentando a los perros, que se habían despertado inquietos y se habían puesto a ladrar en plena noche. Al oír los chillidos de su hija, corrió presurosa a su

lado.

– Sarmik, Sarmik, despierta –le insistió una y otra vez zarandeándola para que abriese los ojos.

Sin embargo, Sarmik, una inuit de quince años, de ojos rasgados y tez de porcelana, se resistía a despertar y su cuerpo se retorcía como una serpiente.

Fuera, haciéndose eco de un mal presagio, los perros del trineo aullaron a la luna, como solían hacer sus antepasados, los lobos.

Kaalat miró a su hija y se estremeció. Sabía que un día u otro llegaría el momento en el que su hermana la reclamaría, pero no creía que fuese tan pronto.

– Sarmik, Sarmik, despierta.

Y esa vez Sarmik la obedeció y se puso en pie como una autómata. Luego abrió los ojos y Kaalat se llevó la mano a la boca. Estaban ciegos. Había desaparecido su pupila y la cornea blanca ocupaba todo el globo ocular. Sarmik había sido poseída.

– ¡Oh, gran madre osa!, protege a mi hija Sarmik y protege a su hermana de leche Diana. Ellas son una, así fue sellado su destino.

Sarmik cayó al suelo desfallecida y Kaalat corrió a recibirla en sus brazos.



SEGUNDA PARTE: LOS ERRORES

Yo maldigo a la elegida del cabello en llamas a sucumbir ante el poder del cetro pronunciando las palabras prohibidas que encadenan fatalmente los tres errores:

Ofrecerá el filtro de amor con su propia mano. Beberá de la copa prohibida en tiempos anteriores. Formulará el conjuro de vida en el cuerpo de la virgen.

La elegida maldita morirá.

Y los muertos se cobrarán su tributo por los tiempos de los tiempos.

La maldición de Odi

CAPÍTULO IX

No seguirás al hombre rubio

Tras repostar, Selene pagó con lentitud al empleado de la gasolinera. Lo hizo aposta para sonsacarle.

– Rubio y muy alto.

No le había sido difícil darle conversación. El buen hombre era de natural dicharachero.

– ¿El listo del Passat?

A Selene le temblaron las rodillas.

– Un Passat gris piedra –apostilló para refrescarle la memoria.

Pero no hacía falta, el empleado no pudo disimular su disgusto.

– Menuda mañanita me ha dado el pájaro.

Selene continuó entregándole los billetes uno a uno y mirándolos al trasluz, como si dudara de su autenticidad. Llevaba días repostando en gasolineras diversas, hasta que había dado con la acertada.

– ¿Problemas? –preguntó aparentando indiferencia.

El empleado se despachó a gusto.

– Nos ha montado un pollo diciendo que las máquinas estaban manipuladas. Se ha empeñado en que le cobrábamos de más.

Selene se asombró. El empleado, de piernas rechonchas, farfulló:

– Y me las quería hacer desmontar. Ese sueco era un follonero.

¿Gunnar follonero? Le resultó chocante. Gunnar era generalmente un hombre discreto y prudente.

– ¿Y la niña?

– ¿Qué niña?

– La que viajaba con él.

– Pues no, no viajaba con nadie...

– ¿Está seguro?

El buen hombre se rascó la cabeza, brillante y calva.

– Aunque en el asiento trasero llevaba unos paquetes cubiertos con una manta. Y se me ha ocurrido, fíjese que tontería, que se dedicaba al tráfico de ordenadores.

El empleado de la gasolinera tenía ideas muy peculiares sobre los clientes. Los clasificaba por estilos.

– Tenía cara de informático. Los informáticos son gente muy rara.

Selene le cortó con impaciencia.

– ¿A qué hora ha pasado?

Y de pronto el tipo desconfió.

– ¿Y usted por qué hace tantas preguntas? ¿A qué viene tanto interés?

Selene podía haber inventado cualquier patraña ridícula, como que habían chocado y se había dado a la fuga o que le debía dinero, pero necesitaba explicar a alguien su situación.

– Ha secuestrado a mi hija.

El hombre, con respuesta para todo, se quedó sin palabras.

– Qué fuerte, pero qué fuerte.

Selene se vio obligada a matizar.

– Él es su padre, no la había visto nunca y la ha convencido para que huya con él. La niña es menor de edad y tengo que encontrarla.

– ¿Lo ha denunciado ya a la policía?

Selene negó.

– Ni pienso hacerlo. La policía complicaría las cosas. La niña podría decir que está con él por voluntad propia.

– Un tipo muy rebuscado, sí señora, de esos que parecen una cosa y son otra.

– ¿A qué hora se fue? – insistió Selene, esperando haber vencido sus reticencias.

Efectivamente, estaba de su parte. El buen hombre miró el reloj e hizo sus propios cálculos.

– Debe de hacer unas tres horas. Y está usted de suerte.

– ¿Por qué?

– Porque me comentó que quería estar en Algeciras mañana para embarcar en el ferry hacia Marruecos. Con la gasolina que ha puesto tiene autonomía para cuatrocientos kilómetros, pero está anocheciendo. En algún sitio tendrá que dormir y cenar.

– Muchas gracias – musitó Selene ofreciéndole un billete de más, que el hombre rechazó.

– Ánimo, señora, y no se preocupe, que las hijas son de las madres digan lo que digan. Tarde o temprano volverá con usted.

Selene se sintió más reconfortada por esas palabras ingenuas. La solidaridad del empleado de la gasolinera le daba fuerzas para continuar haciendo kilómetros y acortando distancia con Gunnar.

Se sentó de nuevo al volante, se sujetó el cinturón y ya no le temblaron las manos cuando cambió de primera a segunda y de segunda a tercera haciendo gala de sus reflejos habituales. Hubiera deseado vivir en esa inconsciencia parecida a una conducción automática permanente, pero ya no le era posible.

Su única hija Anaíd, la elegida, había escapado en compañía de Gunnar en el peor momento posible, justo cuando necesitaba su ayuda para enfrentarse a la prueba de vencer a las Odish. ¿Cómo emprendería el Camino de Om? ¿Cómo encontraría el cetro? ¿Cómo lucharía contra Baalat?

Temía que ese punto de inflexión no tuviese vuelta atrás. Nunca se puede regresar al mismo lugar del que se partió. Anaíd, después de su viaje con Gunnar, fuese adonde fuese, ya no sería nunca más la misma niña que dejó.

¿Se cumpliría la profecía de Odi? ¿Sucumbiría al poder del cetro? ¿Ya había iniciado

ese peligroso camino? No cesaba de atormentarse con todas esas preguntas. E intentaba eludir las peores. ¿Y la maldición de Odi? Nunca había hablado a Anaíd sobre ello. Por superstición, o por miedo quizá, había evitado darle cancha sugiriéndole pensar en esa posibilidad. Siempre había supuesto que ella estaría cerca para advertirla y aconsejarla.

¿Y si se había equivocado? ¿Y si su obligación de mentora y madre hubiera sido aleccionarla para rechazar cualquier tentación que pudiera conducirla hasta la maldición? ¿Había obrado bien? ¿Mal? ¿Imprudentemente?

Ya sabía que la vida no era un camino recto y previsible, que estaba llena de curvas, de placas de hielo, de encrucijadas y de baches; que no podía poner la directa, apretar el acelerador y relajarse. Pero su vida, en esos momentos, era tan inquietante que, tras cada cambio de rasante, la acechaba un precipicio.

Se estaba desquiciando.

Durante muchos años sobrevivió en un letargo parecido a ese gesto rutinario de la conducción por una autopista poco transitada. Cada día era parecido al anterior y nada estorbaba ese gotear lento del tiempo frío del Pirineo, viendo crecer a su hija, contemplando los cielos estrellados, dibujando sus cómics y sintiéndose plácidamente arrullada por el cariño incondicional de las amigas y la voluntad férrea de una madre como Deméter.

Despertó violentamente de ese duermevela tras el asesinato de Deméter a manos de las Odish y tuvo que sobreponerse al dolor súbito de la pérdida. Nunca pensó que la orfandad a los treinta años fuese tan descarnada, pero se sintió perdida y desorientada sin la voz ni los ojos de su madre. Tuvo que urdir una estrategia a solas, sin confiar en nadie, sin permitirse un atisbo de flaqueza, sin establecer ninguna complicidad con otro ser vivo. Tuvo que fingir un papel y representarlo a su pesar. Tuvo que engañar, mentir y hasta enemistarse con sus amistades. Estuvo sola en todo y para todo, y dispuesta a llegar hasta el final. Y esa soledad tan absoluta y esa certeza fatalista acabaron por lastrarla. Su carácter se agrió y afloró el cansancio.

Tenía que reconocer que, tras esa larga lucha enconada en la que ella misma había optado por convertirse en el señuelo de las Odish para preservar el destino de Anaíd, sus fuerzas habían quedado mermadas. Hasta deseó desaparecer en el mundo opaco y mitigar así su dolor. Sin embargo, Anaíd la salvó del ostracismo y la obligó de nuevo a enfrentarse a la realidad.

Y poco a poco había recuperado su apego a la vida, que era mucho y a veces excesivo, había vuelto a saborear la esperanza y el deseo, y se había entregado a la causa de su hija con sus cinco sentidos, con el arrebató de siempre y, también como siempre, sin preservarse.

Se había lanzado al juego a cara descubierta, apostando todo lo que tenía a esa baza. Su fuerza, su entusiasmo y su pasión..., todo a la carta de Anaíd. Hasta que Gunnar se sentó a su mesa, sacó su as y se llevó a su hija sin despeinarse.

La huida de Anaíd había sido un golpe muy duro.

Más duro que perder a su madre.

Su madre fue su apoyo, Anaíd era su razón de vivir. El único motivo que justificaba

haberse levantado cada mañana a lo largo de sus últimos quince años. Por ella se refugió en Urt. Por ella se reconcilió con Deméter. Por ella eligió una profesión libre y sin ataduras. Por ella rechazó el amor. Por ella retomó su militancia en la tribu y el clan. Por ella se tiñó el pelo y la suplantó, para que las Odish la confundiesen con la elegida, y por ella se ofreció finalmente a morir si hacía falta.

Y ahora, Anaíd la había abandonado sin tener en cuenta que lanzaba por la borda quince años de dedicación, de esperanza, de ilusiones sin florecer y expectativas sin cumplir. Anaíd había cercenado sus sueños y la había sumido en el desconcierto.

¿Era eso lo que sentían las otras madres cuando sus hijos las abandonaban para vivir su vida?

Probablemente todas las madres tuvieran tantos motivos como ella para esperar de sus hijos el agradecimiento eterno. La vida de las madres acostumbraba a estar construida desde el pan duro, las noches en vela y las sesiones de cine pospuestas.

Se mordió el labio hasta hacerlo sangrar.

Pero había una cosa que no le perdonaba. Anaíd había escapado con la persona de quien ella la preservó siempre: Gunnar. Gunnar era la espina que llevaba clavada desde hacía demasiado tiempo. Gunnar aún existía, era poderoso, apuesto, inteligente, se servía de las mismas armas de seducción y había vuelto a despertar sentimientos dormidos y contradictorios. Gunnar había reabierto antiguas cicatrices y, finalmente, había engañado a su propia hija.

No era justo.

Selene se iba reblandeciendo. La coraza de rabia barnizada de voluntad que se había impuesto se iba empapando de lágrimas de desconsuelo. No era dada a la autoconmiseración. No practicaba el victimismo como otras madres, pero esa vez había tocado fondo.

¿Anaíd no la quería?

No podía aceptarlo. No podía asumir esa injusticia en el reparto del amor. Ese pastel del que no le quedaba ni un solo pedacito para compensar toda la dedicación, la generosidad y el esfuerzo de tantos años.

¿Y la tribu? ¿Y el clan? Les había fallado estrepitosamente.

Selene suspiró y puso el intermitente para adelantar a un camión. No soportaba conducir detrás de un monstruo lento y cansino. Pisó el acelerador a fondo y lo sobrepasó.

Se sentía vulgar recurriendo a lugares comunes de todas las madres de todos los tiempos y estaba en pugna con su sentimentalismo porque recordaba sin desearlo el llanto de su niña reclamando su leche, sus primeros balbuceos, sus bracitos en su cuello, su primer diente bajo la almohada, sus primeras letras y sus primeros pasos. Ella siempre estuvo ahí, a su lado, delante de ella, tendiéndole las manos y queriéndola con locura. Se le hizo un nudo en la garganta, aunque no lloró.

Dolía. Dolía mucho. Sentía el dolor desgarrando sus pulmones.

Respiró hondo, una vez, dos. Redujo la marcha y disminuyó la velocidad mientras relajaba sus pensamientos, demasiado sobreexcitados. Imaginó una estepa blanca cubierta de

nieve, el sonido de los esquís de los trineos deslizándose sobre el hielo, el trote rítmico de los perros y sus hídridos. Era una imagen antigua que le transmitía paz.

Se calmó.

Si algo había aprendido era que el tiempo actuaba como un bálsamo sobre las heridas más lacerantes.

La traición de Gunnar, la muerte de Deméter. Todo acababa por diluirse en un pensamiento triste y leve que la visitaba de vez en cuando, inoportunamente.

¿Le resultaría llevadera algún día la huida de Anaíd?

Selene estaba segura de pocas cosas. Una de ellas, que la razón estaba de su parte; la otra, que pasaría por encima de lo que hiciese falta para ser consecuente con su razón.

Una loba no abandona jamás a sus cachorros.

CAPÍTULO X

No ofrecerás el filtro de amor

Anaíd no tuvo tiempo de pensar en Selene, ni siquiera se permitió evocarla. Vivía inmersa en un continuo sobresalto de emociones. A cuál mejor. A cuál más intensa.

Cuando Criselda la inició en las artes de la brujería Omar y ella misma hurgó en los tratados de Elena y Deméter para aprender por su cuenta hechizos y embrujos, supo a ciencia cierta que sus capacidades estaban por encima de lo que sus maestras y sus libros le permitían.

Y por fin Cristine estaba colmando con creces sus expectativas. No le escatimaba ningún saber, ninguna curiosidad, y no ponía freno a sus locuras.

Había aprendido a transformar la materia, a convocar tormentas y a atraer a las nubes. Había volado como una pluma por los cielos de Urt bajo la apariencia de una alondra. Se había posado sobre las tejas de la casa de Roc para acompañarlo en su camino hacia la escuela y había esperado pacientemente su regreso desde las ramas del tilo sin perderlo de vista y controlando todos sus movimientos, hasta estar segura de que no había vuelto con Marion.

Y mientras tanto, la cueva se había ido convirtiendo en un lugar mágico con la ayuda de su maravillosa abuela.

Ahora el suelo era de mármol, las paredes estaban revestidas de espejos y la blancura nivea de la luz se reflejaba en todos y cada uno de los rincones cegados y antes tenebrosos de ese mundo subterráneo. Anaíd, sin darse cuenta ni reparar en la coincidencia, había reproducido la frialdad elegante del palacio de hielo de la dama blanca. ¿Todavía guardaba en su memoria infantil retazos de paisajes que vio siendo apenas un bebé? ¿O su abuela Cristine la había guiado en sus recuerdos sin que ella se diese cuenta? Daba igual. La morada era simplemente fastuosa, propia de un palacio encantado, y Anaíd descubrió que los objetos y los espacios podían ser bellos y hacer la vida más confortable. Si eso era magia, bienvenida a su vida. ¿Por qué vivir en casas oscuras, frías y húmedas? ¿Por qué fregar cocinas grasientas o barrer suelos de terrazo? ¿Por qué limpiar cristales empañados? ¿Por qué desinfectar inodoros? En su cueva reinaba una temperatura primaveral y se respiraba la frescura de la sombra de los álamos al atardecer. Las superficies brillantes repelían el polvo y las huellas. Las estancias impolutas estaban impregnadas de aromas de jazmín, lavanda, tomillo y romero. Todo era limpio, confortable, puro y hermoso.

Y en ese espacio mágico que permanecía ajeno al tiempo, a la luz y a la climatología de las tierras montañosas donde se enclavaba la cueva, Cristine, finalmente, le mostró el poder de la tierra oscura.

De ella se extraían las piedras que usaban las brujas desde los tiempos de la madre O. Ante los ojos asombrados de Anaíd desfilaron centenares de fragmentos de piedras de todas las texturas, colores y durezas que provenían de lugares tan remotos como los desiertos arábigos, las llanuras patagónicas, las estepas mongoles o las altas cumbres tibetanas. Todas eran poseedoras de secretos que, bien o mal administrados, podían suponer la sutil diferencia entre la vida y la muerte.

De entre las muchas piedras mágicas que la dama de hielo le mostró, Anaíd hizo su selección y las guardó en un pequeño cofre: *yzf de Çarandin*, el jaspe verde que reforzaba la vista y confortaba el espíritu; *bezebekaury de Çulun*, piedra roja y verde que mataba la melancolía; *abarquid*, de color verde amarillento, procedente de las minas de azufre africanas, que encendía la codicia; *carbedic de Culequin*, piedra macedónica que se hallaba en el corazón de las liebres y calentaba a los humanos que las llevaban consigo; *fanaquid de Cercumit*, que producía efectos hipnóticos; y *militaz* dorado de la India, que protegía de sortilegios.

Tras haber escuchado durante horas, sin pestañear, las explicaciones de su abuela, ávida coleccionista, Anaíd se dio cuenta de que había acabado su lección, a pesar de que no se sentía en absoluto cansada. Era tan agradable aprender de una bruja sabia y poderosa como Cristine.

Y su entusiasmo tuvo su recompensa. Su abuela abrió su cofre personal y le mostró su colección de joyas engarzadas.

– Escoge, Anaíd. Déjate llevar por tu deseo y adelanta tu mano sin miedo. Sustituye ese anillo de esmeralda que perdiste, el que escogió Selene y no tú.

Anaíd, temblorosa, dio rienda suelta a su impulso, algo a lo que no estaba acostumbrada. Escogió para sí los que le parecieron los abalorios más bellos: un collar de zafiros, un broche de amatista y una pulsera de turquesas.

La dama blanca examinó en primer lugar el collar de zafiros y, mientras lo hacía y lo colocaba en torno al esbelto cuello de Anaíd, la niña contenía la respiración.

– Hermoso collar. El zafiro azul fue extraído por primera vez en la antigua isla de Ernedib, conocida como Ceilán. Has escogido bien, Anaíd, esta piedra guarda el poder de la sabiduría. Si eres portadora de un zafiro y te enfrentas a un desafío, el poder de la piedra te permitirá hallar la solución.

Anaíd respiró aliviada. Había sido intuitiva y había acertado.

La dama blanca acarició la pulsera de turquesas y la puso sobre la blanca muñeca de Anaíd.

– De nuevo el azul, el azul de tu mirada, del cielo ártico y de los glaciares. El color más frío y poderoso. Me alegra que te decantes por mi tonalidad favorita. Esta piedra, la turquesa, es muy preciada y te permitirá superar el pasado, esas viejas heridas que no eres capaz de olvidar. Mira tu pulsera cuando te invada la melancolía. Podrás afrontar el futuro sin el lastre de tu historia. Arrancará de raíz todo aquello que te ata a lo que ya sucedió.

Anaíd recibió la pulsera de turquesas con devoción. Le gustaba sentirse ratificada por la afilada sabiduría de su abuela.

La dama blanca tomó por fin suavemente el broche de amatistas.

— ¿Y las amatistas? Fundamentales en tu misión. Básicas para conseguir la fuerza que debes poseer para vencer a tus enemigos. Es la piedra de la clarividencia, tu tercer ojo, tu energía. ¿Sabías que pueden guiarte hacia tu verdadero yo?

Anaíd, emocionada, extendió su mano hacia el broche, pero Cristine lo retiró con rapidez.

— Sin embargo, Anaíd, tienes que estar segura de ti misma. Si tus dudas te corroen y tu inseguridad te domina, esta piedra puede resultar peligrosa. Es profundamente perturbadora.

Anaíd sintió un escalofrío en la nuca. La dama blanca podía ser inquietante. Dudó unos instantes entre coger el broche o admitir su miedo. Por fin, tal vez ayudada por la fuerza del zafiro, alargó su mano.

En respuesta a su valor recibió una confortante sonrisa de su abuela, que la ayudó a clavar la aguja del broche en su ropa, sobre su pecho izquierdo.

— Me alegro de que te sientas capaz de afrontar tu destino con entereza.

Anaíd no se atrevió a confesar sus temores. O, a lo mejor, sus temores eran humanos y ella, una bruja, se había crecido con su conocimiento y la ayuda de la magia y los había dejado atrás.

— Si deseas añadir una nueva joya a tu colección, sólo tienes que pronunciar el conjuro.

— ¿Cuál? —preguntó Anaíd.

— *Atichomurt se capsul* —susurró seductoramente Cristine.

Anaíd se dejó llevar por esa tentación momentánea.

— *Atichomurt se capsul*.

Inmediatamente, en su tobillo refulgió una delicada cadena de oro. Cristine dio su aprobación y Anaíd se revistió de optimismo.

Así de sencillo, así de fácil. Desde que su padre le regalara los pendientes de rubíes, había descubierto el poder energético de las piedras y las joyas. Por algo los amuletos habían sido siempre los objetos predilectos de hechiceros y chamanes. Por algo Selene, su madre, adoraba las joyas. Por algo las mujeres las amaban y algunas se vendían por ellas.

Y Anaíd, cubierta de piedras preciosas, intuyó que la Tuerza de la madre tierra la impregnaba de poder. Ése era el regalo de Cristine, pero tenía un coste y lo sabía.

La dama ya la había instruido y le había hecho ofrenda de su sabiduría, del cetro y las joyas. Había llegado el momento de salir del refugio de su cueva, y volver al mundo para enfrentarse a su misión.

¿Le dictaba ese consejo la sabiduría del zafiro?

No le hizo falta ratificarlo con preguntas innecesarias» Su abuela Cristine estaba expectante.

— ¿Y bien? —preguntó—. ¿Te sientes preparada?

Anaíd se llevó la mano al pecho y acarició el broche de amatista. Estaba rodeada de espejos y superficies reflectantes en las que se reproducía su imagen y se miró largamente. Esa cara algo aniñada, esos ojos asustados, azules y magnéticos, que atraían todas las miradas, esas piernas largas y a veces algo torpes, esa blancura excesiva de la piel

necesitada de sol. Ésa era ella, la chica que Roc vería.

– ¿Tú crees que soy bonita?

Cristine rió con ganas.

– Bonita es una palabra tibia para ti. Bonitas son las muñecas, las faldas y las margaritas. Tú eres hermosa.

Anaíd no estaba acostumbrada a pensar en ella misma y menos aún como una chica guapa. Antes, más bien le sucedía al contrario. ¿Qué podía ver Roc en alguien tan insulsa, aburrida y feúcha como ella?

Sin embargo, en el poco tiempo que llevaba junto a su abuela, su visión acerca de sí misma se había transformado radicalmente. Cristine la miraba con arrobos y se extasiaba con su presencia. Era difícil mantenerse inmune a la adoración ajena, sobre todo cuando su única y exclusiva obsesión era ser merecedora de la adoración de Roc.

– Necesito el amor de Roc –repitió para convencerse de que su felicidad era prioritaria.

Había descubierto que el enunciado de las frases repetidas acababa por convertirse en algo posible.

– ¿Y a qué esperas? –la incitó la dama blanca.

Anaíd sintió un sudor frío.

– ¿Ya?

Cristine se enfrentó a ella con toda su arrogancia y su estatura.

– Para una bruja tan poderosa como tú, un deseo tan sencillo como ése se cumple en cuestión de minutos.

Anaíd creyó que Cristine le tendía una mano, pero se confundió.

– ¿Un conjuro de amor?

– Tu simple voluntad de desear que se fije en ti sobra y basta. Deja los conjuros para los humanos que carecen de fuerza y de energía.

Anaíd tragó saliva.

– Sin magia.

Cristine la repasó de arriba abajo.

– Tú eres mágica. Sirve a tus propios propósitos.

Anaíd salió de la cueva con la firme decisión de valerse de su belleza, su inteligencia y su poder. Iba cubierta de joyas, estaba impregnada de la mirada brillante de la dama blanca y pisaba un terreno conocido.

Y sin embargo, estaba muerta de miedo.

Al acercarse al camino por el que Roc regresaba a su casa cada tarde, su decisión se fue enfriando y su confianza se volatilizó. Las objeciones sustituyeron a su empuje y los temores fueron frenando su impulso. ¿Qué pretendía? ¿Adónde iba tan decidida? ¿Tenía acaso alguna estrategia?

Reconoció que no tenía ninguna y le pareció absurdo aparecer ante Roc y decirle: mírame. Porque, en el supuesto de que Roc la mirase, ¿caería rendido a sus pies? Y existía el

problema añadido de Elena. Si se enteraba de su regreso, se interferiría y se pondría en contacto con Selene.

Tocó con ansiedad el zafiro para que iluminara su inteligencia y evitó rozar siquiera la amatista, no se diese la circunstancia de que la turbulencia de sus emociones la confundiera.

Tomó aire y cerró los ojos. Se concentró y deseó que su mente se iluminara. Se vio a ella misma arrodillada frente al río contemplando a Roc sobre el reflejo de la superficie.

Abrió los ojos. ¡Claro!

Contemplaría a Roc en las aguas. Así podría saber lo que estaba haciendo y eso tal vez le sugiriera la forma de acercársele.

Pronto llegó a la sombra de los chopos, en el recodo más calmado del río, donde de niña iba a pescar con su caña. Se sentó junto a la orilla de tierra húmeda, rozó el agua con la punta de sus dedos y la superficie se convirtió en un cristal límpido. La imagen de Roc apareció nítida, sólo para sus ojos.

Lo vio jugar al fútbol con furia, entrando a unos y otros y haciéndose respetar, sudando la camiseta y desgañitándose cuando el árbitro pitó un penalty a su equipo. Luego le espío, con discreción, mientras se duchaba en el vestuario y bromeaba con sus compañeros. Le siguió mirando cuando subió a su bicicleta y regresó a su casa pedaleando con fuerza. Lo miraba extasiada dejando que el tiempo se escapase de sus manos sin plantearse la audacia de presentarse ante él.

Roc llegó a casa y subió hasta su habitación. Anaíd supuso que haría sus deberes, pero no. Se tendió sobre la cama con los brazos tras la nuca y las piernas indolentemente cruzadas. Mirando al infinito, la mirada perdida, turbia. Anaíd imaginó que la miraba a ella y suspiró.

No podía evitarlo. Le gustaba demasiado. Le gustaban sus ojos negros y su pelo rizado, sus manos grandes, algo velludas y bronceadas. Le gustaba su voz ronca y recordaba con un estremecimiento el tono meloso con que se dirigió a ella en su fiesta y le acarició el oído con un susurro. Le gustaba el calor que desprendía su piel, y su mirada ardiente, como la forja de su padre el herrero, y le hubiera gustado bailar abrazada a su cuerpo al son de una música suave. Le gustaba la nuez de su cuello, y sus dientes blancos, demasiado grandes; le gustaba su hoyuelo descentrado, su risa burlona, su mirada oblicua y, sobre todo, ese aire algo chulesco con el que se enfrentaba a los peligros, como si se trataran de pequeños contratiempos. Por Roc sentía una mezcla explosiva de ternura y locura que en las mismas dosis le daba ganas de comérselo a besos o a mordiscos.

Roc comenzó a silbar contemplando una telaraña que colgaba de las vigas de madera carcomida. Anaíd se estremeció. Conocía esa canción. La puso Clodia el día de su fiesta. Era una canción tierna y romántica. ¿La estaba silbando por casualidad?

Roc tenía los ojos apesadumbrados a pesar de que con esa actitud simulaba que nada ocurría. Pero Anaíd lo conocía suficientemente para saber que sí, que estaba preocupado, que no se sentía bien consigo mismo. La indolencia y Roc eran enemigos. Esa lasitud encubría una tristeza mal llevada. ¿Estaba deprimido por la ruptura con Marion? ¿Era eso? Hubiera dado una mano por saber lo que pensaba... Tal vez no fuera tan difícil, tal vez si se

lo proponía lo conseguiría. Se concentró. Intentó penetrar en los recodos de la mente de Roc, comenzó a transportarse en el torbellino extraño de emociones ajenas. Y de pronto se sintió atrapada por una mano.

– ¡Ayyy! – gritó Anaíd sobresaltada.

Roc, a su vez, se incorporó de un salto y preguntó con voz cargada de extrañeza:

– ¿Hay alguien ahí?

– ¡Dácil! – gritó Anaíd al descubrir a la causante del susto.

Dácil la había agarrado por una pierna.

– ¿Dácil? – preguntó Roc desconcertado a la lámpara de su habitación.

Anaíd, estupefacta, se dio cuenta de que había establecido comunicación con Roc y de que podía oírla. Inmediatamente rozó la superficie del agua con los dedos y la imagen de Roc desapareció.

Se encaró con Dácil. – ¿Se puede saber qué haces aquí?

– Te estoy protegiendo – exclamó Dácil con la ingenuidad que la caracterizaba.

– ¿Protegiendo de quién?

– De las Odish, de quién va a ser.

– No necesito protección.

– Claro que sí. Eres la elegida, nadie sabe que estás aquí, soy la única que puede defenderte y eso hago. Y te he sujetado porque estabas a punto de caerte al río. ¿No te dabas cuenta?

Anaíd comprobó, en efecto, que estaba absolutamente inclinada sobre las aguas y que tenía su camiseta empapada.

– ¿Y de dónde sales? ¿Qué has hecho durante este tiempo? – le espetó para dejarla en evidencia.

– He estado haciendo guardia delante de tu cueva.

Anaíd se quedó anonadada.

– ¿De mi... cueva? ¿Sabías dónde estaba?

Dácil asintió.

– Claro, te seguí.

Anaíd no podía imaginarse la paciencia de Dácil sentada en el robledal, esperando a que la elegida asomara la cabeza. Y su discreción. ¿Por qué no había entrado a buscarla?

– ¿Y por qué no entraste?

Dácil había tenido un aprendizaje muy severo.

– Las cuevas son lugares sagrados, espacios de reflexión, de iluminación, de búsqueda del propio yo. La elegida tiene derecho a encontrar su camino mediante el ayuno y la meditación.

Anaíd no supo si reír o llorar. ¿Ayuno? ¿Meditación? Dácil había estudiado sus lecciones Omar al pie de la letra, pero la realidad no era como ella se la imaginaba. En cualquier caso, su paciencia era meritoria.

– ¿Y no te has cansado de esperarme?

– Esperar es mi tarea. Las oficianes del clan *axa* que esperan a la elegida desde hace

mil quinientos años no han tenido mi suerte. Soy la única que la ha encontrado.

No pudo enfadarse más. Dácil la enternecía y la desarmaba. Había intentado olvidarla, pero la presencia de la pequeña delante de ella era un recordatorio del fracaso de su misión como elegida.

Anaíd se puso en pie y se sacudió las ramas de la ropa.

– Vamos.

– ¿Adonde?

– A algún sitio donde puedas dormir, comer algo y descansar.

La respuesta de Dácil la desconcertó tanto como su resignación.

– Estoy viviendo en tu casa, gracias. Tú misma me diste permiso al dejarme allí, ¿no? Hago guardia durante el día y por la noche voy a cenar caliente y a dormir bajo cubierto. – Pueden verte – advirtió Anaíd.

Dácil asintió.

– Nadie lo sabe. Apenas enciendo luces.

– ¿Y cómo cocinas?

– No cocino.

– ¿Qué comes?

Dácil miró a un lado y a otro.

– Hago magia.

Anaíd a punto estuvo de pegarle una bronca, pero se abstuvo. La desobediencia de una niña Omar era un detalle anecdótico teniendo en cuenta que ella, la elegida, había huido de su madre y transgredía las leyes Omar continuamente. Con el cetro en una mano y el conjuro fácil en la punta de su lengua, tenía todo cuanto le placía. Excepto a Roc, claro. Por eso dilataba sus obligaciones.

Anaíd sintió envidia. Dácil dormía en su cama, rodeada de sus viejos juguetes, podía acariciar los lomos de sus libros y oler el perfume de Selene que todavía impregnaría la colcha de su cama. Qué extraño le resultaba todo. Cuánto habían cambiado las cosas desde la última vez que estuvo en Urt. Había salido como una Omar protegida por el clan y había regresado como una proscrita. ¿Por qué tenía que esconderse de las brujas de su comunidad, de las mujeres que la criaron, que la mimaron, que le enseñaron a leer, a caminar, a soñar con los ojos abiertos? Elena y Karen habían sido casi como unas tías. Siempre habían aparecido con regalos por su cumpleaños, la habían felicitado por sus notas, le habían hecho compañía cuando estaba enferma, habían celebrado juntas los solsticios y habían llorado las muertes. Y ahora se escondía de esas mujeres que tanto habían hecho por ella.

– ¿Así pues ya estás dispuesta? – preguntó Dácil con nerviosismo.

– ¿Dispuesta a qué?

– A recuperar el amor de Roc para poder venir conmigo a Chinet y bajar al cráter.

Sentía un miedo innombrable cada vez que alguien le recordaba su tarea en el mundo de los muertos.

– No es fácil enamorar a alguien – respondió Anaíd con vaguedad y algo de incertidumbre.

– Pero tú eres la elegida.

– ¿Y qué?

– Pues que la elegida puede conseguir todo lo que quiera. No es una Omar cualquiera.

Anaíd la escuchaba. Algo le decía que Dácil formulaba con sus palabras certezas que ella tenía difusas.

– Ya. Pero tengo que pensar una estrategia

– Yo lo tengo todo controlado.

– ¿El qué?

– Los horarios de Roc, dónde va, con quién. Ya no sale con Marion.

Anaíd se avergonzó. Una mocosilla sin iniciar le daba clases de cómo ligarse al chico que le gustaba. Pero tenía razón.

– ¿Me ayudarás?

A Dácil le brillaron los ojos y se le iluminó la sonrisa. Qué bonita era cuando se ilusionaba.

– ¡Claro que sí!

Anaíd consideró que Dácil no era casual. Era su motor de explosión, lo que permitía que avanzara en su camino. Sólo tenía que proporcionarle combustible. Dácil era su conciencia, su memoria y su culpabilidad.

– Espérame mañana aquí, a las tres. Descansa, y no hace falta que hagas guardia ante la cueva. Puedo cuidarme sola.

Pero Dácil la dejó estupefacta otra vez.

– Vigila mucho. Han desangrado a una bebé Omar cerca del valle.

– ¿Cómo lo sabes? –se extrañó Anaíd horrorizada.

– Oí cómo lo explicaba Elena.

Fuese por esa noticia trágica de Dácil, fuese por la sombra de los chopos al atardecer, por el arrullo de las aguas o por el olor intenso del pan de leña que arrastró el viento desde Urt, en ese momento un amago de añoranza le oprimió la boca del estómago. Sentía la nostalgia de su instancia reciente, de los besos de su madre, de las manos firmes de su abuela Deméter. Elena, Karen, las Omar. Todas dependían de ella y de su valor. No quiso acariciar su pulsera de turquesas para borrar su pasado. El pasado le daba fuerzas y sentido a su vida, a su misión; la melancolía le aportaba entereza. A punto estuvo en esos momentos de arrancarse la pulsera y lanzarla lejos. ¿Qué sería de ella sin su infancia y sus recuerdos? Ella era Anaíd, un todo indisoluble, no podía borrar de un plumazo sus orígenes y abjurar de su clan, de su familia y sus afectos. Si acaso, reconciliarse con sus errores o admitir sus equivocaciones. Las Omar continuaban muriendo y ella no podía perpetuar más su falta de compromiso con la realidad. Estaba decidida. No podía dilatar más su espera.

A su regreso a la cueva aceptó su fracaso ante Cristine.

– No puedo.

Cristine no se ensañó con ella. Fue comprensiva.

– Pruébalo otra vez.

Pero Anaíd ya había tomado una decisión.

– Necesito que me prepares un bebedizo de amor.

Cristine, sin embargo, de natural permisiva y complaciente, esbozó un rictus de contrariedad.

– Es peligroso.

– ¿Por qué?

Cristine acusó un cierto nerviosismo.

– Hay una profecía... No sé si la recuerdas.

La dama blanca calló estudiando la reacción de Anaíd, pero Anaíd no sabía a qué se refería.

– ¿Conoces los poemas de Eva Luz?

Anaíd asintió.

– Creo que sí.

– Pues recítalos.

Anaíd hizo memoria y de entre sus muchas lecciones aprendidas desempolvó los versos de la poetisa Eva Luz.

Ella, la más hermosa, perseguirá la muerte.

Si ofrece el filtro de amor.

Si bebe de la copa prohibida.

Si formula el conjuro de vida.

Pobre destino el de la elegida.

Cristine interpretó:

– Si ofrece el filtro de amor, la elegida tiente a la muerte. No lo hagas, es demasiado peligroso.

– Es una simple poesía – adujo Anaíd, convencida de antemano de su decisión.

La dama blanca negó con su cabeza de dorados cabellos.

– Te equivocas. Se inspiró en la maldición de Odi.

A Anaíd la simple mención de Odi la conmocionó.

– ¿La maldición? ¿Qué maldición?

Cristine no se sentía cómoda.

– ¿No te han hablado de ella?

– No.

– En realidad no está escrita.

– ¿Entonces?

– Algo se sabe, algo se ha transmitido oralmente. Se dice que Odi, antes de desaparecer, maldijo a sus hijas concebidas con Shh, y a todas sus descendientes.

Anaíd sintió curiosidad.

– ¿Y qué dice la maldición de Odi?

Cristine no podía eludir la respuesta.

– Más o menos lo que Eva Luz recoge en sus versos proféticos.

– ¿Y crees a Eva Luz?
– Sí.
– Pero tú eres Odish y Eva Luz era Omar.
– Odish y Omar compartimos las mismas profecías y procuramos no retar al destino
– Cristine bajó los ojos –. No quiero que mueras, Anaíd.

Anaíd se estremeció.

– ¿Es eso? ¿Puedo morir por culpa de la maldición?

Cristine movió la cabeza silenciosamente.

– Sí.

Anaíd se desesperó. Lo que Cristine le decía era delicado.

– Está bien, Dácil ofrecerá el bebedizo a Roc y desaparecerá a tiempo para que Roc me vea a mí y no a ella.

– Yo que tú no tentarías a la suerte – objetó Cristine.

Pero Anaíd puso en juego toda su voluntad egoísta.

– Lo haré así. Quiero que Roc beba el filtro de amor y se enamore de mí.

Anaíd se puso manos a la obra, lo cual era parecido a decir que puso el cetro en sus manos.

– *Soramar noicalupirt ne litasm.*

Y el cetro acudió obediente a su llamada. Cristine estaba admirada.

– Ya forma parte de ti.

En efecto. Cetro y Anaíd eran una misma cosa. El brillo de su mano ya era consustancial a su naturaleza.

Y con el cetro en la mano, sintiéndose poderosa y complacida, Anaíd siguió a su abuela Odish y obedeció escrupulosamente todas sus indicaciones. Recogieron juntas las alas del murciélago, la piel de una rana joven, la rama de muérdago y la raíz de mandrágora; lo mezclaron con polvo de piedras de signo sagitario, el signo de Roc: cobre, arábiga, cristal y jade, sal y gema. Anaíd lanzó incienso purificado sobre la poción pronunciando su nombre. Luego invocó al amor con la llama del fuego y roció con alcohol la poción cantando la melodía del amor y consiguiendo que las volutas de humo se entrelazaran en el aire, como el destino de Roc y el suyo. La poción ardió como Roc ardería al verla.

Guardó la pócima en un frasco de vidrio y la contempló largamente. En ese frasco estaban contenidas sus esperanzas, sus anhelos, sus deseos. El líquido tenía un color verde, como la menta, y su olor era dulzón y empalagoso. Con la ayuda del cetro enfrió el jarabe hirviendo y esa noche durmió profundamente soñando en Roc y su hoyuelo travieso.

Anaíd hubiera tenido que consultar los oráculos, pero sin hacerlo sabía que los presagios no estaban de su parte, El vuelo de las perdices niveas de blancas alas era demasiado bajo, y descubrió entre la hojarasca el cadáver sanguinolento de un pequeño sarrion recién nacido que había escondido el zorro. Eran avisos. Como la fila zigzagueante de hormigas rojas de regreso a su hormiguero o las huellas desesperadas de la osa parda, que vivía en las montañas galas, en busca de su cachorro extraviado. Eran signos para aquel que

pudiese interpretarlos. Y a pesar de que Anaíd leía en ellos como en un libro abierto y sabía que los designios no auguraban nada bueno, fingió ser ciega y sorda y continuó adelante.

Era incapaz de reprimir la urgencia de llevar a cabo su plan y, durante toda la tarde, mientras ella y Dácil se llenaban la boca de jugosas fresas y adornaban sus cabellos con violetas, riendo ajenas a los funestos presagios, Anaíd, astutamente, aleccionaba a Dácil para representar su papel.

Era sencillo. Se trataba de esperar a Roc en el camino por el que pasaba todas las tardes con su bicicleta. Dácil simularía regresar del campo con su bolsa de fresas llena a rebosar y sus cabellos adornados de flores y, al oír acercarse a Roc, fingiría una caída y una torcedura de tobillo. La pericia de Dácil consistiría en pedir su ayuda y agradecerse luego invitándolo a un trago de su cantimplora.

Ése sería el momento en el que ella, y no Dácil, aparecería ante los ojos de Roc. Roc posaría su mirada cálida sobre Anaíd y reviviría el momento mágico de su fiesta de cumpleaños, cuando le pidió un beso y a punto estuvo de declararle su amor.

Pero al acercarse el momento Dácil estaba nerviosa. Muy nerviosa.

– ¿Y si me equivoco?

– ¿Por qué tendrías que equivocarte?

– No lo he hecho nunca.

– Vamos, Dácil, si es muy fácil.

– Las cosas fáciles acostumbran a ser las más difíciles, decía Ariminda.

Anaíd comenzó a impacientarse. Había confiado ciegamente en la naturalidad y el atrevimiento de Dácil. La cogió por los hombros y la miró a los ojos.

– A ver, ¿recuerdas lo que te prometí? En cuanto Roc beba la poción y se enamore de mí, iremos a tu tierra, a la cueva del Teide.

Dácil sonrió. Lo deseaba tanto...

– ¿Y seré la única que te agasajará?

Anaíd ratificó su promesa.

– Diré la verdad, diré que si no hubieras tenido la audacia de venir a buscarme, nunca hubiera sabido cuál era el camino de la elegida.

Dácil aplaudió y bailoteó como una niña. Pronto, lo que había estado soñando durante toda su infancia se cumpliría. Atendería a la elegida y emprendería el viaje a Nueva York para reunirse con su madre. Le parecía imposible que todo pudiera hacerse realidad tan rápidamente. Entonces, a lo lejos, oyeron el chasquido de las ruedas de la bicicleta de Roc acercándose. Dácil palideció.

– ¿Qué le digo primero que me he caído o que me duele el tobillo?

Anaíd no pudo soportar la rabia y musitó entre dientes antes de esconderse tras el acebo:

– Tienes una memoria de mosquito, niña tonta.

Y cuando Roc apareció en el recodo Anaíd contempló horrorizada la expresión de ignorancia absoluta y de asombro que había en la cara de Dácil, sentada en medio del camino, desconcertada, mirándose las manos como si las viera por primera vez.

Anaíd reprimió un grito. La había embrujado. La mente de Dácil estaba en blanco, totalmente limpia de recuerdos, vacía de ideas..., exactamente como un mosquito. Dácil estaba intentando recordar qué hacía allí, quién era y cuál na su misión.

Anaíd asistía a la escena oculta tras el acebo y sintió cómo le temblaron las piernas al ver llegar a Roc, detenerse frente a la confusa Dácil y bajar de su bicicleta para auxiliarla.

– ¿Te has hecho daño?

Dácil levantó la cabeza asustada y rechazó la ayuda que Roc le ofrecía.

– No lo sé.

– ¿Cómo que no lo sabes?

– Es que no me acuerdo de nada –le confesó Dácil llevándose las manos a la cabeza con desesperación.

La sentía como una calabaza vacía.

– Vaya, ¿te has pegado un golpe quizá?

Dácil se encogió de hombros, se puso en pie y se quitó el polvo del pantalón.

– Quizá.

– ¿Quieres que te lleve hasta el pueblo?

Dácil vaciló y dudó.

– Pues... no lo sé.

Anaíd quiso gemir. Su plan se iba al traste. Estaba perdiendo la ocasión por culpa de su mal carácter y de una niña tonta. A la desesperada, musitó como un soplo al oído de Dácil:

– Eres Dácil, recuerda tu papel, debes ofrecerle el bebedizo.

Roc, práctico, la cogió de la mano y se presentó.

– Soy Roc, el hijo de Elena. Mi madre te conoce, ella te podrá ayudar. Anda, vamos.

Y en ese preciso momento Dácil recuperó milagrosamente la memoria.

– Eres Roc, claro, ya me acuerdo. Te estaba esperando – vomitó de sopetón.

– ¿A mí? – se sorprendió Roc.

Dácil, con la ingenuidad que la caracterizaba, reprodujo en voz alta la secuencia que instantes antes no podía siquiera intuir.

– Sí, a ti. Yo tenía que ofrecerte un trago de mi cantimplora.

Y con toda la desvergüenza de la que una muchachita de trece años puede ser capaz, abrió su mochila, sacó su cantimplora y se la ofreció a Roc.

– ¿Te apetece un trago?

Anaíd quiso morirse. ¿Cómo se le había ocurrido confiar en una niña como Dácil?

Roc se quedó a cuadros.

– Esto, o sea..., apareces en medio del sendero como si fueras un fantasma, me dices que has perdido la memoria y luego me explicas que me esperabas para ofrecerme un refresco.

– Sí.

– Creo que no necesitas un médico, necesitas un psiquiatra –le respondió muy seguro de sí mismo, e hizo el intento de volver a pedalear.

Dácil entendió que lo había hecho fatal y le pareció oír unas palabras sugeridas por el

viento, pero dictadas desde las ramas de acebo tras las que se escondía la elegida.

– Insiste, que no se vaya, no lo dejes marchar.

Anaíd se mordía las uñas de impaciencia y esperaba. Afortunadamente, Dácil la obedeció e impidió que Roc se marchara.

– Espera, espera..., un sorbito y basta.

Roc no entendía nada.

– Oye, niña, ya hay bastante tomadura de pelo, yo me abro.

Y esa vez sí pedaleó, pero por poco rato. Dácil se agarró a su camiseta, como una lapa.

– ¡No puedes irte sin probar mi refresco!

– Pues claro que puedo.

Anaíd estaba a punto de echarse a llorar, pero ante su sorpresa Dácil se le adelantó. Dácil empezó a llorar como una tonta y ése fue su acierto. Roc, medio conmovido, medio intrigado, cambió su tono y se compadeció.

– Yo..., perdona, lo siento, no quiero ser brusco, pero os que no entiendo nada.

Anaíd se llevó las manos al pecho. Había un atisbo de esperanza.

Dácil, al percibir que no podía convencer a Roc por las buenas, pero sí podía conmoerlo por las malas, inventó ahí mismo, sobre la marcha, una complicada historia que dio sus frutos.

– Soy un desastre, siempre pierdo todas mis apuestas improvisó con desparpajo.

Volvía a ser la misma Dácil de siempre, fresca, natural, convincente.

– ¿Qué apuesta?

Dácil continuó con su historia disparatada.

– Me aposté con mi mejor amiga que conseguiría que un chico aceptase mi invitación de beber un refresco conmigo. Pero nadie quiere.

Roc se rascó la cabeza perplejo. A lo mejor no era tan descabellado. Siempre había creído a pies juntillas que las mujeres eran complicadas. Sus novias, amigas y profesoras así se lo habían confirmado.

Anaíd percibió su disponibilidad, acarició su zafiro y se concentró con todas sus fuerzas en moldear la voluntad de Roc.

– ¿Yo formo parte de una apuesta?

– Eres el último. He perdido todas mis oportunidades. Me dio seis horas de tiempo y se acaban de aquí a unos minutos.

Roc dudó unos instantes y Dácil subrayó su actuación con un mutis lento y premeditado. Anaíd aplaudió ese recurso tan femenino que ella jamás utilizaba.

– Lo siento, perdona por todo este lío. Siempre pierdo, soy una perdedora.

E hizo el gesto de abandonar y dar media vuelta. Surtió efecto. Roc la llamó.

– ¿Sólo es eso? ¿Probar un refresco?

– Sí. Un sorbo y basta.

Roc tenía más dudas.

– Pero, a ver, ¿y tu amiga cómo sabrá si ganas la apuesta o no?

– Dácil estuvo apurada un segundo.

— Está ahí atrás, mirando. Escondida — y señaló hacia donde se ocultaba Anaíd.

Anaíd, desconcertadísima, se llevó la mano al pecho. El corazón le latía con tal intensidad que por fuerza Roc tendría que oírlo.

Roc fijó la vista entre los acebos y no vio nada.

Anaíd sintió que se deshacía de pánico. ¿No se le había ocurrido nada mejor a Dácil que decir la verdad? Esa niña era una cabeza hueca, una cabeza loca, una cabeza llena de pájaros. En cuanto remontaba un bache se metía dentro del siguiente.

Tendría que salir y deshacer el entuerto.

— Si esa amiga tuya asoma la nariz, te hago el favor que me pides, pero todo me suena tan marciano que, si me bebo tu refresco, me voy a sentir idiota — dijo Roc burlón, con su hoyuelo hundido junto a una sonrisa manifiestamente chulesca.

Anaíd no se lo pensó dos veces. Acarició su zafiro, se irguió tan alta como era y salió de detrás de los arbustos con dignidad.

Roc se quedó de una pieza, palideció. Se restregó los ojos y volvió a abrirlos. La figura humana que tenía delante le resultaba familiar, muy familiar, y al mismo tiempo lejana y difusa.

— Hola — dijo como un bobo.

— Hola — le contestó Anaíd con más aplomo del que creía tener.

— ¿Eres...? — dijo con insistencia chasqueando los dedos para acompañar a su intuición.

Anaíd sonrió de una forma natural. Roc estaba en un apuro. Ella dominaba la situación. Y en ese momento adquirió toda la seguridad que durante esos días había ido acumulando lentamente gracias a la obra paciente de la dama de hielo. Se sintió hermosa, fuerte, sabia, poderosa; se sintió capaz de aprisionar la voluntad de Roc con un soplo, de hipnotizarlo con una simple mirada, de conseguir un beso deseándolo.

Su abuela tenía razón. Era mágica. Su magia la desbordaba. Era la elegida, era la portadora del cetro. Era joven, bella y muy inteligente. Roc estaba en sus manos y dentro de poco caería rendido a sus pies. No había sido todo tan desastroso. Le hizo una señal a Dácil para que se apartara.

— Soy una vieja amiga — sugirió enigmáticamente.

— Te conozco, pero no me sale tu nombre.

Anaíd se sorprendió del extraño efecto de la poción del olvido. Posiblemente Roc no la asociase con la Anaíd feúcha e introvertida del curso anterior. Mejor.

— En cuanto tomes el refresco lo recordarás.

Roc ladeó la sonrisa con chulería y dio un paso hacia ella. La miraba con intensidad. Anaíd vaciló, pero aguantó el embate cara a cara.

— ¿Me vas a embrujar? — preguntó Roc guiñándole el ojo con picardía.

Anaíd rió con ganas y le devolvió el guiño. Gunnar le había enseñado a ser rápida de reflejos.

— Pues claro. Esto es un bosque, yo soy una bruja que vive en el bosque y esta chica es un duendecillo travieso que me sirve para mis propósitos.

Roc le siguió el juego.

– Y tu refresco es un bebedizo de amor, claro.

Anaíd supo que tenía que mirarlo a los ojos fijamente. No podía perder el destello de su mirada mientras bebiese. Impulsivamente arrancó la cantimplora de manos de Dácil.

– Pruébalo. Y le ofreció la cantimplora a Roc.

No recordó que tenía que eludir ese gesto. En ese momento olvidó el aviso de Cristine, de la maldición de Odi y de los versos de Eva Luz. El mundo entero dejó de existir.

Roc soltó el manillar de su bicicleta.

– Aguanta –le ordenó a Dácil sin mirarla.

Cogió la cantimplora de la mano de Anaíd. La rozó levemente, en el dorso, y Anaíd se estremeció.

«Ofrecerá el bebedizo de amor...», había augurado Odi con su maldad. Y su augurio se estaba cumpliendo.

Dácil sí que se dio cuenta del atrevimiento y se tapó la boca con la mano para no gritar. Roc desenroscó el tapón, olió el contenido del extraño jarabe con aroma a menta y levantó su brazo derecho en alto. Con una sed infinita dio un trago largo y se apoyó sin darse cuenta en la bicicleta. Dácil la sostenía tan sólo con una mano. Trastabilló, cayó hacia atrás y la bicicleta y Roc cayeron sobre ella. Podo fue tan rápido que Dácil, debajo de Roc, se dio cuenta demasiado tarde de que no podría saltar hacia la cuneta del camino, echándose al suelo, como había ensayado previamente, porque estaba aprisionada por las ruedas de la maldita bicicleta.

Anaíd gritó.

Dácil gritó.

Pero ninguna de las dos pudo impedir que el hechizo siguiese su curso y que Roc, sorprendido por la caída de Dácil, bajase los ojos hasta ella tras haber apurado un buen trago de bebedizo.

– ¿Te has hecho daño? –preguntó a la niña con voz suave y sin asomo de burla.

Dácil no respiró. Se quedó encogida, en posición fetal. Creyó que si no lo miraba no sucedería nada, pero ya era demasiado tarde. Había sucedido lo inevitable.

Anaíd quiso intervenir, pero estaba paralizada de horror. Lo peor que podía suceder había sucedido ante sus mismísimas narices. Había dejado de existir. Roc sólo tenía ojos para Dácil.

Roc se puso en pie, enderezó la bicicleta, rescató a Dácil de debajo, la levantó en volandas y le sonrió como un tonto.

– No pesas nada.

Evidentemente, Dácil no pesaba nada porque era un puro esqueleto desmadejado y sin gracia. Pero a juzgar por la cara de bobo, Roc asimilaba su peso pluma con la levedad de la belleza.

Anaíd se clavó las uñas en la mano hasta hacerla sangrar. No podía ser cierto. Era una broma, una broma de mal gusto.

Roc, resuelto, sentó a Dácil sobre la barra de su bicicleta.

– Te llevaré a mi casa para que te eche un vistazo mi madre.

Anaíd quiso decir algo pero estaba muda de asombro. Quiso llorar, quiso patear, pero daba lo mismo. Roc no la veía.

Dácil intentó escabullirse de diversas formas.

– No hace falta, estoy perfectamente.

– Ya lo veo –la cortó Roc.

Dácil se dio cuenta de que lo había mirado a los ojos. Los ojos negros de Roc echaban chispas.

– No me mires así –se defendió Dácil tapándose la cara.

– Es que no me había fijado en ti. Es como si te viera por primera vez. ¿Cómo has dicho que te llamas?

– No te lo he dicho.

– Pero me lo vas a decir enseguida –insistió con su estilo de seductor avezado.

– Dácil –susurró flojito la niña, mirando de reojo a Anaíd y disculpándose con los hombros.

Roc lanzó un grito.

– Estamos predestinados. ¡Lo sabía! Oí tu nombre en mi habitación.

Y ante el horror de Anaíd y el apuro de Dácil, Roc subió a la bicicleta, aprisionó a la pequeña Dácil entre sus brazos y se la llevó silbando, camino de Urt, sin darse siquiera la vuelta para despedirse. Anaíd sintió el zarpazo de la invisibilidad y la angustia de los celos.

Entró a la carrera en la cueva y gritó con desespero a la dama blanca. Se ahogaba, perdía el aliento. Estaba llena de congoja y era tanta su angustia que apenas podía respirar.

– Un día aciago –pudo balbucear con dramatismo teatral cayendo sobre su regazo acogedor.

La dama acarició sus cabellos. Las violetas estaban mustias, sus dedos teñidos de fresas parecían manchados de sangre y, a fuerza de recoger las lágrimas de sus mejillas, su cara estaba llena de manchones rojos. Anaíd era la viva imagen de la desolación.

– Explícamelo por partes –le pidió con dulzura Cristine con una severidad oculta en el fondo de su retina.

Anaíd se fue calmando, pero la rabia le salía a borbotones. Estaba terriblemente rabiosa.

– Todo ha salido mal, ha sido el peor día de mi vida, lo he estropeado todo. Me quiero morir.

– Calma, preciosa. ¿Qué ha sucedido?

– Roc ha visto a Dácil antes que a mí y se ha enamorado de ella.

La dama blanca dejó exhalar un suspiro.

– Vaya, Roc se ha enamorado de Dácil. ¿Y nada más?

Anaíd calló, no se atrevía a confesar su imprudencia. Pero la Odish podía leer su pensamiento o quizá lo sabía lodo.

– ¿Fuiste tú quien ofreció el bebedizo de amor a Roc? ¿Es así?

– Yo no quería, pero tuve que hacerlo.

– No hay nada que debamos hacer sin desearlo –aseveró con dureza la dama blanca–. Has tentado a tu suerte. La maldición de Odi puede cumplirse.

Anaíd sintió miedo, aunque no tanto como para olvidar lo más acuciante, lo más inmediato.

– ¿Qué se puede hacer con Roc? No quiero que esté enamorado de Dácil.

Cristine se mostró prudente.

– Todo se puede detener o borrar de la memoria, pero lo que ya ha sucedido, ha sucedido, y me temo que no va a ser fácil corregirlo. Sobre todo si hay otros testigos. ¿Dónde está Dácil?

Anaíd no quería ni pensarlo.

– En su casa. Roc le pidió que se quedara con ellos.

Cristine chasqueó la lengua con disgusto.

– Eso es un engorro. Elena no es tonta. Sospechará.

Anaíd invocó al cetro, lo acarició, lo blandió y se sintió mejor. El mundo volvía a resituarse tras el cataclismo. Veía atisbos de luz.

– Esta misma noche me llevaré a Dácil de casa de Roc y le daré a Roc de nuevo el bebedizo.

La dama de hielo no aprobó su plan.

– No puedes.

Anaíd se enfadó. Tenía su cetro, era la elegida. ¿Y no podía satisfacer sus deseos?

– ¿Cómo que no puedo? No me digas eso, abuela...

– No se puede contrarrestar el bebedizo de amor si no es con una poción del olvido.

Anaíd se sorprendió. Ignoraba esos recovecos del protocolo.

– ¿Quieres decir que primero tiene que olvidar y luego volver a enamorarse?

– Eso mismo.

Anaíd sentía la comezón de los celos mordiendo sus entrañas.

– ¡Pues olvidará a Dácil!

CAPÍTULO XI

No usarás la poción del olvido

Elena abrió la puerta a Karen y le indicó con un dedo sobre los labios que guardara silencio. Era casi medianoche y la luna sinuosa se resistía a iluminar la noche con su escaso cuarto creciente, pero permitía deduce que Karen estaba desmejorada. Se le marcaban grandes ojeras negras y bolsas bajo los ojos cansados. Dormía poco, trabajaba mucho y tenía demasiadas preocupaciones.

– Gracias por venir tan rápido – susurró Elena tomándola del brazo y acompañándola hasta la cocina.

Desde la puerta entreabierta de la sala, donde la chimenea permanecía encendida, les llegó un sordo patear de pies y un grito ensordecedor.

– ¡Gooooooooooool!

Ya no hacía falta preguntar a Elena por su familia. Su marido, el herrero, y los mayores de sus ocho hijos estaban viendo el partido de fútbol. Excepto Roc.

Las dos mujeres se encerraron en la cocina y Elena, sin mediar palabra, puso un plato de cocido caliente ante Karen, le corló un pedazo de pan y le sirvió una copa de vino tinto. Anda, come.

Karen estaba demasiado nerviosa para comer.

– ¿Ha sucedido algo?

– Sí.

– Dímelo, no puedo tragar ni una miga.

– Así estás tú. A mí las preocupaciones me abren el apetito.

Karen lo sabía; por algo Elena engordaba a razón de kilo por año y, considerando que tenía ocho hijos, sus preocupaciones no hacían más que aumentar, como su peso. Eso sí, buen humor, energía y salud no le faltaban.

– Habla ya, que me tienes en ascuas. ¿Hay malas noticias de Selene y Anaíd? – preguntó con un hilillo de voz.

– No, no sé nada de ellas. Selene ha cortado la comunicación, pero tampoco me ha pedido ayuda.

– ¿Entonces? ¿Otra matanza Odish?

– No.

Karen suspiró aliviada. Como médico, tenía que levantar los cadáveres de las muchachas y bebés Omar que caían víctimas de las Odish. Era una obligación terrible y cada vez se juraba que sería la última. Esos tiempos de guerra estaban muy revueltos y, desde que desaparecieron Anaíd y Selene, las víctimas habían ido cayendo en un lento goteo. No podría soportar otra víctima más. No, esa noche no.

– ¿Entonces?

– Es Roc.

Karen se quedó boquiabierta. Elena no acostumbraba a convocarla con urgencia en plena noche para hablarle de los problemas de sus hijos. Y menos aún de un adolescente como Roc.

– Yo no entiendo de chavales, no tengo hijos y...

– Esa niña, Dácil, ha vuelto.

– Ya –respondió Karen sin acabar de ver la relación.

No obstante, la mención de Dácil la relajó. Podía comer sin sobresaltos, podía hasta masticar lentamente, tragar sin prisas y luego tomarse un café a sorbos. La casa de Elena, tan hogareña, tan familiar, era un lugar que invitaba a comer un plato caliente, arrellanarse luego en una cómoda butaca junto al fuego y adormecerse oyendo el ronroneo de los gatos, el ladrido de los perros y los gritos de los niños. Atacó pues el plato de cocido y lo saboreó con deleite. Delicioso. Como todo lo que Elena cocinaba. Un día le preguntaría si las albóndigas las amasaba con huevo y pan mojado en leche o simplemente pan rallado.

– Expíciate, te escucho.

– Pues bien –comenzó Elena sirviéndose un vaso de leche y unas galletas para no dejar sola a Karen–, te dije que Dácil había desaparecido. Al convencerla de que Anaíd no estaba aquí, se fue sin despedirse. Esta tarde, por sorpresa, Roc la ha traído con la bicicleta diciendo que se había caído al suelo y se había hecho daño, y no ha parado de darme la vara hasta que la he revisado hueso a hueso. Por cierto, esa niña está llena de huesos.

Karen asintió rebanando los restos del plato con pan. Pura glotonería. No tenía ni idea de qué tripa se le había roto a Elena.

– Después me ha pedido alojarla aquí en casa hasta que tuviera que regresar a Tenerife.

– Vale, ¿y?

– Que no le quitaba el ojo de encima.

– ¿Y...?

– Se la comía con los ojos, le servía el agua, le retiraba la silla, sonreía como un bobo y hasta le ha escrito un poema.

– ¿Eso ha hecho? –preguntó Karen con incredulidad.

Elena se encendió.

– ¿Por qué te crees que estoy enfadada? Se ha colgado de la niña esa. Por supuesto no la he puesto a dormir en su habitación. Le he montado un plegatín en la habitación de los gemelos.

Karen a punto estuvo de reír, pero se abstuvo.

– ¿Estás celosa?

– No me has entendido.

– ¿El qué?

– Que lo ha embrujado.

Karen ya tuvo bastante.

– De acuerdo, Elena, vale que seamos brujas, pero no puede ser que no admitamos

que nuestros hijos se enamoren de quien les parezca.

– Es una niña.

– Ya.

Elena, alterada, no se explicaba con corrección.

– Atiende y no me interrumpas. Dácil le ofreció un bebedizo.

Karen calló extrañada.

– ¿Cómo lo sabes?

– Porque Roc ha acabado por explicármelo todo. Él no lo sabe, pero yo sí. Le ha interceptado en el camino, le ha pedido que bebiese de un refresco y se ha inventado no sé qué de una apuesta.

Karen levantó la mirada interesada.

– Me ha confesado que después de beber, al mirarla, la ha descubierto de pronto.

Karen le dio la razón. Ése era el efecto de una poción amorosa: el redescubrimiento súbito.

– Vaya, todo concuerda.

– He vuelto a ponerme en comunicación con las matriarcas de la Orotava y es lo que yo me temía. Les ha mentado de nuevo. Esa niña es un verdadero desastre.

Karen sintió lástima.

– Por culpa de su madre, pobrecilla.

Elena estaba indignada.

– De acuerdo que su madre siempre fue una cabeza loca y se fue a Nueva York con lo puesto, pero no la compadezcas.

– ¿Y por qué no se llevó a su hija con ella? – se preguntó Karen.

– ¿No sabes la historia?

– No.

– La olvidó en un supermercado siendo un bebé.

Karen se atragantó.

– No me lo puedo creer. ¿Y por eso se marchó sola?

– Después de ese incidente las matriarcas le prohibieron acercarse a su hija. El clan se hizo cargo de su crianza.

Karen, en lugar de indignarse, se compadeció aún más.

– O sea que Dácil fue adoptada por el clan por incapacidad de su irresponsable madre.

– Y ha salido peor que ella.

– No exageres.

– ¿Que no exagere? ¿Tú crees que es normal que a los trece años, siendo un renacuajo sin iniciar, se pierda por los caminos para enamorar chicos con bebedizos prohibidos?

Karen le dio la razón. Irreflexiva sí que lo era.

– ¿Qué propones?

– Hacer que confiese, contrarrestar los efectos con Roc y devolverla a su isla después de amonestarla. Su iniciación tendrá que esperar.

– Me parece bien – ratificó Karen –. Vamos allá.

– Espera –la instó Elena –, no he acabado –y su voz se hizo más grave.

– ¿Qué más hay?

– Una Odish, aquí en Urt.

– ¿Rumores?

– Certezas. Yo sentía su presencia, pero Roc me lo ha confirmado. Dácil no iba sola. Había una amiga con ella. Una amiga misteriosa, de piel blanca, alta, hermosa, cargada de joyas.

– ¿La conocía?

– Roc no sabe quién es ni recuerda su nombre, pero quedó fascinado.

Karen se mordió los labios hasta hacerse daño. Como todas las Omar adultas, podía percibir la proximidad de una Odish, sentir su presencia. Era una habilidad que se perfeccionaba con la práctica y los años.

– ¿Poderosa?

– Mucho. Sal conmigo. Quiero que lo confirmes.

Salieron juntas al porche de la casa. La luna había descendido y las saludaba con un guiño de luz blanquecina.

A pesar de la calma que reinaba, Karen sintió frío. Al bajar del coche en Urt y mientras llamaba a la puerta de la vieja casa de Elena, una racha de viento helado se había instalado en sus pies. A lo largo de la cena había ido subiendo por sus piernas y ahora sentía una opresión en el corazón. Lo tenía frío como el hielo.

En efecto. Las dos levantaron la cabeza al unísono y olfatearon el viento. Estaba impregnado de un olor acre y difuso, el olor que desde jóvenes aprendieron a discernir como el olor de las Odish.

– Muy cerca –afirmó Karen con las pupilas dilatadas– . Está aquí.

– ¿Estás segura? – se asustó Elena.

Ella confiaba en que se tratase solamente de una obsesión suya. Por eso había avisado a Karen, para que la desmintiese.

Las dos dirigieron la vista hacia el mismo lugar. La ventana de la fachada sur de la casa de Elena, la ventana de la habitación de Roc. Estaba abierta de par en par y la luna reflejaba la sombra lánguida de una mujer alta de largos cabellos.

A Karen se le escapó un grito y, como si hubiera sido una señal convenida, el grito fue seguido del sonido de un cristal hecho añicos, luego un ruido sordo al caer algo y un aleteo. Un graznido oscuro hendió la noche.

Karen y Elena, sin mediar palabra, entraron en la casa corriendo y subieron las escaleras de cuatro en cuatro. La puerta de la habitación del chico estaba cerrada, pero el potente conjuro de Elena conminándola a abrirse la hizo caer con estrépito. En el suelo, inconsciente, yacía Roc. Junto a él un vaso roto y un líquido derramado sobre el suelo de madera.

– ¡Roc, Roc! – gritó Elena con desespero.

Karen se encogió contemplando cómo Elena, con una agilidad impropia de sus kilos, se agachaba junto a su hijo y lo abofeteaba para que despertase.

Como médico y científica formuló una rápida hipótesis. El vaso, el líquido, la caída, la pérdida de consciencia... Se inclinó sobre el charco del líquido, mojó levemente el dedo índice, lo acercó a su nariz y lo olfateó. Luego, con prudencia, lo lamió con la punta de la lengua. Su hipótesis era correcta.

– Ha sufrido una sobredosis.

– ¿De qué?

– De olvido. Alguien le ha proporcionado poción del olvido.

– Dácil – afirmó Elena sin dudarlo.

– O la Odish que hemos visto.

Elena no quería admitirlo. Lo abrazó con fuerza y buscó su pulso.

– ¿Vivirá? – preguntó a Karen con miedo.

Karen revisó sus córneas, sus uñas, y abrió su boca. Los signos de vida eran débiles.

– Es fuerte – dijo para consolar a la madre –. Necesitamos saber qué dosis le dieron y qué compuestos.

Echó una ojeada a su alrededor. Se sentía desnuda sin sus útiles de médico.

– Necesito mi maletín, está en mi coche.

Elena se levantó y dejó a Roc en manos de Karen. Regresó al cabo de unos instantes con el maletín de Karen en una mano y la angustia impresa en el rostro.

– Dácil ha desaparecido. Los niños dicen que se ha ido mientras nosotras cenábamos.

Karen se abstuvo de comentarios. Enseguida, alertado por Elena, apareció su marido con el rostro sombrío, tomó a Roc en brazos, lo depositó en la cama y lo besó en la frente con una dulzura impropia de su rudeza. Luego abrazó a Elena y le dijo lo mucho que la quería.

– ¿Es grave? – preguntó finalmente a Karen.

Karen abrió su maletín con cuidado y evitó responder directamente a la pregunta.

– Si necesito más ayuda, lo trasladaremos al hospital.

El herrero, un hombre práctico, se puso a la faena.

– Acostaré a los niños y prepararé el coche para tenerlo a punto.

Al quedarse solas de nuevo, Elena cogió con fuerza la mano de Karen.

– Cuídalo, cuídalo como si fuera tu hijo. Confío en ti.

– ¿Dónde vas?

Elena era una verdadera fiera cuando se trataba de defender a sus hijos.

– A por Dácil y esa Odish – dijo con determinación.

* * *

Anaíd volaba entre los robles evitando chocar con las ramas jóvenes que habían crecido demasiado y se cruzaban en su camino. Topó con la mirada asombrada de los búhos y los resoplidos de las lechuzas.

Sin embargo, ni los habitantes del bosque, ni el aleteo constante de sus alas, ni sus ojos fijos en los senderos que cruzaban el robledal, unos metros por debajo de ella, le impedían pensar. Buscaba a Dácil y, a pesar de la envergadura de sus alas cubiertas de plumas, su

cerebro y su mente no habían cambiado. ¿O quizá sí?

Anaíd sintió el zarpazo de la angustia.

Últimamente no se reconocía en sus actos. Actuaba tan impetuosidad, con urgencia, con avidez, y las cosas acababan por salirle mal. ¿Qué le había pasado a Roc? ¿Por qué se había desmayado? ¿Sería grave? Todo había sucedido tan deprisa que no había tenido tiempo de asimilarlo.

Hacía aproximadamente una hora había entrado en casa de Elena, de noche y a hurtadillas, y había conminado a Dácil a marcharse de allí. Entró con reparo, a sabiendas de que se colaba en la casa de la amiga de su madre, la bibliotecaria que le proporcionó todas sus lecturas favoritas, la que la acogió cuando Selene desapareció. Y entraba como una ladrona, por la ventana, sin saludar, escondiéndose en las sombras.

Mientras esperaba agazapada en el pasillo para colarse en la habitación de Dácil, oyó llegar a Karen. Le llegaron con nitidez su voz cantarina y sus pasos apresurados. Por un instante le temblaron las rodillas. Tuvo que reprimir sus deseos de bajar al zaguán, besarla y sentarse en sus rodillas. Añoraba su risa fácil, sus conversaciones inacabables, sus jarabes amargos y sus abrazos dulces. Se arrepintió de lodo y a punto estuvo de echarse atrás, bajar las escaleras de madera, compartir la cena con Karen y Elena, y confesar su equivocación al ofrecer a Roc el bebedizo de amor. Quería liberarse de responsabilidades y sentirse de nuevo una joven loba obediente.

Pero justo en ese instante vio a Roc salir al pasillo y llamar quedamente con los nudillos a la puerta de la habitación que Dácil compartía con los gemelos. Se arrebujo más en las sombras para que no la viese. Él escondía algo tras la espalda. ¿Una rosa? Anaíd no podía creerlo. ¿No pensaría regalar esa rosa a Dácil? En efecto, Roc ofreció la rosa del jardín a la asombrada Dácil y la invitó a oler su fragancia.

Anaíd se puso de los nervios al ver cómo Dácil le sonreía con aquella sonrisa tan bonita que tenía sin saberlo y Roc daba un paso hacia ella dispuestísimo a besarla. Se vio obligada a intervenir. Con un simple conjuro consiguió que una racha de viento empujase con fuerza los batientes de las ventanas y provocase un estrépito que hizo reaccionar a Roc y Dácil apartándose de un salto el uno del otro. Fue suficiente, el susto había roto la magia del momento y se separaron azorados. Esperó a que se cerrasen las puertas de nuevo, contó hasta diez y entró en la habitación de Dácil como una tromba. Y entonces explotó. Estaba enfadadísima, echaba fuego por los ojos y la acusó de entrometida, lianta y desastre. Sin derecho a réplica la echó.

— Fuera, fuera de aquí, ¿me oyes? Lo has estropeado todo. Lárgate.

Dácil salió corriendo escaleras abajo sin tomar precauciones para que nadie advirtiera su marcha.

Anaíd se había arrepentido inmediatamente de su ataque de ira al recordarse a sí misma cuando tenía la edad de Dácil, o su peso, o su talla, y se sentía desvalida y pequeña. Pero no tuvo tiempo de rectificar. Su propósito era otro bien diferente.

Sigilosamente, se escurrió por las paredes del pasillo hasta llegar ante la puerta de Roc.

Una vez ahí obró mágicamente, sin escatimar ninguno de sus poderes. Apagó la luz de su bombilla, se introdujo en su habitación a oscuras y, mientras Roc intentaba infructuosamente encender a tientas la lamparita de su mesilla, Anaíd vertió la poción del olvido en el vaso de agua que tenía sobre la misma mesilla. Cristine la había advertido: no más de diez gotas diluidas en agua; pero la oscuridad le impedía contarlas con certeza y prefirió pasarse que quedarse corta. Así olvidaría hasta a Marion, se dijo. Luego susurró quedamente a su oído:

– Agua, necesitas agua, tienes mucha sed –y le ofreció el vaso acercándose en la oscuridad.

Roc obedeció a su impulso, alargó la mano, tomó su vaso, se lo llevó a la boca y bebió. Casi enseguida se cogió la cabeza con una mano en un gesto que indicaba un mareo repentino o un vértigo. Anaíd se asustó y, sin darse cuenta, su cuerpo reaccionó espontáneamente y sus brazos se transformaron en alas. Asombrada, las batió con energía para escapar. Pero Roc, al oír el sonido tan cercano, alargó su mano libre y rozó su cara. Anaíd sintió el tacto cálido de la mano de Roc en sus labios y fue incapaz de moverse. Quería verle, quería mirarle a los ojos... Y la luna asomó tras la nube respondiendo a su deseo e iluminó la pequeña estancia.

En efecto, a pocos centímetros, Roc, atónito, la estaba mirando. Sus pupilas se empequeñecían y su cara palidecía. Se aferró a ella con ansiedad.

– Anaíd, Anaíd, no te vayas. Quédate, Anaíd. Ayúdame.

Su voz estaba rota. Como el grito de Karen que entró por la ventana en ese mismo instante. Como el vaso que cayó al suelo y se hizo añicos. Y luego cayó Roc sin que Anaíd pudiera sujetarlo. Con sus alas era imposible.

El corazón le latía con fuerza. ¿Estaba muerto? No podía ser. Todo había sido tan repentino, tan fugaz. Y sin embargo, no podía quedarse para ayudarlo. Karen y Elena gritaban y subían las escaleras corriendo. Dentro de poco mirarían, la encontrarían ahí y la acusarían de todos los desmanes que había cometido.

Cerró la puerta con un sortilegio y se lanzó volando por la ventana, hacia la oscuridad protectora del cielo cuajado de estrellas.

Ya en lontananza oyó el estrépito de la puerta al caer y los sollozos de Elena. Confió en que la pericia de Karen ayudase a Roc y rogó para que olvidase su último encuentro y lo creyese una simple alucinación.

Llevaba ya un buen trecho volando cuando descubrió a Dácil debajo, escurriéndose entre los resquicios que le permitían ver las copas de los robles. Corría como un cervatillo asustado, sin importarle los desgarros de la ropa ni los arañazos de la piel. Corría como si hubiera visto al diablo y Anaíd, compungida, pensó que a lo mejor ella daba más miedo que el diablo.

Pero no estaba sola. En el mismo momento en que Anaíd iniciaba su descenso para interceptarla, se dio cuenta de que una figura femenina a lomos de un caballo la seguía a gran velocidad, la rebasaba y le cortaba el paso obligándola a detenerse.

El asombro la paralizó. Era Elena, que había convocado un conjuro de ilusión y había galopado sobre un corcel mágico. Elena, alta y gruesa, se plantó ante la pequeña Dácil.

– ¿Dónde te crees que vas?

Dácil cayó ante Elena deshecha en lágrimas.

– Lo siento, lo siento mucho, yo no quería...

– ¿No querías? ¿Y por qué lo hiciste entonces?

Anaíd sobrevolaba la escena sin intervenir. En cuanto Dácil confesase su presencia tendría que manifestarse. Con Elena no le servirían las tretas fáciles. Su suerte estaba echada. Pero la respuesta de Dácil la sorprendió.

– Fue un capricho.

– ¡¿Un capricho, dices?! ¿Desde cuándo ofrecer bebedizos se puede considerar un capricho?

– Quería enamorar a Roc y no sabía cómo – mintió la pequeña sin delatar a Anaíd.

– ¡Mentira! A ti sola no se te ocurrió. Hay alguien más... ¿Dónde está la Odish que te ha seducido?

Dácil, tan escuchimizada, se creció. De repente se puso en pie y retó a Elena cara a cara.

– Yo soy la única responsable de mis actos. Yo sola.

Anaíd la hubiera besado.

– Muy bien – se irguió Elena, más amenazadora todavía con sus casi cien kilos a cuestas –. Responderás ante un *coven* de matriarcas.

– De acuerdo – la retó la pequeña heroína.

– Pero antes tienes que darme la fórmula de la poción del olvido.

Dácil no disimuló. Simplemente no sabía nada.

– ¿Qué poción del olvido?

– La que le has dado a Roc.

– ¿Cuándo?

– Hace unos minutos. No disimules, Roc puede morir por la culpa.

Dácil se defendió con uñas y dientes.

– No es cierto, me engañas.

Y en ese momento Anaíd decidió que la lealtad y la valentía de Dácil estaban fuera de dudas, pero en cambio ella se estaba comportando como una verdadera cobarde escudándose en una niñita peleona.

Aterrizó ante las dos.

– ¡Anaíd! – exclamó Elena atónita –. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está Selene?

No valía la pena liar más la madeja. Bastante liada estaba ya.

– Selene está lejos, he venido sola.

– ¿Y qué significa...?

Antes de asumir sus responsabilidades, lanzó una mirada de agradecimiento a la pequeña.

– Dácil no es responsable de nada de lo que ha pasado hoy.

Elena las miró alternativamente, ahora a la una, ahora a la otra. Estaba intentando componer una fotografía adecuada, pero Anaíd y Dácil no le salían en el mismo encuadre.

– ¿Os conocéis?

– Ella simplemente me obedecía. He sido yo.

– ¿Tú? – reaccionó Elena con lentitud—. ¿Quieres decir que tú le has dado el bebedizo de amor a Roc para que se enamorara de Dácil y luego...?

Y de golpe lo entendió todo.

– Dácil se interfirió en tu lugar y tú le volviste a dar la poción del olvido a Roc. ¿Es eso?

Anaíd asintió. Era así de sencillo.

– Así fue.

Elena se mesó los cabellos.

– ¿Por qué Anaíd? ¿Por qué?

Anaíd esgrimió su razón con humildad, su eximente de culpa.

– Vosotras le habíais dado poción del olvido para que me olvidase a mí. ¿O no?

Elena se sintió en falso.

– No fue una decisión precipitada. Lo debatimos en un coven. Selene nos lo pidió. En estos momentos tu misión requiere que le dediques los cinco sentidos.

Anaíd volvió a la carga con su argumento:

– Es que no puedo hacerlo si Roc me ha olvidado.

Elena se desesperó; no era el momento ni el lugar para discutir con una chica enamorada. Su hijo estaba grave.

– Dime exactamente qué conjuro, qué ingredientes y qué proporciones usaste para la poción del olvido.

Anaíd se sintió en falso. La había preparado Cristine, así que no lo sabía a ciencia cierta.

– No lo recuerdo.

– ¡Los ingredientes y las proporciones son fundamentales! – se impacientó Elena.

– ¿Para qué?

– Para contrarrestar los efectos. ¿Te has sobrepasado en la cantidad?

– Creo que sí.

Elena no se lo reprochó.

– A veces sucede y la poción provoca parálisis. Anda, Intenta recordar.

Anaíd estaba muy avergonzada. No podía confesar que Cristine había intervenido.

– No puedo.

– ¡La sobredosis puede paralizar su cerebro! Tenemos que fabricar un antídoto.

Piensa, Anaíd, y dame la fórmula Karen la espera.

Anaíd se asustó.

– Es que no la sé.

– ¿Entonces? ¿No la hiciste tú?

Anaíd negó, incapaz de decir ningún nombre. Se sentía cazada y culpable. Necesitaba hacer algo, ayudar, intervenir.

– ¡El cetro! – exclamó de pronto sintiéndose salvada. El cetro obrará magia y salvará a Roc – y pronunció las palabras mágicas –: *Soramar noicalupirt ne litasm.*

Elena se alejó un paso de ella, horrorizada.

– No te reconozco, Anaíd.

El cetro apareció en la mano de Anaíd y se acopló perfectamente al hueco luminoso de su palma.

– ¿Lo ves? –se lo mostró ilusionada—. Puedo salvar a Roc. Puedo formular un conjuro de vida para rescatarlo de la muerte.

Elena avanzó hacia ella con una decisión implacable.

– ¡Ni se te ocurra! ¿Me oyes? Ni se te ocurra. Prefiero que mi hijo muera antes de que la elegida nos traicione.

– No es ninguna traición –se defendió Anaíd. Pero Elena ya había atado cabos y la acusó.

– Has huido del lado de Selene y te has aliado con las Odish.

Anaíd calló a la búsqueda de coartadas y en ese breve instante de silencio Elena se ratificó en sus sospechas.

– ¡Son las Odish quienes han preparado la poción a mi hijo! –gritó.

– Pero... –balbuceó apenas Anaíd, asustada por la contundencia de tamaña acusación.

Las cosas no eran blancas o negras. Ella misma no era buena ni mala, ni Odish ni Omar. Todo tenía sus matices, aunque Elena, a esas alturas, considerase que todos los gatos eran pardos.

– Esto es traición.

Anaíd se hundió.

– No digas eso, Elena, por favor, no digas eso.

Dácil se compadeció de Anaíd.

– No es cierto, Elena. Anaíd ha prometido venir conmigo para cumplir con su misión de elegida. Ella sólo quería que Roc recuperase su amor.

Elena no compartía la empatía de Dácil, no cuando la vida de su hijo peligraba y la misión de la elegida se iba al traste.

– ¡Basta, Dácil! Eso ya lo explicarás en un coven don de serás amonestada. Ahora estoy hablando con Anaíd –y se dirigió con autoridad hacia ella—: Dame el cetro.

Anaíd lo ocultó en su espalda. Fue un gesto instintivo.

– ¿Por qué? ¿Qué piensas hacer con él?

– De momento, librate de un peligro. El cetro te domina. ¿No te das cuenta?

Anaíd intentó comprender las palabras de Elena. Era cierto. Tenía razón, ella no podía haber cambiado así: era la influencia del cetro. Recordó a su tía Criselda, quien le enseñó a discernir entre mirar y ver. Intentó con todas sus fuerzas verse a sí misma antes y después de poseer el cetro. Y se VIO, en efecto, poseída por el afán de posesión. Fue un instante de lucidez y su gesto rápido se correspondió con su certeza.

Se sintió una loba, una Omar, una descendiente del clan Tsinoulis, y vio ante sí a una matriarca del clan de la loba que le exigía obediencia. Transigió.

– Ten –le dijo a Elena ofreciéndole el cetro.

Elena lo tomó con aprensión y lo envolvió en su falda evitando tocarlo. En ese mismo momento Anaíd ya se había arrepentido de entregárselo y extendió su mano, pero Elena escondió el pliegue de su falda.

– Devuélvemelo –le rogó Anaíd–. Lo guardaré yo..., hasta que venga Selene y decida.

– ¡No! –negó Elena con contundencia.

– Dámelo, por favor, dámelo.

Hiena, implacable, ni siquiera le respondió.

– ¿Qué Odish ha fabricado la poción?

Anaíd vio el cielo abierto.

– ¿Si te lo digo me devolverás el cetro?

Hiena guardó silencio y Anaíd lo interpretó como equiescencia.

– La dama blanca.

Elena palideció.

– ¿Está aquí?

Anaíd intuyó que Selene había confesado su parentesco con ella.

Me está ayudando. Venció a Baalat.

Elena no la creyó en absoluto.

Le ha engañado, tonta, y ha envenenado a Roc. Tiennes que conseguir la fórmula de la poción del olvido y alejarte de ella inmediatamente.

Anaíd transigió sin reflexionar. Cualquier cosa si recuperaba su poder.

– Está bien, pero dame mi cetro.

Elena reaccionó con dureza.

– ¡De ninguna manera!

Anaíd se sintió angustiada. La mano le ardía, le faltaba el aire. Y gritó con fuerza:

– *Sorammar noicalupirt ne litasm.*

Pero Elena, erudita y leída, contrarrestó su llamada con una súplica.

– *Acuhar ernombra rinc.*

Al darse cuenta de que el cetro no la obedecía, Anaíd se enfureció con Elena. ¿Cómo se atrevía a negar a la elegida lo que era suyo? Se sintió legitimada para cualquier venganza; Elena se la merecía.

– ¿Quieres saber por qué Selene administró la poción del olvido a Roc cuando tenía un añito? –dejó ir de pronto con una voz ajena.

Elena se distrajo momentáneamente. Le sorprendió esa referencia lejana en el tiempo. ¿A qué venía a cuento?

– ¿Qué quieres decirme, Anaíd?

– Tuviste una hija y murió a manos de la Odish fenicia. Roc lo vio todo.

Elena se quedó paralizada. Algo, una intuición, le silbó al oído que lo que decía Anaíd era cierto, aunque otra parte de sí misma lo negó. Ella tenía ocho hijos, todos varones y en cada embarazo suspiraba por una niña que heredaría su sangre Omar y sería su orgullo. Ahora Anaíd le decía que esa niña existió y que fue víctima de Baalat.

– Mientes. Mientes para que pierda el control y te devuelva el cetro –se revolvió la madre herida.

Anaíd sintió que Elena estaba a punto de dejar caer el cetro. Había dado en el clavo sacando ese tema antiguo que a buen seguro la desconcertaba. Insistió. Pronto el cetro sería suyo.

– ¿Ah, sí? Pregúntale al oráculo del lago. Se llamaba

Diana. Por eso yo me llamé Diana, porque Selene se sintió culpable por su muerte.

– ¡Calla! –gritó Elena tapándose los oídos.

Pero Anaíd se fijó en que le temblaba la mano con insistencia y que esa mano se acercaba peligrosamente a la empuñadura del cetro. Elena estaba al borde de la locura. Nunca se lo había confesado a nadie. Nunca había compartido su tristeza con nadie, pero en el fondo de sus recuerdos olvidados sabía que había tenido una hija, y que no había podido defenderla.

La angustia de imaginar a su bebé desvalida en manos de una Odish pudo más que el peso de la razón. Sin poder evitarlo, Elena se dejó llevar por su mano, que cogió el cetro y lo blandió sobre su cabeza pronunciando unas palabras incomprensibles.

Y desapareció.

Dácil, atónita, dio un paso adelante y palpó el vacío.

– Ha desaparecido.

Anaíd estaba igual de desconcertada; sentía el miedo Minio calambrazos.

– Me ha robado el cetro. ¿Lo has visto? –exclamó con espanto.

La ausencia del cetro le creaba una extraña sensación abandono momentáneo, de desnudez, de miedo. Has sido muy cruel –le reprochó Dácil. – ¡Lo que le he dicho era cierto! –se defendió Anaíd, llevándose las manos al cuello para vencer el ahogo que sentía.

Por eso una madre Omar que vive algo así nunca debe saber la verdad –replicó Dácil con un estilo justiciero que Anaíd aborrecía.

Así que optó por engañarla, se lo merecía.

Dácil, necesito el cetro. La vida de Roc depende del cetro.

– ¿Estás segura? –preguntó con cautela tras un silencio.

Anaíd vio el cielo abierto.

– ¡Claro! Si tengo el cetro, salvaré a Roc. Anda, ayúdame.

Dácil, culpable hasta la médula por haber participado, le rogó:

– Sí, hazlo, por favor, sálvale.

Anaíd levantó las manos con desconsuelo.

– Es que no sé dónde ha ido Elena.

– ¿Cómo que no lo sabes? Si tú misma se lo dijiste.

– ¿El qué?

– Que le preguntase al oráculo del lago.

Anaíd se hubiese dado de bofetadas por estúpida. ¡Pues claro! La obcecación de Elena había podido más que su voluntad.

Recuperó sus alas y emprendió el vuelo.

— Ten cuidado. Elena tiene mucha fuerza —le gritó Dácil.

Anaíd ya lo sabía y tendría cuidado, pero el cetro era suyo. Sólo suyo.

Sobrevoló el valle y ascendió hasta el puerto; siguió en dirección a las cumbres de la cordillera, allí donde la lengua del glaciar había erosionado la falda de la alta montaña, dejando restos de morrenas, y había excavado la cuenca lacustre de frías aguas.

El lago mágico, circundado de montañas, bajo cuyas aguas se encontraba prisionera la buena Criselda, se mecía a la luz de la luna como una colcha plateada. En una de sus orillas, arrodillada junto al agua, se encontraba Elena. El fulgor del cetro brillando en su mano encendió de ira a Anaíd, que descendió en picado sobre ella. Una sola obsesión la movía: su cetro. Elena tenía su cetro.

Anaíd se cegó.

Cayó sobre ella y la atacó airada sin siquiera percatarse de que su boca se había transformado en pico y de que en lugar de pies tenía unas enormes garras con las que pretendía atrapar el cetro sin conseguirlo. Durante el vuelo desesperado hasta el lago, el odio había transformado su cuerpo. Anaíd no fue consciente del momento en que sus ropas rasgadas caían al vacío, ni de cómo ni cuándo su cuerpo se cubrió de plumas y perdió sus piernas.

Elena, sorprendida por el ataque, cayó al agua sujetando firmemente el cetro. No reaccionó con magia, simplemente exclamó:

— Ya no eres digna de poseerlo.

Anaíd quiso hablar, pero en lugar de palabras emitió un graznido. Empezó un vuelo rasante e intentó atrapar de nuevo el cetro con sus garras, pero Elena se defendió con valentía y le hizo frente con las manos desnudas.

— Antes de que vuelva a ti, prefiero hundirme en las aguas del lago y entregarlo a la condesa.

Anaíd no razonaba, simplemente graznó con odio deseando que así sucediera. Y ante su estupor, Elena desapareció engullida por las aguas y el manto plateado se cerró sobre su cabeza.

Se hizo el silencio. Un silencio espeso, largo, infinito.

Anaíd esperó en vano a que saliese. Un minuto, dos. Luego se lanzó en picado al lago y, al ver su imagen reflejada, sintió deseos de llorar. Era una Singa, una Odish pájaro, un monstruo.

Se sumergió y buscó desesperadamente bajo las aguas oscuras. En vano.

Salió del lago batiendo las alas para secarse las plumas y se tendió sobre la arena sintiendo la punzada de la culpabilidad. ¿Qué había hecho? ¿Había matado a Elena? ¿Había destruido a Roc? ¿Qué le sucedía? ¿Por qué?

Entre espasmos y sollozos fue recuperando su forma humana hasta que, desnuda y aterida de frío, se adormeció y su noche se pobló de pesadillas.

Los primeros y tibios rayos de sol la despertaron tímidamente. Estaba exhausta y tenía la piel violácea. Se frotó temblando de frío y notó que tenía hambre y sed, y los ojos entumecidos de tanto llorar. Se acercó al lago a beber juntando sus manos en forma de

cuenco y las acercó a las límpidas aguas.

Y al bajar la mirada la vio.

Elena estaba ahí.

Gritó y cerró los ojos.

Luego volvió a abrirlos. Todavía estaba ahí. Elena estaba en el fondo del lago con el cetro en su falda, peinando su cabello con ojos de loca. Elena estaba junto a la orilla y mecía el cetro como si fuera su niña Diana, la niña muerta.

No estaba sola. A su lado, otra mujer peinaba sus largos cabellos grises.

Anaíd la reconoció y pronunció su nombre:

— ¡Tía Criselda!

Criselda levantó la cabeza, la miró a la cara y sonrió.

CAPÍTULO XII

No tomarás la piedra verde

En la cueva blanca, de paredes inmaculadas, Anaíd veía el reflejo de su silueta acurrucada en el regazo de la dama de hielo. Su imagen se desdoblaba en mil imágenes, como un eco infinito.

Ambas eran esbeltas, pálidas, delicadas. Muy parecidas.

Cristine, con su dulzura fría, la arrullaba y calmaba sus remordimientos.

– Ea, bonita, ya pasó todo, no llores, mi amor. Anaíd había regresado con el firme convencimiento de romper con ella y desconfiar de sus palabras, pero Cristine, razonable como siempre, admitió su culpa y con ello la desconcertó.

– Lo siento mucho, cariño, lo hice por ti, pero te advertí de que no superases las diez gotas. Preparé una poción del olvido para Roc que fuese lo suficientemente potente para contrarrestar la anterior. Así te recordaría sin necesidad de ningún bebedizo de amor.

– ¿Por qué no me lo dijiste? No quería decepcionarle. Conllevaba un riesgo.

Anaíd deseaba creerla. ¿Por qué no? Roc la había reconocido antes de perder el conocimiento y le había rogado que no le dejase. ¿Eso significaba que la quería de verdad? ¿Por qué no creer a su abuela? Las abuelas procuran lo mejor para sus nietas.

Sin embargo, a pesar de las buenas intenciones, las cosas estaban torcidas.

– Roc está grave y Elena está en el mundo opaco, prisionera de la condesa.

– Lo sé, lo sé. Todo se solucionará. No sufras. Dácil ya ha llevado la fórmula del bebedizo a Karen. Ya le habrá administrado el antídoto.

– ¿Puedo verlo? ¿Puedo ver a Roc? – suplicó Anaíd.

Su abuela la complació y en la columna translúcida de la sala se reflejó la imagen de Roc. Su rostro era plácido y respiraba con normalidad. Junto a él su padre, el herrero, lo velaba amorosamente.

– Parece que duerme – comentó Anaíd con el convencimiento de que así era.

– Se recuperará – afirmó Cristine.

– Roc – suspiró Anaíd antes de que su imagen desapareciera definitivamente.

Cuántas tonterías había cometido por su culpa. ¿Por qué estar enamorada era sinónimo de estar loca? ¿Cómo le diría a Roc que había hecho desaparecer a Elena, su madre? Imaginó a los pequeñines que colgaban siempre de su falda, al bebé Ros, que todavía mamaba su leche, y sintió ganas de llorar.

– ¿Qué he hecho?

Cristine pasó su mano fría por su frente y rozó levemente la piedra de amatista. La imagen de Elena y sus pequeños se disipó. Por unos instantes Anaíd se calmó, pero enseguida la angustia volvió a atenazarla.

— ¡Y no tengo el cetro! — exclamó sintiendo el resquemor de la mano ardiendo.

Era un verdadero tormento.

— Tranquila, lo recuperarás.

La desesperación se amortiguaba gracias al influjo de Cristine, que obraba como un bálsamo sobre sus heridas.

— Debes tener ánimo. Eres la elegida, eres fuerte. Las adversidades son pruebas para tu fortaleza.

Anaíd se dejó imbuir por esa hermosa doctrina. Quiso creerla. Selene le hubiera dicho lo mismo. Añoraba a Selene a su pesar. Gunnar había sido una ilusión, apenas unos días de compañía y luego había desaparecido súbitamente, sin tiempo para echarle de menos. Había sido tan breve... Levantó la cabeza, se secó la humedad de sus mejillas y suspiró.

Esta noche cabalgaré el último rayo de sol, penetraré en el mundo opaco, recuperaré mi cetro y regresaré con Elena y Criselda.

Lo dijo para infundirse ánimos, con la esperanza de que Cristine le diese la razón y la empujase a actuar según su propósito, pero las cosas no eran tan fáciles.

— No puede ser, cariño. La condesa ha cerrado el mundo opaco. Nadie puede salir de ahí.

— Yo salí con el primer rayo — protestó Anaíd.

— Precisamente. Desde que tú y Selene escapasteis, la condesa ha reforzado sus defensas. Está furiosa. Salma la traicionó y ya no se fía de nadie. Urdió una estrategia para convertirse en indestructible.

— ¿Y lo es? — preguntó Anaíd con un hilillo de voz, recordando lo que Selene le explicó acerca de su talismán embrujado—. ¿Es cierto que tiene un talismán con la sangre y el cabello de todas las muchachas Omar que degolló y que por eso es indestructible?

Cristine se apartó momentáneamente de ella y la escrutó con detenimiento.

— ¿Quién le ha contado eso?

— Selene.

Cristine asintió.

— Así es, aunque aún le falta la elegida.

Anaíd notó un escalofrío.

— Me buscará entonces.

Cristine estaba muy seria.

— Pronto sabrá que el cetro está en sus dominios y se valdrá de él para atraerte hasta ella.

— ¿Puede hacerlo?

— Claro.

Anaíd tuvo miedo.

— ¿Y entonces?

— Te atraparé sin remedio. Como una araña en su telaraña.

Anaíd estaba acorralada.

— ¿Y tú? ¿No puedes luchar contra ella y devolverme el cetro?

– Somos enemigas, no me permite entrar en sus dominios.

– Yo te vi en el mundo opaco.

– Entré solamente mientras ella estaba dormida bajo el influjo del hechizo de Salma.

Anaíd se sujetó la cabeza con ambas manos: Roc enfermo, Elena prisionera, su cetro en manos de la condesa... ¿Por qué había complicado las cosas hasta ese punto? ¿Por qué Cristine le había dicho que todo tenía solución si a cada alternativa respondía con un imposible?

– ¿Y qué podemos hacer?

– Hay una posibilidad. Pero depende de ti, únicamente de ti, Anaíd.

Lo sabía. Intuía que ella era la clave para deshacer el nudo que ella misma había hecho.

– ¿Qué tengo que hacer?

– Viajar al pasado y destruir el talismán que la condesa creó con la sangre y el cabello de sus víctimas.

Anaíd se quedó atónita al oírla. Viajar en el tiempo y visitar el pasado. Eso era imposible.

– ¿Cómo?

– Las Odish sabemos cómo. Yo misma te enviaré a través del tiempo.

Anaíd se estremeció. La condesa sangrienta había degollado y torturado a jóvenes de cuya sangre se alimentó durante mucho tiempo. Muchas. Muchísimas.

– ¿A cuántas muchachas mató?

– Casi seiscientos cincuenta.

Anaíd palideció.

– ¿Dónde?

– En Hungría. En el castillo de Csejthe.

– ¿Y en qué año sucedió?

– Durante una década. Finalizó en 1610. A finales de ese año, la condesa sobrepasó toda prudencia y la emprendió con hijas de gentilhombres. Eso ya fue excesivo y se escucharon las protestas del alcaide de la aldea de Csejthe en el Parlamento húngaro. Un palatino, primo suyo, un tal Turzhó, fue enviado al castillo para investigar. Cuando encontró los cadáveres de las últimas víctimas, las chicas torturadas y las que estaban en los calabozos esperando su turno para morir, mandó detener a Erzebeth y a todos sus colaboradores. Rápidamente y de forma ejemplar, hubo un juicio. Condenaron a muerte a sus tres fieles criados, y a ella, por su condición noble, la encerraron de por vida en sus aposentos. Nunca más nadie volvió a verla. Ahí deberías aparecer tú. Ése sería el momento adecuado para intervenir sin modificar el curso de los acontecimientos.

Anaíd sintió una gran tristeza.

Si destruyese el talismán antes de las muertes de las chicas, podría evitarlas.

Pero Cristine negó. No podemos modificar así el pasado. Eso es muy peligroso. Tienes que aparecer en el momento en que la condesa fue emparedada.

A Anaíd la palabreja le sonó a sándwich.

– ¿Emparedada?

— Tapaban las aberturas de puertas y ventanas levantando paredes. Cerraban su habitación con ladrillos y nunca más podían salir ni ver la luz. Se les dejaba una pequeñísima abertura por donde se introducía cada día un pedazo de pan seco y una jarra de agua. Pero no se permitía que sacasen sus excrementos. Los prisioneros emparedados acababan víctimas de las ratas, las enfermedades y la locura.

— ¡Qué horror! — exclamó Anaíd imaginando semejante tortura —. Vivir el resto de la vida así.

— Nadie aguantaba en esas condiciones más allá de un año. Cuando los emparedados dejaban de recoger su agua y su pan, se tapaba la única abertura con el ladrillo que faltaba. Ésa era su tumba. Y ahí se pierde el rastro de la condesa Erzebeth Bathory. Simplemente se esfumó de este mundo. Nunca encontraron su cuerpo. Tú y yo sabemos que viajó al mundo opaco y que guardó celosamente su talismán esperando tu llegada. Se trata de que la condesa viaje al mundo opaco sin su talismán. Sólo tú puedes destruirlo.

— ¿Por qué yo y no tú?

— No te conoce y podrás acercarte a ella.

— ¿Y cómo destruiré el talismán?

— Con este fuego —y le entregó una mecha—. ¿Serás capaz?

Anaíd suspiró.

— No tengo el cetro. ¿Con qué me defenderé?

— Puedes conjurar cualquier cuchillo, para que te sirva como arma. Y recuerda que eres muy poderosa.

Anaíd ya no buscó más excusas.

— Está bien. ¿Cuándo tendría que viajar?

— Lo antes posible.

Anaíd palideció.

— ¿Quieres decir ahora?

— En cuanto anochezca. ¿Te ves capaz?

Anaíd tragó saliva, pensó en Elena, en Roc, en la pobre Criselda y sobre todo en el cetro y sacó fuerzas de donde no las tenía.

— Explícame todo lo que tendré que hacer y sobre todo cómo regresaré hasta aquí.

Unas horas después Cristine acabó de colocar las piedras mágicas en el claro del bosque e inició su danza ritual. Vestía una túnica de una tela translúcida bordada en piedras de jade que tintineaban acordes a los movimientos cimbreados de su cuerpo. Grandes brazaletes de plata adornaban sus brazos y sus tobillos y lucía una corona de beleño en sus sienes.

Con la mecha encantada prendió un fuego y la caldera hirvió con las hierbas escogidas para la ocasión. Un humo negro que desprendía un fuerte olor acre se extendió como una niebla espesa sobre el suelo perlado de gotas de rocío.

Anaíd la contempló con admiración. Era una sacerdotisa de la noche que conjuraba los espíritus para rogar el tránsito de una humana a través del tiempo y el espacio.

Anaíd fue despojándose lentamente de sus vestiduras, una a una. Se soltó el pelo y

abrió sus brazos para que Cristine la purificase con el humo del caldero.

Luego, recogió de su mano la mecha que prendería el talismán y la piedra del tiempo que permitiría su tránsito.

Cristine danzaba a ritmo cada vez más intenso, más frenético, y Anaíd la seguía con la mirada esperando la señal que indicaría que su viaje era posible.

Y ese momento llegó junto con un grito inesperado y estridente:

– Espera, Anaíd, espérame. ¡Voy contigo!

Era la voz de Dácil, pero no podía atenderla. Dácil corría como una loca por el bosque desnudándose al tiempo que gritaba con desesperación, sin resignarse a abandonarla.

Anaíd saltó con fuerza dentro del círculo mágico de piedras y sintió un fuerte tirón en su mano derecha, la que asía la piedra verde que le indicaría el camino. La piedra del tiempo, compartida por la mano de Anaíd y Dácil, a punto estuvo de resbalar, pero la sujetaron entre ambas mientras un grito ronco brotaba de sus gargantas.

Estaban viajando en el tiempo.

CAPÍTULO XIII

No escucharás las voces del desierto

E

l cuscús estaba delicioso, sin duda el plato más sabroso que Selene hubiera probado nunca. Había sido cocinado ante sus propios ojos, en el suelo de arena oscura, con un hornillo de gas. Las mujeres en cuclillas, con Las manos teñidas de *henna*, le fueron mostrando, siempre con una sonrisa hospitalaria, los condimentos que utilizaban para su guiso. Eran sencillos: la sémola del cuscús, las verduras, pocas pero aromáticas y frescas, las especias intensas y el cordero que, acabado de matar, despedía un olor jugoso y salado.

Saborear un cuscús sentada en el suelo de una jaima, bebiendo té de menta, junto a una familia de la tribu de los Nombres azules del desierto, sobre una alfombra de lana tejida a mano y formando un corro con los otros comensales, alrededor de la única fuente humeante, tenía un encanto especial. Todos se inclinaban al mismo tiempo para compartir el alimento. Acercaban su mano derecha, tomaban un puñado de cuscús, modelaban una pequeña bola con ayuda del dedo pulgar y se la llevaban a la boca con pericia y exquisitez. Se requerían tantos modales en este simple ejercicio como para pelar una naranja con cuchillo y tenedor, pensó Selene riéndose de su torpeza al intentar amasar la pequeña bola. Los niños reían y la señalaban con descaro, y las mujeres, más comprensivas, le daban instrucciones con discreción, a hurtadillas de los hombres, que cubrían sus caras con sus turbantes azules; igual que se las dieron antes para ajustarse el pañuelo que cubría su cabeza y que, además de protegerla del sol, le aseguraba protegerse de la arena y de la ventisca del desierto, que a medida que se adentraba en el Sahara se hacía más presente a todas horas. Selene tenía los ojos irritados, lagrimeantes, la piel reseca y la lengua hinchada. Comenzaba a acusar la falta de agua y la baja humedad de la zona. Se deshidratava, sentía las uñas quebradizas y el pelo frágil. No se acostumbraba a esas bofetadas súbitas de aire caliente cargado de arenisca que le quemaban la tráquea y le cortaban la respiración. Y aunque los colores fuesen intensos, los aromas abrumadores, el horizonte la dejase sin aliento, las cambiantes siluetas de las dunas compitiesen con las mejores esculturas de arte moderno y las noches fuesen pequeños espejismos de belleza, Selene no se habituaba al Sur.

Anocheía y los termómetros, que durante el día alcanzaban los cincuenta grados, comenzaban a descender. Pronto sería la hora de los escorpiones y las culebras que reptaban y cazaban en silencio y luego buscaban refugio entre sus ropas. Se esconderían en los pliegues de sus pantalones o se ampararían en la caña fresca de sus botas.

Selene cerró los ojos. A esa hora del crepúsculo, junto al oasis, se oía el croar de las ranas y el canto de los grillos. Las fragancias eran intensas y los aromas de las flores llegaban

en oleadas con el viento, como el eco del galope de los pocos dromedarios meharis que todavía quedaban. Los montaban los hábiles jinetes tuaregs que aún transitaban por el Sahara. Se podía escuchar su paso sordo simplemente acercando el oído sobre la tierra caliente.

Selene así lo hizo, pero con la esperanza de oír el sonido del motor del Land Rover que la precedía en esa absurda carrera hacia el infierno. Habían cambiado sus vehículos, ella y Gunnar, y se habían adentrado en el Teneré donde el tórrido Siroco levantaba tormentas de arena y borraba cualquier huella. Hacía ya demasiados días que, si se lo proponía, escuchaba claramente el motor del coche de Gunnar. El desierto olía a Gunnar. Su olor persistente flotaba sobre las jaimas que había visitado y en tres ocasiones recaló con la misma familia que lo había acogido.

El relato era parecido. Siempre se había comportado misteriosamente. Siempre había rechazado el techo de la jaima de arzones de acacia y pieles de camello y cabra, y había dormido en su coche. Siempre se había negado a compartir su comida con las familias y había comprado alimentos para comérselos solo en su coche; y siempre había osado pretender pagar el agua, costumbre que estaba penada con la muerte. Luego, desaparecía súbitamente, sin avisar ni despedirse ni intercambiar ningún regalo con sus anfitriones. Una suma de despropósitos que iba en su contra. Los orgullosos tuaregs guardaban muy mal recuerdo de su falta de educación y todos se prestaban a ayudar a Selene, solícitos, colmándola de consejos, comida, sonrisas y regalos, para que pudiese dar caza a semejante energúmeno.

Selene no necesitaba fingir. Simplemente mostraba su odio hacia Gunnar, narraba el secuestro de su hija y ya tenía asegurada la solidaridad de todas las tribus de los oasis y la hamada del apabullante desierto.

Aunque había algo que no encajaba en su persecución. ¿Acaso un Odish tan viajero, sabio e intuitivo desconocía los buenos modales de los hombres azules del desierto? Su actitud era abiertamente provocativa. No se preservaba, ni respetaba las leyes de los últimos nómadas africanos. ¿Tanto había cambiado Gunnar? Selene lo recordaba respetuoso con los sami y los inuit, amante de las tradiciones vikingas, incapaz de reírse de una superstición o desafiar un tabú. ¿Se había vuelto loco? Y si no, ¿cómo demonios se le había ocurrido llevar a una niña a un territorio tan inhóspito como el Teneré? ¿Acaso quería matarla de calor? ¿De sed? ¿De hambre? ¿Y si sufrieran alguna avería en el vehículo?

Hacía ya unos días que la preocupación de Selene iba en aumento. Sobre todo cuando descubrió que la pista de Gunnar regresaba fatalmente al mismo lugar del que había partido dos días antes. Había recorrido un círculo completo. ¿Tan desorientado estaba? ¿Tan perdido como para no reconocer el Norte y el Sur? Había algo preocupante en su comportamiento. Y además, no entendía cómo había conseguido que el aislamiento de Anaíd fuese completo. No había forma mágica de acercarse a ella. No podía establecer contacto de ningún tipo, ni telepático, ni adivinatorio.

A las puertas del desierto, tras atravesar el Atlas, leyó las formas de las dunas con la ayuda de una joven Omar del clan del escorpión. Ninguna de las dos pudo percibir ni rastro

de la presencia de Anaíd. Gunnar, con sus poderes o sin ellos, había borrado de un plumazo la energía vital de la elegida.

Y esa noche, esa noche había sucedido algo muy extraño. Al acercar su oído sobre la arena, había podido escuchar con nitidez la voz de Gunnar hablando con Anaíd. Sin embargo, no había conseguido oír la respuesta de Anaíd por mucho que se esforzó. ¿Había sido borrada? ¿Cómo? Imposible adivinar los vericuetos de las habilidades de Gunnar que sin duda eran muchas.

— ¿Has visto alguna vez las constelaciones en el desierto? —le preguntó por sorpresa una voz masculina que hablaba en francés con un acento velado.

Selene salió de su ensimismamiento y dio un respingo.

El joven vestía su túnica azul índigo, cubría parte de su rostro con su turbante, tenía el rostro curtido con visos cobrizos, las manos grandes y los ojos negros como la noche.

Selene suspiró. Ella era amante de las estrellas. Inculcó ese amor a Anaíd y las noches despejadas era para ellas casi una costumbre salir al jardín, tenderse en el suelo, entrecerrar los ojos y cantar los nombres sugerentes de Alrai, Alderamin o Arcturus, aunque sus preferidas eran las constelaciones invernales, las estrellas brillantes y hermosas de Orión, la majestuosa estrella rojiza de Beltegeuse o la gran Bellatrix, blanco azulada. Anaíd, en cambio, prefería las jóvenes estrellas que adornaban el cinturón del gigante: Mintaka, Alnilam y Alnitak, azules y ligeras como ella.

Sin desearlo se le humedecieron los ojos de lágrimas al pensar en su pequeña. El hombre azul se las secó con el dorso de su mano y luego la ayudó a levantarse para acompañarla a contemplar el magnífico espectáculo.

Caminaron unos metros hasta alejarse de las jaimas. Treparon hasta lo alto de una duna y se estiraron en la cima. Cuando levantó los ojos al cielo Selene se quedó sin aliento. La hermosura de aquel cielo límpido, fabulosamente nítido, cuajado de estrellas, era tal que la melancolía, algo parecido a la fascinación por la belleza absoluta, se apoderó de su ánimo. Se le nubló la vista y se sintió lánguida y débil. La avidez que la distinguía siempre cuando buscaba tercamente la línea imaginaria que la llevaría de la Osa Menor a Casiopea se truncó. Las estrellas estaban ahí, bailando, luciendo sus mejores galas y no deseaban ser identificadas. Era el gran espectáculo de su fiesta y en esos casos sobraban las alfombras rojas y los fiases. El glamour del cielo la invitaba a unirse a él.

Por un instante la compañía del hombre azul del desierto la engañó. Creyó que estaba junto a sus seres amados, que Anaíd miraba ese mismo cielo cuajado de luz y que las dos se tomaban de la mano y, a través de su telepatía, se transmitían los nombres de las estrellas en voz queda. Hasta que su acompañante comenzó a hablar.

— El león es fiero y su rugido paraliza a sus víctimas. El león no se oculta, luce su melena y se tiende al sol para que brille. El león se pavonea y se jacta. El león consigue que todas las miradas recaigan sobre él.

Selene se quedó pensativa. ¿Qué quería decirle?

— La leona caza de noche, silenciosamente. Se cobra sus piezas con sigilo y oculta a sus crías de los depredadores. La leona es lista y fuerte, excepto cuando ve la melena rojiza

del león.

Selene tomó aire. Se sentía demasiado desnuda e inerme para huir.

– En el desierto ya no hay leones – se defendió torpemente.

El hombre del desierto se acodó sobre la arena y la traspasó con sus ojos negros.

– Cuentan los más ancianos que el león perseguía a la leona con cachorros y daba caza a los pequeños para devorarlos. Luego, la leona cazaba para él y estaba cariñosa y disponible. Ya no recordaba el daño que le había hecho.

Selene se puso en guardia. ¿Intentaba avisarla de algo terrible?

– Las leonas son víctimas de su naturaleza. A veces la naturaleza es injusta.

El tuareg asintió.

– Antaño el león reinaba en estas latitudes, pero la arena y el viento pudieron con él.

Selene señaló en el cielo la constelación del león. Acababa de verla.

– Está ahí.

El hombre azul asintió.

– Ahora sólo lo vemos en el cielo. Creemos que reina, pero los que vienen del Sur explican que la hidra sinuosa está a su acecho. Tarde o temprano acabará con el león.

Selene había oído hablar de la Hidra y sus satélites, el cuervo, la capa Antlia y Vela, pero no se distrajo de la información que pretendía pasarle el apuesto nómada.

– ¿Así pues el león es peligroso o no?

El hombre la miró fijamente.

– La leona miente. El león no se llevó a su cachorro... o lo devoró.

Selene se incorporó de un salto. ¿Qué estaba diciendo ese hombre?

– Lleva a mi hija con él, la esconde en su coche.

– No es cierto.

Selene se angustió.

– No, no la ha devorado, no podría.

El hombre azul sonrió enigmáticamente.

– Entonces, simplemente no está.

Y de los recovecos de los pliegues de su túnica sacó un objeto y se lo entregó a Selene. Era un radiocasete. Selene se quedó extrañamente sorprendida. Y más aún cuando el hombre apretó el botón y en el silencio de la noche resonó la voz de Anaíd. Era ella. Era su voz, la conversación que creía haber interrumpido en más de una ocasión, era su hija, su pequeña. Estaba ahí dentro prisionera de una cinta.

– Ésta es tu hija. No había nada más.

Selene lo comprendió de golpe.

– ¿Entraste en su coche?

El hombre asintió.

– Recibí un mensaje de mi prima Shahida. Me advirtió de su llegada y de la tuya. Me rogó que rescatara a la niña.

Selene sintió que se ahogaba de emoción. No estaba sola. Se llevó la mano al pecho. Las Omar la ayudaban, las Omar le habían tendido una mano, pero había sido en vano...

— ¿Estás seguro?

No hizo falta ratificarlo. Sus ojos certeros de halcón que podían distinguir la polvareda de una caravana a más de mil kilómetros se posaron en su rostro. Estaba compungido, pero decía la verdad.

Selene se sintió estúpida. Tan estúpida como cuando descubrió que la habían abandonado en el hotel. Tan estúpida como cuando descubrió que Gunnar no era su amante sino su enemigo. Era una pobre estúpida.

Y rompió a llorar con desespero. No por la suerte de Anaíd sino por su triste destino de mujer engañada. El hombre la rodeó con sus brazos y Selene refugió su cara en su túnica azul índigo y la empapó con sus lágrimas.

Empezó a hacer cábalas. Gunnar se había comportado como un verdadero maleducado para que todos se acordasen de él. El odio suscita recuerdos, nadie olvida a aquel que ofende o insulta. Gunnar había actuado con premeditación. La esperó en cada cruce dejando pistas tan obvias que cualquiera se hubiera dado cuenta de que estaban amañadas. Como aquella vez que ella se equivocó de carretera y se dirigió hacia la costa. Un hombre, un pobre hombre a quien recogió en su coche le explicó la historia de un extranjero rubio, alto y de ojos inquietantes que había atropellado a sus gallinas y se había dado a la fuga. Se dirigía al Sur, hacia el Atlas, no hacia Agadir y el Atlántico como ella había supuesto. Y esa machacona insistencia en recoger comida y agua en todas las cantinas, en comprar ropa de mujer en los bazares, en ocultar siempre el asiento trasero a las miradas extrañas, con insistencia, aunque con cautela, para que su obsesión no pasase inadvertida, pero al mismo tiempo no fuera sospechosa.

Eso significaba que Gunnar quería que lo siguiese. Gunnar era su cebo y ella había picado el anzuelo y se estaba alejando más y más de su hija. Claro. La llevaba al Sur. Por tanto Anaíd había ido al Norte. Se estremeció. ¿Estaría tal vez en los dominios de la dama blanca?

Tenía que ponerse en contacto con Elena. Había querido solucionar el incidente con sus propios medios, pero había perdido demasiados días siguiendo una pista falsa.

Selene levantó los ojos al cielo estrellado y topó con la mirada del hombre del desierto. Era enigmático como el horizonte de dunas cambiantes y luminoso como las estrellas que poblaban la noche. Y también era muy apuesto.

— Ven conmigo.

Selene dudó. Si eso pudiera servir para herir a Gunnar...

¿Él lo sabrá?

Pero el jinete del desierto negó con firmeza.

— Esta noche olvídale —y le ofreció la mano dispuesto a llevarla a su jaima.

Pero Selene no aceptó su invitación.

— Quiero venganza —le dijo por toda respuesta.

Él la detuvo y la obligó a mirarlo.

— No sabes lo que quieres.

Selene se desasíó y corrió hacia su coche.

CAPÍTULO XIV

No beberás de la copa

A

naíd abrió los ojos con dificultad, los párpados le pesaban como losas y la cabeza estaba a punto de estallarle. ¿Había viajado en el tiempo? ¿Y la piedra verde? ¿Y Dácil? En esa caída espeluznante había perdido la piedra que llevaba fuertemente sujeta en su mano derecha y que le aseguraría el retorno a su tiempo. Afortunadamente, aún conservaba en su otra mano la mecha y la yesca que prenderían el talismán mágico de la condesa.

¿Pero dónde estaba? Eso no era la celda oscura donde se suponía que estaba encerrada la condesa. ¿O sí? Había aterrizado en un lugar gélido. Debajo de ella una sábana blanca cubría un duro colchón y en el techo tintineaban unas lucecillas tenues. El viento sopló y una gota fría y espesa se posó en su nariz. Era un copo de nieve que caía de un árbol. Entonces, ¿ese supuesto techo negruzco y amenazador era el cielo? Se fijó mejor y entendió que estaba a la intemperie, bajo un cielo oscuro cuajado de débiles estrellas.

Se estremeció de miedo. No estaba previsto que apareciese en mitad de la montaña. ¿Cómo encontraría el castillo de la condesa Erzebeth Bathory? ¿Cómo conseguirla llegar hasta sus aposentos? Los Cárpatos eran lúgubres, o quizá se lo parecían porque estaba en el siglo XVII, cuando aún no existía la luz eléctrica y no había carreteras asfaltadas, ni farolas ni rótulos luminosos. Las noches de cuatrocientos años atrás eran sencillamente oscuras. Oyó un aullido lejano y se acordó de que en esas montañas pobladas de bosques espesos vivían osos, lince, lobos, zorros y martas. Tierra de vampiros y brujas Omar conocidas como Vilas o hadas benéficas. Y a pesar del encanto misterioso que envolvía a ese lugar cercano a Transilvania, transitado por los alegres cíngaros e invadido cíclicamente por los exóticos y refinados turcos, no era un territorio de su agrado. Nunca le gustaron las historias de Deméter sobre las brujas de los Cárpatos. Le daban frío. Como en ese momento y a pesar de hallarse sobre una sábana blanca. Pronto tuvo sus dudas. ¿Era en realidad una sábana? No. En absoluto. Dejó resbalar su mano sobre el duro colchón helado donde había caído y se dio cuenta de que se trataba de una ligera capa de nieve. Y no sólo eso. Estaba desnuda y aterida en medio de un camino. Lo descubrió al oír el sonido de los cascos de los caballos y las ruedas de madera del carruaje que se iban acercando. A ambos lados, las cunetas estaban flanqueadas por frondosos arces que proyectaban sus sombras espectrales. La oscuridad la envolvía, no la verían y moriría aplastada. Quiso levantarse para salvar la vida, pero estaba agotada tras el largo y extraño viaje a través del tiempo.

¿Y Dácil?, se preguntó. ¿Había sobrevivido? ¿Dónde estaba? Lo último que recordaba era que se aferró desesperadamente a su piedra. Luego, ambas cayeron en un torbellino y

ahora ni Dácil ni la piedra estaban con ella.

Cristine había calculado mal su llegada. ¿Qué día era? Se suponía que tenía que aparecer el 29 de diciembre del año 1610. ¿Se había equivocado en su cálculo?

Pudo por fin levantar levemente la cabeza y allí, en lo alto, divisó el pequeño castillo, un verdadero nido de águilas enclavado entre las rocas. Inexpugnable, solitario, batido por el viento y la nieve. Ése debía de ser el castillo de Csejthe, que rezumaba sangre de muchachas. Si era cierto, en sus laberínticos subterráneos se escondían las máquinas de tortura y las celdas donde la condesa sangrienta ocultaba a sus víctimas. Y de nuevo oyó con estupor el sonido de las ruedas del carruaje cada vez más próximas. Anaíd apretó los dientes e hizo un esfuerzo sobrehumano para arrastrarse hacia un lado y salir del medio, pero le fue imposible.

Erzebeth Bathory estaba furiosa y cuando la condesa estaba de mal humor todos sus sirvientes temblaban. Nunca sabían a quién haría pagar su ofuscación. Antes sucedía de vez en cuando, pero durante los últimos años la sangre la había enloquecido. Algunos decían que era culpa del carácter lunático de los Bathory, y justificaban sus ataques cada vez más violentos. Pero los que la conocían mejor achacaban su locura a la bruja del bosque. Explicaban que la condesa cabalgaba salvajemente en su caballo en las lunas crecientes a reunirse con una anciana que le proporcionaba toda suerte de brebajes y hierbas.

Fuera cual fuera el motivo la condesa estaba furiosa en su carruaje y sostenía en su mano un grueso alfiler buscando entre las caras asustadas y los cuerpos encogidos de las chicas que tenía delante un pedazo de carne blanca donde hundirlo. Y es que las muchachas que viajaban con ella y que le había proporcionado su fiel criada Jo Ilona no eran de su agrado. Demasiado zafias, demasiado robustas y demasiado ignorantes.

— No son hijas de Zemans, no tienen sangre azul, me engaños — se quejó la condesa inspeccionando sus manos ajadas y sus caras curtidas de campesinas.

— Os lo juro, señora — se esforzó la malvada Jo Ilona —, las encontramos en Novo-Miesto, durante el Priadky — dijo refiriéndose a la fiesta en la que las hijas de los gentilhombres demostraban su pericia bordando y narrando bellas historias.

Erzebeth Bathory se indignó y señaló a una de ellas con su aguja.

— ¿El Priadky? Tú no sabes hilar ni contar un cuento. Sólo entiendes de dar de comer a las vacas y arrancar remolachas.

La muchacha se encogió asustada y no osó mirarla para replicarle.

Erzebeth Bathory abrió las pieles de marta que la cubrían y expuso a la vista de las jóvenes su cuello esbelto y blanco adornado con hermosas perlas italianas y el óvalo perfecto de su cara enmarcado por sus largos y oscuros cabellos. Levantó su cabeza con orgullo.

— Fijaos en mi cutis blanco, en mi cabello sedoso, en mis manos inmaculadas, y mirad ahora a estos despojos humanos. Tienen quince años y ya están estropeadas. Miradme a mí, miradme, he dicho.

Jo Ilona pellizcó a las muchachas para que levantaran la vista, tal como lo ordenaba la condesa.

Una de ellas, la más lista, lanzó una exclamación de asombro fingido:

– ¡Oh, señora, sois tan bella que me deslumbráis!

Erzebeth se tranquilizó a pesar de que el traqueteo de los carruajes la irritaba desde siempre. Apenas salía de su castillo y ya no aceptaba invitaciones a Viena ni a las bodas más ilustres de la nobleza húngara. ¿Para qué? Se había labrado a pulso su fama de excéntrica y ahora sólo le apetecía permanecer en su reino de horror. Nunca, en sus muchas identidades, había encontrado una más a su medida, más idónea y permisiva que la que encarnaba a la todopoderosa condesa, lo suficientemente bien emparentada con el rey, lo suficientemente tirana con sus aldeas, lo suficientemente alejada de la corte y las ciudades, lo suficientemente temeraria y temida. Había conseguido a fuerza de años alzar una barrera infranqueable que la preservaba. Todos la respetaban y la temían, muchos la odiaban y unos pocos se atrevían a señalarla con el dedo, aunque por poco tiempo, puesto que sus esbirros los detenían y los llevaban a su presencia. Luego desaparecían.

Sin embargo, lo que no podía controlar eran los rumores y en los últimos tiempos su fama de bruja había crecido demasiado y amenazaba con desbordarla. Era más que obvio que su edad no se correspondía con su aspecto. Tenía la piel tersa y juvenil, el cutis translúcido y en sus cabellos oscuros no destacaba una sola cana. No ocultaba su agilidad al saltar sobre su caballo a horcajadas y galopar salvajemente, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas, en las cacerías. Su vitalidad le permitía pasar semanas despierta y noches enteras bailando sin descanso. Agotaba a sus sirvientes y se rumoreaba que los más ancianos ya la conocieron siendo como era, una viuda joven bien emparentada. Decían que cuando enviudó, muchísimos años antes, tenía el mismo aspecto juvenil. Pero todo eran rumores.

Lo cierto es que en la comarca su nombre no se pronunciaba. Era de mal agüero. Se la conocía como «la alimaña» y los padres encerraban a sus hijas en los establos tan pronto corría la voz de que se acercaban los haidukos de la condesa escoltando a sus rastreadoras de jóvenes. Nadie quería ya darle a sus hijas para que sirvieran en el castillo. Antes hubiera sido un honor, pero con el tiempo el honor se convirtió en pesadilla. La glotonería de la condesa, ávida de sangre joven, no tenía límites. Casi no había hijas para casar y faltaban niños en las calles. Los pueblos habían quedado huérfanos de jóvenes. Las madres lloraban y los muchachos tenían que emigrar a otras comarcas para encontrar una esposa con la que poder casarse. Sabían, con la certeza de los pobres, que sus hijas estaban muertas y que habían muerto a manos de la condesa. Nadie creía una palabra sobre extrañas enfermedades, plagas misteriosas o huidas nocturnas. Sabían que la cripta del castillo de Csejthe, el lugar donde reposaban los huesos de los señores de Nádasdy, estaba llena a rebosar de pequeños ataúdes putrefactos. Sabían que la tierra de los jardines estaba removida y repleta de tumbas y que los mastines del castillo aparecían a veces en las cocinas con macabros huesos entre sus fauces. Habían desaparecido demasiadas muchachas para dar pábulo a tantas patrañas. Todos sabían la verdad. La condesa degollaba a las jóvenes y se bañaba en su sangre, de ahí su aspecto juvenil, de ahí su inmortalidad.

Cuando el cochero se detuvo, Erzebeth Bathory, que ya se había tranquilizado, volvió a

impacientarse. Sacó la cabeza por el ventanuco y gritó:

– ¡Continúa! ¿Por qué te detienes?

– Señora, hay dos muchachas muertas en el camino.

La condesa no se inmutó. No recordaba haber ordenado la muerte de ninguna chica en las afueras de su castillo, pero no era nada extraño. Algunas escalaban los muros y, aunque conseguían huir, acababan perdidas en los bosques, víctimas de los zorros, el hambre o el frío. Estaban a finales de año, en lo más crudo del invierno. Nadie podía sobrevivir una noche sin techo ni lumbre.

– Pasad por encima de ellas. Aseguraos de que están bien muertas. La nieve hará el resto y mañana por la mañana vendréis a cavar sus tumbas.

Sin embargo, fuese por la vacilación del cochero o por su curiosidad malsana, asomó la cabeza para cerciorarse de que no mentía y su asombro fue providencial. El mismo que el del pobre cochero.

– Señora, creo que están vivas. Respiran y una de ellas ha movido una mano.

Pero Erzebeth Bathory había observado otra cosa bien diferente.

– Ésta sí que es una bella hija de Zemans. Ésta sí que es hermosa. Fíjate, Jo Ilona, fíjate qué esbelta, qué blanca, qué manos tan delicadas y qué cabello tan hermoso y cuidado.

Jo Ilona la contempló temblorosa. No tenía ningunas ganas de pagar los platos rotos. Asumía que había intentado dar gato por liebre a su señora, pero la culpa no era suya. Ya nadie le confiaba muchachas y cada vez tenía que ir a buscarlas a lugares más alejados. Las noticias corrían raudas y las malas siempre se adelantaban. Cuando llamaba a las puertas de las chozas, ni siquiera le abrían. Los campesinos le contestaban con miedo, quedamente, encogidos pero resistiendo. «No tenemos hijas, vete», le decían. Como ella no podía regresar con las manos vacías, acababa por comprar a pobres huérfanas o chicas inútiles que constituían un engorro para sus padres, y debía a su vez engañar a la condesa haciéndolas pasar por hijas de nobles señores. Su última obsesión, el último afán de la condesa, era mejorar la calidad de la sangre derramada, como si de ese nimio detalle dependiese su vida futura.

– Súbela al carruaje – ordenó la condesa con autoridad.

– ¿A las dos, mi señora?

La condesa se horrorizó.

– Esa esmirriada de ahí – dijo señalando a Dácil, que estaba semioculta en la cuneta – es un puro esqueleto. Quiero a la más alta, a la más bonita y sus ojos se posaron en Anaíd.

Los haidukos que viajaban en el pescante caminaron unos pasos, se agacharon sobre la nieve y recogieron el cuerpo blanco de Anaíd. Lo envolvieron en un capote y lo introdujeron en el interior del carruaje. La condesa hizo levantar a las mozas con dos palmadas autoritarias para que cediesen el asiento granate de terciopelo ajado a la joven desconocida. Luego, dio la orden de partir de nuevo.

No se fijó en que uno de los haidukos, compadecido, había envuelto a la otra muchacha en su capote y la había subido al pescante con él. Abrigó un poco más a la niña y le pasó un trago de vino que llevaba escondido en un pellejo bajo la casaca. En agradecimiento a su buen corazón recibió una débil sonrisa que nunca olvidaría. Algo así

como el aleteo exquisito de una mariposa volando sobre el rostro de la chica.

– ¡Reanimadla! – ordenó la condesa señalando a Anaíd.

Se había encaprichado de esa última adquisición milagrosa que había aparecido en mitad de su camino envuelta en un halo de misterio. Y había llegado en el mejor momento, cuando ya no creía que quedasen muchachas nobles para bañarse en su sangre azul.

Jo Ilona se esforzó en masajear el cuerpo azulado de Anaíd.

– ¿Y vosotras? ¿Qué hacéis mirando? Ayudadme.

Pronto el cuerpo de Anaíd estuvo cubierto de manos solícitas, rugosas y llenas de callos, que la pellizcaron, la golpearon y la acariciaron. Eran manos asustadas pero eficaces que le hicieron recordar que tenía un cuerpo.

– Esta noche la quiero vestida y peinada para que comparta su cena conmigo. Ella y otra, la que tú decidas ordenó la condesa a su sirvienta chasqueando los dedos poco antes de bajar del carruaje en el tétrico patio de armas del castillo.

Jo Ilona protestó entre dientes. Siempre le tocaban a ella las tareas más difíciles. Dorkó, en cambio, tan alta y tan fuerte, eludía el encargo milagroso de convertir campesinas en damas. La condesa la reservaba para las tareas más macabras.

– Venga, pasad – gritó de mal humor Jo Ilona a las chicas, golpeándolas con un atizador.

Esa nueva entrometida había adelantado el capricho de la condesa. Esa invitación, esa cena, ese encargo significarían a buen seguro una noche en blanco y trabajo extra. Estaba realmente enfadada.

Anaíd caminaba alicaída por el castillo junto a las pobres campesinas descalzas, conducidas por los insultos de Jo Ilona, y se entristecía ante tamaña desolación. ¿Qué hacía ella prisionera de la condesa? ¿Qué día era? Cristine le prometió hacerla aparecer el día 29 de diciembre, una vez Erzebeth estuviera detenida y recluida en sus habitaciones. En ese momento ya no habría más víctimas y Anaíd simplemente debía robar su talismán y quemarlo. Algo había ocurrido que había modificado ese dato. Tendría que averiguar el día y esperar hasta el 29, sin modificar el curso de los acontecimientos. Cristine se lo había recalcado repetidamente: no podría cambiar el pasado.

De una cosa estaba segura: había viajado atrás en el tiempo hasta el siglo XVII. Y si eso era el siglo XVII, bienvenido el XXI, pensaba mientras su vista se perdía en los inmensos, fríos y oscuros corredores y veía los rostros demacrados y las ropas sucias y malolientes de los criados. Estaban infestados de piojos, tenían el rostro marcado por la viruela y se cubrían de harapos. Pero las miraban con lástima porque, a pesar de su pobreza, ellos conservarían la vida. Todos en el castillo conocían su suerte y la de las demás chicas. Algunos incluso se permitían una palabra de aliento mientras eran conducidas a las mazmorras del lugar.

¿Y Dácil? No podía quitársela de la cabeza. Ni siquiera había podido verla; en cambio, había oído cómo la condesa ordenaba que la abandonasen entre la nieve. Había sobrevivido al viaje en el tiempo, pero había caído víctima de la condesa sin que ella pudiese hacer nada para ayudarla: durante todo el trayecto dentro del pequeño carruaje le había sido imposible

usar la magia. Ahora que se sentía libre de la mirada de Erzebeth, se percataba del inmenso poder que poseía aquella Odish. En el carruaje había sido prisionera de sus ojos, de sus manos y su tremendo afán de posesión. Anaíd evitó hacer el más mínimo movimiento ni emitir una sola palabra para que no sospechase su verdadera naturaleza mientras, por el rabillo del ojo, observaba cómo las manos de la condesa jugaban indolentemente con un medallón rojo que llevaba prendido en su cuello.

Por un momento había sentido deseos de arrancárselo y quemarlo ante sus ojos. Claro que hubiera sido un suicidio. Estaba segura de que era el talismán, la causa de tantas y tantas desgracias. Pero no podía adelantarse a su momento.

Había visto el miedo impreso en la cara de aquellas pobres chicas y la imagen del terror era infinitamente más espeluznante de lo que le había narrado la dama de hielo. ¿Cómo había podido abandonar a una chica desnuda a diez grados bajo cero en medio de la noche y sobre la nieve? «Dácil, Dácil», se repetía sin parar. Tenía que regresar y salvarla. Cada minuto que pasase, cada hora, podía ser su condena. ¿Cómo huiría?

Y entonces la vio. Fue al cruzar cerca de las dependencias de la cocina de donde salía un olorcillo de guiso caliente. Dácil caminaba con dificultad apoyada en el hombro de un joven. La reconoció por su sonrisa, aunque escondida bajo el capote parecía un chiquillo travieso. Fue un instante y, gracias a la llamada telepática que Anaíd le lanzó, Dácil giró su cabecita y sus ojos estallaron de alegría. Disimuladamente le mostró la piedra verde en su mano.

Anaíd respiró aliviada, no habían perdido la conexión con su tiempo. Podrían regresar.

Sin embargo, al llegar a los calabozos se le cayó el alma a los pies. Una docena de muchachas harapientas y hambrientas las recibió con llantos y gritos pidiendo pan a la insensible Jo Ilona. Anaíd no daba crédito, las chicas estaban prácticamente desfallecidas y tal era su desesperación que se tragaban sus propios piojos y hacían frente a las ratas para atraparlas y comérselas vivas. Jo Ilona la empujó dentro de una celda con muy malos modales y se encaró con las chicas.

— Las lloronas serán las primeras en morir. ¿Me oís?

La oían, pero les daba exactamente igual. Y Jo Ilona las dejó de nuevo sumidas en la oscuridad y la tragedia.

Si iban a morir, ¿por qué además pasar hambre?, debían de preguntarse. O quizá ya no se preguntaban nada. El hambre y la sed eran lo suficientemente atroces como para anular cualquier pensamiento racional.

Anaíd sí que pensaba y decidió aliviar el sufrimiento de aquellas chicas. No le costó demasiado, había aprendido mucho con Cristine. Ocultó la mano bajo su capote y, murmurando un conjuro, sacó de dentro un buen pedazo de morcilla y pan blanco. Ninguna se preguntó cómo ni dónde había conseguido la comida. Simplemente se abalanzaron sobre ella. Tampoco se asombraron de que de la capa de Anaíd fuesen saliendo jarros de agua, legumbres, frutas frescas y patatas cocidas, todo lo que se le ocurría a Anaíd que debía de ser familiar a aquellas gentes. Al cabo de un rato, ahítas y satisfechas, se echaron sobre la paja maloliente y por primera vez sonrieron. Se sonrieron entre ellas y sonrieron a Anaíd. El

hambre enloquece, dedujo Anaíd. Las chicas habían pasado de ser animalillos a comportarse como personas.

– Ha sido una suerte que trajeses comida – dijo una muchacha que, a pesar de su juventud, tenía los dientes ennegrecidos.

– Así moriremos felices – afirmó otra con una resignación que horrorizó a Anaíd.

Pero ésa era una interpretación muy subjetiva; las demás chicas no estaban de acuerdo.

– De muerte dulce, nada. La condesa nos pinchará con sus agujas para hacernos sangrar.

– Y se bañará con nuestra sangre.

– Y nos cortará a pedacitos.

– Antes nos despellejará vivas.

– O nos azotará con su látigo.

– Yo no podré soportar el dolor. No podré.

– Mi madre nos salvará, no os preocupéis. ¡Mi madre nos salvará! – exclamó otra insistentemente.

– ¿Y dónde está? Yo no la veo.

– Está muy cerca, la he llamado y la siento. Nos salvará.

– ¿Quieres callarte ya? Lo has dicho desde que llegaste, pero tu madre no puede salvarnos.

– ¿Por qué no? Ella conoce sortilegios y me advirtió sobre la magia de la condesa. Por desgracia no le hice caso.

Anaíd reconoció en esa chica de pelo pajizo y ojos claros a una jovencísima Omar sin iniciar. Posiblemente la madre conocía el destino de su niña, pero no pudo hacer nada para aliviarlo. Sin embargo, ella sí.

– Escuchadme bien. Yo sí os sacaré de aquí – pronunció Anaíd poco a poco, recordando las lecciones de húngaro que aprendió con su profesora Carmela.

Afortunadamente, su don para las lenguas le permitía comprender aquellas conversaciones.

Las chicas callaron y se quedaron mirándola con una mezcla de desconfianza y una brizna de ilusión.

– Es imposible. Nadie ha salido de aquí con vida – sentenció una muchacha –. Mis tres hermanas también murieron.

Anaíd no estaba dispuesta a que cundiera el desánimo.

– ¿En qué año estamos?

Todas callaron y Anaíd se quedó horrorizada.

– ¿No sabéis el año? ¿Estamos en el siglo XVII, supongo?

La joven Omar le echó un cable.

– En 1610 – pronunció muy bajito –. Diciembre de 1610, tras el solsticio.

– ¿Cuándo fue?

– Fue hace siete días – contestó rápidamente la joven Omar con un brillo de inteligencia en sus ojillos azules.

Anaíd respiró agitada.

– ¿Estás segura?

– Segurísima, hoy es el día de los Santos Inocentes, el día que el malvado rey Herodes degolló a los varones recién nacidos de Belén de Judea para que ninguno pudiese reinar y le arrebatase el trono.

– Es 28 de diciembre... –y Anaíd se frotó la mano nerviosa.

Así pues todavía faltaban un día y una noche para que la condesa dejase de matar. El 29 de diciembre, con la llegada de Turzhó, acabarían de una vez por todas los desmanes de la condesa. Pero..., ¿y antes? ¿Se cobraría sus últimas víctimas? ¿Sería como la agonía del dragón y en sus últimos coletazos se llevaría por delante a todas aquellas chiquillas inocentes? ¿Y ella misma, que era la elegida, también moriría? ¿Cómo podía morir si todavía faltaban casi cuatrocientos años para su nacimiento?

Dejó de pensar en los misterios del tiempo y repasó las informaciones que le había dado su abuela. No podía consultar con Cristine, ni podía leer los anales del juicio puesto que todavía no había sucedido. Se desesperó. Sus datos sobre la historia de Erzebeth Bathory comenzaban el día 29. ¿Qué sucedió el día 28? ¿Qué sucedería aquella noche?

Intentó convencerse de que no pasaría nada, de que la Odish evitaría el enfrentamiento con las autoridades húngaras, desaparecería y esas chicas que estaban ahí sobrevivirían. Se trataba de que la ayudasen, de que fuesen sus aliadas y no un rebaño de ovejas camino del matadero. Ojalá las informaciones de la dama blanca no fuesen equivocadas.

– Leí en una carta que Turzhó, el primo palatino de la rama de los Bathory, está a punto de llegar al castillo. Ha habido denuncias en la corte sobre la condesa –dejó caer procurando no darle importancia.

– ¿Sabes leer? – se asombró una joven que aún podía decirse rolliza.

– Claro –respondió Anaíd asombrada–. ¿Tú no?

Exceptuando a la joven Omar, el resto negó con la cabeza. Alguna hasta se sintió ofendida.

– ¿Por quién nos tomas? No somos cortesanas.

– Yo sólo soy una estudiante –se justificó Anaíd, lo que propició que se encendiese la curiosidad en torno a su persona.

– Las mujeres no estudian –objetó una muchachita pecosa.

– Eso. ¿Quién eres tú? –le espetó una alta y desgarbada.

– Una amiga –afirmó Anaíd.

– ¿Nuestra o de la condesa?

Anaíd puso los brazos en jarras como hacía su amiga siciliana Clodia.

– ¿Qué os parece?

Y sin asomo de duda, la joven Omar dijo algo extraño:

– Eres como ella.

Se armó un revuelo. Todas las chicas hablaban a la vez y parloteaban tocando a Anaíd, mirando su cuerpo, su cabello. De pronto se habían dado cuenta de su diferencia.

– Eres noble y muy hermosa.

- Eres culta.
- ¿Vienes de tierras lejanas?
- Nos has colmado de regalos, eres rica.
- Y tus ojos son extraños – insistió la joven Omar penetrando en su pupila –. Miras raro, muy raro, y tu olor...

Las demás no notaron nada. Y con razón, puesto que lo que sí que notaba Anaíd era el hedor del encierro.

Necesitaba una aliada para su plan. Se dirigió a la joven Omar.

- ¿Cómo te llamas?
- Dorizca – respondió.
- Anaíd aventuró con desparpajo.
- ¿Dorizca? Creo que somos parientes. ¿Eres quizá hija de Clara?
- No. Soy hija de Orsolya.
- Ah, ya caigo. Orsolya. Tengo un mensaje para ti de mi madre.

Anaíd la cogió de la mano y se la llevó a un rincón. Nadie se extrañó. Era habitual que las parientes lejanas charlasen entre ellas. De esa forma se transmitían mensajes y se enteraban de las novedades; así era cómo se sabían las muertes, los nacimientos y las bodas.

– Anaíd Tsinoulis, hija de Selene, nieta de Deméter, del clan de la loba, de la tribu escita – susurró Anaíd presentándose con el protocolo de las Omar –. Vengo de muy lejos, de los Pirineos.

Dorizca se quedó sin aliento.

– Dorizca Lèkà, hija de Orsolya, nieta de Majorova, del clan de la marta, de la tribu dacica – recitó a su vez maravillada por haber encontrado a una compañera poderosa.

Anaíd suspiró.

– ¿Sabes quién es la condesa así pues?

– Una Odish – musitó Dorizca –. Si descubre que soy una Omar acabará conmigo la primera. Las Omar la fortalecen más que las humanas.

– ¿Y cómo te has protegido hasta ahora?

– Mi cinturón y el conjuro que formuló mi madre me protegen de su mirada, pero no me salvaron de Ficzkó – ante la extrañeza de Anaíd, se apresuró a concretar –: Ficzkó, el enano contrahecho al servicio de la condesa. A veces emprende cacerías de chicas para complacer a su ama. A mí me atrapó en el bosque con sus haidukos mientras buscaba bayas.

– Muy bien, Dorizca, serás mi aliada.

Un brillo leve de esperanza saltó como una chispa en los ojos de la niña.

– ¿Tú crees que podremos vencerla?

Anaíd se vio obligada a darle ánimos.

– Tenemos que destruir su talismán. Es el que le da la fuerza y el poder. Es el que la hará invencible para siempre.

– ¿Su talismán?

– Lo ha alimentado con cabello y sangre de sus víctimas. La protegerá durante los próximos cuatrocientos años hasta la llegada de la elegida. Y cuando añada la sangre y el

cabello de la elegida, será invencible, gobernará a las Odish y se hará dueña del cetro de poder.

Dorizca la miró con extrañeza.

– Sabes muchas cosas, cosas muy raras.

– Necesito que me ayudes a arrancárselo. Lo quemaré con esta mecha. Sólo el fuego que surja de esta mecha será capaz de destruir el conjuro de su talismán.

– ¿Y qué debo hacer?

– Librarte de tu escudo. Conseguir que se fije en ti y acompañarme esta noche a sus habitaciones. Luego, cuando estemos las dos ahí, la distraeremos y quemaremos su talismán.

Dorizca palideció.

– ¿Sabes lo que significa eso?

– Claro.

Dorizca negó con la cabeza.

– Las chicas que lleva a sus habitaciones mueren entre horribles tormentos. Las oímos gritar desde aquí. Algunas no pueden soportarlo y acaban con su vida en el calabozo. Se cuelgan de sus cinturones.

– No nos pasará nada, ya verás.

Dorizca no estaba tan segura.

– Nadie sobrevive. Mi única salvación es permanecer invisible y comunicarme con mi madre para que me saque de aquí.

– ¿La has llamado?

– Continuamente.

– ¿Y ella?

– Me ha respondido. Está cerca, velando por mí. Lo sé.

Anaíd sintió que se quitaba un peso de encima.

– ¿Es poderosa?

– Mucho, pero yo no, aún no he sido iniciada.

Anaíd la consoló.

– Ya verás como saldremos vivas. Tienes que ponerte bonita, para que se fijen en ti. Anda, déjame que haga un poco de magia.

Y musitando una letanía, pasó la palma de sus manos sobre el cuerpo y el cabello de la joven Dorizca y la llenó de luz. Retornó el color a sus mejillas, el brillo a su cabello rubio y sus manos rudas se tornaron blancas y suaves.

Cuando Jo Ilona apareció esa noche para escoger, junto a Anaíd, a la candidata a ser sacrificada para su ama no lo dudó ni un instante. Esa niña rubia y blanca de mejillas saludables era perfecta. ¿Cómo podía haberle pasado inadvertida antes?

Anaíd y Dorizca, vestidas de blanco y con zapatos bordados en plata, peinadas con tirabuzones y maquilladas con polvos de arroz, fueron introducidas a empujones en los aposentos de la condesa. El dormitorio era amplio, con chimenea, presidido por una gran cama con un baldaquino con cortinas cerradas. En la antesala tapices de terciopelo y

damascos con dibujos rojos a la moda italiana cubrían las frías paredes, y pieles de oso se esparcían por el suelo. A pesar de los candelabros encendidos y la chimenea humeante, un frío glacial reinaba en las estancias y la luz apenas amortiguaba la oscuridad tenebrosa que lamía sus altísimos techos. Sobre una mesilla, una bandeja de frutas confitadas dulces, tan apreciadas en aquellos lugares inhóspitos.

Admirada, la joven Dorizca se acercó a la fuente y olisqueó una pera. Era una pera de verdad cubierta de azúcar, dura, apetecible, quizá traída de otras latitudes, madurada al calor de otros soles. Sin darse tiempo a reflexionar se la llevó a la boca y la mordisqueó. Y en ese momento la condesa empujó la puerta y lanzó un grito terrible:

– ¿Qué haces?

La pobre Dorizca dejó caer la fruta al suelo, paralizada de horror.

– ¡Eres una ladrona! – bramó la condesa sin dejar de mirarla fijamente.

Jo Ilona la acompañaba unos pasos más atrás. Esperaba ansiosa su opinión sobre su obra de arte; al fin y al cabo había transformado dos rudas campesinas en dos deliradas damitas y había conseguido un resultado magnífico. Y ahora, una de esas estúpidas estropeaba las felicitaciones que confiaba obtener de boca de Erzebeth Bathory por culpa de su gula. Pensaba que la obsequiaría con dinero o tal vez le regalase uno de esos vestidos de seda carmesí bordados en perlas que tanto la fascinaban. Pero la condesa, fuera de sí antes de tiempo, gritaba y echaba espumarajos de saliva zarandeando a la estúpida campesina.

– ¡Eres una desagradecida, una ratera miserable!

Jo Ilona no intervino. Sabía que cualquier comentario o gesto irritaría terriblemente a la condesa. En esos casos era mucho mejor dejar que la ira fluyese sola y recayese directamente sobre la sirvienta de turno que cometía el desaguisado.

– Mírame cuando te hablo. ¡Mírame!

Dorizca levantó los ojos asustada. Erzebeth Bathory la olisqueó como a una presa y acercó su brazo tierno y joven a sus labios tintados de escarlata. Presta a morder, presta a mostrar su crueldad. Anaíd sintió crecer su fuerza y se dispuso a pelear contra la bruja Odish. Y entonces, algo alteró terriblemente a la condesa, que se llevó las manos al pecho angustiada.

– ¿Quién eres? Dime, ¿quién eres?

Y su mirada hosca envolvió de tinieblas a la joven Dorizca, que se estremeció y sintió un agudo pinchazo en su corazón.

– ¿Me estás desafiando? – bramó la Odish traspasando a la pobre Dorizca con sus ojos como alfileres—. ¡No oses desafiar mi poder! – insistió amenazante.

Anaíd supo que la condesa palpaba su magia y la atribuía a la pobre y desamparada Dorizca. Y entonces se interpuso entre ambas. Con descaro, con valentía.

– Está asustada.

Y sus ojos se desviaron hasta el talismán que lucía la condesa sobre su vestido de brocado y su escote generoso, que se movía angustiado al ritmo de las palpitations de su pecho.

– ¿La defiendes? Eres valiente.

Anaíd no respondió. No sabía si su plan podía o no ser llevado a cabo ahora. ¿Qué sucedería si en esos momentos robase el talismán a la condesa? ¿Rompería con los sucesos encadenados del pasado? Esperaría, aunque la espera fuese complicada.

Sintió un fuerte tirón en su cabeza y se dio cuenta de que la condesa le había arrancado un pequeño mechón de pelo. Hizo lo mismo con Dorizca y, ante sus mismos ojos abrió su medallón, escogió cuidadosamente un cabello de cada mechón y los introdujo dentro.

Anaíd tragó saliva.

La condesa había firmado su sentencia de muerte y la de Dorizca. Todos los cabellos que guardaba eran de jóvenes muertas a sus manos.

— ¡Llévatela y prepárala! —ordenó a Jo Ilona señalando a Dorizca—. Luego decidiremos su castigo —añadió con retintín, como si la ceremonia del castigo especial formase parte de todas sus noches y culminase sus veladas.

Anaíd siguió con los ojos a la aterrorizada Dorizca, que fue literalmente arrastrada por una furiosa Jo Ilona fuera de la habitación. No derramó una lágrima, no gritó, no suplicó. Se comportó como una verdadera Omar.

Eso no estaba en el guión, pensó Anaíd asustada. Tendría que actuar con rapidez. No sabía cómo ni cuándo la condesa decidiría acabar con la chiquilla.

— Tú siéntate aquí —le indicó con voz autoritaria.

Estaba acostumbrada al mando. Erzebeth Bathory era incapaz de hablar, sólo ordenaba y se hacía servir. Efectivamente, tras un silencio embarazoso durante el cual Anaíd calculó todas las posibilidades para destruir el amuleto y huir, entraron unas doncellas con la cabeza baja y el miedo impreso en el rostro, y dejaron sobre la mesa las viandas calientes y una jarra con dos copas.

Erzebeth hizo escanciar la bebida, le indicó que cogiese su copa y levantó a su vez la suya.

— Bebe conmigo y brinda por mi belleza.

Anaíd flaqueó. Su abuela Deméter le había inculcado desde niña el rechazo de cualquier alimento ofrecido por manos ajenas. Las Odish envenenaban a las niñas Omar engañándolas con dulces y golosinas y luego bebían su sangre y, aunque Anaíd no supiese que ella misma era una bruja, aprendió educadamente a decir que no. Anaíd recordó ese «no gracias» que su abuela le enseñó a decir cada vez que alguien le ofrecía comida o bebida.

— No gracias —musitó.

— ¿Acaso no te parezco bella?

Anaíd había cometido una imprudencia. Se había negado a brindar por su hermosura. Eso era una ofensa. No podía precipitar su rabia tan pronto.

— ¡Bebe conmigo he dicho! —su hosca mirada no admitía excusas.

Anaíd pensó con rapidez mientras acercaba la copa a sus labios lentamente: si se trataba de algún veneno, no tenía recursos para fabricar un antídoto; pero difícilmente se trataría de un veneno, pues la condesa se había servido de la misma jarra y bebía sedienta.

Anaíd delicadamente mojó sus labios y dejó que unas pocas gotas descendieran por su garganta. Era una bebida caliente y espesa, algo salada, pero rica. Su color era oscuro, de un

rojo intenso violáceo. Algún néctar libado de flores agrestes, algún jarabe de frutos salvajes recolectados en las laderas de los Cárpatos, pensó. Y sin más recelos dio un trago.

Al levantar la vista y ver el rostro de Erzebeth, el asco y el miedo se apoderaron de su ánimo. Por la comisura de los labios de la condesa se escurría una gota de sangre. Eso significaba que en la jarra había...

– ¡Sangre! – gritó lanzando la copa lejos de ella.

Su gesto instintivo de horror fue recibido por una risa estentórea de la condesa.

– ¿No te gusta la sangre?

Anaíd sintió deseos de vomitar, pero el pánico y la mano de la condesa le atenazaban la garganta. La condesa se había acercado a ella y había cerrado su mano sobre su cuello.

– ¿Cuál es tu nombre, muchacha? – siseó con voz ronca acercando su amuleto peligrosamente a la mejilla de Anaíd.

En ningún caso podía ponerla en antecedentes acerca de su verdadero nombre. Y recordó el hermoso nombre de la madre de Dorizca.

– Orsolya – musitó.

Tal vez se equivocó porque la excitación de la condesa no tuvo límites.

– Orsolya, claro, eres la hija de Orsolya, una Omar culta. Lo sabía, eres vibrante, poderosa..., tu sangre será mi mejor despedida.

Y con la rapidez que otorga la práctica, sacó un alfiler que sujetaba su moño, lo clavó en la mano de Anaíd y recogió la minúscula gota de sangre que cayó en su talismán.

Anaíd ahogó un grito. Tenía su cabello y su sangre. Era prisionera de la Odish y lo peor de todo, en esos momentos, con su talismán al cuello, era indestructible. Porque los suyos no eran una sangre ni un cabello normales, eran la sangre y el cabello de la elegida. Quiso acercarse a la condesa pero se sintió débil, y más débil aún cuando Erzebeth apretó su medallón contra su pecho.

– Eres mía. Harás lo que yo quiera. Me perteneces.

Anaíd había caído víctima de un conjuro de posesión.

La condesa palmeó las manos y su sirvienta Dorkó, grande y fuerte, cargó a Anaíd en sus espaldas, la llevó hasta un rincón de la sala que había permanecido en penumbra y que ocultaba unas argollas sujetas a la pared. De su ancho cinturón sacó una llave enmohecida, abrió la cerradura e introdujo en ellas sus muñecas. Anaíd intentó resistirse, pero cada vez que trataba de pronunciar un conjuro, la condesa oprimía su talismán y Anaíd agonizaba.

La vieja Dorkó le arrancó parte de su vestido de seda blanco y ofreció a la condesa un látigo.

– ¿Preferís comenzar vos?

– Es tan cansado, comienza tú misma – suspiró la condesa relamiéndose los labios con voluptuosidad ante su presa indefensa, y se echó en su cama.

Dorkó golpeó una vez la blanca espalda de Anaíd, que nunca hubiera creído que un latigazo pudiera ser tan doloroso. Sintió cómo las púas le arrancaban la piel y penetraban en su carne. Un dolor agudo, lacerante, la dejó sin aliento. El segundo fue mucho peor. La nueva herida ahondó en la anterior y le arrancó pedazos de carne. Esa vez gritó. Y la otra, y la otra. Y probablemente hubiera continuado gritando hasta caer exhausta cuando la puerta se abrió y entró la atribulada Jo Ilona arrastrando el cuerpo exánime de Dorizca. Tenía las

muñecas cortadas y la sangre manaba lentamente, goteando por sus brazos y ensuciando el suelo de la sala. Anaíd quiso correr a su lado y socorrerla, pero no podía moverse.

– Señora, señora, han llegado invitados y esta muchacha lo está poniendo todo perdido.

– ¿Invitados?

– Acaban de llegar, señora, los están acomodando en el ala este.

La condesa abrió sus ventanas y su rostro se ensombreció. En efecto. Dos calesas de caballos nobles habían llegado al patio y de ellas habían salido cortesanos. ¿Cómo osaban llegar a su castillo a esas horas de la noche? Era una descortesía llegar al castillo de una viuda una vez puesto el sol. Deberían haberse alojado en una posada y solicitar su hospitalidad a la mañana siguiente.

– Decid que estoy cansada y que no puedo recibir a nadie.

– Señora, es vuestro primo lejano, el palatino Turzhó. Y dice que quiere veros.

Anaíd, esperanzada, vislumbró una posibilidad. Si quien había llegado era Turzhó, a lo mejor Dorizca y ella podrían salvar su vida. Pero la vida se escapaba del cuerpo de la joven Omar.

– ¡Prima Erzebeth! – se oyó rugir en el patio.

Erzebeth se alejó de la ventana e indicó a Jo liona que se asomase ella misma.

– Dile que estoy indispuesta.

– Mi señora está indispuesta – voceó Jo liona haciendo embudo con sus manos.

– Vengo con un médico, puede atenderla.

Erzebeth se puso más nerviosa.

– Estoy dormida, me van a despertar.

– Mi señora está dormida y no se la puede molestar.

– ¿La señora duerme con luz?

– Ese impertinente metomentodo – rugió la condesa –. Dile que me estabais dando la tisana puesto que tenía fiebre.

– Mi señora tiene fiebre.

Y esa vez el palatino cedió a las excusas repetidas.

– Está bien. Preguntadle si estará dispuesta a recibirnos al amanecer.

El amanecer estaba aún muy lejos, faltaban muchas horas, y Anaíd supo que, si no intervenía inmediatamente, ni Dorizca ni ella llegarían a ver la luz del nuevo día. Ése era su momento.

Cerró los ojos y dejó fluir toda la fuerza que todavía poseía a través de sus brazos. Sus brazos se convirtieron en hierros y el hierro luchó contra las argollas y, tras un forcejeo, las arrancó de la pared. Anaíd, liberada, se lanzó a una carrera alocada y se precipitó hacia la ventana.

– ¡Auxilio! – gritó –. ¡Auxilio, sálvenos!

No llegó a saltar porque la garra poderosa de Dorkó la sujetó y se la ofreció a Erzebeth, que tomó el látigo de manos de Dorkó y comenzó a arremeter salvajemente contra ella.

– ¡Insensata! ¡Desgraciada! ¡Miserable!

Pero Anaíd ya había conseguido vencer su miedo y, cuando las púas hirieron el dorso de sus brazos con los que se protegía la cara, su rabia no tuvo parangón y convocó a la tormenta.

El rayo entró violentamente por la ventana y pasó sobre la desconcertada Odish causando la destrucción a su paso y desapareciendo por el hueco de la chimenea. El trueno, potente, sacudió los cimientos del castillo y Anaíd se creció y se creció. O entonces o nunca. Así pues, sacó de su pecho la mecha mágica, oprimió la yesca y se abalanzó sobre Erzebeth dispuesta a quemar su macabro talismán. Sin embargo, la condesa no estaba ni mucho menos indefensa y desvió la llama hacia las cortinas, que prendieron al instante. La condesa gritó. Acababa de reconocerla.

– ¡Eres tú! ¡Eres la elegida!

Y desenvainó su *atame* mágico dispuesta a acabar con su vida. En ese mismo instante la puerta se abrió y, junto con el palatino Turzhó y el alguacil, en la alcoba se coló una niña delgada y rauda que se interpuso entre el brazo terrible de Erzebeth y el cuerpo herido de Anaíd.

– ¡Noooo! – chilló Dácil antes de caer gravemente herida en el pecho por la mano de Erzebeth.

El grito de desesperación de Anaíd no fue el único. Una mujer de grandes pechos, con la mirada límpida de las personas honradas, se arrodilló sobre el cuerpecillo exánime de Dorizca.

– ¡Dorizca, Dorizca! – gritó llorosa – . Dorizca, hija.

Los soldados y el alguacil se arracimaban en la puerta y se tapaban la boca conteniendo las náuseas al contemplar tanta sangre. Las llamas que habían prendido las cortinas habían llegado hasta el baldaquín de la cama. La madera crepitaba y el humo espeso y negro hacía llorar y toser. Todos retrocedieron ante el peligro del fuego.

– ¡Alto en nombre de la autoridad! – proclamó el palatino Turzhó sujetando a Erzebeth Bathory.

Estaba horrorizado por el macabro espectáculo. Dos muchachas moribundas y otra que había sido apuñalada ante sus mismos ojos.

Anaíd no atendió a la sonrisa burlona de la condesa ni a su complacencia en el momento de ser detenida. Estaba demasiado ocupada sujetando a Dácil, desmayada, y arrastrándola fuera de la habitación presa de las llamas. Y cuando impuso sus palmas sobre el cuerpo de Dácil dispuesta para curar su herida, a su lado, la bruja Omar Orsolya, la madre de la pobre Dorizca, se levantó con su hija en los brazos y exclamó:

– Mi niña ha muerto, ha muerto... Yo maldigo a la que bebió la sangre inocente de mi niña. La maldigo hasta que los espíritus hagan de ella lo que deseen en los infiernos de Om.

Anaíd se horrorizó. ¿Dorizca muerta? ¿Había muerto por su culpa?

No podía ser cierto. Era una pesadilla.

Cerró los ojos y volvió a abrirlos.

Estaba despierta y viva. Todo lo que veía y oía había sucedido.

La sangre de su copa era de Dorizca. Y ella, Anaíd, había bebido la sangre de una Omar.

CAPÍTULO XV

No te mirarás en el espejismo del lago

S

elene giró bruscamente el volante hacia la izquierda en una maniobra insensata. El coche patinó sobre el asfalto y se salió de la carretera. A punto estuvo de perder el control, pero la pericia de la conductora lo enderezó y las ruedas siguieron obedientes por la pista forestal, apenas señalizada, que se bifurcaba a la izquierda y conducía al refugio del lago.

Selene conducía alocadamente, pero no había perdido la cabeza. Tenía que despistar a Gunnar. Así de simple. Sin abandonar ni por un segundo la vista de la lejanía, musitó unas palabras en la lengua antigua y levantó tras ella un conjuro de ilusión. Milagrosamente, el sendero que acababa de tomar y el indicador que anunciaba el refugio forestal quedaron ocultos tras una frondosa haya.

Gunnar la había sorprendido acortando su distancia durante la noche. Hasta ese momento habían seguido la persecución respetando unas normas del juego tácitas que se habían ido instalando en el ánimo de los participantes. Se detenían por las noches, al poco de ponerse el sol. Descansaban, se duchaban, paseaban, cenaban y dormían profundamente sin temor a ser cazados o perder a la presa. Continuaban su carrera a la mañana siguiente. Selene tuvo tentaciones de romper ese ritual absurdo de etapa ciclista un par de veces, pero no pudo.

Ahora, en cambio, ya casi en los dominios de Urt, Gunnar había hecho trampa saliendo en su persecución de madrugada y había reducido distancias. Estaba a punto de atraparla, apenas los separaban diez kilómetros. La quería interceptar antes de llegar a su destino, y eso significaba que Anaíd estaba en Urt.

Selene había hecho caso de su intuición, y no había sido gratuita. Aunque había intentado por todos los medios dar un rodeo y despistar a Gunnar haciéndole creer que se dirigía a otro lugar, ya no podía dilatar más su regreso. Estaba inquieta. La comunicación con el clan no podía ser más preocupante: Elena había desaparecido, Roc había sido víctima de un envenenamiento, y una tal Dácil, una joven emisaria de las guanches de la isla de Chinet, estaba involucrada en ese turbio asunto relacionado con un bebedizo y una Odish.

Selene sospechaba que Anaíd estaba tras todos esos sucesos, pero no podía confirmarlo hasta llegar a Urt. A través del teléfono notó a Karen superada por los acontecimientos y muy asustada. No era la única. Selene también percibía el miedo atenazándola por las noches. Anaíd había cortado toda comunicación y era desesperante. ¿Qué hacía? ¿Dónde estaba? ¿Con quién? ¿En manos de quién estaba el cetro?

La angustia fue remitiendo a medida que aumentaba la distancia con Gunnar. Lo sintió pasar de largo por la carretera principal camino del puerto que conducía a Francia y aplau-

dió como una niña que comete una travesura. Nadie podía verla y por eso se permitió derrapar con su coche para expresar su alegría. Lo había confundido: en esos momentos la había adelantado e iba en una dirección equivocada, camino de Somport. Disminuyó la presión de sus dedos, que estaban agarrotados al volante como garfios, suspiró y miró hacia las montañas cubiertas de nubes.

A pesar de la claridad, el sol estaba ya muy bajo. El tiempo la confundía. Los días eran largos, sin embargo el crepúsculo estaba próximo. Aspiró la fragancia de sus bosques. Había añorado tanto el color verde de sus valles, la humedad en su piel y la vista majestuosa de sus montañas. Pero sobre todo había echado de menos sus árboles: sus hayas, sus robles, sus encinas y castaños, sus pinos negros y hasta los pocos abetos que jalonaban las ascensiones a las cumbres. No concebía una tierra sin árboles, una tierra desnuda y yerma como la que acababa de recorrer. Y sin embargo, las gentes del desierto eran acogedoras y sus ojos oscuros y sus jaimas eran tan hospitalarios como los iglús y la risa ingenua de los maravillosos inuits.

Pasaría la noche en el refugio del lago, sola, en compañía de las marmotas y las nutrias. Aullaría a la luna en el claro del bosque. Tal vez le respondiese la madre loba. Había luna llena y tenía la sangre rebosante de vida, como siempre que los ciclos lunares culminaban su periplo.

El refugio era un lugar seguro. Estaba aislado, no era conocido y el guarda no llegaría hasta el verano. Se relajó, puso la radio del coche y se permitió tararear una cancioncilla. Se rió a solas al imaginar el desconcierto de Gunnar. No podría encontrarla, se había acabado el juego. A su alrededor había levantado un sólido conjuro de ocultación. Necesitaba pasar esa noche a solas meditando antes de regresar a Urt y enfrentarse con la comunidad de su coven. Las matriarcas le exigirían responsabilidades, estaban en su derecho.

Encontró la cabaña algo polvorienta, pero bien pertrechada para pasar una noche. En las alacenas se amontonaban absurdamente las latas de atún, fabada y piña en almíbar, y en la pequeña despensa encontró sobres de sopa jardinera y paquetes de galletas, azúcar, café y leche en polvo. Le esperaba un original festín que alegraría su cena solitaria. No se entretuvo en abrir y cerrar puertas. Hizo uso de la magia. Estaba harta de atender a todos los peligros y al mismo tiempo no levantar sospechas. Las Omar necesitaban a veces huir del control estricto del clan y dar rienda suelta a la magia. Pequeños deseos, pequeños caprichos que las niñas Omar se concedían a solas, a espaldas de sus madres. La misma Deméter se refugiaba en el robledal y allí, amparada en sus árboles amigos, formulaba conjuros inocuos a sabiendas de que los robles guardarían el secreto de sus flaquezas.

Selene era una bruja Omar. Había luna llena, estaba exultante de magia y sentía un optimismo impropio, tal vez por la proximidad de sus amadas montañas.

Trasladó su equipaje imprescindible del coche, puso un cazo a hervir y abrió una lata de sardinas con tan mala fortuna que se cortó un dedo. La hemorragia no cesaba y la botella de agua estaba vacía, así que se acercó al lago para mantener el dedo sumergido en agua helada. Al arrodillarse en la orilla sintió un deseo urgente de lanzarse a sus aguas y nadar hasta caer exhausta.

¿Por qué no?, se preguntó, desnudándose sin ni siquiera discutir con su otro yo razonable para regatearle ese capricho inmediato que cualquiera con dos dedos de frente hubiera calificado de locura.

Un segundo después braceaba con fuerza y respiraba con jadeos cortos para no perder el aliento. Era el tipo de absurdos impulsos que Deméter se esforzó en reprimir. Pero a sus treinta y tres años, Selene ya no tenía una madre que frunciese la nariz ante sus desmanes. En lugar de obligarla a salir del agua, el frío intenso que mordía su piel como un cuchillo la despabiló y le transmitió la energía que necesitaba para sentirse más viva.

Justo iba a salir del agua ya, cuando una sombra se cernió sobre el lago y oscureció los reflejos tímidos de la luna. El estremecimiento fue instantáneo. No era la niebla que bajaba de las montañas, ni las nubes que barría el viento. Era algo más inquietante. Era un manto mágico y, tras ese velo de telaraña sutil que impedía el paso de la luz, sintió una mirada penetrante que la buscaba a través de la oscuridad. Unos ojos controlaban sus movimientos, la perseguían y, de pronto, a traición y sin avisar, notó una opresión súbita en el pecho. No era ninguna invención, sintió ese mismo dolor de niña, cuando una Odish fijó sus ojos en ella.

...Una Odish.

Se quedó inmóvil y aspiró el aire. Cierto. El olor acre flotaba a la deriva en la oscuridad. La Odish debía de estar escudriñando la orilla, después de haber descubierto sus ropas, su coche, su comida. Y ella estaba desnuda e inerme, atrapada en las frías aguas del lago.

Rauda como una carpa, se zambulló de nuevo abriendo los ojos bajo las aguas turbias y conteniendo la respiración, mientras imaginaba las maravillas del fondo lacustre, cenagoso y tapizado de algas en el que la vida, bajo escamas brillantes, se escurría y se ocultaba a la vista de los humanos. No podría aguantar mucho más. El oxígeno se le acababa, pero algo la conminaba a continuar oculta bajo la superficie. Un peligro. Efectivamente, sin previo aviso, una gran explosión conmocionó la tranquila vida del lago. Las aguas retumbaron y se hicieron eco del estrépito. La onda expansiva aterró a los seres vivos que poblaban rocas y juncos, y en el camino de Selene se cruzaron infinidad de pececillos que huían a lo loco extrañados por ese zumbido y ese movimiento anómalo que había conmocionado su remanso de paz.

Selene ya no pudo aguantar más, braceó hasta la superficie y sacó la cabeza con precaución. Apenas pudo aspirar oxígeno ni abrir los ojos. Un espectáculo fantasmagórico ensuciaba la idílica imagen que recordaba al zambullirse. Una nube negra cubría buena parte del lago... y surgía del lugar donde había aparcado su coche. No gritó pero a punto estuvo. Su coche había explotado. Y tal vez la cabaña también, puesto que no se veía nada.

Una Odish poderosa había dado con ella.

Inmediatamente, se puso en guardia y aguzó la vista para localizar su silueta. No vio nada. Llevaba demasiado rato en el agua helada y su circulación comenzaba a resentirse. Casi no notaba las manos ni los pies, y movía las piernas con dificultad. Tenía que salir del lago. Pero ¿por dónde? La Odish la atraparía en cuanto pusiese los pies en la orilla.

Súbitamente la luna iluminó la playa de guijarros que se abría hacia poniente. Un centenar de metros, a lo sumo, la separaba de ahí. Llegaría, claro que llegaría.

Sin embargo, no contó con el entumecimiento. Fue casi repentino y no pudo luchar contra la sensación de rigidez de sus miembros. Simplemente, estaba congelándose. Pronto perdería el tacto, el conocimiento..., se hundiría en las frías aguas. Se aferró a un conjuro de ilusión y pronunció para sí las palabras que revitalizaban las células del cuerpo, sabiendo que el conjuro no podía engañar a su sangre congelada, que ya no circulaba.

Y de pronto notó un zarpazo en su piel. Un golpe fuerte que le hizo gritar de dolor y de miedo. La Odish la atacaba, la Odish la había cazado, la Odish la destruiría. Un brazo la aprisionó y rodeó su cintura con fuerza, como el tentáculo de un pulpo gigante, y una voz ronca le ordenó:

– Muévete, muévete y no te duermas.

¿Gunnar? ¿Gunnar había dado con ella? Quiso gritar de alegría. Era la voz de Gunnar y no tuvo miedo, al contrario, se sintió a salvo, como cuando viajaban en el trineo y Gunnar la protegía de los peligros del Ártico, como cuando conducía con pericia a través de las grietas del hielo y cazaba focas para alimentarla.

Braceó con furia a pesar de que sus brazos y sus piernas ya no la obedecían. Unos minutos más tarde, a tan sólo unos metros de la orilla se desvaneció.

Despertó tiritando sobre la cama de la cabaña. El frío era espantoso a pesar del fuego que ardía en la chimenea y de la manta que la envolvía. Gunnar atizaba los leños con rabia como si pretendiese que prendiesen antes de que las llamas lamiesen su corteza. Selene quiso hablar, pero no pudo. Tenía la boca congelada. Abrió los ojos con desesperación llamando a Gunnar y su muda súplica obtuvo respuesta. Gunnar se dio la vuelta lentamente y se la quedó mirando. Una llama bailó en su cara. O fue una sonrisa. Selene vio cómo su rostro se iluminaba y, dejando caer cuanto tenía entre manos, de un par de zancadas llegó hasta ella, se inclinó sobre la cama y la besó.

Selene, sorprendida, notó el aliento cálido de Gunnar en su boca y algo se deshizo en su garganta, un pedazo de hielo que había quedado ahí, junto a su corazón. Su boca recuperó el tacto y pudo hablar.

– Abrázame, abrázame muy fuerte – rogó con voz lastimera.

Gunnar se metió bajo la manta, la abrazó contra su cuerpo, y Selene se disolvió entre sus brazos. El calor de Gunnar penetró en su piel y retornó la vida a sus venas paralizadas. Selene sentía correr de nuevo la sangre por su cuerpo. Desbordaba deseos de vivir, de amar y ser amada.

Y esa noche, fuese producto de la ilusión, de la luna llena, del agua mágica del lago o del calor de Gunnar, Selene olvidó quién era, de dónde venía y adónde iba. Olvidó a la Odish, el miedo, el peligro, la venganza y la huida. Cerró los ojos y sólo vio a Gunnar.

Al despuntar el sol, el primer rayo los pilló abrazados y dormidos. Selene despertó y, extrañada por la situación, se levantó sin hacer ruido, se vistió y preparó un café.

Estaba confundida. Fue recordando paso a paso todo lo sucedido la noche anterior. Había algo que no le encajaba. ¿Dónde estaba la Odish? Todo parecía indicar que no había existido. ¿Había sido Gunnar entonces? Gunnar la había atrapado, había quemado su coche, la había embrujado y seducido. Aunque si lo miraba desde otra perspectiva, Gunnar la había salvado de morir en el lago. Quizá era lo que Gunnar pretendía que ella dedujese: había urdido la estratagema de asustarla fingiéndose una Odish para retenerla en el lago, provocar su miedo, salvarla luego y recuperar su confianza.

Estaba hecha un lío. Y a pesar de que se sentía incapaz de estar enfadada con Gunnar, su mirada sobre él cambió. Volvía a ser un hombre misterioso e inquietante. ¿Había convocado a la niebla? ¿Había quemado su coche? ¿La había seguido a pesar del poderoso conjuro?

Se levantó con sigilo y hurgó en el bolsillo de los pantalones de Gunnar hasta dar con las llaves de su coche. Cogió la taza de café hirviendo, sopló y bebió un trago. Reprimió un grito de dolor. ¡Qué tonta! Se había quemado. ¿Es que no podía hacer las cosas como todo el mundo? ¿Siempre tenía que precipitarse? Ni ella misma se entendía, pero algo tenía claro y no quería olvidarlo: debía llegar a Urt sin Gunnar y encontrar a Anaíd antes que él. La solución era bien sencilla. Escaparía con el coche de Gunnar y le abandonaría dormido en la cabaña.

Salió del recinto con mucho cuidado, cerró la puerta tras ella y dio una ojeada a su alrededor. Nada. Dio una vuelta completa al refugio y no atinó a descubrir el coche.

– ¿Vas a escapar con mi coche?

La voz de Gunnar salía por el ventanuco de la cabaña. La había pescado in fraganti. Selene intentó mantener la calma.

– Iba a comprar el desayuno para darte una sorpresa.

Gunnar no parecía enfadado, sino divertido. Estaba acodado en la pequeña ventana, el torso desnudo, la cara descansada y sus ojos azules e inquisitivos endulzados.

– ¿Recorrerías treinta kilómetros para traerme unos cruasanes tiernos?

Selene sonrió cínica.

– Naturalmente, cariño.

– Pues tendrás que ir a comprarlos caminando. Te quedaste sin coche.

Selene le mostró las llaves con un guiño.

– Tengo el tuyo.

– ¿Mi coche?

Selene utilizó un tono zalamero.

– Anda, dime dónde lo aparcaste.

– Es ese montón de hierros que asoma tras el pino negro.

Selene se frotó los ojos con incredulidad.

– ¿También quemado?

– Me costó pero lo conseguí. Selene sintió un sudor frío.

– ¿Qué has hecho?

– Lo que ya practicaban los españoles en las conquistas. Quemaban sus naves para

evitar deserciones.

- ¡Estás loco!
- Díselo a Hernán Cortés o a Pizarro.

Selene se desesperó. ¡Cómo había sido capaz, qué burro!

- ¿Y ahora qué hacemos?
- Caminar a través de las montañas.
- ¿Cómo?
- Con las piernas. Juntos. Los dos juntos. A no ser que quieras salir corriendo primero

y que yo te persiga unos metros más atrás, para continuar el juego del gato y el ratón.

Selene estaba harta de persecuciones y estaba muy enfadada.

- Quemaste los coches porque no te fías de mí.

Gunnar rió. La había atrapado con sus llaves en la mano dispuesta a robarle el coche y dejarlo tirado en medio de la montaña.

- No te rías.
- Lo siento, Selene, eres muy divertida.

Selene se dio cuenta de lo ridículamente absurdo de su situación, pero se molestó. Gunnar la trataba como a una niña traviesa. Y ella, como una tonta, caía en todas sus trampas. Sin embargo, optó por tomárselo de buenas.

– Está bien. Tú ganas. No tengo ni pizca de sentido de la orientación. Soy incapaz de llegar a Urt.

- Lo sabía.
- ¿Lo sabías? – se asombró Selene.
- Te conocí hace unos años.

Selene suspiró. Había perdido por goleada, pero había llegado la hora de enseñar las cartas.

- Supongo que Anaíd está en Urt – dejó caer con recelo.
- Supones bien.

La sinceridad de Gunnar la desarmó. Tampoco esperaba que fuese tan fácil sonsacarle sobre el paradero de Anaíd.

- No la siento y no responde a mis llamadas.
- Se preserva.
- ¿Y el cetro? ¿Está en Urt?
- También.
- ¿Qué has sabido de ella durante el tiempo que nos hemos estado persiguiendo?
- Nada.

El desconcierto la embargó.

- ¿No sabes nada y dejas a una niña de quince años sola y desamparada?
- No está sola ni desamparada.
- ¿Ah, no?
- Tiene familia.
- No es cierto. Mis amigas pueden cuidar de ella, pero...

Y de pronto cayó en la cuenta.

– ¿No la habrás dejado con la dama blanca? – balbuceó incrédula.

– Es mi madre.

– ¡Es una Odish! – gritó indignada. Gunnar no se acobardó.

– Es su abuela, venció a Baalat, es la única que puede preservarla y protegerla de la ira de las Odish más poderosas.

Selene estaba indignada.

– ¿Y su ambición? ¿Quién la protegerá de la dama de hielo? Es una Odish y también pretende el cetro.

Gunnar la rebatió con rotundidad:

– Cristine esperará a que Anaíd decida, pero tiene que aprender muchas cosas todavía.

Selene se retorció las manos.

– Me la has robado para entregársela a tu madre. Quisiste hacerlo hace quince años y ahora, finalmente, lo has conseguido.

– No es verdad.

Selene ya no lo escuchaba. Estaba llegando a sus propias conclusiones.

– Anoche fue ella quien apareció aquí y estuvo a punto de acabar conmigo.

Gunnar calló. Selene abrió los ojos sorprendida por su misma intuición.

– Cristine te trajo aquí y propuso quemar los coches. ¿Es eso? ¿Fue ella?

– Estaba confundido dirigiéndome hacia Somport –se defendió Gunnar sin demasiada convicción–. Me habías engañado y fue ella quien me avisó de dónde estabas y me condujo hasta el refugio. La idea de quemar los coches fue mía.

– ¿Querías que me ahogara?

– ¡Al contrario! Pensé que saldrías del lago enseguida para intentar apagar el incendio. Al darme cuenta de que te alejabas de la orilla, temí que no pudieras resistir tanto tiempo el frío.

Selene estaba horrorizada.

– Así pues, ella estuvo aquí y quería destruirme.

– No es cierto.

Selene se encaró con él.

– Noté cómo me clavaba su dardo. No dejé que acabara conmigo porque me sumergí en el lago.

– Ella no quería hacerte daño...

– No puedo creerte, no puedo, eres su esbirro y la obedeces.

Selene hurgó lentamente en su bolso sin dejar de mirar a Gunnar. Sus dedos rozaron la vara de encina. La tomó con cuidado.

– Tengo que encontrar a Anaíd y la encontraré.

Gunnar hizo el gesto de salir de la cabaña.

– La encontraremos.

– Tú no –le detuvo Selene.

— ¿Me lo vas a impedir?

Selene sacó su vara del bolso y le apuntó con decisión. Pronunció unas palabras y Gunnar cayó al suelo Fulminado.

Selene dio un suspiro. Era un conjuro prohibido. Sólo se permitía usarlo en casos extremos. Privaba a un cuerpo de vida durante un tiempo y el cuerpo permanecía aletargado a la espera de una nueva orden que lo despertaría de ese sueño parecido a la muerte. Si no se despertaba a tiempo, el cuerpo acababa por morir.

Entró en la cabaña y cogió a Gunnar por las axilas. Lo arrastró con muchos esfuerzos hasta el jergón. La cama aún estaba caliente y conservaba la huella de sus dos cuerpos. Habían pasado la noche abrazados, pero ahora Gunnar dormiría solo, abandonado a su suerte.

No quiso conmovearse.

Lo acomodó a duras penas, lo abrigó con la manta y cerró los postigos de la ventana. Si no estaba equivocada, pronto algún excursionista lo encontraría. Bastaría con el tacto de una mano humana o el sonido de una voz para restablecer sus constantes vitales. Gunnar adelgazaría, se debilitaría, pero sobreviviría durante semanas. Era muy fuerte. Se arrodilló junto a él y aspiró su olor. Todo su cuerpo estaba impregnado de él. Le besó en los labios y muy quedamente le pidió perdón.

Luego salió de la cabaña, cerró la puerta, miró a lo lejos y calculó aproximadamente la dirección del valle de Urt.

Tuvo que infundirse valor para emprender ese camino incierto. La montaña solitaria la aterrorizaba, pero en un par de días llegaría a su objetivo.

CAPÍTULO XVI

No flaquearás ante la muerte

La nieve y el hielo habían acabado por cubrir las piedras del castillo de Csejthe dándole un aire espectral y fantasmagórico. Pero el horror estaba dentro de sus muros, en sus mazmorras.

Las antorchas que flanqueaban al alguacil y al palatino por los estrechos pasadizos que rezumaban humedad iluminaron la verdadera cara del miedo. Hallaron muchachas muertas, moribundas, torturadas, hambrientas y locas. Recorrieron los subterráneos donde se cometían los crímenes y descubrieron las vasijas de barro llenas de sangre seca, las jaulas salpicadas de restos humanos, el maletín de torturas con sus pinzas, tijeras y cuchillos dispuestos para mutilar, herir y causar sufrimiento, las argollas clavadas en la pared... Todo eso vieron sin acabar de creérselo. Y contaron con sus propias manos cuerpos, huesos y restos humanos de hasta trescientas víctimas, si bien los criados, que durante años habían sido mudos testigos de tantos horrores, acabaron por desatar su lengua y sumaron muchas más. Explicaron que también había cuerpos enterrados en otras posesiones y castillos de la condesa, y que algunas muchachas habían sido enterradas en el bosque, en las cunetas de los caminos o lanzadas al fondo del lago. Hungría entera estaba manchada con la sangre de sus víctimas. La condesa sangrienta se había ganado a pulso su título. Seiscientas cincuenta doncellas sacrificadas.

Y mientras Turzhó y los otros enviados reales habían juzgado y condenado a Erzebeth a morir emparedada en su castillo, Anaíd, presa del remordimiento, esperaba agazapada en la oscuridad la ocasión propicia para atacarla.

Necesitaba actuar en el intervalo entre el último asesinato de la Odish y su desaparición. Había llegado demasiado pronto al pasado. Esas horas de diferencia habían sido terribles y ni siquiera le habían servido para impedir la muerte de Dorizca.

¿Había sido realmente una equivocación o ese error servía a algún propósito oculto?

Aunque lo intentaba, no podía olvidar la muerte de la pequeña Dorizca. Estaba tan bonita con su vestido de seda blanco y su cabello recogido en un moño, con los rizos cayendo en cascada sobre su nuca. Como una novia el día de su boda, una boda de sangre con la muerte.

¿No la había propiciado ella misma escogiéndola para acompañarla? ¿No había sido ella la fuerza del destino de la joven Omar?

Mientras tanto, Dácil se debatía entre la vida y la muerte bajo la mirada impotente de Orsolya.

Anaíd no podía ayudarla; aunque sus propias heridas habían sanado inmediatamente

sin dejar cicatrices, su vida, en manos de la condesa, sufría continuos altibajos. Cuando Erzebeth Bathory apretaba su amuleto, Anaíd perdía sus fuerzas y se desvanecía. Le dijeron que se pasaba las horas caminando como un león enjaulado y riendo a carcajadas por su encierro. En esos momentos se aferraba a su amuleto, lo oprimía y mataba lentamente a Anaíd.

Tenía que destruir el talismán de la condesa. Para eso había viajado en el tiempo, para eso había arriesgado su vida, la de Dácil y la de Dorizca.

Sin embargo, ¿cómo entraría en la habitación donde, ladrillo a ladrillo, iban emparejando a la orgullosa Odish que se burlaba de sus captores ante tamaña estupidez humana? En cuanto acabasen de emparedarla se esfumaría, y así su leyenda y su misterio la acompañarían para siempre jamás.

De pronto la condesa gritó.

– ¡Ratas!

Los peones que levantaban la última pared no le hicieron el más mínimo caso.

– ¡Hay ratas! – insistió la condesa, malhumorada por la falta de respeto.

– Yo sólo veo una – escupió despreciativamente el *haiduko* que vigilaba con sus armas y que ordenó a los obreros que continuaran con su tarea.

La condesa optó por callar para no levantar la ira de aquellos hombres. Pero Anaíd vislumbró una posibilidad de acceder a la habitación cerrada.

No le costó demasiado comunicarse con las ratas y sonsacarles el camino desde los subterráneos. Quizá no fuese su animal preferido, quizá le asquease su aspecto o su comida, pero no tenía otro remedio si quería llevar a cabo su propósito. Así pues, una vez en los oscuros pasadizos y rodeada de grandes roedores, que en aquellos lugares eran los dueños del castillo, Anaíd se despojó de su ropa y se concentró en el conjuro de transformación. Su cuerpo se contrajo y, cuando estuvo segura de que su cara era un hocico y de que sus dientes fuertes podían sostener cualquier objeto pesado, tomó en su boca la mecha y la yesca que había llevado con ella desde el futuro y el *atame* que le había ofrecido Orsolya y que había pertenecido a Dorizca.

Era una rata de cloaca repugnante, fuerte y valiente, capaz de hacer frente a un animal mucho mayor, aunque su fama no fuese precisamente ésa. Y se dispuso a seguir por los tortuosos corredores a sus nuevas amigas y guías.

La condesa no se apercibió de su presencia inmediatamente. Estaba demasiado ocupada probándose sus numerosas alhajas. A lo largo de su macabro reinado había acumulado un verdadero tesoro de joyas. Pidió ser emparedada con ellas, a la usanza de los faraones egipcios. Y en esos momentos gozaba de su coquetería aun en la más completa oscuridad.

Anaíd podía ver con mucha más claridad gracias a su visión de roedor y estudió la habitación con sigilo. Se trataba de un dormitorio con alcoba comunicado por un arco de medio punto que unía ambos aposentos. Era una habitación de invitados y, como tal, disponía de poco mobiliario. Austera, fría y desprovista de comodidades.

Anaíd se refugió en el rincón más alejado de donde se hallaba la condesa y se dispuso a

transformarse de nuevo en muchacha. Justo cuando sus piernas recuperaban su forma y vencía los últimos estertores del tránsito, la condesa olisqueó el aire y notó su presencia, o la presencia de algo desconocido.

Anaíd ya estaba preparada para esa eventualidad. Rauda como una liebre blandió el *atame* de Dorizca, se desdobló en tres imágenes para desconcertar la defensa de la condesa y, de un golpe certero, cortó la cadena que sostenía el talismán que colgaba de su cuello. Lo recogió en el aire con su otra mano. Fue un golpe tan sorprendente que ni la misma condesa pudo percibirlo ni asimilarlo.

Inmediatamente, Erzebeth se puso en guardia, pero ya era tarde. Cuando se llevó la mano al cuello para comprobar su fuerza, notó con verdadero pánico que su amuleto había desaparecido.

Anaíd encendió rápidamente la yesca y prendió la mecha sin perder un instante. Sabía que sería lo más difícil, lo más comprometido, puesto que quedaría desprotegida y a merced de la ira de Erzebeth, pero ya había previsto ese pormenor. Así pues, levantó una barrera entre ambas y no lo pensó dos veces. El talismán ardió en el mismo instante en que la condesa, airada, destruía la barrera mágica, daba un salto hacia Anaíd y clavaba su *atame* mágico en su espalda.

Anaíd recibió el impacto de la hoja sin darse cuenta de la profundidad de la herida. Se clavó en su riñón y el *atame* quedó ahí, hundido en su espalda hasta la misma empuñadura. Sin embargo, no se rindió ni desfalleció. Al contrario, plantó cara a la Odish y se enfrentó a ella. El talismán ardía y aún no se había consumido. La Odish pretendía arrebatárselo, pero lo protegería con su propia vida. Anaíd blandió su *atame* y conjuró su magia para aprisionar a Erzebeth Bathory. La lucha de ambas fue terrible.

Anaíd sólo pretendía ganar tiempo y Erzebeth atacaba enloquecida y furiosa pretendiendo recuperar su talismán. Fue una exhibición de fuerza, de habilidad, de poder. La energía vibraba y retumbaba lanzando a una y otra contra las paredes.

Erzebeth se transformó en un lince gigantesco de grandes dientes afilados que se lanzó sobre Anaíd y desgarró su carne desnuda; saltó con tanta agilidad y premura que resultaba imposible clavarle el *atame*. La condesa lince eludió sus golpes de muñeca y saltó sobre ella con todo su peso y su crueldad. Anaíd sintió la mordedura en su brazo y temió por su vida al notar el aliento de la bestia en su cuello intentando seccionarle la yugular.

Sin abandonar la vigilancia del talismán ardiente, conjuró su piel para defenderse del ataque lacerante del felino y su piel adquirió el grosor y la resistencia de un paquidermo.

La condesa se dio cuenta demasiado tarde de que sus afilados dientes no conseguían penetrar en la carne de la elegida, dura como un pedernal. Pero ya no pudo remediarlo. El felino había sido atrapado por una potente red mágica, conjurada por Anaíd. Estaba prisionero y a cada movimiento desesperado sus miembros se prendían de la poderosa red y quedaban paralizados. Como en una poderosa telaraña.

En la opresiva celda se vivió un instante de angustia. Erzebeth se transformó de nuevo en humana y profirió un grito terrible que traspasó los tímpanos y rompió todos los vidrios y copas del castillo. El talismán estaba a punto de desaparecer y la condesa conjuraba sus

últimas fuerzas.

Una tormenta de proporciones espeluznantes se cernió sobre Csejthe. Las nubes de los Cárpatos, densas y amenazadoras, volaron raudas por los cielos grises y se posaron sobre el castillo, transformando la tarde en la noche más negra y descargando agua entre terribles rayos y poderosos truenos. El agua cayó con tal fuerza que se llevó consigo a las ovejas de los pastos bajos, a sus pastores y a los campesinos rezagados que todavía no habían recogido sus utillajes del campo para regresar a sus casas. Años después se recordaría ese terrible suceso, en el que la comarca fue arrasada en pocos minutos y el agua inundó los pueblos, ahogó el ganado y echó a perder las cosechas.

Erzebeth continuaba prisionera de Anaíd y su talismán estaba a punto de desaparecer.

— ¡Nooooo! — gritaba Erzebeth con desesperación llevándose las manos a la garganta.

Su poder se escapaba con el humo que ascendía de su mágico talismán. Anaíd, con el cuchillo clavado en su dorso, aguantó el embate de Erzebeth hasta que el medallón colgado de su cadena sólo fue un montón de cenizas.

Entonces y sólo entonces, arrancó el *atame* de la Odish de su cuerpo y, horrorizada, se dio cuenta de sus enormes dimensiones. Pero su herida cicatrizó tan pronto como salió el cuchillo. La condesa, atónita, se mesó los cabellos.

— ¡Oh, no!

Anaíd no comprendió la exclamación de la condesa.

— Yo misma te di a beber la copa prohibida — gritó Erzebeth al descubrir la fuerza regeneradora de la elegida.

Anaíd no atendió a sus divagaciones. Con un certero conjuro la inmovilizó. Ella misma se sorprendió de su propio poder. A pesar de que la condesa había consumido la sangre de muchas Omar, sin su talismán era menos poderosa que ella.

— Vuelve a las sombras a las que perteneces, permanece prisionera de tu mundo. ¡Yo te condeno al mundo opaco hasta que ponga fin a tu encierro y penetre en tu recinto para destruirlo definitivamente! — exclamó Anaíd mientras contemplaba cómo la condesa, presa de espasmos, se retorció en el suelo y lentamente, agónicamente, desaparecía.

Hubiera deseado hacerla sufrir como a sus víctimas, hacerle pagar por sus fechorías, pero no podía destruirla a pesar de que lo deseaba. No podía arriesgarse a modificar el pasado. Sin embargo, estaba abriendo las puertas al futuro para liberar a Criselda y a Elena de su prisión y recuperar el cetro de poder.

Podría haberse sentido satisfecha de su valor, pero no lo estaba. Podría haber sentido la satisfacción de la tarea cumplida, pero en lugar de eso paladeaba el sabor agrio de la derrota.

Anaíd regresó junto a Dácil. Estaba muy cansada, aunque más que eso estaba muy triste.

Orsolya levantó los ojos y lo comprendió todo. Supo que la elegida había destruido el talismán de la condesa Erzebeth y que la había vencido. Se levantó con una mirada llena de devoción y tocó los cabellos de Anaíd. Se arrodilló ante ella y le besó las manos. Musitó gracias tantas veces que Anaíd se sintió aturdida. Luego ella misma condujo a Anaíd hasta el

lecho donde yacía Dácil y también acompañó sus manos y las pasó sobre la profunda herida del pecho de la pequeña. Ante su estupor, la herida se cerró y cicatrizó. En unos segundos, sin apenas dar respiro. El mismo tiempo que Dácil necesitó para recobrar el color de sus mejillas, abrir los ojos y sonreír.

La mariposa cruzó su bonita cara y Anaíd sintió un gran alivio en su pena.

— ¿La he devuelto a la vida? —preguntó asustada.

— No había muerto, simplemente la has sanado.

Dácil la abrazó con sus delgados brazos y la besó.

— Oh, Anaíd, estás viva, aún estás viva.

— Claro que sí, gracias a ti —reconoció—. ¿Tienes la piedra?

Y Dácil le confió su secreto escondrijo. La había ocultado tras una baldosa de la vieja cocina. Enviaron a un muchachito a recuperarla y Orsolya les dio comida.

— ¿Venís de muy lejos? —se atrevió a formular por fin.

— Cuatrocientos años —aventuró Anaíd, y con la mirada baja añadió—: Siento mucho lo de tu hija, no pude hacer nada.

Orsolya le tomó la mano.

— No te tortures. Dorizca tenía escrito su destino desde niña. Murió dulcemente. No supo que estaba muriendo. De eso me encargué con un conjuro. No pude hacer más.

Anaíd se compadeció de la pobre madre y por primera vez la miró a los ojos. Fue una equivocación. Sintió cómo la mano de Orsolya se tornaba rígida, fría y finalmente se desprendía de la suya con miedo. Orsolya, hipnotizada, se puso en pie y exclamó horrorizada:

— ¿Has bebido de la copa que te ofreció la condesa?

Anaíd se sintió descubierta en su terrible secreto.

— ¿Has bebido?

Anaíd quiso negar, pero no pudo.

— No sabía lo que había en la copa... —balbuceó.

Orsolya comenzó a sollozar y a mesarse los cabellos ritualmente.

— ¡No! ¡No! ¿Por qué? La maldición de Odi se ha cumplido.

Anaíd se asustó.

— ¿La maldición de Odi?

Orsolya la señaló como a una apestada.

— ¡Tú, Anaíd, la elegida, estás maldita!

* * *

La joven inuit interrumpió su labor, dejó caer el raspador con que curtía las pieles y se llevó las manos al pecho, exactamente como si un puñal se hubiese clavado entre sus costillas y pugnará por extraérselo.

Poco a poco el dolor se fue apagando hasta que cesó. Sin duda era el aviso que había estado esperando. Lo supo cuando levantó la vista y en la lejanía distinguió la silueta de la

osa recortada en el horizonte.

Esa noche, dentro de su iglú, extendió la piel de nutria en el suelo y lanzó los huesos de ballena que llevaba siempre guardados en la bolsa de cuero que perteneció a su abuela, la gran hechicera Sarmik. De ella había heredado su nombre, sus poderes y esa diminuta bolsa que contenía los huesecillos mágicos que permitían adivinar el futuro.

Su madre, Kaalat, permanecía silenciosa a su lado. A pesar de que sabía que había llegado el momento de la despedida, deseaba dilatarlo. Nunca era el momento para decir adiós a una hija.

Los huesos confirmaron los presagios. Se avecinaba un largo viaje y Sarmik debía ponerse en marcha.

Kaalat, con la cabeza gacha, cortó filetes de pescado en salazón, pedazos de carne ahumada, y los fue introduciendo junto con el hornillo y el té en el petate que su hija llevaría consigo.

Los inuit viajaban ligeros de equipaje. Se trasladaban como el viento de un lugar a otro y en pocos minutos podían iniciar una marcha que les ocuparía semanas o hasta meses. Llevaban consigo sus arpones para cazar a las focas en primavera, sus rifles cargados para conseguir carne y sus tiros de pesca para proveerse de pescado.

El aullido de un *husky*, más parecido al lobo que al perro, avisó a Kaalat de la llegada de la osa.

– La madre osa te espera.

En efecto. La que fuera la pequeña Helga se había convertido en una magnífica osa blanca que reinaba en los confines del Ártico, allí donde sólo unos pocos inuits se atrevían a sobrevivir.

– Ella te acompañará hasta los límites de las tierras de nuestro clan. Luego tendrás que recurrir a las focas y a las nutrias, que te acogerán en tierras de Alaska.

A Sarmik se le partió el corazón a pedacitos.

– Madre, lo siento – murmuró abrazándola, consciente de que la dejaba sola en medio de la nada.

– No te preocupes por mí. Viajaré hasta los campamentos de verano y te esperaré con la tribu.

– No sé cuándo podré volver.

– Cumple con tu misión.

Sarmik dudaba.

– ¿Sabré siempre lo que tengo que hacer?

– Fuiste preparada para eso. Desde que Diana, la elegida, y tú, intercambiasteis vuestra leche, os convertisteis en hermanas de leche. Unidas para lo bueno y para lo malo. Necesitadas la una de la otra. Tú la guiarás a ella y ella te guiará a ti. Escucha la voz que está dentro de ti y cierra los oídos a las falsas llamadas.

– ¿Cómo las distinguiré? – preguntó Sarmik, asustada por su responsabilidad.

Kaalat hurgó en sus escasas posesiones y extrajo dos objetos preciados que guardaba

especialmente para la ocasión. Emocionada, mostró a su hija el *ulú* afilado y hermoso, el cuchillo de mango de hueso de ballena que perteneció a su abuela Sarmik.

– Es para ti, hija. Úsalo bien, sólo en tu defensa, nunca ataques sin motivo. Defiende la vida de la elegida con la tuya propia.

Sarmik lo recogió con manos temblorosas y luego lanzó una exclamación. Kaalat sostenía un maravilloso collar blanco, inmaculado y poderoso. Era un potente amuleto que había sido confeccionado con los dientes de la osa madre.

Sarmik bajó la cabeza y su madre se lo puso. Lucía poderosamente en su cuello y era muy hermoso.

– La madre osa te protegerá y alejará de ti el mal. No le lo quites bajo ningún concepto. ¿Me lo prometes?

En cuanto el collar entró en contacto con su piel, Sarmik sintió cómo la invadía la paz.

CAPÍTULO XVII

No te lamentarás del rechazo

El regreso al presente fue sencillo. Anaíd y Dácil, ayudadas por Orsolya, reprodujeron el círculo mágico en el claro del bosque de los Cárpatos, asieron la piedra verde, se purificaron y, oficiadas por los cantos de la matriarca del clan de la marta, saltaron dentro del círculo de piedras.

Esa vez cayeron exactamente en el mismo círculo del robledal donde la dama blanca las despidió. Exhaustas y desnudas, Anaíd y Dácil llegaron hasta la cueva para pedir ayuda a Cristine. La hermosa dama las recibió amorosamente, las vistió y perfumó, las alimentó y preparó unos lechos mullidos donde se desplomaron y durmieron largas horas. Al despertar, estaban solas en el maravilloso palacio encantado. Dácil, curiosa, pretendía tocarlo todo, admirarlo todo, exclamaba por todo. Su alegría y su sorpresa eran contagiosas y consiguieron que Anaíd celebrase su regreso con optimismo. Sin embargo, la ausencia de Cristine la tenía intrigada. ¿No la abandonaría ahora que ya había conseguido destruir a la condesa? ¿Y su cetro? ¿Y Elena y Criselda?

Dácil, a pesar de su espontaneidad, era un pequeño estorbo. Anaíd le rogó que no dijese nada sobre ese viaje en el tiempo y le pidió que la esperase en su casa, puesto que ella tenía que resolver cosas con su abuela. Eludió a posta la naturaleza de Cristine y Dácil no le hizo preguntas. Aceptó esas circunstancias excepcionales con la naturalidad de los niños. Anaíd sospechó que si le hubiese presentado a una hembra gorila como su abuela, Dácil la hubiese besado, le hubiese pedido un plátano y le hubiese deseado las buenas noches. Era imposible no hacer preguntas sobre la dama blanca y su palacio de superficies reflectantes y piedras preciosas. Pero Dácil no las hizo. Tal vez creyó que la elegida se merecía ese palacio y a esa misteriosa abuela.

Anaíd sentía un cariño peculiar por la chiquilla. Era tan joven e ingenua, y además su olor era fresco. Le gustaba especialmente su cuello aterciopelado, moreno y esbelto. Antes de despedirla, ella misma trenzó su cabello para dejarlo al descubierto.

— Tu cuello es precioso, como el de un cisne, tienes que lucirlo.

Dácil no era coqueta, pero estaba encantada de que alguien peinara su cabello y le dijese cosas bonitas, y si ese alguien era la maravillosa Anaíd, mejor aún.

Cristine regresó al poco y no se extrañó de la recuperación de Anaíd, ni de la ausencia de Dácil. Tenía un rasguño en la mano, la ropa algo sucia y algo arrugada y un brillo especial en la mirada.

— ¿Dónde has estado? — preguntó Anaíd inquieta, sabiendo de antemano la respuesta. Cristine se mostró enigmática.

– Comienza tú, querida. Tienes muchas, muchas cosas que explicarme. Quiero saberlo todo, desde el principio hasta el final. Sin dejarle ni una coma.

Anaíd se acomodó junto a la hermosa dama y fue hilando el relato. Mientras lo hacía, iba dándose cuenta de la dureza de esa experiencia tan insólita y de los peligros que había conseguido superar.

Cristine la escuchó atentamente y Anaíd detectó en su frente finísimas arrugas de inquietud, pero al finalizar el relato la abrazó y la felicitó.

– Eres muy valiente, gracias a ti hemos vencido.

En ese instante, Anaíd supo que Cristine había penetrado en el mundo opaco y que se había enfrentado a la condesa.

– ¿Luchaste contra ella?

Cristine rió.

– Contra lo que quedaba de ella, cariño. La condesa era una verdadera ruina.

Anaíd recordó el rostro tenebroso de Erzebeth Bathory, una belleza sombría de los Cárpatos. No se atrevía a formular su pregunta, pero Cristine podía leer sus pensamientos.

– Se acabó. La temible condesa ha desaparecido y su mundo opaco se ha esfumado para siempre. Fue muy sencillo, estaba acabada y simplemente se desintegró como el polvo.

Anaíd saltó de alegría.

– ¡Entonces Elena y tía Criselda están libres!

– Están en casa de Elena. Ni ellas mismas saben qué ha sucedido.

Anaíd sintió una ansiedad desconocida.

– ¿Y el cetro también ha regresado?

– Efectivamente, lo tiene Elena – asintió Cristine.

– ¿Y Roc?

– Recuperado.

Por primera vez había olvidado a Roc y su afán por el cetro había superado al amor que sentía por el muchacho

– Voy para allá. Necesito... – calló avergonzada.

Su necesidad imperiosa era blandir el cetro.

Cristine la detuvo.

– Anaíd, espera, será mejor que no vayas por ahora.

– ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

– Muchas cosas.

Su tono era grave y Anaíd consideró que, si había malas noticias, Cristine debería ocultárselas. Ella no quería preocuparse, no tenía por qué volver a pasarlo mal. Había sufrido mucho, había peleado y había cumplido con su misión. Era injusto que ahora aguasen su fiesta y estropeasen su sentimiento de satisfacción. Quería el cetro, quería a Roc y quería ser feliz.

– Es urgente que hagas el Camino de Om.

Anaíd sintió cómo la rabia la embargaba. No estaba preparada, no tenía ningún motivo para ir a las profundidades y enfrentarse a los muertos.

– ¿Por qué?

Cristine intentó ser lo más convincente posible.

– Cariño, Baalat ya ha conseguido reponer sus fuerzas, pronto reaparecerá si no lo ha hecho ya. Desaparecida la condesa, nuestra enemiga es Baalat.

– Yo no la he visto.

– Yo la siento, está aquí. Ella también quiere el cetro y hará todo lo posible por destruirte y apoderarse de lo que es tuyo.

Anaíd se tapó los oídos. Ni siquiera tenía su cetro y ya la amenazaban con perderlo.

– Déjame. Primero iré a por el cetro.

– No lo necesitas para recorrer el Camino de Om. Es más, no puedes descender con él.

Anaíd se liberó del abrazo engañoso de la Odish y se revolvió como una víbora clavándole sus dientes ponzoñosos.

– Eres una interesada. Sólo quieres utilizarme. Yo te hago el trabajo sucio y tú te aprovechas. ¿Es así, no?

Cristine tembló horrorizada.

– ¿Cómo puedes pensarlo siquiera? Yo te quiero.

– Pues entonces déjame.

– Ellas te rechazarán y sufrirás.

– ¿Quiénes?

– Anaíd, en este viaje ha sucedido algo que no tiene solución.

– ¿El qué?

– Has cambiado, ya no eres la misma.

– Eso ya lo sé – aceptó Anaíd avergonzada.

Cada vez sentía una inquietud mayor, cada vez estaba más descontenta consigo misma, con su destino, con los avatares que le procuraba la vida.

– Ya no eres una de ellas. Lo notarán y te apartarán de su lado, te expulsarán de la comunidad.

Anaíd se enfrentó a su abuela.

– ¡Tienes celos de las Omar! ¡Me quieres sólo para ti y tus propósitos! ¡Has conseguido que me enemiste con Elena, con Roc, con mi madre y también que mi padre me abandone!

Y salió corriendo sin reparar en la desolación que inundaba el rostro de Cristine.

– Espera, Anaíd, espera. ¡No estás preparada!

Anaíd corrió y corrió como alma que lleva el diablo. La ansiedad de llegar a casa de Elena le ponía alas en los pies. No se detuvo a tomar aliento ni a descansar siquiera unos segundos para no sentir el flato, ese dolor agudo en el costado que la traspasaba como un cuchillo. Se iba repitiendo a sí misma que quería pedir perdón a Elena, ver a Roc y volver a abrazar a tía Criselda, pero en su fuero interno sabía que su impaciencia radicaba en su deseo de tener el cetro en sus manos. Durante todo el tiempo que estuvo lejos no lo sintió con esa fuerza y esa inmediatez. Ahora sí. Era una urgencia, una necesidad imperiosa.

Llegó a casa de Elena con el corazón saliéndole por la boca. Aporreó la puerta con

impaciencia, una vez, dos, hasta que la puerta se abrió y tras ella apareció una mujer menuda, rechoncha, con el pelo blanco y la bondad en el rostro. Su sorpresa fue mayúscula.

– ¡Tía Criselda! – exclamó abrazándola como a una muñeca de trapo y levantándola en el aire.

– Anaíd, hija – exclamó su tía ahogándose con el abrazo furioso –. Déjame que te vea. ¡Estás hecha una mujer! – y la apartó para verla mejor.

Inmediatamente su sonrisa se heló y sus pupilas se dilataron de miedo.

– ¿Eres tú, Anaíd?

– Claro. ¿Quién iba a ser?

Tras Criselda apareció Elena. No se alegró de verla, más bien al contrario. Su seriedad y su falta de entusiasmo cortaron en seco el efusivo encuentro entre tía y sobrina.

– Pasa – le ordenó por todo recibimiento, y cerró la puerta tras ella, como si la engullera.

Así se sintió Anaíd. Devorada por su clan.

Elena la interrogó como a una prisionera de guerra, o peor, como a una espía. Nada de lo que Anaíd decía parecía complacerla. A menudo fruncía la nariz y carraspeaba con suficiencia intercambiando una mirada cómplice con lía Criselda, que no daba crédito a lo que oía.

Anaíd se sentía mal, injustamente tratada. Se sentía juzgada y condenada. Aunque si lo pensaba bien, era lógico que Elena, con quien había peleado por el cetro y por el amor de Roc, estuviese deseosa de venganza. Al fin y al cabo la había recluido en el mundo opaco y había puesto en peligro la vida de su hijo.

Anaíd ya llevaba un buen rato hablando y se dio cuenta de que Criselda y Elena miraban continuamente por la ventana a la espera de alguien o algo.

– ¿Esperáis a alguien? – preguntó Anaíd.

Sin pretenderlo, adoptó una actitud impertinente. No le dejaban opción. La agresividad ajena le generaba ese comportamiento hostil.

Elena se retorció las manos.

– En efecto, estamos esperando a una persona que decidirá lo que tenemos que hacer contigo.

Elena era francamente ofensiva, hasta su forma de hablar rezumaba frialdad. Anaíd reaccionó con pasión.

– Acabáis de oír que he vencido a la condesa retrocediendo cuatrocientos años en el tiempo y quemando su talismán indestructible. Ya no existe el mundo opaco..., por eso estáis libres.

Por toda respuesta obtuvo un silencio implacable.

Anaíd se sintió pequeña y censurada, como una niña que ha cometido una travesura y que es castigada con la mirada adusta de sus mayores. Ella sólo anhelaba una sonrisa amiga, un gesto cariñoso, una complicidad inexistente.

– ¿Por qué me tratáis como si fuera una delincuente? – gimoteó.

Elena fue muy dura.

– En cierta manera lo eres. Has delinquido, has retado nuestras leyes y has cometido un gravísimo error.

– Yo no quería enviarte al mundo opaco. Yo no quería. Me ofusqué.

Elena suspiró.

– Lo sé, no hablaba de ese error.

– ¿Entonces?

Elena la miró sin pizca ni asomo de cariño.

– Has desobedecido a las Omar y te has puesto al servicio de una Odish.

– No es cierto. No es una Odish cualquiera, es mi abuela. Me quiere.

Elena bajó los ojos. Criselda se secó una lagrimilla.

– Seguramente tengas razón: te quiere pero convertida en una de ellas.

Anaíd se levantó ofendida.

– ¿Qué pasa? ¿Vosotras también me acusáis de llevar sangre Odish en mis venas? Yo no tuve la culpa. Fue Selene quien se enamoró del hijo de una Odish y me concibió. Yo soy inocente.

– No es eso, Anaíd.

– ¿Pues qué es?

– La maldición de Odi.

Y Anaíd explotó.

– Estoy harta de la maldición, estoy harta de vosotras y de vuestra palabrería. ¡Quiero mi cetro, quiero ver a Roc!

Elena se levantó.

– ¿Te das cuenta, Anaíd? No controlas tu voluntad. El cetro te domina. La elegida no puede actuar a merced de sus caprichos.

Y en ese momento, a lo lejos, vio llegar la bicicleta de Roc por el camino. No pidió permiso a Elena ni a Criselda. Salió a su encuentro sin consultarlas.

– ¡Roc! ¡Roc! – gritó agitando la mano por el camino.

Roc sonrió a lo lejos y pedaleó con fuerza para alcanzarla, dejó caer la bicicleta y corrió hacia ella.

Anaíd sintió que su corazón se ensanchaba de dicha. Roc la recordaba, Roc la quería, Roc iba a abrazarla. Pero cuando estuvo a tan sólo un metro de ella, Roc frenó su carrera y se detuvo.

– ¿Anaíd? – pronunció con extrañeza.

Roc estaba azorado o temeroso. No se comportaba con naturalidad.

– Sí, soy Anaíd.

Roc estaba nervioso, balbuceaba al hablar.

– Bueno, yo..., es raro encontrarte aquí.

– ¿Por qué?

– Te fuiste tan de repente, fue todo tan extraño...

– ¿Qué te han explicado? – quiso saber Anaíd, desconfiada.

– Nada.

– ¿Entonces? ¿No me das un abrazo?

Roc, instintivamente dio un paso atrás, alejándose de ella.

– No te enfades, pero cuando te he visto...

Anaíd fue perdiendo el aplomo que había tenido al acercársele. ¿Qué pretendía decirle Roc? ¿En qué términos se acordaba de ella?

– ¿Qué quieres decirme, Roc?

– Bueno, he pensado mucho en ti, pero...

Levantó los ojos y Anaíd los vio distantes.

– ¿Roc? Mírame, soy Anaíd. Dame la mano.

Roc la rehuyó de nuevo y evitó el contacto.

– Lo siento, Anaíd, no sé qué me pasa... Siento... que no eres tú. Es algo extraño, que no va contigo, seguro...

Anaíd quiso llorar. Si ella se acercaba, Roc daba un paso atrás.

– No, no te acerques, por favor.

Anaíd se miró las manos, se miró la piel, la ropa.

– ¿Qué te ocurre? ¿Estoy apestada?

– No lo sé, es algo que no controlo... Me das miedo – confesó finalmente, enrojando de vergüenza.

Anaíd se quedó inmóvil, desconcertada. El dolor pronto cedió paso a la rabia. Se enfureció, la ira subió por sus manos y salió por sus ojos. Su mirada echaba chispas y las nubes corrieron raudas y ocultaron al sol.

– ¿Yo te doy miedo? – preguntó con voz ronca.

– Por favor, Anaíd, no digas eso...

– Ahora sí que te daré miedo. ¡Mira!

Efectivamente, su aspecto era terrible. El viento hacía ondear sus cabellos y sus ojos acerados eran fríos e implacables. El color azul de sus pupilas traspasó a Roc y convocó a la tormenta. Levantó sus brazos a las nubes y descargaron una furiosa lluvia encima de ellos. Los rayos y los truenos cayeron por doquier.

Roc, boquiabierto, asistía a esa obscena exhibición de poder y Anaíd, al ver su pánico, rió con risa de loca y pronunció las palabras mágicas para reclamar su cetro.

– *Soramar noicalupirt ne litasm.*

Lo repitió otra vez y otra. En vano. El cetro no acudía a su mano.

Olvidó a Roc, la tormenta y al mundo entero. Abrió la puerta de la casa como un vendaval y entró en ella dispuesta a llevárselo. Elena la interceptó.

– No te atreverás. Lo he conjurado.

– ¿Dónde está?

Tía Criselda, involuntariamente, levantó la vista hacia la vitrina. Elena siguió la dirección de su mirada y se alteró. Anaíd lo adivinó sin problemas.

– En la vitrina.

Elena sacó su vara y la detuvo.

– No te acerques, está a buen recaudo.

— ¿Y qué me harás si me acerco? —la increpó Anaíd con un descaro impropio de una Omar joven.

Tía Criselda intervino con mucha suavidad, pero con contundencia.

— No hará falta, ¿verdad, cariño? Tú eres obediente, aprendiste a obedecer conmigo, conoces las leyes Omar y nos respetarás.

Su tono convincente, su estilo calmado, su cantinela seductora estuvieron a punto de conseguir que Anaíd cediese, pero la ansiedad la corroía.

— El cetro es mío y me lo llevaré —afirmó finalmente, y dio un paso hacia la vitrina.

— Anaíd, por favor, escúchame —medió la pobre Criselda sujetándola para que Elena no interviniese—. No nos obligues a usar la fuerza.

Anaíd ya no la escuchaba. Con un movimiento apenas perceptible sacó su propia vara y pronunció un conjuro sobre las dos mujeres.

— Yo os conmino a permanecer mudas, sordas y ciegas hasta que yo lo desee.

Al instante, Criselda y Elena perdieron el habla, la vista y el oído, y comenzaron a vagar a tientas por la habitación, como las orugas procesionarias al perder la fila de sus compañeras.

Anaíd se dirigió con determinación al mueble, pero en el momento de abrirlo una voz la detuvo.

— No lo hagas, Anaíd, no lo hagas.

Esa vez sí que se desconcertó. Esa voz no era la voz de Elena, ni la de Criselda. ¡No podía ser! La voz que había oído era... Se dio la vuelta y allí estaba, delante de ella: la persona a quien esperaban.

Selene, su madre, despeinada, con la ropa desgarrada, las botas manchadas de barro y la cara tiznada. Tenía las manos crispadas y los ojos endurecidos tras la experiencia. Había atravesado las montañas sola y se había perdido infinidad de veces. Había trepado por los riscos, había descendido por las laderas y había avanzado sin descanso, sin dejarse llevar por el desaliento, vadeando riachuelos y atravesando valles. Por las noches había sentido el zarpazo de la soledad y el miedo, y había permanecido insomne, rogando a Deméter que la protegiese, soñando sin desearlo con los brazos cálidos de Gunnar, y anhelando tener a su pequeña a su lado para mecerla y cantarle una canción de cuna.

Hacía tan sólo unas horas que Elena se había puesto en contacto con ella y le había comunicado la terrible verdad. Anaíd, su niña, estaba perdida.

Sólo tenía un sentimiento. Desolación e impotencia. Ella le había fallado a su hija.

Había entrado en la casa acompañada de Roc, que permanecía unos pasos atrás, con la cara descompuesta. Roc, llave en mano, parecía valiente en su determinación.

— ¡Selene! —exclamó Anaíd con una mezcla de ansiedad y remordimiento, y se acercó con vacilación, sin saber si podía abrazarla o no, si la rechazaría.

Lo intentó. Selene abrió los brazos y la acogió en ellos, y Anaíd se dejó querer. Pero pronto su pequeño paréntesis de felicidad se truncó por el desconcierto de Roc. Roc estaba junto a Elena.

— ¿Mamá? — preguntó al darse cuenta de los gestos absurdos y vacilantes de Elena —.
¿Mamá? ¿Me oyes?

Era evidente que no podía oírle ni verle. Pero Roc, angustiado, la abrazó y gritó:

— ¡Dime algo, mamá, dime algo, por favor!

Anaíd sintió un vacío vertiginoso en el vientre, como un agujero por donde se escapase cualquier atisbo de paz.

— ¿Qué le has hecho a mi madre? —le recriminó Roc cogiendo a Elena del brazo y estudiando su mirada vacía y sus movimientos vacilantes.

Selene alejó a Anaíd de ella y observó a su vez a Hiena y Criselda. Anaíd se sintió taladrada por la mirada reprobatoria de su madre, y se defendió.

— Iban a atacarme, querían destruirme, tuve que defenderme.

Roc evitó mirarla y se dirigió a Selene.

— Por favor, Selene, haz algo, haz algo con Anaíd, no es ella. No es ella.

Selene movió la cabeza lentamente.

— Lo sé. Descansa y duerme, no te preocupes.

Y Roc obedeció las palabras mágicas de Selene y se tendió a dormir sobre la alfombra. Anaíd se encaró con ella.

— ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué soy tan diferente? ¿Tú también me tienes miedo?

Selene bajó los ojos temerosa.

— Ellas no se han atrevido a decírtelo.

— ¡¿El qué?!

— Yo soy tu madre y me toca hacerlo.

— Parece que me tengas que condenar a muerte.

Selene no rechazó mirarla cuando pronunció su sentencia. Ése era el privilegio de ser madre: podía continuar amándola y mirándola a los ojos a pesar de la terrible verdad.

— Ya no eres una Omar.

Anaíd se descompuso.

— ¿Qué soy entonces? ¿Un monstruo?

Selene con la voz rota musitó:

— Has bebido de la copa prohibida y sobre ti ha caído la maldición de Odi.

Anaíd sintió un temblor leve en las rodillas, como el primer movimiento que precede al terremoto. No quería saberlo y sin embargo hizo la pregunta con un hilillo de voz:

— ¿Y qué soy?

— Eres una Odish inmortal. Eres nuestra enemiga.

El grito de Anaíd desgarró los oídos de Criselda y Elena y deshizo el encantamiento.

Las dos mujeres abrieron los ojos con incredulidad y sus cuerdas vocales pudieron proferir sonidos articulados.

— ¿Ya lo sabe? — preguntó Elena al recomponerse y resituarse.

Pero Anaíd no lo aceptaba.

— No es cierto. No es verdad lo que decís.

Selene quiso acercarse, y Anaíd notó cómo su propia madre temblaba al alargar la

mano hacia ella.

– ¡Eres un cobarde! – le recriminó.

Y con toda la fuerza de la magia que había acumulado abrió los cajones de la vitrina para tomar su cetro de una vez. Sin embargo, ante su estupor, los cajones aparecieron vacíos. Elena se transmutó.

El cetro no estaba.

– Me has engañado – escupió a Elena.

– No puede ser. Lo dejé aquí. El cetro estaba aquí.

Criselda palpaba cada rincón desesperada.

– Yo lo vi. La ayudé a crear el conjuro de protección.

Criselda topó con un papel arrugado y lo mostró. Estaba escrito en unos extraños caracteres.

– ¿Qué significa esto?

Elena, pálida, se lo arrancó de las manos y lo leyó con atención.

– Son caracteres fenicios.

Selene los conocía. Hacía más de quince años encontró la misma firma sangrienta. Se llevó la mano a la boca.

– Baalat. Es la firma de Baalat.

Anaíd se ofuscó. Baalat tenía su cetro y ella era una Odish. Ya no la querían ni en la tribu ni en el clan. Era una proscrita. No pertenecía a nada ni a nadie. Su madre la temía, Roc la temía, Criselda la temía, Elena la odiaba, Cristine la utilizaba y la dama oscura robaba su cetro.

No pudo soportarlo, creó una barrera mágica tras ella y huyó hacia el bosque camino de su cueva.

A medio camino cayó sobre una roca y rompió en sollozos desesperados, con tan mala fortuna que fue a estorbar a una madriguera de comadreja y consiguió asustar a las crías. La madre, una comadreja joven, se escondía tras un arbusto sin atreverse a acudir a consolar a sus pequeños. Anaíd se sintió generosa.

– No te voy a hacer nada – le dijo en su propia lengua.

La comadreja se sorprendió.

– Anda, consuélalos y hazlos callar, que son unos quejicas.

El animalillo cumplió su tarea con eficacia. Los tranquilizó, los lamió, les dejó mamar y los durmió. Luego, salió valientemente y se dirigió a Anaíd.

– Gracias.

Anaíd estaba deshecha y se sentía vacía y sin fuerzas.

– Hazme un favor. Ve a decirle a la dama blanca que estoy aquí, que venga a ayudarme.

La comadreja tembló.

– No es posible.

– ¿Porqué?

– La dama blanca se ha ido.

- Volverá pronto, supongo...
 - No, se ha ido muy lejos, de viaje, para siempre.
- Anaíd se desesperó. No podía ser.

Pero así era. La cueva que antaño fuera un palacio embrujado había recuperado su aspecto primigenio. Volvía a ser oscura, tenebrosa y fría. Anaíd se estremeció al arrastrarse por sus corredores sombríos y húmedos. No pudo comprender cómo había sido su refugio durante tantos años, desde que era niña y la descubrió gracias a Deméter.

Encontró sin embargo sus joyas. Estaban ahí, como una ofrenda dejada por su abuela. De dentro del pequeño cofre sacó su collar de zafiros azules, su pulsera resplandeciente de turquesas y su broche mágico de amatistas. Se vistió con ellas y se sintió benéficamente protegida. Consolaron tramposamente su desolación, pero el espejismo duró poco. La superficie del lago a la que conjuró para contemplar el cetro con su mano mágica sólo le devolvió la imagen oscura de una caja. Imposible saber dónde se ocultaba y cuál era su paradero.

Luego, de regreso otra vez en la cueva, entendió lo que era la soledad, una circunstancia más allá de la coyuntura y del momento. La suya era una soledad absoluta, la certeza angustiosa de su propio yo desgajado del racimo de la colectividad. Un destino solitario, encumbrado. Ése era el precio del poder. Ésa era la otra moneda del reinado de la elegida.

Al caer la noche, una sombra sinuosa penetró en la cavidad y se deslizó hasta situarse a su espalda.

Anaíd estaba a la defensiva con su *atame* en la mano y dispuesta a rebanar el cuello que hiciese falta. En pocos segundos, agarró a su presa por los cabellos y arremetió con su *atame* contra su cuello.

- ¡No, Anaíd, no, por favor!

Era Dácil.

Su *atame*, sin querer, había rozado su tierno cuello y le había causado una finísima herida.

- Lo siento – se disculpó Dácil –. No quería asustarte, sino consolarte.
 - ¿Ya lo sabes? ¿Sabes quién soy? ¿Sabes qué soy? – arremetió Anaíd furiosa.
- Dácil se encogió de hombros.
- Os espíe y me enteré de todo. Pero no te tengo miedo, yo te quiero.

Y se abrazó a ella con fuerza. Anaíd se calmó y dulcemente recogió la gota de sangre que manaba de su cuello con su dedo índice y se la quedó observando. Era la sangre de su joven amiga, una sangre apetecible, joven y fresca, una sangre vivificante.

Miró a Dácil, palpó su desamparo y su sonrisa grácil. La abrazó más fuerte y sintió el calor de su cuerpecillo y el palpar de su sangre.

La sangre de Dácil.

La sangre de una Omar.

Ansiaba la sangre.

— ¡Vete! ¡Vete de aquí! —gritó asustada echándola de su lado, horrorizada por su instinto—. ¡Vete lejos, no quiero verte más, nunca más!

Y ella misma alejó a la única persona que había acudido por voluntad propia a su lado. Quizá a la única que la admiraba sin resquicios, que la adoraba sin condiciones, que la quería tal cual era.

Dácil, con el corazón roto, salió de la cueva y se perdió en la negrura del bosque.

Anaíd deseó morir, había tocado fondo. Por eso aceptó con gratitud la presencia oscura de la víbora, agradeció su tacto viscoso y su lengua bífida y recibió con tristeza jubilosa el agudo y breve mordisco venenoso.

Luego esperó su muerte.

En vano.

Su herida se infectó y la sangre emponzoñada se extendió por todo su cuerpo, pero su cuerpo generó su propio antídoto, luchó contra el veneno intruso, lo venció y restauró su salud imperecedera.

Anaíd, incrédula, movió su brazo, antes hinchado, su mano, antes tumefacta, y comprobó que nada le había ocurrido.

Anaíd sabía que la serpiente era Baalat y que le había inoculado una dosis de veneno mortífera, pero Baalat no sabía que Anaíd era inmune a su veneno. Ya no era una Omar mortal.

Anaíd, la elegida, estaba maldita por Odi.

Había caído bajo el poder del cetro, había cometido todos los errores que auguraba la maldición y se había convertido en una Odish.

Era inmortal.

* * *

Los dos hombres estaban apostados en el camino esperándola. La oyeron llegar a lo lejos, se sonrieron y se hicieron la señal convenida. Inmediatamente, el más joven —no llegaría a los veinte años— se tendió en el suelo junto a su trineo; el otro lanzó parte del equipaje al suelo y luego se dejó caer a su vez sobre el pescante, inmóvil, como si hubiera sufrido un desmayo repentino. Antes de cerrar los ojos, sujetó el rifle con su mano derecha.

La muchacha conducía una moto-nieve con pericia. El cielo se desgajaba en mil matices violáceos a la hora del crepúsculo, la hora mágica de los espejismos del Ártico, la hora en que el vértigo blanco y la angustia se apodera de los viajeros. Viajaba sola, junto a un hermoso *husky* de ojos azules y mirada inteligente.

Primero pensó que el trineo le llevaba poca ventaja, pero pronto se dio cuenta de que algo había sucedido. Efectivamente, al acercarse más, distinguió el bulto de un hombre caído en el suelo y rodeado de parte de sus pertenencias. Los perros ladraron. Estaban atados al tiro y no parecían hambrientos ni especialmente asustados. ¿Había sufrido un accidente?

A pesar de la falta de certezas, no lo dudó ni un instante y detuvo su vehículo junto al hombre herido. En el Ártico, la hospitalidad más que una norma de educación era la garantía de la supervivencia. No se fijó en el otro hombre agazapado sobre el pescante del trineo, medio oculto entre las pieles.

Sarmik se arrodilló sobre el joven caído pero, sin darle tiempo a reaccionar, una mano veloz la agarró del brazo y la inmovilizó. En ese mismo instante, el hombre abrió los ojos y gritó una palabra a su cómplice. Sarmik oyó el sonido del cargador a sus espaldas y supo que la apuntaban con un rifle.

– ¡No te muevas!

Sarmik se quedó sin habla. Era una trampa. Estaba siendo víctima de los bandidos que asaltaban a los viajeros incautos. Pero no contaban con el perro. El *husky* saltó disparado sobre el hombre que la sujetaba por la muñeca y de un mordisco consiguió que la soltara. El otro disparó tan cerca que la bala pasó rozando su cabeza.

– ¡Quieto, Teo, quieto!

Era nieto de Lea. Era el joven perro que ella misma ayudó a parir y que crió desde que era un cachorrillo, hacía tan sólo tres años. Un bonito macho de la última carnada de su padre Víctor. La acompañaba a todas partes, era su sombra, su guardián y su guía, como lo fueron antaño su abuela y su padre.

Sarmik lo agarró fuertemente del collar y cerró su morro amenazador que rugía mostrando los dientes a los intrusos.

– No os hará daño, no lo matéis, por favor –les suplicó.

– ¡Átalo! –le ordenó el del rifle, que parecía ser el jefe.

Obedeció, presta para salvar la vida de su perro, y luego, con las manos en alto, se acercó a los dos intrusos.

– Llevaos mi dinero si queréis, pero dejadme comida.

Viajo sola.

Los dos bandidos rieron.

– Me gusta tu moto-nieve –dijo el más joven, acariciando el asiento mullido.

– No come pescado –añadió el otro.

– Es muy aerodinámica.

Sarmik se sintió mal.

– Os la daría con mucho gusto, pero tengo que atravesar Alaska lo más deprisa posible.

– ¿Te espera tu novio, bonita?

Sarmik dio un paso atrás, no le gustaba nada el tono amenazador del joven.

– No me toques.

Teo gruñó, tiró de la cuerda y se enfureció muchísimo cuando el joven levantó una mano y arrancó el collar que Sarmik lucía en su cuello.

– Bonito collar de dientes de oso. ¿Son auténticos? ¿Te lo regaló él?

El otro hombre rió.

– Claro, por eso tiene tanta prisa en volver a verlo.

Pero al levantar la vista del collar, ambos dieron un grito sin pretenderlo. La temerosa muchacha que les suplicaba unos instantes antes ya no era la misma. Sus pupilas estaban dilatadas y miraba sin ver, como los ciegos. El rictus de su boca era cruel. Y se asustaron porque detectaron en la firmeza de su mirada una determinación mayor que la suya. No se arredraría ante nada ni nadie.

Sin asomo de miedo la joven pronunció unas palabras extrañas.

– *Orre ertecr saraluforn.*

Y de pronto, el arma con la que le apuntaba el bandido del trineo comenzó a retorcerse en sus manos convertida en una serpiente. La lanzó lejos, con asco, y fue a caer en medio del tiro de perros, que ladraron como locos y se lanzaron sobre la presa devorándola y arrancando pedazos que se disputaban unos a otros y luego tragaban sin apenas masticar.

Ante los ojos desorbitados de los dos bandidos, a medida que los perros consumían los pedazos de serpiente, se convertían a su vez en serpientes con cabeza de perro que se liberaban sinuosamente de sus ataduras en el trineo y se lanzaban en su persecución.

Los dos hombres comenzaron a correr con desesperación hacia todos los lados, sumidos en un desconcierto total. Fuesen donde fuesen una nueva serpiente-perro les corlaba el paso obligándolos a retroceder. Al cabo de un rato, sudorosos y angustiados, admitieron que estaban rodeados. Los horrendos monstruos iban estrechando el círculo en torno a ellos.

De las bocas de los perros-serpiente salieron columnas de fuego que les chamuscaron los cabellos y las cejas y los aterrorizaron. Los perros se relamían contemplando a sus presas y las colas de las serpientes comenzaban a enroscarse en las piernas de los dos pobres bandoleros, que comprendieron que morirían devorados por los monstruos, víctimas de un encantamiento fatídico.

– ¡Piedad, piedad, bruja de los hielos! – suplicó el más joven.

– ¡Ten compasión de nosotros, hechicera de las sombras! – lloró el hombre del rifle.

– Devolveremos todo lo que robamos si nos libras de esta muerte – prometió el ladrón de su collar.

Era inútil. En los ojos rasgados y oscuros de Sarmik lucía la ira desprovista de pasión. La venganza fría, deshumanizada. Los sentimientos no tenían cabida.

– ¡Ten, tu collar! – gritó el más joven desprendiéndose de los dientes de la madre osa engarzados en plata y lanzándolo contra Sarmik.

Su gesto fue providencial. En el momento en que el collar entró en contacto con el cuerpo de Sarmik, se desvaneció la ilusión y las horribles serpientes se transformaron de nuevo en perros de trineo que gemían y pedían comida a sus amos.

Sarmik tomó el collar y se lo puso como había hecho unos días atrás su propia madre. El influjo benéfico de la madre osa fue instantáneo.

Sarmik recuperó el control de su mente y la bondad retornó a sus manos. No recordaba nada de lo sucedido.

Compadecida de los dos bandidos les ofreció un poco de comida, pero la reacción de los hombres fue asombrosa.

Le devolvieron la comida y salieron corriendo sin esperar a sus perros, sin siquiera atarlos de nuevo al tiro del trineo, y sin cargar con una sola provisión. Corrían y corrían alejándose de ella, como si ella fuese el mismísimo diablo o su reencarnación.

Sarmik, extrañada, suspiró, acarició al inquieto Teo, su buen amigo, y puso otra vez en marcha la moto-nieve.

¡Qué incidente más extraño!, pensó. La abordaban en medio de la estepa helada y no sólo no le robaban nada sino que además le dejaban un trineo con su tiro de perros y su impedimenta. Un buen regalo.

Sarmik continuó adelante con su viaje sin tener conciencia de que su otro yo se agazapaba en un rincón de su alma, esperando la oportunidad para usurpar su cuerpo y su voluntad.

CAPÍTULO XVIII

No formularás el hechizo de vida

L

a oscuridad fría de la cueva se había trocado en una luz anaranjada y suave como un melocotón maduro. Anaíd tenía el cuerpo entumecido. La humedad que rezumaban las estalactitas y las paredes calizas le había calado la ropa y, al desperezarse, notó que le dolía hasta el alma. Si las Odish tenían alma, claro.

Se sintió mal y recordó su pesadilla. Era muy vivida, casi real. Había soñado con Dácil, la pobre niña apartada de su madre, que corría llorando por el robledal y se alejaba de su refugio mágico para ser devorada por otro bosque más frondoso. Su llanto quedó engullido por los líquenes y sus lamentos se perdieron entre el alegre fruto rojo del serbal de los cazadores. Dácil se escurría entre las sombras que proyectaban los tilos hasta que fatalmente se dejaba caer bajo un venenoso tejo. En su llanto Dácil la llamaba, pero ella no quería verla, la había echado de su lado dejándola sola y abandonada. Dácil tenía frío, miedo y la certeza de no ser amada. Gritaba su nombre una y otra vez. ¡Anaíd! ¡Anaíd!, repetía. Pero ella no acudía. Se tapaba los oídos para no oírla. Pasaban las horas entre gemidos y sollozos hasta que Dácil recibía la visita de una invitada oportunista. La víbora.

Sintió un escalofrío al recordar su pesadilla. Baalat, la serpiente fenicia, reptaba por el cuerpo de Dácil, llegaba a su precioso cuello e hincaba los dientes largos y amarillentos en su carne rosada. Dácil aceptaba la muerte con resignación, sin luchar, languideciendo como la pobre Dorizca, perdiendo la sangre y la vida bajo la boca ávida de Baalat.

Se estremeció de espanto al recordarlo.

Pero sólo había sido un sueño.

Y sin embargo, una voz le decía que no era sólo un sueño. Un presentimiento le advertía de que esa voz decía la verdad.

Se levantó con las piernas temblorosas y salió al exterior. El sol del mediodía calentaba las copas de los robles. El canto de los gorriones y los mirlos espantó su pena y el vuelo de las perdices de alas blancas la tranquilizó. Era un día soleado, bello, esperanzador. Quiso convencerse de ello, a pesar de que no era cierto. Los pinzones entonaban una canción fúnebre. El quebrantahuesos de vuelo majestuoso hablaba de muerte y avisaba a los buitres de la presa que yacía bajo un tejo, oculta. El gavilán la había visto desde las alturas y se lamentaba por su muerte al recordar su caminar grácil. El pito negro de cabeza roja recordó su canto alegre y se entristeció porque ahora estaba muerta.

Apresuró su paso y preguntó a la marmota, pero la marmota, asustada, huyó sin responderle. Anaíd enloqueció y preguntó al topo y a la rana bermeja. Y finalmente fue la musaraña quien, compadecida de su angustia, le indicó el lugar exacto donde yacía la

muchacha.

Anaíd se arañó piernas y brazos desbrozando matorrales hasta llegar a los pies del tejo. Se arrodilló, apartó las hojas y se llevó la mano al pecho. Allí, tendida y blanca, estaba la pequeña Dácil. Muerta.

En su cuello hinchado y amoratado quedaba la marca de los orificios de Baalat.

Abrazó su cuerpo sin vida y lo notó frío.

Y Anaíd supo que las Odish sentían pena. Ella era una Odish y la pena la aturdía. O la culpabilidad, o el dolor, o la angustia. No estaba preparada para la muerte y menos todavía para la muerte de alguien inocente como Dácil. Eso la enaltecía a sus propios ojos. Su capacidad de sentir tristeza y hasta de llorar sobre las pálidas mejillas de la niña muerta la llenaron de orgullo. No era una desalmada, no era cruel, no era insensible.

Se fue contagiando de su propio entusiasmo. Dácil era una víctima de su egoísmo y no debía morir. Se merecía otra oportunidad. Se creció tanto que dejó de sentirse Anaíd. Era la elegida, la que las profecías anunciaban. Las Omar y las Odish la temían. Era inmortal. Era todopoderosa. Bien podía permitirse el privilegio de otorgar la vida, como las madres, como las semillas, como la naturaleza misma.

Levantó la vista y a lo lejos divisó los valles cubiertos de lirios, narcisos, orquídeas y gencianas. Un espectáculo de color que Dácil no vería más. No era justo. No podía permitirlo.

Tomó el cuerpecillo ligero de la niña y lo levantó hacia el sol. Conjuró su fuerza y su poder y le rogó calentar su sangre e insuflar de nuevo el aliento en su boca.

– *Adir evelvu alle* – dijo en la lengua antigua, y al hablar su voz se fue enronqueciendo.

Enmudecieron los mirlos y se detuvieron los sarríos en lo alto de los riscos. La tierra tembló, las ramas de los árboles crujieron y las rocas comenzaron a rodar por las escarpadas laderas. Un murmullo sordo emergió de la garganta de la tierra y los animalillos del bosque huyeron despavoridos de sus guaridas.

Anaíd elevó aún más el cuerpo de Dácil y todos vieron cómo el sol se inclinaba sobre ella y depositaba un rayo en los ojos yertos de la muerta. Durante unos instantes el tiempo se paralizó. Los corazones dejaron de latir, la savia dejó de circular y las mariposas suspendieron su vuelo.

Hasta que los párpados de Dácil temblaron.

Sus piernas patalearon en el aire, como un recién nacido en contacto con la gravedad. Su boca se abrió, aspiró el oxígeno con avidez y su pecho se quedó henchido de vida. Su sangre volvió a fluir por sus venas y sus mejillas recobraron el color.

Poco a poco el milagro fue obrando su curso.

Sus dedos, perezosos, se movieron uno a uno como amebas marinas y sus manos volvieron a estar calientes y curiosas, deseosas de tocar y conocer. Estaba viva.

Anaíd, la elegida, la había devuelto a la vida.

Dácil abrió sus ojos, contempló a Anaíd y sonrió.

– Anaíd – musitó.

No pudo decir nada más. El temblor de la tierra fue tan rotundo que Anaíd cayó al

suelo y Dácil se desvaneció.

El terremoto sacudió el valle y toda criatura viva recordó por siempre aquellos minutos en los que el suelo enfurecido se replegó sobre sí mismo y sacudió su rabia abatiendo abetos centenarios, frondosas hayas y avellanos de duras ramas. El bosque crujió, la tierra se resquebrajó y la luz se ocultó bajo las tinieblas.

Anaíd, tendida en el suelo, abrazó muy fuerte a Dácil. Estaba desmayada, pero viva. Le bastaba con eso.

La oscuridad fue adueñándose del cielo y las aves volaron piando enloquecidas y chocando entre ellas.

Anaíd sabía que todo sucedía por su causa. Había desafiado el orden natural de las cosas y la naturaleza le recordaba sus leyes. Pero era la elegida y estaba en su derecho.

Hasta que el aullido de la loba la sacó de su ensimismamiento y la llenó de amargura. La loba aullaba a los malos presagios. La vieja loba de pelaje gris, la madre loba de porte majestuoso, Deméter, estaba delante de ella contemplándola.

– ¿Qué has hecho, insensata?

– Dácil no se merecía morir – objetó Anaíd temblando.

– Tú no eres nadie para decidir quién debe morir y quién no – rugió la gran madre loba.

– Soy la elegida de la profecía – aventuró Anaíd sabiendo de antemano que nada justificaba su comportamiento.

– Has formulado el hechizo de vida prohibido por las Omar.

– Lo sé.

– Has desafiado las leyes de tu tribu.

– Lo sé.

– Has desobedecido a tus matriarcas.

– Lo sé.

– ¿Por qué lo has hecho?

Anaíd quiso justificarse. Quiso decir que amaba a Dácil, que Dácil había muerto por su culpa, que le salvó la vida en el castillo de Erzebeth Bathory y tenía con ella una deuda de sangre. Pero pensó en los miles de mujeres Omar que habían visto morir a sus hijitas, a sus hermanas o a sus primas. Todas ellas hubieran querido devolverles la vida. Todas hubieran encontrado algún motivo para dar a sus muertas inocentes una segunda oportunidad. Ciertamente, lo que acababa de hacer no era lícito. Era un sacrilegio. Pero lo había hecho.

– Fue un impulso. Por favor, abuela, perdóname.

La loba se irguió sobre sus patas traseras y apoyó las delanteras sobre los hombros de Anaíd. Con su lengua áspera lamió la cara de su nieta.

– No puedo ayudarte, ni siquiera puedo compadecerte y en cambio te perdono.

Anaíd sintió cómo se quitaba un gran peso de encima.

– Gracias, muchas gracias. Ha sido una pesadilla, pero ya ha acabado todo.

La loba sin embargo estaba triste.

– No, Anaíd. No es cierto. Eres la elegida maldita. Con este último acto de rebeldía se

ha cumplido la maldición de Odi.

Anaíd sintió cómo se le revolvían las tripas.

– ¿Y eso qué quiere decir?

– Que las Omar lucharán para destruirte y las Odish desearán hacerte su reina para luego arrebatarte el cetro.

Anaíd se sintió completamente aturdida.

– ¿Y ya está?

Deméter pronunció lentamente su dolorosa sentencia.

– Y tú morirás.

Anaíd flaqueó.

– Pero... soy inmortal.

– La maldición de Odi es ésa.

Anaíd se encogió.

– ¿Entonces? ¿Estoy condenada?

– Sí.

Anaíd quiso llorar, pero no pudo. Sentía lástima por sí misma, al tiempo que incredulidad ante las palabras de Deméter, que ya había oído en boca de Cristine.

– O sea... todo da lo mismo. Igualmente moriré.

Deméter la corrigió.

– No es cierto. No te excuses, aún puedes procurar el bien para las Omar.

– ¿No soy una Odish?

– Tal vez.

– ¿Qué soy?

– Eso debes decidirlo tú misma.

– ¿Cómo?

– Escúchate y discierne entre las cosas primordiales y las secundarias. Hasta ahora no has sabido hacerlo.

– Nadie me ha enseñado.

– Nadie nace enseñado. Todo se aprende y para aprender es necesario equivocarse.

– Si tuviese el cetro... Con el cetro dominaría mis instintos.

– ¿Estás segura?

– Baalat lo tiene, tengo que destruir a Baalat.

– ¿Estás segura?

No, Anaíd ya no estaba segura de nada. Intentó razonar. Lo primordial era que Baalat era su peor enemiga, la más peligrosa, la que más se había atrevido a hacerle daño. Si no acababa con Baalat, Baalat acabaría tarde o temprano con las Omar y... con ella. Y lo secundario: tenía su cetro. O al revés. Lo primordial era que Baalat tenía su cetro y todo lo demás era secundario.

Vio cómo Deméter se alejaba por el bosque y corrió tras ella dejando sola a la desvanecida Dácil.

– Espera, Deméter, no me dejes. ¿Tengo que destruir a Baalat? ¿Es eso? ¿Tengo que

hacer el Camino de Om? Dime.

Y cuando puso su mano sobre el pelaje de su lomo gris para detenerla, la loba clavó sus colmillos en su mano hiriéndola levemente. Era un aviso. Se llevó la mano a la boca, confusa. De su pequeña herida brotó una gota de sangre. Luego la loba desapareció entre la espesura.

Estaba sola.

Nadie la protegía, nadie velaba por ella y nadie podía mostrarle su camino.

Rompió a llorar con desconsuelo.

¿Quién la orientaría en su viaje? ¿Quién la ayudaría a discernir el bien del mal, lo secundario de lo principal? ¿Es que nadie se daba cuenta de que sólo tenía quince años? ¿Cuándo moriría?

Curiosamente, la certeza de que tenía que morir no la angustiaba tanto como sus errores. Quizá porque los humanos conviven con esa verdad desde su nacimiento. En cambio, estaba desesperada por haber desobedecido a las Omar, por haber rechazado a su madre y haber perdido a su padre. Hasta sus dos abuelas le daban la espalda.

– Anaíd, tienes que atreverte. Llevas la fuerza de la osa y la loba contigo.

Esa voz surgía de su interior. Era una voz helada que venía de muy lejos. De la blancura del frío.

– No estás sola, Anaíd. Estoy contigo para ayudarte a continuar. No te rindas ahora.

Anaíd secó sus lágrimas y se puso en pie mientras sus brazos se transformaban en alas de águila, alas poderosas que le permitirían atravesar la Península y sobrevolar el océano hasta las Islas Afortunadas.

– Eso es, Anaíd, sigue el Camino de Om. Venceremos a Baalat. Conseguiremos la piedad de los muertos –le susurró la voz.

Anaíd batió las alas y ascendió hacia los cielos despidiéndose de su paisaje, de su hermosa tierra poblada de montañas.

Al levantar el vuelo oyó un grito desgarrador, pero no hizo caso. Puso rumbo al Sur. Hacia las islas mágicas de los guanches. Hacia el Teide, la montaña cuyo cráter se comunicaba con el reino de los muertos.

Selene gritó en vano para que regresase.

– ¡Anaíd, no! ¡Vuelve!

Inútil. Anaíd se alejaba más y más. Era una hermosa bruja alada que volaba con sus cabellos ondeando al viento. Viajaría sin descanso, sin detenerse, sin comer ni beber. Así había viajado desde Sicilia hasta Urt y así viajaría de nuevo desde Urt hasta la montaña mágica de la isla de Chinet.

– No vayas, Anaíd. ¡Es una trampa! –exclamó Selene justo antes de torcerse un tobillo y caer al suelo.

No supo si le dolía el tobillo o le dolía su propia hija.

– No vayas, Anaíd, ya no eres una Omar. Estás maldita, Anaíd. No puedes recorrer el Camino de Om.

Y se tiró al suelo exhausta. Todo le salía mal. Era incapaz de mantener un rumbo en su

vida y seguirlo. Su propia hija se desviaba de la ruta irremediablemente y ella no había hecho nada para evitarlo.

– ¡¡¡No vayas, Anaíd!!! Vuelas en la dirección equivocada –se desgañitó a sabiendas de que ya no podía oírla.

– ¿Y tú? ¿No levantaste el vuelo en la dirección equivocada?

Selene, sorprendida, descubrió a su madre Deméter ante ella. La loba sabía que le recordaba sus propios errores.

– Todos los hijos deben levantar el vuelo tarde o temprano. Las madres no podemos evitarlo.

– ¡Oh, madre!, hazla volver, se ha extraviado.

– No puedes evitar que se extravíe. Ésa es su vida, es su camino.

– ¿Y si su camino la conduce a la muerte? Sabes que si entra en el reino de los muertos no saldrá, no la dejarán salir. Está maldita por Odi –protestó Selene con desespero.

– ¿Y qué crees que puedes hacer? –objetó Deméter.

Selene se llevó las manos a la cabeza.

– Siento rabia, impotencia. Quiero rechazarla pero no puedo. Tendría que destruirla, pero soy incapaz.

– ¿Entonces?

Selene negó con la cabeza.

– No puedo dejar que muera. No puedo.

– Es tu hija y lo será siempre, viva o muerta. También se ama a los muertos.

Selene sollozó, incapaz de aceptarlo.

– Por favor, protégela, os ofrezco mi vida en su lugar... Díselo a los muertos. Ella no, ella no ha vivido, es demasiado joven para morir.

Deméter lamió sus lágrimas.

– Ella sabrá que puede contar contigo. Eso basta.

Selene cayó en la cuenta del dolor de su propia madre.

– ¿Te hice sufrir mucho, verdad?

– Yo nunca te abandoné.

Y era cierto. La fortaleza de Deméter fue el sostén de la joven Selene. Su madre nunca la abandonó. Su madre no se rindió por muy duro que fuese el rechazo. Pero ella, Selene, no tenía la fortaleza de Deméter. O eso creía.

CAPÍTULO XIX

No creerás a la hechicera

La voz de la mujer de tez blanca y cuello elegante era acariciadora. Sus interlocutoras la escuchaban con arrobo desde sus sillas de diseño de la sala de convenciones del elegante hotel de Veracruz.

La conferenciante se dirigía al numeroso auditorio como si la distancia que las separaba fuese una simple mesa. El tono de su discurso era muy próximo, lleno de guiños y complicidades, y conseguía establecer, en esa distancia larga, la misma intimidad seductora que en la distancia corta.

– Popocatepetl fue un valiente guerrero que sufría por el amor de la doncella Iztaccíhuatl. Su padre, celoso del amor de su hija, envió a Popocatepetl a la guerra de Oaxaca, de la que muy pocos sobrevivían. Efectivamente, al poco tiempo llegó a oídos de la bella Iztaccíhuatl la noticia de que su amado había muerto en batalla. La joven murió de pena. Pero Popocatepetl no estaba muerto y, al regresar y encontrar a la hermosa Iztaccíhuatl sin vida, murió de tristeza. Los dioses, conmovidos, los cubrieron con nieve para transformarlos en montañas. Y ahí reposan, bajo los glaciares. La mujer durmiente y el hombre que arroja humo.

El auditorio mantuvo la respiración. La conferenciante continuó.

– Estamos reunidas cerca del Popocatepetl y quería que conocierais esta leyenda humana y mortal que a nosotras se nos antoja una solemne estupidez. La vida es lo máspreciado que tenemos, lo único que poseemos. Podemos cambiar nuestras raíces, nuestros nombres, nuestros palacios y castillos y hasta el color de nuestros ojos. Pero nuestra vida es lo único que cuenta y sólo depende de nuestra voluntad de ser. Siempre me sorprende la flaqueza humana, tan propensa a menospreciar la vida, a malgastarla en minucias, a regalarla por causas nobles, sentimentales, pérdidas de antemano y en definitiva absurdas. Ciertamente somos afortunadas. No dependemos del sentimiento ni estamos sujetas a las pasiones. Tiempo ha, renunciamos a la maternidad y al amor, optamos por la inmortalidad impere cederá y por eso luchamos con uñas y dientes contra las sensibleras Omar. Y las vencemos. Por eso, porque ha llegado el momento de la verdad, os he reunido aquí para oír de vuestras propias gargantas si estáis conmigo o contra mí

En el auditorio creció un murmullo que fue cobrando forma y sonido.

– Contigo...

– Estamos contigo.

– Eres nuestra reina.

Las mujeres se levantaron de sus sillas y la aclamaron con rotundidad. Pero aún no tenía suficiente, con un gesto las hizo callar y continuó con su arenga.

- ¿Estáis dispuestas a todo?
- ¡A todo! – corearon las Odish con fiereza.
- ¿Me seguiríais a la guerra?
- Te seguiríamos.
- ¿Llegaremos hasta el final sin flaquear?
- Hasta el final.
- No moriremos de pena.
- No tenemos sentimientos.

La hermosa dama blanca paseó su mirada por los rostros de las bellas Odish: de tez oscura, o de ojos rasgados, o de cabello ensortijado...

– Habéis venido a mí desde todos los rincones del mundo. Estáis aquí para reiterar vuestra pleitesía o rendírmela por primera vez. El poder de la condesa ya no existe. Yo misma acabé con ella. Y bien, quiero oírlo de vuestras propias bocas –dijo esas palabras mirando fijamente a una parte de su auditorio.

Eran las acólitas de la condesa, que ahora le pertenecían. Una de ellas, la esbelta Uriel, se levantó en nombre de todas.

– Oh, dama blanca, dama de los hielos, hemos venido para jurarte nuestra fidelidad, la que nos pediste a cambio de una nueva era. Te hemos escuchado y nos has convencido, pero te preguntamos: ¿cuál es el secreto que guardas?, ¿qué nos ofreces a cambio de nuestro respeto y acatamiento?

– Os ofrezco el advenimiento de la era del cetro de poder.

El desconcierto volvió a planear sobre la sala.

– ¿Dónde está el cetro? –clamó una Odish salvajemente tatuada.

– ¿Y Baalat? –preguntó otra de piel caoba.

– ¿Es cierto que la elegida es una Omar y posee el cetro? –preguntó acusadoramente una Odish ligera como una muñeca, de rasgos orientales y mirada cruel.

La dama blanca las tranquilizó.

– Por favor, os ruego calma y os pido vuestra confianza. Todo está bajo control.

Uriel tomó de nuevo la palabra.

– Os creemos y confiamos en vuestra palabra, pero comprended que nos faltan las cortezas de que todas esas incógnitas se resolverán. Sabed que lomemos a Baalat, que no siente ningún escrúpulo en atacar a sus propias hermanas y destruirlas. Pensad que soñamos con el cetro y nos preguntamos dónde está, en qué manos y cómo regirá nuestros destinos. Pensad que la llegada de la elegida ha sido anunciada y que la condesa y Baalat organizaron a sus acólitas para destruirla, pero que vuestro reinado la mantiene oculta. ¿Acaso protegéis a la elegida?, nos preguntamos. Disculpado mi atrevimiento, gran señora, pero ésas son nuestras dudas.

La dama blanca sonrió mostrando sus dientes blancos y su serenidad impregnó los ánimos de todas.

– Yo os digo que Baalat será destruida muy pronto y para siempre. Ésa es mi promesa.

– ¿Y cómo podemos creerte?

La dama blanca levantó su mano y, ante el asombro de todas, el Popocatepetl rugió con ferocidad.

– ¿Lo oís? Él acaba de responderos. Él también lo sabe.

– ¿Y la elegida?

La dama paseó su mirada azul sobre las hermosas mujeres.

– La elegida es una de nosotras. Una Odish de sangre nueva, una Odish fiel a mi persona que sostendrá el cetro bajo el dictado de mis leyes.

– ¿Y si no te obedece?

La dama blanca suspiró.

– Conocéis bien mi implacable seriedad. Mi leyenda me precede. Jamás he dejado una ofensa sin resolver. Jamás he perdonado una promesa incumplida. ¿Me veis capaz acaso de dejarme dominar por una joven?

El silencio fue la respuesta más elocuente.

– ¿Y el cetro? –preguntó ávidamente la Odish oriental—. Quien tenga el cetro reinará.

Cristine le preguntó señalándola con el dedo índice:

– ¿Acatarás al cetro?

La Odish bajó la cabeza y Cristine las señaló a todas.

– Y las que aún no me creéis, ¿acataréis al cetro?

Las voces se elevaron como un murmullo.

Cristine, con el carisma de las que reciben el poder de la devoción ajena, se irguió ante ellas y levantó con solemnidad el cetro de poder.

– Aquí tenéis el cetro.

Su fuerza se hizo sentir y las Odish se llevaron la mano al pecho, ansiosas por rozarlo, deseosas de servirlo.

– Yo os digo que todas las Odish de la Tierra vendrán a mí y se rendirán al cetro y a la portadora del cetro. Yo os digo que, si estáis conmigo, ganaremos esta última batalla. Y habremos ganado la guerra.

El auditorio en pleno se alzó y aclamó con una ovación cerrada a su nueva reina indiscutible. La reina de las Odish.

Y sin embargo, la amargura del triunfo coronaba a la reina y auguraba tiempos oscuros y difíciles.



TERCERA PARTE: LA GUERRA

*Ella destacará entre todas,
Será reina y sucumbirá a la tentación.*

*Disputarán su favor y le ofrecerán su cetro,
cetro de destrucción para las Odish,
cetro de tinieblas para las Omar.*

*El dictado del corazón de la elegida propiciará
La una triunfará sobre las otras
Definitivamente*

La Profecía de Odi

CAPÍTULO XX

El aviso del Etna

L

noche era cálida y los sábados, a la orilla del mar, al pie mismo del Etna, se prestaban a las fiestas. Los porches del jardín salpicados de glicinas y la pérgola cubierta de alegre buganvilla daban cobijo a una horda de jóvenes entusiastas de la música, el baile, las bebidas y los juegos.

En el centro de todos, Clodia, quince años, morena, vital y colorida, modelo chica pizza Caprichosa, giraba y giraba como una peonza al son de la música. Entre los compases de rock le llegaba el sonido de las risas de sus amigos y notaba el tacto de sus manos que la empujaban en su delirante danza torbellino. Respiró una vaharada excesiva del aroma dulzón y mareante del jazmín que le produjo náuseas y claudicó.

– Basta, basta, por favor.

Las manos dejaron de empujarla y hacerla girar y Clodia cayó sobre el césped, con teatralidad, fingiendo un vahído, a sabiendas de que muchos pares de ojos la estaban mirando y de que tenía que caer bien, a ser posible con estilo.

Ella, sin embargo, no podía verlos. Llevaba los ojos tapados con un pañuelo blanco y rojo que formaba parte del juego. Una modalidad de gallinita ciega que se había puesto de moda en los cumpleaños sicilianos. Pronto comenzó el juego de verdad, el más divertido, el que había estado esperando.

– ¿Preparada? – escuchó.

Clodia se pasó la lengua sobre los labios con nerviosismo. Estaba preparada y anhelante.

– Adelante – autorizó.

Clodia abrió la boca y suplicó que fuera Mauro el primero en comenzar. Fallaría y así repetiría una vez, y otra, y así toda la noche. Sintió un aliento muy cerca de su cara, una respiración inquieta y nerviosa y unos labios delgados y fríos que se posaron sobre los suyos. Eran inexpertos, torpes y sosos. Se enfadó por su mala suerte y tuvo deseos de pegarle un mordisco al novato. Se reprimió a tiempo.

– Romano.

Risas y aplausos. Había acertado. No podía ser otro; sólo besaría tan mal aquel niño que, como mucho, practicaba con la pantalla de la Play-Station. Muy verde. Un suspenso.

Aún le faltaba la prueba del helado y otra vez a esperar su ronda de una hora.

¿Por qué tenía tan mala suerte? ¿Por qué no le había tocado ni una sola vez besarse con Mauro? Había ido a aquella fiesta exclusivamente para coincidir con él en el juegucito y resultaba que era tan gafe que se había contaminado con los microbios de los adolescentes de

media Sicilia sin probar ni siquiera una vez los apetecibles labios de Mauro.

Los helados le daban lo mismo. Siempre los acertaba. Fuesen de melón, *pomodoro*, banana o *stracciatella*. Era una excelente catadora de helados. Sacó la lengua y de un solo lametazo dedujo el gusto.

– Café y avellanas.

Aplausos de nuevo. Era imbatible en cuanto a gustos de helados y besos de principiantes babosos. Menuda porquería de fiesta. Iba a levantarse del suelo cuando la voz de Mauro la dejó KO. Aún no se había quitado la venda de los ojos, pero ya no tuvo fuerzas.

– Espera – le dijo en un susurro al oído –. A ver si adivinas este sabor.

Clodia se quedó paralizada y supuso que Mauro estaba arrodillado junto a ella. Con los ojos cerrados imaginó la escena. Ella inmóvil y tendida, como la Bella Durmiente, y él, el príncipe encantado inclinando su cabeza sobre la suya. Cada vez más cerca, más cerca, increíblemente cerca.

Clodia, en el cielo de los mortales, sintió cómo unos labios frescos y apasionados se posaban por fin sobre su boca y una lengua ávida buscaba la suya y la impregnaba de un maravilloso sabor a fresa.

Y entonces le dio el mareo de verdad. La noche mediterránea zumbó como los platillos del batería que sonaba en ese momento y sintió algo así como si se le fundiesen los plomos. Mauro se entretuvo en los entresijos de un beso interminable que despertó gritos de admiración. Clodia, lanzadísima y sin conciencia de ser observada por montones de ojos y caras de asombro, alzó los brazos, agarró a Mauro por el cuello, le devolvió su beso al cubo, se ahogó, tomó aire y continuó. Hasta que una envidiosilla con vocación de ONG los separó.

– Bueno, basta, basta ya, que os vais a quedar sin oxígeno.

Clodia se relamió los labios y suspiró sin quitarse la venda.

– Creo que..., que no me ha dado tiempo a saborearlo suficientemente. Necesito..., necesito otra oportunidad.

Anaíd hubiera dicho que morro no le faltaba. Y así era. Las ocasiones las pintan calvas, le hubiera respondido la fresca de Clodia. *¡Carpe diem!*, gritaba Clodia por las noches a la carrera en las playas sicilianas. Y lo practicaba, vaya si lo practicaba.

Su comentario fue recibido con un montón de silbidos y risas. Nadie estaba dispuesto a concederle otra oportunidad y las chicas, la mayoría colgadas de Mauro y mosqueadas por la exclusiva, menos que nadie.

Pero Clodia se arrancó la venda de un tirón y se cogió al brazo de Mauro para levantarse del suelo. Lo contempló fijamente, comiéndoselo con los ojos, y probó su mejor juego de caída de párpados, el que nunca le fallaba.

– ¿Y tú qué dices? ¿Tengo otra oportunidad?

Mauro estaba dispuesto a concederle todas las oportunidades del mundo y Clodia empezó a creer que había ido a la fiesta por el mismo motivo que ella. Mejor, así ya no habría malentendidos ni juegucitos dilatorios.

Junto a la nevera de los helados, y ajenos al resto de los participantes, comenzaron su degustación particular. Se quedaron al margen de los amigos corriendo el riesgo de no

volver a ser invitados a ninguna otra fiesta por sectarios, pero Clodia sabía que ése era su gran momento. Mauro, el más guapo, simpático, enrollado y cachondo del instituto, era todo suyo. Ya tenía chico para la temporada. Bruno fue el anterior, pero no había ni punto de comparación. Mauro era... *tanto bello..., bellísimo*.

– Humm... –suspiró saboreando con fruición–. Dulce y amargo... Nueces y nata.

Mauro la besó de nuevo e insistió.

– Hay otro ingrediente.

Clodia se lanzó a la investigación, y estaba en ello cuando el rugido la interrumpió.

Fue un tronar claro, nítido, tan evidente como el sabor de nuez con manzana y nata que se disolvía en su boca, lentamente. Sin embargo, nadie más en la fiesta lo había oído.

– ¿Qué pasa? –preguntó Mauro al darse cuenta de que Clodia se apartaba de él y se quedaba súbitamente rígida.

– ¿No lo oyes?

– ¿El qué?

– El Etna.

Mauro se extrañó. Tenía buen oído.

– Ése es Bryan Ferry.

Clodia se quedó pasmada.

– He dicho el Etna, el volcán, nuestro volcán, el que está sobre nuestras cabezas.

Mauro sonrió.

– Te oigo, pero no te escucho –y volvió a besarla.

Clodia lo apartó de un empujón.

– Un segundo, por favor, me está enviando un mensaje.

Mauro, algo desconcertado, se la quedó observando como si fuera una marciana.

Clodia estaba en trance mirando fijamente el cono del volcán. Se llevó una mano al oído formando una caracola y escuchó con solemnidad. Efectivamente, el sonido era ordenado, rítmico. El Etna estaba hablando. Intentó descifrar el mensaje, pero la lengua de Mauro le hizo cosquillas en la nuca. Clodia, ni corta ni perezosa, le arreó un bofetón. Enseguida se arrepintió.

Mauro, ofendido, se llevó la mano a la mejilla.

– Vale, tía, que era un gesto cariñoso.

Clodia intentó darle un aire travieso a su pronto.

– El mío también, cuando me gusta mucho un chico le abofeteo, cariñosamente, claro.

Mauro no sabía cómo tomárselo. Optó por el lado optimista.

– Entonces te gusto.

Clodia nunca perdía oportunidades.

– Muchísimo, pero estoy un poco empachada. Tanto helado, tanto beso... ¿Continuamos mañana?

Mauro no quiso dejarla marchar.

– ¿No te irás ahora y me dejarás así tirado como una colilla? –protestó.

Vaya, qué engorro. ¿Por qué tenían que ser tan complicadas las cosas?, pensó Clodia.

– No te dejes, me voy a soñar contigo.

– Podemos soñar juntos.

Clodia empezó a encontrarlo demasiado fácil. Estaba acostumbrada a los duros, o a los que fingían hacerse los duros.

– ¿Roncas?

Mauro se rascó la cabeza.

– No, no creo.

– Pues haz la prueba esta noche. Te pones un casete y te grabas. Mañana hablamos.

Eso era una promesa encubierta y no fallaba nunca. Dejó a Mauro inquieto y pensativo, preocupado por sus ronquidos y con el helado a medio degustar derritiéndose en la mano.

Clodia se dirigió elegantemente hacia la verja y una vez en la calle echó a correr hasta que estuvo lo suficientemente lejos del bullicio. Se concentró de nuevo. Así lo podía oír mejor, y lo oyó perfectamente. El mensaje esa vez era claro, diáfano, tanto, que se le erizaron los pelillos de la nuca.

– Anaíd está en peligro, mamá –le soltó de sopetón a Valeria, que estaba leyendo en la cama.

– ¿Cómo dices?

– El Etna ha hablado. ¿No lo has oído?

Valeria vaciló. Clodia era demasiado lista para engañarla. De nada serviría mentirle.

– Lo oí rugir, pero no le presté atención, estaba ocupada.

Clodia se rió.

– Pues mira que yo, si te explicase...

– No, no me expliques, prefiero no saberlo –rechazó Valeria horrorizada.

Estaba convencida de que si supiera todo lo que hacía Clodia tendría que reprimirla como una madre convencional y no le apetecía. Su pacto tácito era la discreción. Una vez iniciada y ya a salvo de lo peor de los ataques Odish, prefería dejarla en una semilibertad vigilada.

Pero Clodia insistió.

– No puedo creer que no lo escuchases. Tu obligación como matriarca del clan del delfín es transmitir los mensajes.

Valeria cerró el libro

– Está bien. Lo oí.

Clodia se puso en jarras.

– ¿Y...?

– Y nada.

– ¿Cómo que nada? El Etna nos está avisando de que Anaíd está en peligro. He intentado ponerme en contacto con ella y no responde a mis llamadas telepáticas. En su casa no hay nadie.

– El Etna ha hablado de peligro. No ha dicho nada de Anaíd.

– Lo he oído perfectamente –protestó Clodia–. Me enseñaste tú misma a interpretarlo.

– Te habrás equivocado.

Clodia se molestó. Estaba segura de tener la razón. Comenzó a dar vueltas por la habitación para importunar a su madre, que intentaba continuar leyendo, sin conseguirlo, claro.

– ¿Y no piensas hacer nada?

– ¿Qué quieres que haga?

– Pues ponerte en contacto con el clan de la loba, hacer llamadas a Selene, a Elena, a Karen. A cualquiera de ellas. No sé, tú conoces a más brujas Omar que yo. Siempre estás reunida. ¿De qué te sirve?

Valeria se puso en pie y salió de la cama definitivamente. Estaba muy bronceada y más musculada que nunca. A diferencia de Clodia, que prefería el baile y la discoteca, a ella la relajaba el deporte. Cogía su barca y se lanzaba a alta mar, a nadar, a practicar submarinismo y a retozar con los delfines, su propio clan.

Se había desvelado y se dirigió a la cocina sin calzarse. Le gustaba caminar descalza por la casa.

– Tú lo has querido: trae un conejo.

Clodia se quedó sorprendida.

– ¿Ahora?

– Pues claro. Salimos de dudas ahora. Mañana me voy temprano para Creta. Vuelo vía Atenas.

– ¿Otra vez reunida? –se quejó Clodia.

– Hay problemas en las tribus. Te aconsejo que extremes las precauciones.

Clodia siguió a su madre y aceptó que fuera ella quien eligiera el conejo. El ritual del sacrificio, como oráculos que eran, estaba listo para cualquier Omar que acudiera a su casa a medianoche a despejar sus dudas o iluminar su futuro.

Valeria trajo al animal, lo puso sobre la mesa y cedió el cuchillo a Clodia que, de un tajo certero, lo degolló. Recogieron la sangre en una palangana de plata y la observaron juntas.

– El peligro está muy claro –interpretó Clodia.

– Sí, cariño –ratificó Valeria—. Pero te acabo de decir que son tiempos difíciles. Hay muchas Omar en peligro. Observemos las vísceras, son definitivas.

Y al extender las vísceras sobre la mesa Clodia tuvo una desilusión. Anaíd no apareció por ninguna parte. Ni en el hígado, ni en el bazo, ni en los pulmones ni en el corazón. Anaíd estaba ausente del oráculo. Ni ella ni nadie que pudiera parecersele. Los augurios eran vagos, tópicos, extraños.

Valeria recogió la sangre, limpió la cocina y guardó los restos del conejo en un *Tuperware* dentro de la nevera.

– Ya tienes comida para estos días.

En cualquier otra circunstancia, Clodia hubiera dado palmas de alegría. Acababa de ligar con el chico que le gustaba desde hacía un montón de tiempo. Su madre se largaba y le dejaba la casa para ella sola, y tenía un conejo en la nevera para cocinarlo y montar una cena

opípara con quien le apeteciera. Y sin embargo, estaba tan preocupada que no se le ocurrió ni una sola de las posibilidades de rentabilizar su libertad. Ni tan siquiera soñó con Mauro, aunque de buena mañana se despertó con los labios hinchados, la lengua pastosa y un empacho de helado morrocotudo.

Valeria se despidió y Clodia se metió bajo la ducha. Todo era muy extraño. Anaíd no respondía a sus llamadas telepáticas. En su casa nadie contestaba al teléfono y Valeria evitaba investigar sobre su paradero, su salud o su situación. Y para colmo, las vísceras del conejo le daban la razón. Y eso que no se trataba de una hembra preñada. ¿O sí?

Y de pronto le surgió una duda. Salió a toda pastilla de la ducha y voló hasta la nevera dejándolo todo empapado. Cogió el cuchillo y, con mucho cuidado, hizo la comprobación con los restos del animal. Se llevó una mano a la boca. Era una hembra y estaba preñada. Su madre le había hecho trampa y el presagio no era correcto. Llamó desesperadamente al móvil de Valeria, pero lo tenía apagado como siempre que viajaba. Prefirió aclarar las cosas cara a cara. Se vistió a la carrera y paró un taxi.

Llegó al aeropuerto de Catania casi al mismo tiempo que Valeria y la interceptó en el mostrador de facturación.

– Clodia, ¿qué haces aquí?

– Me has mentido.

Valeria dejó caer la maleta.

– Está bien. Te he mentido.

– ¿Por qué?

Valeria tenía el semblante sombrío.

– Anaíd no está en peligro. Anaíd es nuestro peligro.

– ¿Qué significa eso?

– Que ya no es una Omar.

– ¿Y qué es? ¿Una mona?

– Ha caído víctima de la maldición de Odi, se ha cumplido la profecía.

Clodia negó con la cabeza, incrédula.

– No puede ser.

– Lo es. Es una Odish inmortal. Ha bebido sangre Omar, ha traicionado a su clan y posee el cetro de poder. Es muy peligrosa.

– Pero el Etna...

– El Etna nos avisaba a nosotras para que nos mantuviésemos alejadas de ella. El mensaje era inverso, cariño.

– ¿Y por qué no me lo dijiste anoche?

– Intentaba evitar que lo pasases mal.

Clodia no podía creerlo.

– Es mi amiga, no puedo abandonarla.

– Ya no es la amiga que conociste. Es alguien diferente, con su mismo aspecto, pero ya no es ella. Olvídala.

– No puedo. Yo la quiero.

- Y yo, pero el deber de la tribu...
- ¡A la porra con el deber!
- Cálmate, Clodia, me tengo que ir o perderé mi avión.

Clodia estaba triste.

- Dame dinero para el regreso.

Como Valeria no tenía suelto, le dio una tarjeta de crédito.

– Sacala lo que necesites y guárdala. No sea que te la roben. Anda, un beso y no hagas tonterías.

Clodia se quedó ahí en medio, con la tarjeta en la mano y la mala conciencia instalada en su corazón.

Pero la casualidad o Valeria le habían dado una oportunidad insospechada.

Carpe diem.

Era una solución disparatada, como ella, pero relativamente sencilla. En lugar de dirigirse a la salida, esperó prudentemente a que el vuelo de su madre despegase y luego se dirigió a una agencia de viajes desde la que podrían gestionarle su pasaje a Madrid y el billete de autobús para Urt. Hasta tenía tiempo de hacer compras para su equipaje.

Y de pronto sonó su móvil.

- ¿Pronto?
- No ronco.

Clodia se quedó mirando el móvil como si hubiera oído la voz de un extraterrestre. Y así era.

Mierda, se dijo flojito para sí. Y con su mejor tono de voz despreocupado contestó:

- ¿Mauro? ¿Eres tú?

No podía ser. Una oportunidad como aquélla, un chico que besaba como un ángel, que la llamaba cariñoso al día siguiente y... que no roncaba.

- ¿Estás seguro?
- Segurísimo. ¿Soñamos juntos esta noche?

Clodia sintió deseos de echarse atrás en su viaje. Aunque le dolían los labios y le asustaba la impetuosidad de Mauro. ¿No sería de la especie de los que se prometían en matrimonio, le compraban un pañuelo negro y la encerraban luego en casa?

Siempre estaba a tiempo de salir por piernas.

- Es que resulta que voy a una boda de una amiga.
- ¿Cuándo?
- Ahora mismo.
- Ayer no me lo dijiste.

– No lo sabía. Me acaba de llamar y estoy en el aeropuerto, a punto de coger el avión para España.

- ¿Y se casa así de repente, sin avisar?
- Ha sido de *penalty*.
- Ah.

Clodia se mordió las uñas.

– ¿Y ya sabes si pegas patadas?
– ¿Cómo?
– Por las noches, si pegas patadas.
– Pues no lo sé.
– ¿Tienes perro?
– No.
– ¿Gato?
– Mi madre.
– Duerme con el gato de tu madre una noche y, si no te soporta y se larga, es que pegas patadas.

Hubo un silencio largo y Clodia temió que se hubiera pasado y que Mauro estuviese simplemente borrando su nombre de la agenda del móvil. Pero no.

– Oye, ¿sabes que me gustas un montón?... Se quedó sin argumentos.
– ¿Porque soy un poco *friki*?
– Porque me lo estás poniendo muy difícil. Mucho.
– Ya
– Y me encanta

Clodia respiró aliviada. Un *masoca*. A por él.

– Aún no te he dicho lo peor. No sé cuándo volveré.
– ¿De dónde?
– De la boda de mi amiga.
– ¿Te esperarás a que nazca el bebé?

– Puede.
– Vaya. Clodia...

Clodia detectó un tono melifluido y cursilón en ese «Clodia» tembloroso como un flan. ¿No pensaría declarársele? Horror. No estaba preparada.

– Lo siento. Me he quedado sin batería. ¡Ciao!

Y colgó con una sonrisa picara.

Vaya, vaya. A Mauro le gustaba que se lo pusieran difícil. Pues había dado con la persona acertada. Difícil sería poco, se lo pondría tan megadifícil que se arrepentiría de tener lengua.

De momento se largaba a Urt.

Las amigas delante, los novios detrás.

Y en ese instante un temblor perceptible y, bastante evidente levantó un grito colectivo de pánico.

Un terremoto.

* * *

La cabaña también se movió bajo el efecto del terremoto, como las aguas del lago, como las copas de los temblorosos álamos. La cabaña osciló como un péndulo y, aunque sus frágiles paredes aguantaron, el temblor desprendió uno de los maderos del tejado que fue a caer sobre el hombre que yacía en la cama. El golpe que recibió en la sien le arrancó un grito.

Abrió los ojos y sintió un enorme dolor de cabeza. Se frotó el chichón incipiente y al rozar la palma contra su mentón se dio cuenta de que le había crecido la barba. Se incorporó poco a poco, sintiéndose mareado, pero enseguida le fallaron las fuerzas y volvió a caer. Miró hacia el lecho y por el agujero que había dejado el madero contempló la luz del día. Se dejó acariciar por la fresca brisa que se colaba a través del resquicio y que renovaba el aire viciado de la cabaña, y escuchó los graznidos de los pájaros que, asustados por el temblor, sobrevolaban los cielos en bandadas y oscurecían las nubes.

El sol estaba bajo y su color rojizo e intenso auguraba una hermosa puesta de sol, como las que le gustaba contemplar cerca de las cimas incontaminadas. Un destello rojo cruzó su pensamiento y abrió la puerta de sus recuerdos. Se agudizaron sus sentidos y vio el pelo de Selene y olió su aroma, el mismo que impregnaba su piel y la cama donde reposaba. Y de pronto, como una marea creciente, sus recuerdos inundaron su mente seca.

Era Gunnar, perseguía a Selene, protegía a Anaíd y había quemado los coches. ¿Dónde estaba Selene? Quiso levantarse, pero al hacer el amago del gesto se dio cuenta de que sus músculos estaban debilitados y de que apenas le respondían. Esa vez se incorporó muy lentamente y se sentó, apoyando su cabeza contra la ventana cerrada. La abrió poco a poco y empujó hacia fuera los postigos cerrados para que entrase la luz. Se fijó en su brazo cadavérico. Se palpó las costillas. Había perdido mucho peso y esa barba... significaba que llevaba ahí días. O quizá semanas.

De pronto lo vio sentado frente a la sencilla mesa de madera. Era un excursionista ataviado con un magnífico anorak de plumas, un polar, unas botas de *trekking*, unos pantalones y camiseta termodinámicos.

– Hola – saludó Gunnar extrañado.

– Vaya, por fin despiertas.

– ¿Llevo mucho durmiendo?

– Un par de semanas o más.

Gunnar se asustó.

– A lo mejor estoy deshidratado. Dame algo de agua.

– No puedo – se disculpó el excursionista –. Ni siquiera podía despertarte.

Gunnar lo comprendió. Era un espíritu. Se levantó a duras penas y pudo alcanzar su cantimplora. Dio un largo trago y poco a poco el agua bajó por su reseca garganta y alimentó sus venas. Fue bebiendo a tragos cortos, hidratando su cuerpo.

– Y dime, ¿te envía mi madre?

– Efectivamente. Ha velado por ti durante todo este tiempo.

Gunnar contempló sus brazos escuálidos.

– Ya se nota.

– Selene te hechizó.

Gunnar rompió a reír.

– Selene es genial.

El espíritu observó cómo Gunnar hacía los preparativos para cocinar una sopa de champiñones y se permitió objetar.

– Es más nutritiva la sopa campesina.

– Prefiero la crema de champiñones, gracias.

– Te recomiendo que comas cucharadas de azúcar, puñados de frutos secos y alguna tableta de chocolate. Te aportarán energía inmediata.

Gunnar no le hizo el menor caso y, mientras calentaba el cazo y removía la crema de champiñones, se permitió objetar:

– Tu atuendo es el de un excursionista de manual. ¿Cómo un excursionista erudito perece en la montaña? ¿Te dejaste el libro de instrucciones en casa?

El excursionista calló.

– Quien calla otorga.

El excursionista, con mirada melancólica, confesó su ridícula historia.

– Me intoxicqué en una ruta de supervivencia.

Gunnar no se rió.

– Con una seta venenosa, supongo.

– ¿Cómo lo sabes? – se sorprendió el excursionista.

– Odias los champiñones.

El excursionista suspiró y calló.

– No fui el único. Intoxicqué a mi monitor.

– Vaya, ¿y fue él quien te maldijo?

– No. Su hijo.

– ¿Su hijo?

– Le había prometido un Scalétric al regreso.

Gunnar escanció su crema de champiñones en una escudilla de cobre y removió con la cuchara para enfriarla. El aroma era delicioso y no pudo resistirse, la fue degustando lentamente a riesgo de quemarse la lengua.

– Ya empiezo a sentirme algo mejor. ¿Qué mensaje me envía Cristine?

– Te espera en Veracruz.

– ¿Y por qué cree que iré hasta ahí?

– Tiene el cetro.

Gunnar se extrañó.

– ¿Y Anaíd?

– Acudirá hasta donde esté el cetro.

– ¿Selene la interceptó? – preguntó inmediatamente Gunnar.

– Anaíd escapó de Selene.

– ¿No pretendía hacer el Camino de Om?

– Las Omar se lo impedirán.

Gunnar se encogió de hombros.

– No entiendo qué espera de mí. No tengo ningún cometido.

El espíritu le corrigió.

– Cristine te necesita a su lado.

Gunnar paladeó sus últimas cucharadas.

– Dile a mi madre que tal vez la visite, pero que yo, si fuera ella, no me fiaría de las intenciones de mi propio hijo, o sea yo. Dile que no me prestaré al juego de interponerme entre Selene y Anaíd. Y dile también que no se le ocurra volver a atacar a Selene. ¡Ah!, y dile que el cetro debe estar en manos de la elegida y no en las tuyas, y que estoy harto de sus tretas y sus manipulaciones, y que a partir de ahora no me prestaré a más juegos.

El espíritu levantó una mano y suplicó una pausa.

– Por favor, ¿puedes repetirlo?

Gunnar se sirvió un pedazo de piña en almíbar.

– Creo que lo mejor será que se lo diga directamente y sin intermediarios.

El espíritu respiró aliviado.

Tras un buen trago de café, Gunnar abrió la puerta de la cabaña, respiró el aire fresco del atardecer, miró a su alrededor y contempló los hierros retorcidos de lo que fuera su coche. Lamentó ser un estúpido romántico.

CAPÍTULO XXI

En la penumbra del cráter

Anaíd sobrevolaba las islas Canarias, las que los antiguos llamaban las Bienaventuradas y que los españoles antes de la conquista conocían como las Islas Afortunadas. Siete islas montañosas de origen volcánico, caprichosas como dados lanzados al azar en medio del Atlántico, frente a las calurosas costas africanas. En mitad de ninguna parte, pero poseedoras de todo: naturaleza agreste, tierra fértil, aves de coloridos plumajes, clima benigno y fuentes de agua cristalina. Puerto obligado para los viajeros en ruta hacia las Américas, que cargaban sus barcos de agua dulce, ganado y vinos afrutados.

A vuelo de pájaro se sorprendió de los dragos milenarios, las palmeras exóticas y las caprichosas formaciones de lava oscura. Desde los cielos podía percibir su permanente verano y el intenso aroma a salitre de sus playas de arena negra. No obstante, lo más hermoso, lo más impactante, era el cono nevado del gran Teide, con sus casi cuatro mil metros de altura partiendo del nivel del mar, desafiando las leyes de la medida y el equilibrio, desbordante de fuerza, de energía y atrevimiento, lamiendo las nubes con desenfado. Un gigante de blanca cabellera alzándose imponente entre cañadas y barrancos. Quiso acercarse y voló hacia él fascinada por su majestuosa silueta, pero al perder altura se dio cuenta de que la fuerza del gran volcán no le permitía decidir su rumbo. Batió las alas frenéticamente. En vano. No dominaba la dirección de su vuelo. Algo muy poderoso le impedía aproximarse y la rechazaba. El efecto contrario del magnetismo. La fuerza centrípeta de la montaña mágica, contrariamente, la alejaba de ella.

Y fuese por su desconcierto y su rabia o fuese por un fenómeno natural, lo cierto es que, al perder altura, quedó atrapada en la niebla y a su alrededor se hizo la más completa oscuridad blanca. Un vacío vertiginoso sin relieve, distancias ni formas. Todo se difuminó y quedó presa de una bruma pegajosa que se adhirió a su ropa y a sus alas y las fue lastrando, lastrando, hasta impedir cualquier movimiento. Se sintió pesada e incapaz de luchar contra la niebla que se había ido espesando hasta adquirir la consistencia de la melaza. Imposible avanzar. Prisionera de la fuerza telúrica del Teide, consideró que era absurdo enfrentarse con el coloso y optó por planear y dejarse llevar por las corrientes. Era lo más razonable. Y los Alisios cálidos soplaron y la alejaron del volcán y la niebla, llevándola consigo como una pluma.

A merced del viento fue sobrevolando la hermosa isla hasta que descubrió horrorizada que los vientos la conducían al océano y la empujaban luego hacia las aguas. Batió las alas con desesperación, se resistió, luchó denodadamente contra lo inevitable, pero su cansancio era excesivo y poco a poco fue haciendo mella en sus merinas fuerzas. Se abandonó, cerró los ojos y se desvaneció mientras perdía altura y se dejaba caer balanceándose en la nada.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde su caída. Anaíd sintió unas manos que palpaban su cuerpo con incredulidad. Y no había para menos, en lugar de brazos tenía alas, unas alas de águila de una envergadura descomunal. Era una muchacha alada, pero por poco rato, puesto que comenzaba a sentir el efecto de la transformación. El temblor y la conmoción que precedían a la pérdida de las alas fueron más rápidos que en otras ocasiones. Sin apenas darse cuenta sus brazos recuperaron su aspecto y su cuerpo volvió a tener su peso y su consistencia habituales, aunque más delgada por el viaje, más ajada su piel y más áspero su cabello por la sequedad de los vientos.

Jadeó por el esfuerzo, aún se sentía débil y mareada. Un potente silbido sonó muy cerca y la conmocionó. Abrió los ojos y, entre la espesura húmeda de un bosque cubierto de líquenes y musgo, descubrió, no muy lejos de ella, de espaldas y en lo alto de un barranco, a un muchacho moreno que con las manos ahuecadas sobre la boca silbaba de una forma curiosa. Era un canto, una secuencia de sonidos encadenados y sumamente variados. El chico se detuvo y escuchó. A través de los barrancos le llegó otro silbido. Anaíd también pudo oírlo. Era la respuesta. Se estaba comunicando con alguien y ese alguien le contestaba. El joven pareció entender el significado del silbido ya que, con la misma soltura que si estuviera manteniendo una conversación telefónica, respondió de forma diferente. Anaíd se fijó, había algunos sonidos repetidos, usaban un código parecido a la lengua hablada, al Morse o a los signos gestuales.

– ¿Estás hablando?

El chico se giró inmediatamente.

– ¡Estás viva! – abrió mucho los ojos –, y... tienes brazos.

– Claro, soy una chica normal.

– No es cierto, tenías alas.

Anaíd fingió partirse de risa.

– ¿Alas? ¿Desde cuándo las chicas tenemos alas?

– Las brujas sí.

Anaíd se puso alerta.

– ¿No creerás que soy una bruja?

– Te vi volar, te vi caer desde los cielos y, cuando te fui a buscar, en lugar de brazos tenías alas. Fíjate en tu ropa, está destrozada por el viento. Has llegado hasta aquí volando, a mí no me engañas.

Anaíd intentó pensar rápido.

– ¿Cómo te llamas?

– Unihepe.

– Qué nombre tan curioso.

– Significa silbador de los barrancos. Mi padre y mi abuelo eran silbadores y me enseñaron el lenguaje del silbo desde niño.

Anaíd comprendió.

– Entonces... ¿estabas hablando con alguien?

– Sí, con Amushaica, una amiga.

Anaíd se puso tensa.

– ¿Y no le habrás explicado nada de mí, verdad?

– Claro que sí, por eso la llamé.

Anaíd se puso en pie dispuesta a defenderse. Las piernas le temblaban después de tantos días sin utilizarlas.

– Unihepe, necesito que me ayudes.

– Amushaica viene hacia aquí y ella sabrá qué hacer.

– Solamente quiero saber dónde estoy y reponerme un poco. O sea, comprobar si tengo todos los huesos enteros, y comer y beber algo.

– Claro. Por eso he pedido a Amushaica que avise a Aremoga.

Anaíd se puso de los nervios.

– ¡Pero bueno!, ¿has anunciado mi llegada a toda la isla?

– No, sólo a aquellas personas que he creído que te podían echar una mano.

– ¿Ah sí? ¿Vendrán con una ambulancia quizá? ¿Son médicos, policías o periodistas?

– Son brujas.

Anaíd se quedó con la boca abierta y se sentó. Tenía que pensar.

– O sea que has creído que las brujas sabrían qué tipo de monstruo soy.

– Eres una de ellas. Y no sois monstruos, sois mujeres, las hay y las ha habido siempre. Las he visto desde niño danzar en el claro del bosque, recoger sus plantas y sanar a los enfermos. Las he visto volar, aunque sin alas.

– ¿Ah sí? – repitió enfáticamente Anaíd para ganar tiempo.

Así pues se estaba refiriendo a una comunidad Omar. No podía confiar en las Omar. Las Omar la rechazarían.

– ¿Y cómo es que sabes tantas cosas acerca de las brujas?

– Vivo en los bosques.

Anaíd se extrañó.

– ¿Y de qué vives? ¿Cazas? ¿Pescas? ¿Talas árboles?

– Hago de guía a los turistas – se ufanó el muchacho.

Anaíd miró a su alrededor, un espeso bosque húmedo le hacía perder toda perspectiva, aunque al fondo del cerro se vislumbraba un gran barranco, casi cortado en vertical.

– ¿Guía de dónde? ¿Dónde estamos?...

– En el macizo del Garajonay. Estamos en La Gomera. ¿Ves estos árboles que nos rodean? Son los mismos que había desde hace miles y miles de años. Es un bosque terciario, como los que cubrían Europa y la Península antes de las glaciaciones. Es *laurisilva*, de laurel y sabina. Un bosque templado, húmedo, denso y poblado de líquenes, helechos y musgo. Está lleno de especies endémicas. Nuestro lagarto por ejemplo. A los turistas les entusiasma porque no han visto nunca nada igual.

Anaíd estaba bastante impresionada. Así pues era eso. No había caído ahí por casualidad. La fuerza milenaria del bosque la había salvado de las garras del océano.

– Ayúdame a levantarme.

– No te muevas, Aremoga está a punto de llegar. Ella te curará.

Anaíd no podía arriesgarse a que Aremoga la identificase como a una Odish o como a la elegida maldita y le impidiese cumplir con su misión. Adoptó una actitud misteriosa.

– Unihepe, ¿me guardarás un secreto?

– ¿Cuál?

– No puedo ver a Aremoga. Si la veo, una de las dos morirá.

– ¿Por qué?

– Nuestras familias de brujas son enemigas.

Unihepe hizo un gesto de entendimiento.

– ¿Qué sucedió?

Anaíd improvisó.

– Teníamos un pacto de hermandad, ¿sabes? De ayudarnos y socorrernos.

– Nosotros los guanches también teníamos ese tipo de pactos antes de la llegada de los españoles.

Anaíd respiró aliviada. Podían comprenderse.

– Pero la familia de Aremoga lo violó. Cuando mi abuela les pidió ayuda, no la socorrieron. Mi abuela murió por su culpa.

Unihepe comprendió.

– Vuestro pacto de sangre se rompió y estás obligada a vengar a tu familia.

– Eso mismo. Ya sé que es un poco enrevesado, pero es así.

Unihepe lo comprendió perfectamente.

– Los gomeros firmaron hace seiscientos años la sentencia de muerte del conde Hernán Peraza por incumplir su pacto de hermandad.

– ¿Y lo mataron?

– ¡Y tanto! El viejo Hupalupa, el guardián del pacto, designó a Hautacuperche, el elegido por los dioses, para ejecutar la sentencia. Acabó con el conde cerca de aquí, en la cueva de Guahedum. Allí el conde traidor se encontraba con su amante Iballa, del bando de Ipalan.

Anaíd notó cómo los brazos fuertes del chico la ayudaban a ponerse en pie y la sostenían por la cintura. Pero al poner los pies en el suelo se le escapó un grito. La pierna. Tenía la pierna derecha rota. ¿Cómo no se había dado cuenta? Su tibia colgaba exánime, partida en dos. Unihepe se horrorizó.

– Esto es muy feo.

Pero Anaíd no se podía entretener.

– Anda, ve a buscar una rama y la entablillamos en un momento. Me sanará enseguida, tengo buenos huesos.

Unihepe, escéptico, la obedeció, y tan pronto como se perdió entre la maleza Anaíd aprovechó para frotarse con fuerza la pierna. Sintió cómo su hueso crecía y se soldaba en unos pocos segundos. Cuando Unihepe llegó de nuevo a su lado, ella fingió haberse recolocado el hueso con un rictus de dolor.

– Anda, átame la rama en la pierna y vámonos.

– Eres muy valiente.

Unihepe era hábil y en un momento inmovilizó su pierna con la ayuda de una cuerda. Luego le proporcionó un bastón improvisado. Anaíd fingía no apoyarse en su pierna rota, aunque la tenía ya perfectamente.

– ¿Podrás caminar?

– Sí, lo intentaré.

– Conozco un atajo para llegar al barranco. Ahí tengo una cabaña.

Anaíd vio el cielo abierto. Unihepe era un encanto.

Comenzaron a descender lentamente. Anaíd, procurando no poner su pierna en el suelo, tropezaba con frecuencia en las raíces del mullido sotobosque.

– ¿Y ese Hernán Peraza qué hizo para que lo condenaran a muerte?

– Hernán Peraza era un tirano que se enriquecía a costa de la vida de los indígenas, pero lo que indignó a los ancianos fue que violó el pacto de hermandad, el que comenzó su abuelo.

– O sea el abuelo selló un pacto de hermandad con los indígenas. ¿Y en qué consistía?

– Bebían un trago de leche del mismo gánigo y se convertían en hermanos.

– Claro, hermanos de leche.

– Pero Hernán Peraza se convirtió en el amante de la hermosa Iballa, una joven del bando de Ipalan, y cometió incesto porque eran hermanos de leche.

Anaíd se estremeció. Ella también tenía una hermana de leche, lejana, muy lejana, pero fuerte. La sentía dentro de ella. Oía su voz. Eran una sola.

– Es un pacto muy antiguo... – murmuró.

– Y Hernán Peraza el joven no lo respetó. Se buscó su muerte y fue el culpable de una matanza terrible.

– ¿Qué pasó?

– Los gomeros se levantaron en armas con muy mala fortuna. Después del grito de «Ya el gánigo de Guahedum se quebró», la isla se sublevó y los gomeros cercaron a Beatriz de Bobadilla, su esposa, en la Torre del Conde. Entonces ella, malvada como nadie, pidió ayuda a Pedro de Vera, y su venganza fue sangrienta.

Anaíd no quiso saber cómo continuaba aquello, pero Unihepe insistió.

– Mataron a todos los hombres mayores de quince años: niños, jóvenes, y ancianos, no importaba; y a las mujeres y a los pequeños los vendieron como esclavos, a pesar de que eran cristianos, y ellos se quedaron con el dinero de su venta.

Anaíd pensó que aún era mucho peor de lo que esperaba. La crueldad de la humanidad no tenía parangón con ninguna otra especie animal.

El descenso rápido sostenida por Unihepe y el relato ameno y trágico de su historia le había puesto alas en los pies, pero tropezó con un inconveniente inesperado.

El silbo de Amushaica resonó en el barranco.

Unihepe se puso nervioso. Disminuyó la velocidad pero no respondió. Anaíd notó cómo su musculatura se tensaba. Luego el silbo se repitió con insistencia, una vez, dos, tres.

– ¿Son ellas? – preguntó Anaíd asustada.

– Sí, me preguntan dónde estamos.

Anaíd se dio cuenta del apuro del chico. Difícilmente la encubriría el tiempo suficiente para no levantar sospechas.

– Diles que estoy mal y que necesito un médico.

Unihepe dudó.

– Si les respondo calcularán la distancia y nos encontrarán, aunque Amushaica tiene problemas para caminar y no pueden seguir nuestro ritmo.

Anaíd se extrañó. Era incapaz de discernir la distancia y la dirección del último silbo.

– Aléjate a un lado y finge otra dirección.

Unihepe sonrió. Le pareció una buena idea.

Se alejó un buen trecho, aprovechó la dirección contraria del viento y silbó durante unos minutos, narrando un periplo inventado. Al cabo de un rato Anaíd escuchó la respuesta. Unihepe le tradujo.

– Les he dicho que te habías roto una pierna, que te llevaba en volandas al hospital y que ya nos veríamos en la ciudad.

– Estupendo. Mil gracias.

Pero a Unihepe no le gustaba mentir.

– ¿Y qué harán cuando no me encuentren? – se lamentó.

El muchacho estaba nervioso. Anaíd tuvo que tranquilizarlo.

– Has hecho bien al contestarles. Las mujeres son muy recelosas y desconfían del silencio.

– Ya, pero les he mentido.

– Es preferible eso a no decir nada. Los silencios nos angustian terriblemente. Puedes decirles que fuiste víctima de un conjuro mío. Que te engañé y te embrujé.

Unihepe sonrió.

– Me parece una buena idea.

Y de esa forma, fugitiva de las Omar isleñas, Anaíd se acogió al refugio cálido y hospitalario del silbador y se prohibió pensar ni decidir. Durmió profundamente, comió un pedazo de queso de cabra de sabor exquisito, pan untado de una pasta picante y deliciosa que Unihepe le dijo que se llamaba almagrote, y se deleitó con miel de palma. Durmió otras pocas horas y luego, al despertar, fue a darse un baño en el río. Unihepe le prestó ropa suya, ancha, pero cómoda. Al regresar del baño, Anaíd se sentía repuesta. La choza de Unihepe era sencilla, su comida reconfortante y su lecho providencial, pero tenía que partir hacia el Teide. Así pensaba decírselo cuando, al poner los pies dentro, se dio cuenta de la trampa. Sin embargo, ya era demasiado tarde. Alguien le asestó un fuerte golpe en la cabeza y simplemente se hundió en un pozo oscuro.

Al despertar no tuvo ninguna duda. La mujer de nariz ganchuda y ojos penetrantes que la observaba era Aremoga. Intentó simular que aún dormía, pero Aremoga no era fácil de engañar.

– ¡Amushaica, Amushaica, ven! Ya despertó.

La joven Amushaica entró sonrojada por la carrera. Anaíd no la reconoció y creyó que

era un chico. Era de piel morena y ojos color de miel, vestía ropa basta, camisa muy ancha de algodón, bermudas caqui y botas de suela resistente, pero lo que más sorprendía era su cabeza afeitada. Su cráneo moreno relucía al sol, desnudo y bronceado. Al avanzar, Anaíd se fijó en que cojeaba al caminar, pero era tan bonita que iluminó la cabaña. Y tras ella asomó el acongojado Unihepe, atrapado entre dos fuegos y muy azorado.

– Me alegro de que te hayas despertado –le dijo a modo de disculpa—. Luego regreso –y se despidió como si Anaíd hubiera tropezado con la puerta al entrar, en lugar de caer abatida de un porrazo.

– Espera, Unihepe, no te vayas.

– Tengo trabajo –se excusó.

Y con un leve gesto de hombros, dio a entender a Anaíd que lo habían cazado sin remedio y que se debía a sus amigas.

Cuando Unihepe se marchó, Anaíd, resignada, cerró los ojos y esperó a que Aremoga pronunciara un conjuro de inmovilidad. Estaba convencida de que ya se habían puesto en contacto con Selene, Elena o cualquier otra Omar, y que estaba firmada su sentencia de muerte, como la de Peraza. Pero su asombro fue tremendo. Aremoga agachó la cabeza ante ella y habló acongojada.

– Aremoga Aythamy, hija de Hermigua y nieta de Amulagua, matriarca del clan de la paloma, de la tribu guanche.

La muchacha, acostumbrada a obedecer y poco acostumbrada a hablar, se arrodilló junto a su abuela y la imitó balbuceando.

– Amushaica Aythamy, hija de Alsaga y nieta de Aremoga, del clan de la paloma, de la tribu guanche.

Anaíd tragó saliva y se presentó sin omitir ningún dato. Al fin y al cabo ya sabrían quién era.

– Anaíd Tsinoulis, hija de Selene y nieta de Deméter, del clan de la loba, de la tribu escita.

Inmediatamente Aremoga tomó la palabra con voz temblorosa.

– Mi niña, discúlpenos por golpearla. Fue un error imperdonable. Lo sentimos mucho.

Amushaica bajó la cabeza avergonzada y Anaíd contempló de cerca el cuello de la joven y sintió sed, una sed insaciable y angustiada. Amushaica, con una voz tierna, se disculpó.

– Fui yo. Pego demasiado fuerte, soy muy bruta. Lo siento, pero no he ido a la escuela.

Y Anaíd percibió la vergüenza de quien se ha criado lejos de los convencionalismos sociales y se siente fuera de lugar. Amushaica era como un animalillo del bosque que sólo dependía de la voz de su abuela. Algo salvaje, torpe y asocial. Pero arrebatadoramente hermosa.

Anaíd no comprendía nada. Arumaga se lo aclaró. Tomó su mano y la besó con respeto.

– La marca de la gran madre loba. La señal de que su misión es prioritaria y de que todas las Omar debemos servirla, procurar su invisibilidad y protegerla. No la había visto

nunca, es tal y como los manuales la describen.

¿Su mano? ¿Qué le ocurría a su mano? Contempló su mano y en efecto, los colmillos de Deméter, la loba, brillaban como dos estrellas en su dorso. Así pues, por eso la había mordido Deméter. ¿Era su pasaporte? ¿Encubría su naturaleza Odish? ¿No olían su olor acre ni adivinaban su condición de inmortal en su mirada?

Aremoga la distrajo.

– ¿En qué podemos ayudarla, mi niña?

Anaíd se molestó por el tratamiento, no era ninguna niña, y sin querer, le respondió con altanería.

– Antes que nada quiero dejar las cosas claras. Mi misión es muy importante y no responderé a preguntas indiscretas. ¿Entendido?

Aremoga no dejó vislumbrar ninguna emoción contradictoria.

– Entendido, mi niña.

Anaíd hubiera preferido que la retase. Estaba orgullosa de la fuerza de su poder. Quería que Amushaica abriese aquellos ojos color de miel tan bonitos y la contemplase con arrobos, con devoción, como Dácil. Pero fuese por la proverbial sabiduría que su mismo nombre indicaba, Aremoga no dio pie a que la ira prendiese en el ánimo de Anaíd.

– La escucho, mi amor.

– Tengo que llegar a las cuevas del Teide lo antes posible. Me espera Ariminda, ¿la conocéis?

Aremoga asintió.

– Naturalmente, la matriarca del clan de la cabra. La servidora del Teide.

Anaíd asintió.

– Necesitaré comida, agua y algo de ropa.

Aremoga hizo una señal a Amushaica, que antes de levantarse no pudo evitar la pregunta que le quemaba en la lengua.

– ¿De verdad volaste con alas de águila?

Anaíd se sintió admirada y respetada y por primera vez en ese corto espacio de tiempo la invadió un bienestar desconocido.

– Sí, volé desde muy lejos, desde los Pirineos.

– ¿Sin detenerte?

– Sin detenerme, sin beber ni comer. Por eso estaba exhausta.

– Unihepe dijo que tenías una pierna rota. ¿Cuál de ellas?

Anaíd hizo alarde de su magia y las flexionó. Amushaica se tapó la boca con la mano para reprimir el grito de asombro.

– Está perfectamente.

– La sané yo sola.

– Entonces – musitó con ansiedad –, ¿posees el don?

Aremoga se incomodó. Estaba asistiendo a la mayor exhibición de habla de su nieta, de natural reservada.

– Ya está bien, Amushaica. Basta.

Pero Anaíd ignoró a la abuela y sonrió a la nieta. Leía verdadera admiración en la mirada ingenua de Amushaica.

– Sí. Poseo el don.

Y Amushaica, tras haber dado infinidad de rodeos para explorar ese territorio, se lanzó a la gran pregunta que la corroía:

– ¿Puedes curarme?

Aremoga, recelosa, intervino.

– Amushaica, no moleste más a la señorita.

Pero Anaíd ni siquiera la escuchó.

– ¿Tienes alguna herida?

Amushaica se señaló a sí misma y Anaíd se fijó en que, bajo sus ojos, se formaban ojeras, algo impropio para una chica tan joven.

– Ya no sé qué hacer. Aremoga me dice que tenga paciencia, que aprenda a convivir con mi mal, pero yo quiero volver a correr y a saltar como podía hacer antes de la enfermedad.

– ¿Qué enfermedad?

Aremoga lanzó una mirada autoritaria a Amushaica.

– Sufre una enfermedad de la sangre que afecta a los huesos. No tiene cura. Podemos ayudarla para que no sufra, por eso vive en el bosque desde niña y yo le proporciono los remedios, pero ella desea un milagro.

Anaíd leyó en su mirada el escepticismo que se oponía a la fe ciega de la joven Amushaica. Le molestó. La sabia Aremoga la consideraba incapaz de sanar la enfermedad de su nieta. ¿Acaso no detectaba su infinito poder?

– ¿A ver? –inquirió Anaíd.

Amushaica se desabrochó la bota, se quitó el calcetín y le mostró su pie deformado y su uña del dedo gordo del pie negra e infectada. Tenía mal aspecto.

– Es muy doloroso. Paso noches enteras sin dormir.

Anaíd se arrodilló ante ella e impuso sus manos sobre el pie enfermo de la muchachita. Musitó unas palabras en la lengua antigua y apretó sus palmas contra su piel. La energía fluyó, modeló el pie y regeneró la uña enferma. Al levantar sus manos, Amushaica lanzó una exclamación sincera.

– ¡Me has curado! ¡Eres maravillosa! ¡Lo sabía!

Aremoga, la mujer sabia, no dijo nada, tal y como su naturaleza prudente le aconsejaba.

Anaíd, esperando el aplauso de la abuela, creyó que no la había convencido suficientemente.

– Eso sólo es lo que se ve. Acércate. Curaré tu sangre.

Pasó sus manos sobre el cuerpo de Amushaica y sus manos se detuvieron más tiempo del previsto en el dulce cuello de la paloma guanche. Palpó una a una sus venas palpitantes. Una sed lacerante la tentaba a acercar su boca a esa piel morena. Sintió, sin embargo, la mirada hiriente de Aremoga y continuó con el proceso. Al llegar de nuevo a sus pies,

Amushaica saltaba de alegría.

– Me siento fuerte, ya no estoy cansada, ya no me duelen las piernas.

Aremoga, que había estado atenta al proceso, se repuso de su impresión y sujetó a Anaíd del brazo.

– Mi niña, no conozco su Método y temo que Amushaica se haga falsas ilusiones.

– Su curación es definitiva – afirmó Anaíd.

Aremoga frunció el ceño.

– En ese caso..., eso no son buenas artes Omar. ¿Está segura de que su matriarca le autoriza a practicar ese tipo de curaciones?

Anaíd sintió de nuevo crecer la ira dentro de ella. Acababa de dar muestras de una generosidad inaudita, acababa de sanar a la nieta de aquella Omar amargada, acababa de demostrar su fuerza y su poder, y además había puesto sus artes al servicio de la salud de otra Omar. ¿Y Aremoga pretendía sancionarla? Su reacción instintiva fue usar su vara contra la vieja metomentodo, pero en el último momento algo luchó contra ese impulso y se abstuvo. Simplemente levantó su palma mordida por los colmillos mágicos y se la mostró.

– ¿No recuerdas quién me protege? No debéis hacer preguntas, sólo tenéis que obedecerme y servirme.

Aremoga bajó los ojos con humildad.

– Lo que disponga, mi loba.

Anaíd se sintió satisfecha. No pretendía enemistarse con ellas, pero tampoco podía dejarse intimidar. Era ni más ni menos que la elegida, aunque tuviera que mantener su secreto para preservarse.

Amushaica se acercó a Anaíd y besó su mano gentilmente.

– Anaíd, desde hoy cuenta conmigo para servirte. ¿Qué puedo hacer por ti?

Y Anaíd sintió un deseo súbito, un deseo imperioso.

– Quiero ver la cueva de Guahedum.

– ¿Quieres ir a la Degollada de Peraza? –se asombró Amushaica.

– Unihepe me explicó la historia y siento curiosidad.

Aremoga hizo un gesto y Amushaica se llevó las manos a la boca y lanzó un potente silbo.

Anaíd se sintió traicionada.

– ¿A quién avisas?

– A Unihepe. Él se conoce mejor los caminos; Te llevará en un momento.

Anaíd rectificó.

– No. Prefiero que me acompañes tú, y que me expliques la historia de Iballa tú misma.

– Pero... –objetó Amushaica—. Tengo que preparar tus cosas para la marcha. Tu ropa, tu comida, tu pasaje para llegar a Chinet.

Anaíd no pudo soportar la contrariedad.

– El viaje puede esperar.

Amushaica miró suplicante a Aremoga y Aremoga sonrió con dulzura.

– Ve con ella. Que Unihepe os acompañe por la montaña y luego le muestres la cueva tú misma.

Anaíd relajó su tensión. Al poco, el silbo claro y musical de Unihepe anunció su llegada y el muchacho entró con los ojos bajos, pidiendo disculpas a Anaíd por haber traicionado su hospitalidad. Amushaica lo recibió con grandes muestras de alegría y le mostró su pie sano, pero Unihepe estaba tenso y miraba de reojo a Anaíd, inquieto por su reacción, temeroso de su magia. Anaíd lo tranquilizó.

– Nos hemos reconciliado.

Y el bueno de Unihepe se quitó un gran peso de encima.

– Os lo advertí. Es una bruja muy poderosa, mucho. No he visto nunca nada igual.

Y si bien Anaíd recibió el comentario de Unihepe con agrado, Aremoga, al quedarse sola, abandonó su sonrisa y frunció el ceño muy preocupada. Tenía muy poco rato para mover sus hilos. Y debía darse prisa. La vida de su nieta corría peligro.

Anaíd caminó confiada y tan arropada por la sincera admiración de Unihepe y Amushaica que no atendió a ninguno de los indicios que podían haberla advertido del peligro. A poco que hubiera escuchado los graznidos del cuervo o los gorjeos inquietos de petirrojos, pinzones y gallinuelas, se habría dado cuenta de su equivocación. Pero aunque la hubiera advertido el lagarto somnoliento, su petulancia en aquel momento era tanta que no le hubiera creído.

Una vez llegados a la puerta de la cueva, Anaíd despidió a Unihepe con arrogancia, como si se hubiese pasado la vida dando órdenes.

– Ahora ya puedes dejarnos solas. Amushaica me hará de guía, ¿verdad?

Amushaica estaba encantada de su nueva responsabilidad, a pesar de que se sentía azorada en presencia de una bruja tan poderosa.

El atardecer comenzaba a declinar. El sol, cansado de su periplo, deseaba hundirse en el mar y refrescar sus rayos ardientes. La luz decaía y Anaíd se sentía mucho mejor. Últimamente se resentía del exceso de luz y notaba que la claridad hería sus retinas. Tenía los ojos azules delicados.

Amushaica estaba algo nerviosa.

– Yo no sé qué explicarte acerca de la cueva, no sé hablar muy bien. Lo hace mejor Unihepe, él encandila a los turistas.

Anaíd le cedió el paso con deferencia.

– Lo harás estupendamente. Estoy segura.

Amushaica ensanchó sus pulmones. Probablemente su abuela la reprimiese, pensó Anaíd. Probablemente su abuela la obligase a vestirse con esas ropas tan bastas y a afeitarse casi ritualmente su cabeza. Probablemente estuviese poco acostumbrada a recibir muestras de cariño o de respeto. Y se acordó de ella misma un año antes. Era insegura por su aspecto de niña desvalida, era tímida por su temor a quedar en ridículo, era sufridora porque su madre rutilante la ponía en evidencia. Había cambiado mucho desde entonces. El cetro le había proporcionado seguridad, pensó, y su abuela Cristine la había tratado con cariño y con

respeto y había hecho aumentar su autoestima. Excepto cuando ella perdió el control y se enfadó.

Amushaica se atrevió a romper el hielo. Tanteó la oscuridad, encendió un mechero y mostró las paredes desnudas y frescas de la cueva.

– Dicen que el fantasma de Iballa aún vive aquí. Era una chica indígena del bando de Ipalan. Muy hermosa. Unos dicen que era hija de Hupalupa, otros dicen que vivía con su madre, una mujer vieja y astuta. Lo cierto es que era la amante de Hernán Peraza y que se encontraban en esta cueva.

– ¿Y aquí fue donde mataron al conde?

– Sí, Hautacuperche, el guerrero escogido para la ejecución, le esperaba emboscado. Estuvo al acecho muchas horas. Esperó y esperó hasta que Hernán Peraza, el joven, llegó como siempre solo y confiado para reunirse con su amante. Iba armado, pero ni siquiera le dio tiempo a sacar su espada o apuntar con su arcabuz que escupía fuego. Hautacuperche, muy hábil, le arrojó un asta, un hierro de dos palmos. Dicen que se la metió entre la coraza y el pescuezo y lo atravesó de arriba abajo. Cayó muerto en el suelo, aquí mismo donde estamos nosotras. Y Hautacuperche exclamó: «Ya el gánigo de Guahedum se quebró», que era el grito acordado. La sentencia se había cumplido.

La luz fue perdiendo intensidad y la voz de Amushaica era cada vez más suave, más espaciada. Y sin darse cuenta, Amushaica fue bostezando y reclinándose contra la roca, hasta que se dejó caer sobre el suelo, los brazos lasos, los párpados caídos, la fisonomía relajada.

Anaíd se acercó a ella, con sigilo, y comprobó que efectivamente estuviera dormida. Lo estaba. El hechizo de sueño había surtido efecto y Amushaica estaba inerte y a su entera disposición. Anaíd se repitió que no quería hacerle daño, que sentía una simple curiosidad por conocer su sabor. Sólo eso. Se acercó lentamente a su cuello, pero la misma ansiedad que la aquejaba al desear el cetro la poseyó con urgencia.

– Más sangre no, por favor, no.

Anaíd se detuvo y levantó la cabeza. Una muchacha de largos cabellos y ropas extrañas la contemplaba horrorizada.

– ¿Quién eres? –le espetó Anaíd.

La muchacha se llevó la mano al pecho y se postró ante ella.

– Oh, gran señora, soy la humilde Iballa, moradora maldita de esta cueva manchada de sangre.

– ¿Sabes quién soy, Iballa?

Iballa, el fantasma, se estremeció.

– Oh, sí, mi señora, sois la elegida, la Odish que anunciaban las profecías.

– ¡Soy una Omar! –rugió Anaíd, súbitamente indignada.

– No puede ser, mi señora.

– ¿Por qué? Mi madre es Omar, mi abuela materna fue Omar.

– Pues las Omar desean acabar con vos.

– ¿Cómo lo sabes?

Iballa abrió sus grandes ojos.

– Porque están ahí en la puerta de la cueva, esperándoos para atraparos como hicieron con Hernán.

Anaíd rió con ganas.

– ¿Quieres que vaya a la puerta? Es una treta para evitar que sacie mi sed con esta niña Omar.

– Las Omar no beben sangre.

– ¡Ni yo tampoco! – rugió de nuevo Anaíd.

– Pero... – objetó Iballa angustiada –. Estabais a punto de...

– Mentira, ahora te enseñaré lo que estaba a punto de hacer.

Anaíd se inclinó sobre Amushaica, pero no pudo acercar su boca a su cuello. Algo la sujetó. Algo parecido a una cuerda viscosa que resbaló por su cara y su pecho y le impidió moverse. Intentó girar la cabeza y no pudo. Quiso levantar las manos, pero le fue imposible. No podía alcanzar su vara ni su *atame*, no podía servirse de sus armas. Se revolvió con saña, pero a cada movimiento se enredaba más y más en el cordaje invisible y pegajoso. Hasta que quedó completamente inmóvil. Lo supo enseguida. Habían lanzado sobre ella una telaraña mágica, igual que ella hizo con la condesa, y la habían atrapado como a una mosca.

Anaíd musitó un contraconjuro, pero al punto su conjuro fue anulado por otros varios.

El pinchazo fue breve. Un dardo lanzado con puntería que se clavó en su brazo e inoculó el veneno que la paralizaría.

Anaíd quiso resistirse, pero era demasiado tarde. Las Omar habían utilizado la estrategia de la araña, una fórmula de lucha colectiva muy antigua para defenderse de las Odish. Primero conducían a las Odish a un territorio propicio sirviéndose de un anzuelo y en el momento en que la bruja Odish bajaba la guardia ocupándose exclusivamente de su víctima la atrapaban en su red y la envenenaban con su aguijón. Luego la hacían desaparecer.

Anaíd se desesperó. Las Omar eran cobardes. Apenas hicieron servir esa táctica un par de veces a lo largo de la historia. Las Omar preferían esconderse a actuar. ¿A qué venía esa ofensiva?

Aremoga entró en la cueva y, haciendo caso omiso de Anaíd, levantó el cuerpo de Amushaica y lo abrazó.

– Hemos llegado a tiempo. Ariminda tenía razón, la elegida es muy poderosa, pero hemos salvado la vida a la pequeña.

– ¿Y cómo supo Ariminda de su llegada?

– La avisó su discípula, la joven Dácil. Le rogó que la retuviera y la avisó de sus poderes excepcionales.

Anaíd quiso gritar, pero no pudo. ¿Dácil la había traicionado? ¿Qué les había dicho a esas Omar para que la aprisionasen?

– ¿Y cómo podremos dominarla? Es poderosa.

Aremoga las tranquilizó.

– Ariminda quiere que la hagamos llegar hasta su guarida del Teide, ella será la

guardiana de Anaíd hasta que el consejo de matriarcas de Occidente decida qué hacer con ella.

Otras Omar se agrupaban a su alrededor con reparo. Una de ellas señaló a Anaíd con extrañeza.

– ¿Ésta es la elegida?

– La imaginaba más fuerte.

– Con el pelo rojo.

– Parece una niña buena.

Aremoga las corrigió.

– Ya no es nuestra elegida, simplemente es una Odish.

Anaíd intentó protestar, pero el veneno había comenzado a hacer su efecto y había anulado su voz. Quiso moverse, pero se había quedado paralizada. Quiso urdir un plan, pero se dio cuenta de que se había esfumado su voluntad.

Aremoga se arrodilló junto a ella y sacó su vara de encima.

– Las lobas la han expulsado de su clan. Las Omar han abjurado de la elegida. Mis órdenes son... –y movió su vara en un movimiento circular e hipnótico– hacerla desaparecer con el conjuro del camaleón que Elena la loba rescató del olvido.

Anaíd quiso defenderse, pero, anonadada, se dio cuenta de que no tenía cuerpo.

Acababa de desaparecer.

CAPÍTULO XXII

La revuelta del Minotauro

E

l tranquilo pueblo de Hora Sfakion, bañado por un mar cristalino y habitualmente solitario por su difícil acceso al sur de la lejana Chania, estaba más animado que de costumbre. Desde hacía dos días, un lento pero constante goteo de mujeres llegadas desde todos los rincones de Europa había ido desembarcando en su puerto y desfilando con sus maletas por las estrechas y empinadas callejuelas. Lo curioso es que no se alojaron en ninguno de los hotelitos de la población que ofrecían sus camas y habitaciones con grandes carteles. Las mujeres, que tenían en común semblantes preocupados y largos cabellos, fueron llamando una a una, a la puerta de la casa blanquiazul de la vieja Amari, una sanadora con fama de bruja de una antiquísima familia de pescadores cretenses.

Amari no dio explicaciones a nadie y evitó responder a cualquier pregunta. Encargó una inusual cantidad de comida, cerró puertas y persianas a cal y canto, y purificó las escaleras de entrada con aroma de tomillo.

Todos supusieron que las recién llegadas eran brujas y no le dieron la menor importancia. Los pescadores estaban acostumbrados a ese tipo de eventos en casa de Amari.

Una vez pasada la novedad volvieron a reunirse en la taberna de Giorgio a comentar las incidencias del tiempo, a beber sus tragos de raki jugando a las tablas y barajando el número de turistas que bajarían los dieciséis kilómetros del desfiladero de Samaria la próxima temporada.

Selene estaba acalorada y cabizbaja a pesar de la frescura de las paredes encaladas de blanco y de la sombra deliciosa del emparrado del patio donde soplaba la brisa marina. Se sentaba junto a Karen, que sostenía su mano entre las suyas y le recordaba, con la presión amigable de sus dedos, que podía contar con ella, que estaba allí para ayudarla. Selene había elegido personalmente el lugar de la reunión en territorio Tsinoulis, en el epicentro de los dominios de la tribu escita, pero aun así, a pesar de las buenas vibraciones de su amiga, del paisaje mediterráneo que calentaba su corazón y de los lazos de hermandad que unían a la vieja Amari con su madre Deméter, era el objeto de todas las miradas hostiles. Las Omar de Occidente, enviadas por los clanes a la reunión urgente de Creta, la acusaban en silencio de su fracaso y la culpaban de su futuro trágico, sin esperanzas.

La mesa presidencial de las matriarcas estaba compuesta por la hermosa grulla Lil, famosa escritora; la científica de renombre Ingrid, una salamandra despistada y madre de familia numerosa; Valeria, del clan del delfín, apasionada y estricta bióloga; la jovencísima

serpiente Aurelia, una luchadora del linaje Lampedusa que había sustituido a su abuela Lucrecia recientemente fallecida; y en el lugar presidencial y discretamente separadas la una de la otra se sentaban Ludmila, la cabra ruda de los oscuros Cárpalos, y Criselda, con su aspecto bonachón, sucesora de Deméter del clan de la loba.

La mesa estaba claramente dividida en dos facciones, una de las cuales era especialmente belicosa y adversa a las Tsinoulis. Estaba capitaneada por Luzmila, que había asumido interinamente la presidencia del consejo durante el tiempo en que Criselda, prisionera del mundo opaco, estuvo ausente. La conservadora cabra Ludmila, tajante y fanática, había llevado las riendas del consejo con dureza y tenía como incondicionales a la grulla Lil y a la salamandra Ingrid.

La otra facción, encabezada por Valeria, contaba con el tibio respaldo de Criselda, de mirada ausente, y la jovencísima Aurelia, falta de experiencia. Valeria se sentía carente del apoyo y liderazgo necesarios para convencer a las emisarias de los clanes de una actitud más conciliadora respecto a Selene y la elegida.

Selene percibía con claridad la animadversión de Lil, Ingrid y Ludmila. No era nuevo. Las tres se habían declarado enemigas suyas en su primer encuentro, anterior al nacimiento de Anaíd, en una aldea de la Bucovina. Percibió también la vibración serena de Valeria, su amiga y compañera, y la sonrisa animosa de Aurelia, nieta de la gran Lucrecia. Selene se sintió reconfortada por su juventud y su apariencia rebelde a causa de su cabello corto y su camiseta ceñida y sin mangas que dejaba al descubierto sus musculosos brazos. Ella fue quien inició a Anaíd en el arte de la lucha, pero por su condición de matriarca novata su voto era considerado de menor valía.

Criselda, su tía, única familiar por su ascendente materno, y la antítesis de su carismática hermana Deméter, parecía algo ida, algo desubicada. Miraba sin cesar a su alrededor y sonreía insistentemente a cuantas Omar cruzaban su minuta con ella, incluyendo a su sobrina. Su cara redonda y sus ojos grises y cariñosos la conmovieron. Selene temía por su salud mental; el largo tiempo que pasó en territorio de la condesa, junto al lago, prisionera del tiempo y la locura, a la fuerza tenía que haber hecho mella en su equilibrio mental. Criselda había desconectado del mundo real y a lo mejor no había sabido regresar.

Selene intentó escuchar la cantinela de la dulce Lil, la grulla ilustre que tenía la palabra en esos momentos y que, tal y como esperaba, estaba imprimiendo un tono trágico a su discurso inaugural.

— ¿Qué será de las Omar si la elegida nos traiciona y se erige en portadora de un cetro destructor que dará el triunfo a las Odish? ¿Qué será de nuestras hijas y nuestras nietas? ¿Tendrán algún futuro? ¿Alguna esperanza? Durante generaciones, la fe en la llegada de esa elegida nos había mantenido unidas en las adversidades, nos había dado fuerzas en los momentos difíciles y nos había hecho remontar el dolor de las pérdidas de vidas. Pero si la elegida no ha sido adecuadamente preparada ni guiada en su sagrada misión, si se ha sentido perdida, desorientada y finalmente ha optado por seguir el camino equivocado que Odi había preparado con su maldición..., entonces, el final de las Omar, nuestro final..., está próximo. De nada habrán servido las enseñanzas que se han transmitido desde siempre a las

niñas Omar para mostrarles el camino correcto e instruir las en los preceptos de la tribu. De nada han servido los tratados y los estudios de las doctas Omar que, ayudadas por la ciencia, la filología, la astronomía o las matemáticas, han colaborado en los augurios y la interpretación de las profecías...

Selene no quiso escuchar más. Sentía un zumbido en los oídos. Aunque aparentemente el discurso asumía colectivamente la culpa del fracaso, ella sabía que Lil, la grulla Omar escritora que había sido la encargada de abrir la ronda de intervenciones, la estaba haciendo responsable de la situación. Se sentía acusada y señalada. ¿A quién, si no, se refería ante esa falta de «preparación» de la elegida, que no había recibido las enseñanzas adecuadas y por lo tanto no había sabido discernir entre el bien y el mal?

Selene oyó los aplausos que las emisarias dispensaron a Lil, pero no aplaudió.

Era el turno de Ludmila. Si Lil había sido discreta, Ludmila la despellejaría viva. No se lo ocultó en ningún momento. Su acusación fue directa y tajante.

– Selene Tsinoulis, aquí presente, la madre de la elegida, la díscola loba que convocó a Baalat con su comportamiento irresponsable y a quien en su momento perdonamos por respeto a su madre Deméter, es ahora la causante de nuestra desgracia. No ha sabido inculcar en su hija el respeto por la autoridad que ella nunca tuvo. No ha sabido imbuirla del compromiso hacia el clan, que ella rechazó. No ha sabido imponerse por la fuerza a las tentaciones con las que la joven Anaíd ha tenido que luchar, y no ha sabido finalmente recuperarla y reorientarla por la senda de la verdad.

Karen notó cómo Selene se iba tornando rígida, fría, insensible, y a pesar de eso sudaba de angustia. Mil ojos posados en ella, la culpa de haberlo hecho todo mal y el dolor por haber perdido a su hija eran razones más que suficientes para bloquear cualquier emoción.

Karen sufría por su mejor amiga. Le dolía cada una de las acusaciones de Ludmila. ¿Para qué expresar en palabras lo que todas sabían? De acuerdo que Selene no había sabido estar a la altura de las circunstancias, que no había sido capaz de actuar como mentora de la elegida, aun a pesar de ser su propia hija, o por ese motivo quizá. Pero ¿hacía falta lincharla? ¿Era ése el motivo de la reunión?

Como si leyese telepáticamente sus pensamientos la intervención de Valeria se hizo eco de sus quejas.

– ¿Y yo me pregunto: acaso hemos venido aquí para linchar a nuestra compañera Selene? ¿Es ése el motivo de nuestra reunión? Todas hemos acudido con urgencia a Creta, dejando lo que teníamos entre manos, para tomar medidas. La elegida está maldita y el cetro perdido en manos de las Odish. La condesa ha sido destruida pero Baalat ha vuelto a manifestarse. La guerra ha comenzado y estamos faltas de directrices. ¿Qué debemos hacer? No es momento de distraer nuestra atención ni dilatar nuestras decisiones acusando a una madre de haber educado mal a su hija.

Lil intervino.

– Dejemos pues para más adelante el castigo ejemplar que deberá recibir Selene. Centrémonos en el asunto que nos ocupa. El destino de la elegida maldita está en nuestras manos. Nosotras transmitiremos nuestro voto para que las matriarcas de las islas que la

capturaron ejecuten nuestra sentencia. Yo voto por eliminarla. Su cuerpo debe ser destruido.

Selene sintió como las piernas le flaqueaban y un solo grito salió de su garganta.

– ¡Nooooo!

La sala entera calló. El dolor de una madre siempre era respetado. Criselda, con su semblante bonachón, señaló a Selene con la cabeza.

– Acércate, Selene. No hemos votado ni tomado ninguna decisión. Lil ha expuesto su parecer. Te concedo la palabra para que nos expliques tus motivos y tus razones puesto que otras han hablado de ti y de tu hija.

Selene avanzó lentamente como una autómatas, con la mirada baja y el semblante pálido. Se sujetó a la mesa con las manos temblorosas y se dirigió al auditorio con un tono de voz grave.

– Os explicaré una historia que muchas conocéis. Sucedió cerca de aquí, en el palacio de Knosos. Dicen que el rey Minos mandó construir un laberinto a su arquitecto Dédalo para esconder en él al monstruo que engendró su esposa al unirse a un toro blanco. El Minotauro, medio hombre, medio toro, se alimentaba de carne humana y Minos exigió a la gran Atenas que le entregase cada siete años el sacrificio de siete doncellas y siete jóvenes para ser devorados por el Minotauro. Y Atenas se doblegó ante tamaña injusticia por miedo al gran rey Minos. Así, le fue entregado por dos veces lo mejor de la juventud ateniense. Hasta que Teseo, un héroe, decidió acabar con el sangriento tributo y, con la ayuda de Ariadna, de su espada mágica y de su ovillo, llegó hasta el monstruo, hundió su acero en el corazón del Minotauro, consiguió salir del intrincado laberinto siguiendo el hilo y liberó a Atenas del yugo.

Las Omar se quedaron algo sorprendidas por ese inicio insólito. La mayoría no supo a qué atenerse. Selene, entonces, levantó la cabeza con osadía. Sus ojos retomaron el brillo que los caracterizaba habitualmente.

– Aquí estoy, delante de vosotras. Una Omar como vosotras que, con mi silencio tácito, he aprobado el sacrificio callado de nuestras niñas y jóvenes. Así como las doncellas de Atenas eran entregadas ritualmente al Minotauro, nosotras hemos permitido durante siglos que nuestras doncellas fuesen desangradas para disfrute de las malvadas Odish. Yo vi morir a mi prima y a mi madre en sus manos. A pesar de mi juventud, he acumulado más experiencia que muchas de vosotras y mi experiencia me dicta al oído verdades que descubro ahora, de pronto, enfrentada al dilema de la muerte de mi propia hija... Una cosa tengo muy clara: las Omar somos cobardes. Las Omar nos escondemos. Las Omar confiamos en una elegida que nos librá de nuestros miedos y nuestro Minotauro, porque somos incapaces de unir nuestras fuerzas contra nuestras enemigas reales. En lugar de luchar contra las Odish, nos hemos dedicado a entregar a nuestras víctimas al sacrificio y a reprimir la disidencia que clamaba contra la sangre derramada, inculcando la obediencia ciega. ¿Qué hacemos ante esta ofensiva última que dirimirá la Gran Guerra? ¿Cuál es nuestra estrategia, nuestra respuesta, nuestro contraataque?

Paseó la vista entre el auditorio, que permanecía callado y sorprendentemente impresionado.

– Sacrificamos a nuestra elegida. Ésa es nuestra respuesta.

Un murmullo de sorpresa interrumpió momentáneamente a Selene. Valeria estaba boquiabierta.

– Yo os digo: mi hija Anaíd, con sólo quince años y la experiencia humana limitada y confundida de una adolescente, ha tenido arrestos para luchar a solas contra las Odish más poderosas de la Tierra y os ha librado de la cruel Salma y de la todopoderosa condesa. ¿Alguien lo niega?

Y Selene, retadora, clavó sus ojos verdes y airados en el público, que se fue empequeñeciendo ante la furia desatada de la pelirroja.

– Pero ése no es mérito mío ni vuestro. Es suyo y sólo suyo. Por convicción y por compromiso con el papel que nosotras le hemos adjudicado para escudarnos en ella, ella ha asumido más de lo que su naturaleza le permitía. Ha asumido nuestros terrores, nuestras inseguridades, nuestras tácticas escapistas. Ella ha dado la cara por nosotras creyendo que estaba escrito. Una Omar valiente y arriesgada que se enfrenta sola a un terrorífico mundo de poderosas Odish. Quince años contra miles y miles de años. ¿Cómo podemos permitirlo? ¿Cómo podemos tan siquiera juzgarla a ella o a mí o a cualquiera que la haya ayudado en ese camino imposible? ¿Con qué autoridad tú, Ludmila, que has visto morir a niñas y jóvenes y has heredado el miedo ancestral del reinado de terror que impuso la condesa en tus tierras, con qué autoridad tú, que nunca le has enfrentado a ninguna Odish, que nunca has luchado contra ellas y nunca has defendido con tus manos o tu *atame* ni a una sola de tus acólitas, con qué autoridad ahora exiges el sacrificio de la única Omar que ha luchado, ha vencido y ha eliminado a la condesa?

Esta vez el murmullo se transformó en gritos que jalearon a Selene.

– Yo os digo... la guerra de las brujas ya ha comenzado. El cetro de poder existe y está en manos de las Odish. Yo os digo: las Odish son apenas tres docenas y nosotras somos miles. ¿Vamos a continuar permitiendo que el miedo nos oprima?

El griterío fue enorme y, entre las muchas alocuciones que se escucharon, una de ellas, proveniente de una yegua británica atronó la sala:

– Soy Kroona Salysbury, hija de Katesh y nieta de Ina, del clan de la yegua. ¿Quién eres tú Selene para decirnos cuándo y cómo debemos luchar contra las Odish? ¿Qué has hecho para que te respetemos, excepto desobedecer a tus matriarcas? ¿Por qué tendríamos que seguirte?

Entonces Selene se creció y se enfrentó a la desagradable yegua.

– Yo soy Selene Tsinoulis, hija de Deméter y nieta de Gea, del clan de la loba, y yo puedo decir que luché contra Baalat, aprendí las artes de la lucha Odish con la dama de hielo y fui prisionera de Salma y la condesa en el mundo opaco. Yo, Selene, bajé al Camino de Om y supliqué a los muertos que permitieran que mi hija viviese y que Baalat permaneciese prisionera. Yo hice eso SOLA. Mi hija ha conseguido destruir a la condesa y a Salma SOLA. Si dos lobas solitarias nos hemos enfrentado a las temibles Odish y las liemos vencido..., ¿qué pasaría si atacásemos como una jauría? ¿Y si las Odish se vieran cercadas por las serpientes, las osas, las leonas y las águilas de los clanes cazadores? ¿Qué sería de las Odish?

Ingrid, la erudita, se caló sus galas y se opuso.

– Tengo aquí delante de mí un extracto del escrupuloso estudio de McLower acerca de todas las ofensivas Odish contra los clanes Omar a lo largo de nuestra historia. Más de doce mil quinientas batallas y escaramuzas analizadas. De todas se extrae claramente una conclusión, que las Odish son imbatibles. Por lo tanto, la única estrategia posible es la que siempre hemos practicado: huir y pasar inadvertidas. Aprendimos la sabiduría de nuestros tótems. Siempre lo hicimos así. Durante más de tres mil años seguimos el ejemplo de los animales de nuestros clanes y nos escondimos en nuestras guaridas. Hemos sobrevivido, ¿no? Pues continuaremos sobreviviendo. Desapareceremos durante un tiempo prudencial y cambiaremos nuestras identidades hasta que lleguen tiempos mejores. No se puede luchar contra las Odish.

Pero la joven Aurelia se revolvió como una auténtica luchadora.

– ¡Mentira! Yo, Aurelia, hija de Servilia y nieta de Lucrecia, del clan de la serpiente, os digo que sí es posible enfrentarse a una Odish con las armas y la preparación adecuadas. Nuestras madres nos inculcaron el tabú de la lucha, y yo, que vi morir a mi hermana sin poder socorrerla, lo infringí con el permiso de mi abuela, la gran Lucrecia. Todas la conocisteis, lloré su muerte este invierno, era una mujer moderna y clarividente a sus ciento tres años, y ella fue quien me pidió que enseñara el arte de la lucha a la elegida. Mi abuela Lucrecia me enseñó el camino. Se acabaron los tiempos antiguos en que las Omar nos escondíamos, suplicábamos piedad y llorábamos a nuestras difuntas. Yo también estoy harta, como Selene. Muchas jóvenes nos hemos cortado el pelo, practicamos la lucha y queremos vivir sin miedo y sin escudos protectores.

Criselda recibió un aviso urgente de Amira y se levantó de la mesa con discreción. En ese momento, el discurso espontáneo de Aurelia levantaba un aplauso encendido de las más jóvenes. Valeria, entre dos fuegos, decantó la balanza.

– Admito que he dudado, pero conozco a Selene desde hace demasiado tiempo. Siempre ha sido rebelde, revolucionaria, y siempre ha sido consecuente con sus ideas. El valor de Anaíd y su entereza no podrían haber sido transmitidos desde el conservadurismo de ese terror ancestral por las Odish. ¿Cuál de vuestras hijas, educadas en los preceptos Omar de la prudencia, el miedo y la obediencia, se hubiera lanzado al mundo opaco con el rayo de sol para luchar contra la terrible Salma, a pesar del dictado de las matriarcas, o hubiera penetrado en los recintos sangrientos de la condesa Erzebeth para arrebatarse su talismán?

El silencio fue elocuente.

– Selene inculcó la rebeldía y el valor que ella misma emana en su propia hija. Anaíd fue educada con amor, con pasión, con sabiduría, con valentía... y, por qué no..., con libertad.

Las voces más conservadoras se alzaron.

– ¡Pero ha fracasado!

– La elegida nos ha traicionado.

Valeria aplacó las voces.

– Anaíd estaba dispuesta a penetrar en los recovecos del Camino de Om y pretendía

hacerlo para librarnos de Baalat. Ese era su propósito. ¿Os parece un propósito egoísta o mezquino? Sin embargo, ha sido apresada por las guardianas del Teide, que esperan nuestro veredicto para actuar.

Selene la interrumpió.

– Si pedís la muerte de Anaíd, todas moriremos con ella.

Las Omar más conservadoras, capitaneadas por la cabra Ludmila, se enfrentaron a las jóvenes. Se daban cuenta de que cada vez eran menos y de que sus argumentos eran rebatidos con pasión.

– La elegida debe morir.

– Ya no hay esperanza.

– No podemos creer en Anaíd.

Selene gritó por encima de todas:

– ¡Yo la quiero! ¡La quiero con locura y la salvaré aunque sea a costa de mi vida!

La mayoría de las emisarias se pusieron en pie aplaudiendo a Selene. Una de ellas, una joven osa de rubios cabellos y ojos negros, proveniente de las montañas cántabras, se convirtió en la voz de las allí reunidas.

– Yo, Estela Serna, hija de Teresa, nieta de Claudina, del clan de la osa de la tribu cántabra, otorgo a Selene toda mi confianza. Pero no tendrá solamente mi voto y mi apoyo. Tendrá mis manos, y mis oídos, y mi fuerza, mi *atame* y mi vara. Con todo ello lucharé y pediré a mis hermanas y a mis sobrinas que me ayuden. Entre todas seremos capaces de enfrentarnos al mal que nos ha ido corroyendo desde siempre, el que nos ha tenido atenazadas y amedrentadas: el miedo.

Y cuando Valeria pidió votar la salvación de Anaíd a manos de Selene y comenzar la lucha contra las Odish, Criselda, con el semblante transmutado, tomó la palabra,

– La información que me acaba de llegar es muy importante. Escuchadme bien. Me dicen que Anaíd ha conseguido burlar la vigilancia de las guardianas del Teide y ha penetrado en el cono del volcán. Para todas aquellas que desconozcáis el significado, os lo resumiré.

Criselda miró con lástima a Selene antes de continuar.

– Anaíd ha entrado en el Camino de Om, el camino que conduce al reino de los muertos. La maldición afirma que los muertos no le permitirán salir con vida. La elegida, traidora o no, está condenada a morir.

Selene, sin poder remediarlo y a pesar de la premura de Karen en atenderla, cayó al suelo desvanecida.

CAPÍTULO XXIII

El camino de Om

Anaíd temblaba como una hoja. Apenas podía creer que se hallaba en el cráter del volcán, que había iniciado el Camino de Om y que ya no había marcha atrás en el espeluznante descenso hacia el reino de los muertos.

Unas horas antes yacía en la cueva del Teide, firmemente custodiada por Ariminda. Su cuerpo había desaparecido momentáneamente en La Gomera por el conjuro de Aremoga, hasta que se materializó de nuevo en la cueva de Chinet, junto a la cañada del Teide, que estaba destinada desde siempre a acogerla.

Pero no fue la invitada de Ariminda sino su prisionera.

Ariminda, la matriarca que la había estado esperando a lo largo de toda su vida y que había instruido a Dácil para agasajar a la elegida, no la trató con respeto ni deferencia. No le ofreció plátanos con miel ni vinos afrutados. No le preparó un lecho caliente, no le lavó los pies, no le dio con versación ni consuelo. Ariminda, silenciosa, inmóvil y con el rostro inescrutable, se mantuvo sentada junto a ella vigilándola día y noche, espetando el veredicto de las matriarcas que se habían reunido en Creta.

En Creta decidían si Anaíd debía morir o no.

Hasta que la llegada de Amushaica dio un giro a su destino. La joven llegó acalorada y nerviosa y explicó a Ariminda que su abuela Aremoga tenía ya una respuesta del consejo de Creta y que la convocaba urgentemente a reunirse con ella en La Gomera.

Anaíd tembló. El consejo sería implacable, tanto como lo estaba siendo Ariminda, o como lo fuera Elena. Tan cruel como la traición de Dácil, que le dolía más que las ataduras que inmovilizaban sus tobillos y sus muñecas.

Así pues, Ariminda encargó a Amushaica la vigilancia estricta de Anaíd y le dio instrucciones tajantes.

– Bajo ningún concepto hables con ella ni le concedas nada de lo que te pida.

Amushaica bajó la cabeza, sonrió levemente a Anaíd y Anaíd, dolida hasta la médula, la maldijo entre dientes por su hipocresía.

Sin embargo, en cuanto Ariminda se alejó lo suficiente, Amushaica sacó su *atame*, cortó sus ligaduras, le indicó sigilo con un dedo sobre los labios y la cogió de la mano para guiarla hasta lo alto del volcán.

Anaíd sintió cómo su corazón se ensanchaba de alegría. Estaba salvada. Amushaica la ayudaba, aún tenía amigas. Pero se sentía débil y antes de partir le rogó:

– Espera, no he comido ni bebido nada en tres días.

Amushaica le negó esa posibilidad.

– Tienes que mantener el ayuno para poder hacer el viaje. Y también debes purificarte

y beber el agua sagrada. Lo llevo todo aquí dentro. Aunque no soy una guardiana del Teide, te ayudaré a oficiar tu paso. Ya sé que me castigarán por ello, pero no estaré tranquila hasta que puedas cumplir con tu misión.

Anaíd la admiró. Era una rebelde y asumía el castigo que recibiría de su abuela y las matriarcas. Se apresuró a correr tras ella porque Amushaica trepaba como una cabritilla salvaje.

— ¿Por qué me ayudas? —le preguntó Anaíd ya en la cumbre y recuperando el aliento tras la rápida ascensión.

Amushaica estaba preparando el incienso y los amuletos para oficiar el rito de Anaíd. Interrumpió unos instantes su tarea y abrió sus ojos grandes y melosos con asombro.

— Tú me ayudaste a mí. Me devolviste lo que más quería, la salud. Ahora soy feliz.

Anaíd se fijó en su bonita cabeza desnuda sombreada de una pelusilla castaña. Probablemente se dejase crecer el pelo y acabase huyendo del estricto control de su abuela.

Amushaica desnudó lentamente a Anaíd y la vistió con una túnica blanca, le permitió conservar sus joyas, el collar de zafiros, la pulsera de turquesas y el broche de amatistas que engarzó en su pelo, a guisa de adorno, y la roció con el polvo del incienso. Anaíd se sintió purificada y necesitó limpiar su conciencia.

— Amushaica, tengo que confesarte algo terrible — musitó avergonzada —. En la cueva de Iballa estuve a punto de beber tu sangre.

Amushaica sonrió.

— Mi sangre sería toda tuya si no tuvieses que cumplir tu misión.

Y le ofreció el gánigo con el agua sagrada para que la elegida bebiese y trascendiese su propia conciencia.

Anaíd bebió lentamente y luego, mientras esperaba su transformación, no se acercó a Amushaica, no la besó ni la abrazó para que no confundiese sus intenciones, pero estaba conmovida.

— Eres maravillosa, te deseo mucha suerte.

Su transformación se produjo con celeridad. Pronto, su cuerpo se tornó etéreo e ingravido y a sus pies se abrió la grieta que la conduciría a los confines del mundo conocido. Sin mediar palabra con Amushaica, cerró los ojos y dejó que la voluntad de los muertos la engullera.

Pronto descubrió que su ingravidez le permitía escurrirse por las grietas y descender a una velocidad vertiginosa hacia las entrañas de la Tierra cayendo por una chimenea interminable, bajando por un tobogán de lava resbaladizo. Cayó, cayó y cayó protegida por las rocas. Hasta que tocó suelo. Su falta de peso fue providencial para no lastimarse, pero el camino se acababa bruscamente ahí. No había nada más.

Se sujetó asustada a las paredes e inclinó ligeramente la cabeza. Ante ella la oscuridad más absoluta y un precipicio insondable cortado a ras. No podía ser. Era una trampa. Se fijó mejor. A lo lejos, al otro lado de la nada, se erigía una montaña que emanaba una delicada luz. Su intuición le dictó que allí comenzaba el camino verdadero. ¿Pero cómo llegar?

Entonces distinguió la cuerda, apenas un destello. La tocó con el dedo y se hirió; era

dura y cortante. ¿Era ésa la continuación de su camino? Un pavoroso abismo que separaba el mundo de los vivos del mundo de los muertos y tan sólo una delgada cuerda afilada como una cuchilla que unía ambas realidades.

Si deseaba continuar avanzando no tenía más remedio que vencer su vértigo y caminar por el filo del frágil puente colgante de apenas dos dedos de anchura. Puso un pie en él y lo retiró dolorida. Cortaba como un cuchillo y su pie sangraba. Era imposible avanzar por esa cuerda afilada que se combaba a su paso y se clavaba sin piedad en la planta de sus pies. No podría caminar sin perder el equilibrio. Era imposible que un ser humano siguiese ese camino.

¡Claro!, por algo era la senda de los muertos y los vivos no podían seguirla. ¿Qué hacer?

Tal vez se tratase de no pensar. Sabía que los estados de conciencia que conseguían dominar la voluntad permitían separar el dolor del cuerpo. Y así lo hizo. Hizo prevalecer su deseo de avanzar sobre el miedo al dolor.

Se puso en pie con determinación, se concentró y caminó sobre la delgadísima y afilada navaja. Lo estaba consiguiendo. Un paso, otro, otro más. Ya se hallaba a una distancia de dos cuerpos del lugar de partida. Miró hacia delante, a lo lejos, se detuvo, la cuerda se balanceó y sintió pánico. Le quedaba demasiado trecho. Se mordió los labios para infundirse fuerzas y en ese mismo instante sus ojos se desviaron inconscientemente al fondo del abismo y sus piernas temblaron sosteniéndola a duras penas.

Si el dolor era lacerante, el miedo era mucho peor. La atenazaba y la hipnotizaba atrayéndola a sus dominios. Eso era el vértigo. Y el vértigo la inducía a mirar hacia el precipicio infinito y oscuro. El vértigo la arrastraba. Caería sin remedio, desaparecería devorada por la nada y se mecería para siempre en el vacío. Una angustia insospechada se instaló en su ánimo. No lo conseguiría. Caería. Ella misma se impregnó de la idea de la caída y la deseó; sus rodillas se doblaron. El mareo hizo que su cabeza diese vueltas y perdió el control de su voluntad sobre el dolor. Enseguida volvió a sentir las heridas de sus pies sangrantes. Apenas se divisaba el final de ese largo camino; aún no había comenzado y ya estaba a punto de desfallecer. No tenía fuerzas ni coraje para ir adelante.

Ya estaba cayendo, las piernas no la sostenían, quería agarrarse a algo pero a su alrededor sólo había vacío, el angustiante vacío. Sus brazos se agitaron asiendo la nada, braceando inútilmente, imitando el boqueo desesperado del pez fuera del agua. Y en uno de sus movimientos sus manos tocaron con el zafiro de su cuello, la piedra que le permitía afrontar los desafíos. Y la piedra le confió un secreto: necesitaba equilibrio, el equilibrio que le permitiría mantener el dominio de su cuerpo y su mente para adelantar paso a paso sin escuchar el dolor y sin inclinar la mirada hacia el abismo insondable. Se aferró a eso. Quiso dominar su vida a pesar de que estaba a punto de perderla.

Entonces oyó la voz fría y serena instalada en su ánimo.

– Adelante, Anaíd, adelante, puedes hacerlo. No pienses en el dolor ni en la sima de los mundos y mira al frente. Mantén la mente en blanco, libre de servidumbres. No escuches, no mires.

Y Anaíd, obedeciendo las palabras que le dictaba su hermana de leche Sarmik, avanzó por el puente cortante que une los mundos.

No supo si su camino duró horas, días o minutos; no supo si sus pies sangraban o el vacío cambiaba su tonalidad o la llamaba con voz sibilante. Avanzó con la mente en blanco, los oídos sordos, los ojos ciegos y los pies firmes. Avanzó con convencimiento, un paso tras otro, hasta que tocó tierra de nuevo y se dejó caer. Sólo entonces se permitió mirar atrás y un grito de espanto se escapó de su garganta.

Sus pies estaban lacerados y cubiertos de sangre y el abismo oscuro y amenazador retumbaba de chillidos horrendos que reclamaban a su víctima. Ella.

Apretó con fuerza su piedra de zafiro y agradeció a su abuela Cristine el acierto de regalársela.

Ya no había vuelta atrás. Estaba en el territorio de los muertos. Miró a su alrededor notando extrañas sensaciones. Efectivamente, el color se había desvanecido, igual que los olores, las sombras y la dimensión tridimensional. Atrás habían quedado sus necesidades humanas. No sentía hambre, frío, sed ni sueño. ¿Había muerto?

Pronto supo que no.

Se levantó y dejó atrás la sima de los mundos decidida a internarse en el Camino de Om. Se introdujo en la cavidad que conducía a las entrañas del mundo desconocido de los muertos y comenzó a caminar. Era fácil, sólo había un camino. Un único camino. No le resultaría complicado seguirlo. Y así lo hizo. Caminó, caminó y caminó con los pies desnudos y sangrantes hasta que ante ella se alzó una puerta. Se detuvo y miró a ambos lados buscando alguna otra alternativa. No había ninguna otra excepto la puerta. La abrió poco a poco, con cuidado, con miedo, sin saber qué encontraría detrás. Y enseguida lo vio. Un enorme y poderoso tigre de más de dos metros estaba vigilando el recinto, agazapado a pocos pasos de la puerta y dispuesto a saltar sobre ella en cuanto pusiese un pie en sus dominios.

Anaíd cerró la puerta de inmediato y respiró agitadamente empujando con el liviano peso de su cuerpo la hoja de madera, temiendo que el tigre fuese lo suficientemente poderoso como para empujarla y atacarla. Y así lo habría hecho si hubiera estado escrito. De un simple zarpazo o de un simple golpe, la puerta hubiera cedido al empuje de la bestia. Pero no sucedió nada y poco a poco Anaíd se fue serenando.

Era su primera prueba, no había ninguna alternativa ni ninguna escapatoria. Tenía que enfrentarse al gran felino y, puesto que era una bruja, su baza era recurrir a la magia. Imposible confiar en su fuerza humana ni en su agilidad o rapidez para escabullirse del enorme depredador. Recordó los hechizos de inmovilidad, pero... ¿serían igualmente posibles en esa nueva y extraña dimensión? Se arriesgó.

Movió los dedos del pie derecho y formuló el conjuro.

— *Etendet orp azelnarut.*

Fue instantáneo. Sus dedos quedaron paralizados. Bien. Su recurso era posible. No estaba desvalida.

— *Ocrab soritir torgi.*

Sus dedos volvieron a recuperar la movilidad. Ya tenía suficiente. Tomó aire, abrió la puerta, miró fijamente al tigre y musitó:

— *Etendet orp azelnarut.*

El tigre no tuvo tiempo de rugir. Quedó paralizado en el suelo tan largo como era, indefenso, incapaz de moverse. Anaíd avanzó con cuidado y sin perderlo de vista. Pasó junto a él temiendo que sucediese algo imprevisto y el gran felino recuperase su agilidad, pero consiguió dejarlo atrás y continuó su camino. Sin embargo, a los pocos metros y ante su sorpresa, encontró una puerta igual a la que acababa de abrir. La misma muesca en su pomo, la misma mancha en la rebaba de su lado izquierdo.

La empujó con desconfianza y volvió a cerrarla enseguida. Lo que había al otro lado de la puerta era igual que lo que acababa de dejar a sus espaldas. El mismo tigre vivo, la misma disposición del espacio vacío, el mismo fondo desdibujado. No, no podía ser. Se armó de valor, empujó la puerta con decisión y esa vez dejó que el tigre rugiese. Cuando ya se disponía a saltar formuló su hechizo.

— *Etendet orp azelnarut.*

El tigre quedó inmóvil en una posición imposible y Anaíd se sintió satisfecha de sus reflejos. Pasó por su lado admirada de la musculatura que había dispuesto sus palas para el salto. Era como contemplar un enorme gato diseccionado. Lo dejó atrás e intentó olvidarlo.

No quiso adelantar acontecimientos y continuó avanzando sin pensar en ninguna posibilidad. Esa vez pudo avanzar más que la vez anterior, hasta que, de nuevo, la misma puerta idéntica le impidió de nuevo el paso. Anaíd respiró, empujó la puerta para cerciorarse y la volvió a cerrar nerviosa.

Al otro lado la esperaba el mismo tigre y al fondo, posiblemente, hallaría de nuevo la misma puerta. ¿Qué significaba? ¿Había entrado en un tiempo circular? ¿En un espacio circular? ¿Repetiría infinitamente esa situación hasta quedar exhausta y prisionera del espacio y el tiempo? Había muchas formas de desfallecer y la sola idea de toda una eternidad enfrentándose a una misma situación, siempre la misma, consiguió angustiarse.

Probó otra vez. Empujó la puerta y miró al tigre. Era el mismo, estaba segura, ahora se fijaría en el dibujo de sus rayas. Sabía que el hechizo surtía efecto, así pues esperó un rato más a que el tigre emprendiese su salto y lo detuvo en el aire. El tigre quedó ahí, suspendido sin ningún apoyo, por encima de su cabeza. Avanzó con precaución y contempló largamente a esa copia de los tres tigres anteriores. ¿Era eso el infinito? ¿Tigres infinitos? ¿Puertas infinitas? ¿Un tiempo infinito esperándola?

Continuó caminando, pero el pesimismo ya la había atrapado. Estaba instalado en sus gestos y en el fatalismo de su mirada. A cada nuevo paso, a cada momento esperaba encontrar irremediabilmente la misma puerta, con el mismo tigre agazapado tras ella.

Pero no fue así. O mejor dicho, no fue en el tiempo y la distancia previstos. Sucedió muchos pasos después. No los contó pero fue consciente de que había caminado más que las veces anteriores. Observó la puerta con detenimiento. Idéntica, no había ninguna duda. La abrió y observó familiarizada al tigre que la esperaba dispuesto al salto. Efectivamente, las rayas estaban dispuestas en forma de tres. Era idéntico. El mismo, el mismo, el mismo. Sintió

deseos de acabar con esa pesadilla, de dejarse devorar, pero en el último instante pronunció el conjuro.

El cansancio de la repetición provocaba que tras cada enfrentamiento perdiese más y más sus ganas de vivir. Y descubrió que tras cada encuentro la distancia con la siguiente puerta se hacía más y más larga. Y se preguntó por qué.

Intuía alguna respuesta a sus preguntas. Algo bullía en su mente e iba configurándose como una hipótesis. Se llevó las manos a la cabeza y ahí, entre sus cabellos revueltos, encontró su broche de amatistas. Cristine le había dicho que la piedra era clarividente y que podía llegar a constituir su tercer ojo llegando a los rincones ignotos del conocimiento donde la retina humana no conseguía ver. La acarició y su descabellada idea fue tomando forma. Perfiló un argumento.

La distancia entre las puertas no era casual. Era una distancia que se correspondía con su apego a la vida. A medida que se iba desprendiendo de ese apego podía internarse durante más tiempo en el camino de los muertos. ¿Era eso? ¿Acaso para entrar en la puerta definitiva tenía que morir? El horror la atenazó.

No. No estaba preparada para morir. Todavía no. Y sin embargo, una voz le sugería que no era tal muerte, que tan sólo se trataba de una muerte metafórica. Tenía que estar dispuesta, absolutamente dispuesta a desprenderse de la vida. Pidió ayuda a su hermana de leche. La llamó y recibió su respuesta.

– Tu cuerpo sólo es una envoltura sin utilidad. Deja de amar a tu cuerpo, deja de temer por él. Hasta que no prescindas de tu cuerpo, que representa la vida, los muertos no te permitirán penetrar en su morada.

Anaíd supo que tenía que llegar hasta el final. Y lo hizo sin pensarlo dos veces. Abrió la puerta y esperó resignada a que el tigre acabara con su cuerpo. La espera se le hizo interminable y deseó casi con ganas sentir el zarpazo en su cabeza y el doloroso mordisco en la yugular. Pero nada de eso sucedió. El tigre saltó, su rugido atronó los pasillos y en el momento en que Anaíd, impasible, le esperó con los brazos abiertos la enorme bestia se desvaneció. No la había devorado, no la había tocado, ni siquiera existía.

Era una pura ilusión. En el instante en el que Anaíd aceptó la muerte, la muerte le abrió sus puertas secretas.

El suelo tembló bajo sus pies y Anaíd, súbitamente desconcertada, perdió el equilibrio y cayó. Creyó que era un terremoto y que se hundiría sin remedio en la grieta que se había abierto ante ella, pero entre las sombras de los recovecos de la gruta que había surgido de la nada distinguió unas escaleras talladas en la piedra que descendían a las profundidades.

El Camino de Om se abría ante ella.

Sin dudarle, comenzó a bajar aliviada creyendo que todo había acabado, que esa vez habría pasado la última prueba y que pronto se enfrentaría ya a sus verdaderos rivales, los muertos.

Pero no fue así.

Primero fue Golfo. Apareció de repente ante ella, ladrando, moviendo la cola, cariñoso como siempre. Se sentó sobre sus patas traseras, sacó su lengua y jadeó a la espera de una

caricia, pero cuando Anaíd, sorprendida, acercó su mano, Golfo se esfumó.

Había sido una alucinación tan real que Anaíd quedó impactada. Hacía muchísimos años que no se acordaba de aquel perrito que le regaló su madre con la oposición de Deméter. Golfo era travieso, juguetón, y ella lo quería con locura, pero una madrugada de invierno lo atropelló la máquina quitanieves.

Se le hizo un nudo en el estómago y continuó descendiendo más lentamente.

– *Hi, Anaíd. How are you?*

Levantó la vista y lanzó un grito. Era Carmela, la profesora cosmopolita y encantadora que tuvo de niña y que le enseñó alemán, inglés, francés, húngaro y ruso. Tocaba el piano de maravilla y danzaba como un ángel. Carmela la sentaba en su falda y le explicaba mil y una historias de cuando vivió en San Petersburgo, en Berlín, en Liverpool, en Budapest y en Lyon. Pero pasado un tiempo, y como era de esperar, se fue con las golondrinas antes de que llegasen las primeras nieves.

– ¡Carmela! – gritó conmovida.

Pero en el mismo instante de pronunciar su nombre, Carmela, o su ilusión, desapareció por ensalmo.

Anaíd se sintió pequeña y desvalida, volvió a recordar los largos inviernos pasados en compañía de su madre y su abuela, las tres junto al fuego de Urt contemplando las llamas y cantando canciones antiguas.

– Anaíd, siéntate aquí, a mi lado, te explicaré la historia de Orfeo. ¿Recuerdas a Orfeo?

Anaíd levantó la vista con lágrimas en los ojos. Era Deméter tal y como la recordaba. Con su trenza gris, con su mirada serena, con su presencia altiva y protectora y sus cuentos didácticos.

No dijo nada, no quiso tocarla, no avanzó, pero notó cómo la tristeza se instalaba en su ánimo por tener delante todo aquello que perdió y que ya nunca más podría volver a ser. Deméter se desvaneció en cuanto dio un paso.

En el escalón siguiente la saludó el pequeño Roc, lanzándose a la poza desde lo alto de una roca.

– Mira, mira, Anaíd, de cabeza.

Elena le reprendió quitándose una zapatilla y el chapoteo fue tan real que Anaíd se sintió empapada.

Pero no. No la había salpicado el agua fría de la poza. Eran las lágrimas que caían por sus mejillas y se escurrían por su pecho.

A medida que descendía y descendía, la tristeza se iba apoderando de su ánimo. Todo aquello que había creído olvidado tomaba forma y voz, y la pena la iba oprimiendo.

Apolo, el gatito travieso que la siguió al mundo opaco. La prima Leto, de ojos perdidos y pies cansados que recorría el mundo para olvidar la pérdida de su hijo muerto. Ainhoa, la pequeña Omar que compartió unas vacaciones con ella y que fue víctima de una Odish. Gisela, la pintora que recorría los valles en busca de una luz especial que nunca encontró y que le enseñó a coger los pinceles y a mezclar los colores. Todo se mezcló explosivamente en su cabeza. No la visitaban los muertos, la visitaban los recuerdos, y la invadió la melancolía del

paraíso perdido de su infancia.

Los recuerdos, la memoria, el pasado y los seres queridos estaban acabando con sus fuerzas. Apenas podía continuar descendiendo. Por cada imagen sentía cómo las piernas le pesaban más, como si fueran plomo. Apareció Selene, meciéndola y cantándole una nana; vio a Gunnar luchando contra Baalat bajo la apariencia de un *berseker*; Karen le ofreció su jarabe y quiso pesarla... No podía asimilarlo. Y de pronto, Anaíd se llevó la mano al pecho para impedir que los latidos la ensordeciesen. Ahí delante de ella estaba Roc, amparado en la semioscuridad, mirándola con ojos ardientes.

– Dame un beso, Anaíd, sólo un beso.

Le estaba pidiendo un beso, un beso de amor.

Gritó con desespero y se dejó caer. Cerró los ojos y se tapó los oídos. No quería ver a nadie más, no quería oír más. Estaba a punto de volverse loca y de quedarse en el camino atrapada por la nostalgia.

Y cuando se llevó su mano a la mejilla para enjuagar sus lágrimas y oyó el tintineo de su pulsera de turquesas, recordó las palabras de su abuela Cristine cuando se la ofreció. Era la piedra que borraba los recuerdos.

Era eso. Necesitaba caminar ligera, sin lastres y no sólo tenía que dejar atrás su cuerpo y su apego a la vida. Los muertos le exigían que se liberase del yugo de su pasado.

Acarició la piedra azul para olvidar su historia y afrontar el futuro limpia. Poco a poco, la piedra azul fue ejerciendo su poder benéfico y la mente de Anaíd se libró de recuerdos. Dejó atrás a sus seres queridos, sus momentos mágicos, sus anhelos y sus tristezas. Un sosiego tibio se expandió por sus venas y la llenó de paz. Estaba limpia de pasado.

Y en ese mismo momento las escaleras se doblaron sobre sí mismas y finalizaron su descenso inacabable. El Camino de Om tomaba nueva forma. Anaíd se encontró en una enorme gruta.

Giró completamente sobre sí misma, desorientada, hasta que vio una luz a lo lejos. Siguió esa dirección y a medida que se fue aproximando a ella pudo distinguir la silueta de una entrada, un gran arco natural que comunicaba con el exterior. La luz provenía de fuera. Avanzó con desconfianza hasta llegar a lo que era la entrada de la enorme cueva donde se encontraba. Traspasó el umbral y algo parecido al aire fresco la recibió.

Estaba en otro mundo. Estaba en otra realidad.

Había salido de la caverna y fuera todo era diferente: la luz difusa, las piedras pulimentadas y mates, los árboles de ramas retorcidas y hojas espinosas. Estaba en la ladera de una gran montaña. Bajo ella, un valle y, ante ella, un sendero que conducía al valle.

No había duda. El camino continuaba. Su ánimo se ensanchó y volvió a mirar adelante con valentía. Caminó durante mucho tiempo. No supo cuánto puesto que no sentía cansancio, hambre, sed ni ninguna necesidad. Pero aún no había perdido completamente su conciencia del tiempo y el número de pasos que daba. Estuvo caminando días.

O tal vez semanas.

O quizá meses.

Por fin, el valle se ensanchó y ante ella se abrió una gran llanura. Su camino, pequeño y angosto, desembocó en un camino ancho, polvoriento, flanqueado de grandes árboles

centenarios, o milenarios, de gruesos ramajes y anchas copas, de hojas de forma desconocida que recordaban vagamente a los grandes castaños de indias, sin serlo.

Sorprendida por el cambio, observó que el suelo estaba repleto de huellas humanas. Así pues no era la única. Ese camino estaba transitado. No estaba sola.

Sin embargo, continuó sola durante mucho tiempo.

La primera vez que vio a lo lejos una silueta humana estaba tan desacostumbrada que se asustó o sintió algo parecido a un sobresalto. Luego apretó el paso hasta alcanzarla. Era un anciano que caminaba cansinamente. Se puso a su lado y lo saludó. Necesitaba desesperadamente hablar con alguien. Preguntar. Saber adónde se dirigía y si faltaba mucho, y eso hizo. Pero el anciano no se giró al oír su voz. No le habló, no la vio y siguió adelante con su paso cansino, sin inmutarse.

A Anaíd se le heló la sangre en las venas.

Era un muerto.

Era un muerto que, como ella, se dirigía hacia el lugar adonde irremediablemente iban a parar los muertos. Apresuró el paso y se alejó del espectro. Pero al poco encontró a otro, y a otro, y a otra, y a otras. Eran de todas las edades, estaturas, aspectos y procedencias. Anaíd los esquivaba y evitaba mirarlos. Daba lo mismo. Tenían los ojos turbios y el paso uniforme. Eran sombras de lo que fueron y carecían de voluntad, de deseos, de recuerdos. No sentían miedo, ni dolor, no tenían motivos ni razones. Estaban faltos de vida.

Se estremeció y se alegró de poder sentir todavía el culebreo de un escalofrío.

Según avanzaba, la multitud se fue haciendo más y más numerosa hasta que fue difícil moverse y, finalmente, se produjo un enorme atasco. Una larga fila de espectros quietos e impassibles se alineaba delante de ella.

¿Qué significaba esa cola? ¿Tendría que permanecer así el resto de la eternidad? No obstante, se abstuvo de manifestarse y optó por imitar el comportamiento de los que la rodeaban. Se quedó quieta y esperando. Lo intentó, pero no pudo. A cada instante levantaba la vista para comprobar que nada se hubiera movido. Era la única. Los muertos no esperaban nada. No sentían curiosidad por nada. El futuro no existía para ellos.

Anaíd se impacientó. ¿Tenía que vencer su impaciencia, su noción de futuro, para ser aceptada en la comunidad de los muertos? ¿Era ésa su última prueba?

Se relajó y se imbuyó de presente, convencién dose de que en ese extraño mundo nada existía más allá de lo inmediato, por lo tanto todo carecía de importancia. No arrastraba su pasado ni esperaba nada de su futuro.

Y así estuvo mucho tiempo, hasta que la cola se movió y avanzó. Entonces sintió una ilusión que rápidamente mató. Estaba asustada por si era incapaz de dominar sus emociones. No, no podía presentarse ante los muertos con ilusiones. Las ilusiones, los sueños y las expectativas eran emociones humanas.

Sin embargo, ¿cómo llevaría adelante su plan si perdía toda perspectiva de futuro?

Reflexionó largamente.

Estaba equivocada. Si perdía su deseo de llegar, no podría avanzar. Sin una voluntad para conseguir un propósito, su viaje resultaría absurdo. Sus movimientos se volverían

mecánicos y programados como los de todos los que la rodeaban. Pero su misión era acabar con Baalat y para ello tendría que suplicar al consejo de muertos y tal vez luchar y quizá enfrentarse a Baalat. Entonces... ¿debía comportarse como una muerta o como una viva? No le hizo falta consultar con su hermana de leche ni con sus piedras clarividentes. La respuesta estaba en ella misma. Los muertos se conformaban. Ella no. Los muertos no esperaban. Ella tenía esperanzas. Los muertos no deseaban. Ella deseaba llegar y cumplir con su misión para poder regresar al mundo de los vivos.

Así pues los rebasó. Avanzó junto a ellos, por la linde del camino, a su vera. Ninguno levantó la mirada para verla pasar. Ninguno se quejó porque no aguardase su turno o no se resignase a esperar. Anaíd fue caminando, caminando, caminando hasta que, al girar un recodo, en lontananza, adivinó el motivo de la larga cola. Una laguna se extendía a sus pies y una única barca realizaba el trayecto hasta la otra orilla. Miró a lo lejos siguiendo la trayectoria de la barca y distinguió las murallas de una enorme fortaleza que se alzaba en el otro lado de la laguna.

Ése era por fin el reino de los muertos.

Avanzó presurosa. Su objetivo estaba cerca. Podía verlo. Llegó hasta el embarcadero y se colocó en primer lugar, junto a los afortunados que tal vez llevaban años esperando a ser embarcados. Esa vez la espera no se le hizo tan larga. Podía tocar su meta.

Y cuando el barquero lanzó su cuerda y amarró la barca al muelle para recibir al nuevo pasaje, Anaíd se dio cuenta de que todos los que estaban a su lado llevaban en la mano una moneda. No importaba el tamaño, la antigüedad ni el valor. Las había de cobre, de cinc, de plata, de oro. Todos tenían una moneda. Ella no. Esperó a observar qué sucedía y vio que uno a uno los pasajeros entregaban la moneda al barquero, un siniestro personaje vestido ion harapos y tocado con un sombrero de ala ancha que, antes de permitirles la entrada, extendía la palma de su mano, recogía la moneda y, únicamente entonces, autorizaba su paso.

Anaíd se armó de valor y avanzó a sabiendas de que el barquero le exigiría el pago del transporte. Y así fue.

Anaíd se disculpó con un gesto. Un gesto de estupor o de desconcierto que quería decir: nadie me dijo que tenía que traer una moneda.

El barquero se la quedó mirando.

— Tu moneda —le pidió.

Anaíd tembló levemente.

— La olvidé —se disculpó.

El barquero la empujó a un lado.

— En ese caso no puedes subir.

Anaíd, atónita, vio cómo los muertos que estaban tras ella pasaban delante y, silenciosamente, subían de uno en uno en la barca. No, no podía quedarse en tierra. Pronto la barca se llenaría y partiría otra vez. Intentó pasar de nuevo pero el barquero la rechazó con una fuerza inaudita.

— No puedes subir.

Anaíd contempló la barca casi llena. Su última escala para llegar a su destino. ¿No

podría subir? ¿Ahí se acababa su odisea? ¿Tendría que permanecer para siempre en la orilla de la laguna por carecer de una moneda?

– Tengo que subir a la barca, me están esperando.

El barquero la miró fijamente.

– Sin moneda, imposible.

– ¿Y cómo puedo conseguir una moneda?

– Pregunta, tal vez alguien lleve dos y te regale una.

Anaíd, perpleja, miró a su alrededor. Todos adelantaban su mano, pero sólo tenían una moneda.

– ¿Y si no...?

– Tendrás que quedarte con ellos – y señaló a sus espaldas.

Anaíd se giró y topó con una multitud de muertos sentados en el suelo mirando el agua en calma de la laguna. Eran los que no llevaban dinero para el pasaje que esperaban a algún familiar o algún amigo que les facilitase el paso. Ése era su destino.

– No puedo quedarme aquí eternamente. ¡No puedo! – gritó.

Pero ya era demasiado tarde. El barquero acababa de soltar amarras y los difuntos remaban hacia la otra orilla.

Anaíd se sentó en el suelo y contempló cómo se iba alejando su esperanza. ¿Qué podía hacer? ¿Pasar nadando? ¿Intentar esquivar la vigilancia del barquero? ¿Suplicar por una moneda a cada uno de los miles y miles de muertos que había en la larga fila? ¿O intentar canjear el precio de la barca por algo que no fuera una moneda?

Eso era. Llevaba joyas. Las joyas siempre eran apreciadas, tenían un gran valor. Ofrecería ese tesoro al barquero.

Conformada con esta idea esperó el regreso de la barca. Estaba ansiosa y en cuanto amarró se acercó la primera al malcarado barquero.

– Tu moneda – le pidió extendiendo la mano.

Anaíd sonrió con su mejor sonrisa y se llevó la mano al cuello.

– Te ofrezco mi collar de zafiros.

Pero el barquero la rechazó con un gesto y la apartó a un lado. Ante ella comenzaron a desfilar los mismos rostros macilentos y los mismos cuerpos cansinos que la vez anterior. Anaíd volvió a intentarlo.

– Te ofrezco mi pulsera de turquesas.

Obtuvo la misma negativa.

Con el ánimo cada vez más bajo, observó cómo la barca se iba llenando de difuntos. Tenía que intentarlo de nuevo.

– Mi broche de amatistas. Míralo, es hermoso, resplandece.

– Aparta.

Anaíd, desesperada, no quiso apartarse.

– Mis pendientes de rubíes – probó todavía.

Y en ese momento una mano fría se posó en su hombro.

– Te los compro.

Anaíd se dio la vuelta y vio a una mujer hermosa que contemplaba arrobada sus lágrimas de rubíes. En su palma extendida brillaba una moneda, la moneda mágica que le permitiría pasar al otro lado. Pero algo parecido a la conciencia la detuvo y le impidió aceptar la moneda inmediatamente.

– ¿Y tú? ¿Cómo pasarás?

La mujer señaló sus pendientes, los tocó y le volvió a enseñar la moneda.

– Los quiero.

Anaíd tragó saliva.

– ¿Tienes otra moneda?

– No – respondió la mujer indiferente.

– Entonces, te quedarás aquí, por siempre jamás.

La mujer afirmó sin dejar de contemplar los rubíes de Anaíd.

– Sí – y era un sí valiente.

Anaíd no sabía qué hacer. Su misión la empujaba a aceptar aquella moneda, pero su molesta conciencia humana no se lo permitía.

– Por toda la eternidad, ¿sabes? Te quedarás en esta orilla por toda la eternidad.

La mujer se dio la vuelta y señaló una pequeña figura inmóvil.

– Con mi hija. No tiene moneda.

Anaíd lo comprendió. Se quitó los pendientes y se los ofreció a la mujer. Aceptó su moneda y sin mirar atrás la puso en la palma del barquero y subió a la barca. La muerta prefería pasar la eternidad junto a su hija antes que conseguir la paz en el reino de los muertos. La muerta prefería desprenderse de la moneda para no caer en la tentación de abandonar a su hija. La muerta todavía conservaba un destello de vida en ese deseo de poseer la belleza de los rubíes y de compartir la suerte de su niña. Se prometió que, si alguien moría, le encargaría llevar a la mujer dos monedas para que ella y su hija pudieran cruzar con la barca.

– ¿Cómo te llamas? – le preguntó ya a lo lejos, para recordar su nombre.

– Manuela Sagarra, hija de Manuela y nieta de Manuela, del clan del águila. Suerte, Anaíd, la elegida.

Anaíd se emocionó. Una Omar orgullosa que la había reconocido y la había ayudado a penetrar en el reino de los muertos. Pero enseguida tuvo que sobreponerse a su sentimiento humano y tomó en sus manos el remo. A una orden del barquero, los difuntos se inclinaron sobre el grueso pedazo de madera tallada que debían empujar al unísono, y la barca fue avanzando lentamente hasta aproximarse a la otra orilla.

Su destino estaba cerca, muy cerca. La voz del barquero les indicó que detuviesen los remos. Ya estaban en el embarcadero. Anaíd, aliviada, levantó su mirada y topó con él.

El monstruo que guardaba la puerta del reino de los muertos había fijado en ella sus seis ojos y seguía con atención todos sus movimientos. Quizá ésa fuera la prueba definitiva, puesto que estaba viva y el Cancerbero, el perro de tres cabezas y cola de serpiente, vigilaba escrupulosamente las puertas y devoraba a los intrusos que fingían estar muertos y que pretendían colarse en la fortaleza.

Anaíd notó cómo la sangre huía de su cara y sus brazos, sus piernas flaquearon, pero no se amedrentó; pensó que su apariencia pálida la favorecería y le procuraría invisibilidad entre las caras blanquecinas de los espectros. Imitó los ademanes mecánicos y cansinos de los muertos, dejó que su mirada vagase perdida, sin rumbo, respiró menos profundamente y aparentó una serenidad que estaba lejos de poseer.

Delante de ella los muertos descendían y pasaban de uno en uno ante el terrible monstruo de tres cabezas. Los perros lamían sus manos, los olisqueaban y les dejaban pasar. Los muertos no sentían miedo, no sudaban, no olían y no temblaban. Los canes podían detectar cualquier signo de vida por muy remoto que fuese. Las tres cabezas acusatorias habían dejado de mirarla, estaban demasiado ocupadas en su tarea, pero cuando Anaíd se fue acercando a los perros y vio sus grandes colmillos, su lengua babeante y sus ojos de fuego, supo con certeza que ellos adivinarían su naturaleza y que no le permitirían la entrada.

¿Cómo consiguió pasar Selene ese difícil trance? No se lo había explicado; posiblemente Selene podría haberla ayudado, pero ella no quiso escucharla y huyó de su lado. Demasiado tarde. Apenas dos muertos la separaban de los feroces perros. Y entonces le vino a la cabeza la última imagen de Selene que se le había aparecido en esa escalera angosta, le estaba cantando la nana que tanto le gustaba, y recordó también el cuento que le explicaba Deméter junto al fuego. Era la leyenda de Orfeo y de cómo Orfeo consiguió burlar al Cancerbero con su música. Era eso. Selene y Deméter le habían dado las claves para conseguir superar ese escollo. La música.

La muerta que la precedía acababa de pasar y Anaíd, en el preciso instante en que la primera cabeza del terrible can se inclinaba sobre su mano, comenzó a cantar la suave melodía de la nana que Selene le cantaba de niña, la nana que le hacía cerrar los ojos y dormir profundamente, la nana mágica que obró su efecto instantáneamente y consiguió que las tres cabezas se tambaleasen al unísono, abriesen sus enormes bocas en un espantoso bostezo y cerrasen sus párpados sobre sus ojos de fuego. Anaíd continuó cantando sin cesar mientras avanzaba y dejaba atrás el monstruo de las tres cabezas dormidas que en esos momentos roncaban ruidosamente. Tras ella fueron desfilando los muertos, indiferentes al sueño de los guardianes de la fortaleza.

Y Anaíd pasó el umbral de la vasta ciudad fortificada y penetró en el recinto insondable de los muertos, donde los vivos no tienen cabida.

Su presencia no pasó inadvertida. No tuvo que preguntarse dónde ir, ni cómo comenzar su periplo. Una luz extraña, parecida a un aura, la rodeó, imposibilitándole los movimientos, y una voz amable aunque estricta la conminó a escuchar en silencio.

— Tu osadía es encomiable, has descendido hasta la fortaleza de los muertos y has conseguido llegar incólume, pero tu naturaleza mortal no puede permanecer entre nosotros. Nuestras leyes prohíben que los vivos penetren en nuestra morada.

Anaíd miró desesperada a su alrededor. No veía a nadie. Quiso moverse, pero la fuente de energía luminosa la había aprisionado.

– Deseo que el Consejo de los Muertos me reciba, tengo una petición urgente.

No obtuvo respuesta y Anaíd interpretó que no había seguido el protocolo adecuado.

Se arrodilló con humildad y besó el suelo mientras pronunciaba:

– Soy Anaíd Tsinoulis, una humana que ha osado desafiar vuestras leyes, y ruego humildemente al Consejo de los Muertos que me perdone y que se digne ofrecerme una audiencia.

La voz moduló una pregunta malintencionada:

– ¿Eres de verdad humilde, Anaíd Tsinoulis?

– Lo soy y me inclino ante los muertos.

– Si eres de verdad humilde, aquí tienes nuestros pies, córtanos las uñas.

Ante el asombro de Anaíd, una larga hilera de pies blancos con largas uñas se extendió ante ella. En sus manos aparecieron unas tijeras y recordó el consejo de Selene: mostrar sumisión a los muertos y renegar de su propio orgullo.

Se inclinó ante los pies y comenzó su tarea procurando depositar en su gesto de cortar las largas uñas la abnegación que los muertos le reclamaban. No era una tarea fácil. Al cabo de muchas y muchas y muchas veces de repetir el mismo gesto sin descanso, y sin levantar ni un milímetro la nuca inclinada sobre los lechosos pies, las manos se le agarrotaron, las vértebras del cuello reclamaron desesperadamente enderezarse y comenzó a fallarle el pulso. Tenía de nuevo conciencia del dolor, del cansancio y de la dimensión de su forma humana. Pero no desfalleció, no levantó la cabeza, no abandonó su actitud humilde y no evidenció ninguna de las contrariedades que la aquejaban. Se preguntó si no estaría obligada a repetir eternamente esa tarea, si aquello no era una condena por su orgullo; en ese caso, barajó, no tenía ni idea hasta cuándo podría mantener la sangre fría y el control de sus movimientos.

Por suerte, la voz la liberó de esa eterna condena.

– Está bien, Anaíd Tsinoulis. El Consejo de los Muertos te escucha. Puedes hablar.

Anaíd percibió que a su alrededor el círculo de luz se hacía más amplio para dar cabida a todos los muertos que constituían el consejo. Apenas podía distinguir sus pies con las uñas recién cortadas. Recordó que por mucha que fuese su curiosidad, no podía mirarlos a los ojos ni levantar la cabeza ni mostrar ningún orgullo. Sólo le estaba permitido rogar y suplicar.

– Sabios miembros del Consejo de los Muertos, sabéis que mi madre Selene bajó a estas profundidades hace quince años para rogaros que retuvieseis a Baalat, la nigromante, que había infringido vuestras leyes y había burlado a la muerte con sus poderes ocultos. Sabéis también que Baalat pronunció una maldición que se cumplió. Ahora vuelve a estar entre los vivos y a causar desgracias. He venido hasta aquí para pedir os la muerte definitiva de Baalat. Que nunca más le sea permitida la salida de vuestro reino.

– ¿Y qué nos ofreces a cambio, Anaíd?

Anaíd no esperaba esa pregunta y su respuesta fue rápida, demasiado rápida.

– No tengo nada – planteó taxativamente.

– Te equivocas, posees cosas.

Anaíd hizo repaso de lo que tenía.

– ¿Mis joyas tal vez? Son vuestras si queréis. Es lo único que tengo.

– No, Anaíd. Hay otras pertenencias tuyas más apetecibles.

Anaíd suspiró. No podía ocultar nada a los muertos. No podía engañarlos. Se mordió el labio con rabia, pero lo dijo:

– ¿Os referís al cetro de poder que Baalat me robó? ¿Queréis acaso el cetro? –le dolía tanto que su tono de voz le había salido agresivo.

Intentó modificarlo y dulcificarlo, pero el simple recuerdo del cetro le quemaba la piel y de su boca no podían salir palabras de renuncia. ¿Era eso falta de humildad? ¿Falta de abnegación?

– Tened en cuenta de que, si os entrego el cetro, no podré cumplir con la misión que le está encomendada a la elegida: gobernar con equidad.

Los muertos callaron de nuevo y Anaíd, a regañadientes, y obligándose a ello, pronunció las palabras que los muertos esperaban oír:

– Os lo entregaré con gusto si es eso lo que deseáis.

Ya lo había dicho. Aunque no quisiese renunciar al cetro, se lo había ofrecido a los muertos; no tenía otra escapatoria, estaba en su poder.

Pero la voz cristalina de una muerta la corrigió.

– El cetro de poder no está en manos de Baalat.

Anaíd se desconcertó.

– ¿No? ¿Dónde está entonces?

– Lo tiene Cristine.

Anaíd notó cómo le flaqueaba la voluntad.

– ¿Queréis decir que Cristine robó mi cetro haciéndome creer que había sido Baalat?

– Eso hizo.

Anaíd sintió una angustia indescriptible.

– Me engañó, me mintió.

– Efectivamente –respondieron los muertos.

– ¿Por qué?

– Piensa tú misma en la posible respuesta. Y piensa también en otra cosa que puedas ofrecernos. Tu cetro no nos interesa.

Anaíd se alegró a la vez que se sintió desesperada.

– ¿Qué queréis? Decidme qué queréis. Os daré lo que me pidáis.

Notó un contacto frío sobre su cabeza y se estremeció. Las manos de los muertos estaban acariciando sus cabellos con lentitud, con delectación.

– Tu vida, Anaíd –susurró una voz inteligente.

A punto estuvo de levantar su cabeza, pero la mano de un muerto se lo impidió con firmeza.

– Queremos tu vida –repitió una voz dulce.

Anaíd supo que esa dulzura encubría una firmeza más peligrosa que la agresividad. Querían su vida y ella no podía defenderse.

– La vida de la elegida nos pertenece.

– ¿Por qué? –preguntó con un hilillo de voz.

– Infringiste las leyes de los muertos retornando la Dácil.
– Yo no quería – se lamentó Anaíd.
– Lo hiciste – replicó una voz más gruesa.
– Os suplico perdón – musitó arrepentida.
– La vida y la muerte no entienden de perdón. Estás aquí, entre nosotros, y ya no te irás. Has venido por tu propia voluntad al lugar donde te corresponde quedarte.
– Sólo pagarás tu deuda con tu vida, tal y como la maldición de Odi estableció.
Anaíd notó que la luz se hacía más y más y más intensa y comenzaba a lamer sus manos y sus pies como las llamas de una hoguera. Sabía que esa luz la atraparía y que perdería la vida.
Un grito desesperado se escapó de su garganta todavía viva.
– ¡No quiero morir!

* * *

– ¡No quiero morir! – gritaba la joven inuit retorciéndose desesperadamente sobre la litera de la enfermería.

– ¡Sujetadla! – ordenó Ismael Morales, el capitán del carguero, molesto.

Hacía una semana que había sorprendido a la muchacha de polizón en la bodega junto a su perro y su mirada suplicante le recordó a su sobrina. Se compadeció de ambos, hizo la vista gorda a las ordenanzas y les permitió continuar su viaje hasta el puerto de Veracruz, pero ahora esa decisión, motivada por su exceso de sentimentalismo, le traería problemas con la policía.

Al poco de atracar en puerto y antes de poder desembarcar, la chica había comenzado a gritar como una posesa y los dos miembros de la tripulación que acudieron a sujetarla y a trasladarla a la enfermería no bastaban para reducirla. Había tenido que acudir él mismo en persona para comprobar la fuerza sobrenatural de la pequeña inuit. Llegó con el médico de a bordo, más acostumbrado a desinfectar heridas o hacer pasar borracheras que a tratar el ataque de nervios de una chica. Y ahora, el médico, un inglés de Yorkshire, ni tan siquiera podía clavarle la inyección que pretendía. ¿Quién le pedía que se metiese en semejantes líos?

– ¡¡¡No quiero morir!!! – gritaba la muchacha retorciéndose y llevándose la mano al cuello como si intentase desprenderse de algún garrote que la atenazase.

– Sujetadla – ordenó el capitán Morales de nuevo.

Pero quizá el médico también hubiese tomado una copa de brandy de más, porque no acertaba con la aguja y, en lugar de clavarla en el brazo blanco y suave de la inuit, lo que hizo fue lastimarse con los dientes del collar de oso que adornaban el cuello de la chica.

– ¡Quitadle ese collar! – mandó furioso el médico.

El capitán Morales transfirió la orden a un mulato de Santo Domingo aficionado a la salsa y devoto de la Virgen de Guadalupe por parte de abuela, oriunda de Puebla. Pero el muchacho rozó un diente de oso, quedó inmóvil y negó con la cabeza.

– Me ha echado mal de ojo, capitán.

- Quítaselo te digo –exigió el médico.
– Es una bruja –afirmó el chico soltándola asustado.

El médico estaba furioso.

- ¡Maldita sea! Quitadle ese collar o mando que os cuelguen del palo mayor.

El otro marinero, un coreano, también se echó atrás. Compartía las mismas sensaciones que el marinero mulato.

- Malos espíritus.

Ismael Morales decidió actuar él mismo. A sus cincuenta y seis años sabía por experiencia que las tripulaciones podían ser obtusas y terriblemente supersticiosas, y que a veces era mejor pasar por encima de esas minucias. Así pues, acercó su mano al bonito collar dispuesto a arrancarlo, pero en cuanto lo tocó fue sacudido por un potente calambrazo. Levantó la mirada y recibió el impacto de la mirada oblicua y tremebunda de la chica, una mirada inhumana, poderosa. No lo reconocería jamás, pero había sentido miedo de verdad.

– ¡Capitán! ¡Capitán! –entró un chaval jadeando—. Los de aduanas, que le reclaman para la carga.

Una excusa magnífica, se dijo levantándose de un salto y escabullándose de colaborar con la orden que él mismo había dado de hacer callar a la chica.

– Ahora vuelvo –musitó avergonzado, sin mirar atrás y dejando al médico al mando de semejante panorama.

En su descarga se justificó aduciendo que los médicos estaban más acostumbrados a bregar con locos.

El capitán Ismael Morales regresó unas horas más tarde y de bastante mejor humor. Había compartido risas, puros y copas con los de aduanas y les había llenado los bolsillos para que le permitiesen pasar su carga sin más contratiempos. Ya se había olvidado del incidente de la muchacha esquimal y abrió la puerta de la enfermería. No estaba preparado para enfrentarse al espectáculo dantesco con el que topó.

Los muebles estaban esparcidos, arrancados, troceados y astillados; las paredes, manchadas de sangre, y en una litera yacía el cuerpo del médico.

El capitán Morales acudió a su lado y revisó su cuerpo para hallar su herida, pero pronto notó cómo su pecho subía y bajaba acompasadamente. Estaba vivo, sólo que tenía su propia jeringa clavada en su brazo. Estaba anestesiado.

Un gemido llamó su atención.

Le había pasado inadvertido el otro cuerpo. Pablo, el dominicano, estaba acurrucado contra una esquina del camarote, en posición fetal, protegiendo su cabeza y balanceándose de atrás adelante.

– Pablo, Pablo, ¿qué ha pasado? El capitán le zarandeó por los hombros y finalmente le sostuvo la cabeza para interrogarlo, pero lanzó un grito. El chico tenía el rostro pintado de sangre y una expresión de horror grabada en la retina. Era incapaz de razonar o responder a sus preguntas.

– ¿Y la chica?

Pablo comenzó a llorar y a repetir:

– El demonio, el demonio, el demonio.

Del coreano nunca más se supo nada.

CAPÍTULO XXIV

La conjura de la amistad

Había anochecido ya y soplaban viento del Norte. Clodia lo notaba en sus piernas y en sus brazos, tenía carne de gallina y eso quería decir que estaba helada de frío. Lo suyo no era el clima pirenaico. Caminaba por las callejuelas empedradas procurando pasar inadvertida, con su mochila a la espalda, comprada en el aeropuerto con la tarjeta de su madre, y un bonito sombrero de fieltro azul turquesa de alas anchas que le tapaba media cara. Se había encaprichado de él y se lo había permitido. ¿Por qué no? Como Mauro, como el bocadillo de chorizo que se comió nada más poner los pies en España, como el lujoso hotel donde había dormido y donde había desayunado en Madrid. Carpe diem. ¿Qué más daba un kilo de más, o un curo de menos, o un beso de más o menos? Lo importante era disfrutarlo y no posponerlo.

Pero ahora, en ese pueblucho helado, ventoso y vacío, aunque lleno a rebosar de perros ruidosos que ladraban a su paso, no estaba disfrutando nada. Y menos al plantarse ante la casa de Anaíd y darse cuenta de que no había ni una sola señal de estar habitada. Las puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto, las persianas echadas y las luces apagadas. Parecía bastante evidente que sus moradoras no habían salido a tomar una pizza y que no estaban a punto de regresar. El silencio era demasiado obvio. Se acercó a la pared y puso en juego sus poderes. No se oía ni una risa, ni un paso ni un... Le pareció oír un roce.

¿Y si simplemente no había nadie? Era una posibilidad en la que no había querido pensar. Toda aventura precipitada conlleva un riesgo. Su riesgo era regresar a Taormina con las manos vacías y la tarjeta de su madre en números rojos. Quizá eran dos riesgos: tendría que enfrentarse a su fracaso y a su madre. ¿Y Mauro? Tendría que sumar un tercer riesgo. Perder a Mauro.

Dejó de pensar para no añadir más madera. Siempre que se ponía a ello era tan capaz de acumular ideas maravillosas como problemas horribles. Era simplemente excesiva.

Estudió la situación con calma. Puesto que había viajado desde tan lejos, sería una estupidez quedarse en la puerta. Entraría. Con o sin llaves. Y entró a tientas. Una vez dentro conjuró una linterna y avanzó paso a paso rogando no quedar atrapada en ninguna telaraña pegajosa. A buen seguro que el grito se oiría en Varsovia. Los bichos que le daban más asco del planeta Tierra eran esas repugnantes arañas peludas montañesas de muchas patas con los ojillos colgando y la boca babeante de hilo y repleta de sierras tremebundas para despedazar a sus víctimas. Y eso que no eran insectos. Lo tenía claro porque siendo niña su profesor de naturales le metió un rollo insoportable corrigiéndola por llamar insecto a una araña. Era cosa de patas. Que si seis, que si ocho. ¿Y qué importaba si un bicho de esos tenía seis u ocho patas? Fuesen las que fuesen, así, a simple vista, parecían un montón. Y ya

podían llamarlas insectos, arácnidos o bestias. Le continuarían dando el mismo asquito.

Y de pronto la vio. Estaba ahí, esperándola a ella. Una inmensa araña. Clodia estaba convencida de que así era y en ningún caso se le ocurrió que ella fuera algo paranoica. Era una sombra de un bicho gigantesco compuesta por unos tentáculos largos, muchos –no los contó, claro–, más o menos a bulto, los que tiene una araña.

Clodia no gritó con un grito espeluznante. Clodia no se desmayó ni echó a correr. Clodia sacó arrestos de su sangre siciliana y, saltando como hicieron sus antepasadas sobre los primeros romanos que cayeron en su isla, arreó un buen porrazo con la linterna a la supuesta araña.

Enseguida se dio cuenta de dos cosas.

De que las arañas no gritan y de que no era tan cobarde como creía.

Recogió la linterna del suelo y enfocó a su víctima. Era ni más ni menos que la mano larga y esbelta, con sus cinco dedos, de una chiquilla con cara asustada. Clodia se disculpó como pudo.

– Lo siento, creía que eras una araña.

En cuanto lo hubo dicho, le pareció la excusa más absurda del mundo. Pero la niña sonrió y a Clodia le pareció ver una preciosa mariposa volando sobre su rostro. Era una sonrisa amable, cariñosa. Le tendió la mano y la ayudó a levantarse.

Congeniaron enseguida. Dácil y Clodia hicieron buenas migas en cuestión de minutos. A su manera, a su estilo, ambas compartían la misma preocupación: Anaíd. Y de forma tácita y sin confesárselo, tenían el mismo propósito: ayudarla.

Sin embargo, Dácil tenía muchísima más información que Clodia. La puso al corriente en la cocina, mientras comían unos deliciosos espaguetis a la carbonara cocinados con un hechizo prohibido. Clodia masticaba ansiosa.

– Entonces, ¿Anaíd ofreció el filtro de amor bebió de la copa prohibida y formuló el conjuro de vida?

Dácil la defendió.

– La condesa la engañó y me salvó la vida a mí.

– Qué horror.

– Ella no quería...

– Pero lo hizo –afirmó Clodia, práctica.

Dácil se estremeció.

– Está maldita y morirá.

Clodia no lo entendió bien.

– Es una Odish. No puede morir.

Dácil se empecinó.

– Oí a Selene perfectamente. La maldición de Odi la condena a morir.

Clodia se atragantó. Una cosa era matar a un conejo, otra era hablar de la muerte de una amiga.

– ¿Pero cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde?

– En el Camino de Om, en el reino de los muertos. Si entra, no podrá salir.

Clodia estaba horrorizada.

– ¿Quieres decir que Anaíd iba a emprender el camino ella sola?

Dácil asintió. Estaba familiarizada desde muy joven con ello y no le producía miedo, pero era comprensible que la sola mención del camino de los muertos helase la sangre a los vivos.

– Pero no lo hará.

– ¿Cómo puedes estar tan segura?

– Ariminda se lo impedirá.

– ¿Quién es Ariminda?

– Mi maestra, la encargada de abrir la puerta a la elegida y conducirla a la morada de los muertos.

Clodia sintió frío.

– ¿Y por qué se lo impedirá?

– Yo misma la avisé de su llegada. Yo le pedí que la capturase y que no la dejase entrar en el reino de los muertos.

Clodia se tranquilizó.

– Y si no entra en el camino, ¿adónde se dirigirá?

Dácil se encogió de hombros.

– Se supone que donde esté el cetro de poder. El cetro la atrae, ella irá donde esté el cetro.

Clodia se frotó las manos. Llegados a ese punto podría ser útil. Se quedó mirando a Dácil.

– ¿En este pueblo hay conejos o gallinas?

Dácil abrió los ojos asombrada.

– ¿Te has quedado con hambre?

La risa de Clodia sí que se oyó hasta en Varsovia, pero era tan fresca y natural que fue un magnífico augurio, como la gallina sacrificada que Dácil consiguió con mucha maña.

Las vísceras, esa vez, hablaban claro, pero aunque Clodia se esforzase en enseñar a Dácil a desentrañar el misterio de los surcos y los signos que escondían, la niña guanche sólo veía pedazos sanguinolentos de hígado, riñones, pulmones y corazón. Atendió con ganas de vomitar a los vaticinios de Clodia.

– ¿Ves este reguero de aquí? Significa una humareda, y este espacio es agua, y esta vena, fuego. Sólo puede ser un volcán, un volcán en erupción cerca del mar.

Dácil se llevó la mano a la boca.

– El Teide.

– O el Etna, o el Vesubio, o el *Snaefellsjökull*. Hay muchos volcanes en islas o cerca del mar. Pero el corazón nos indica otra cosa. ¿Ves este surco tan pronunciado? Es un arma. Y la mano que la sostiene indica un guerrero. Y esta curva dulce indica mujer, y esta señal... puede ser aburrimiento...

Clodia comenzó a barajar hipótesis.

– El guerrero aburrido y su mujer. El aburrimiento de la lucha de las mujeres. La guerra de las aburridas mujeres. Los aburridos guerreando ante sus mujeres...

Dácil se estaba durmiendo. Y Clodia la zarandeó.

– Ayúdame, por favor, piensa.

Dácil se inclinó y bostezó.

– Lo siento, pero cuando me da el sueño...

Clodia abrió los ojos y aplaudió.

– ¡Sueño! Eso es. Tedio, aburrimiento, sueño. Son sinónimos.

Dácil se asombró.

– ¿El guerrero con sueño?

– O el sueño del guerrero.

Ninguno de los dos enunciados le sugería nada. Pero Clodia no se dio por vencida.

– El guerrero somnoliento.

– O dormido.

– ¿Y por qué el guerrero siempre? ¿No has dicho que había una mujer?

Clodia se avergonzó de su pensamiento misógino. La aplaudió.

– ¡Eso es! ¡La mujer dormida! ¡Ya lo tengo!

– ¿Y el guerrero humeante?

– Es el que sostiene la antorcha. Es la montaña humeante, el guerrero que veló el sueño de su amada, la doncella blanca, dormida. Muerta.

– ¿Y qué significa?

– El nombre con el que se conoce al volcán Popocatepetl y a la montaña Iztaccíhuatl.

Las dos callaron. Dácil se frotó los ojos. Se había despertado de golpe.

– ¿Y dónde están?

– En México. En América.

Dácil se ilusionó.

– Mi madre también está en América. Vive en Nueva York.

– ¿Sabes qué hora es allí?

– Como unas siete horas más temprano.

Clodia estaba haciendo sus propias elucubraciones.

– Entonces les pillamos a buena hora. Es media tarde. ¿Hay Internet en esta casa?

Por supuesto que había, y si no hubiera habido conexión, la hubieran conseguido.

Clodia era una buena internauta. Navegó por las comunidades del clan de la serpiente, el jaguar y el colibrí y con cuatro preguntas certeras a las jóvenes Omar a quienes conocía, consiguió que la comunidad Omar de la tribu azteca se revolucionara completamente. Enseguida comenzaron a llegar datos inquietantes. En efecto. Una muchacha Omar del clan de la serpiente, gran bailarina de cumbia, había detectado un movimiento anómalo de posibles Odish en un hotel de Catemaco, al sur del puerto de Veracruz. A Clodia le faltó tiempo para recabar información sobre las supuestas Odish.

Al cabo de unas horas disponía, con la ayuda de Dácil, que le daba consejos lingüísticos *algo sui generis*, de un dossier completo de la identidad de las mujeres que se alo-

jaban en el hotel. Todo gracias a una Omar camarera del clan del colibrí, tan diminuta y rápida como su tótem, que consiguió meter sus narices en todos los rincones prohibidos del hotel. Les proporcionó nombres, horarios, documentaciones y hasta fotografías. Dácil reconoció sin vacilar a la responsable de las reservas: Cristine Olav. Al parecer custodiaba una caja de joyas muy preciada que guardaba en la caja fuerte entre grandes medidas de seguridad y que a menudo obligaba a sacar para llevarla consigo a las reuniones que periódicamente mantenía con sus compañeras de convención.

– Es su abuela –la identificó Dácil con facilidad.

– ¿Una Odish? –se extrañó Clodia, ignorante del linaje de su mejor amiga.

– Sí. Vivían juntas en la cueva del robledal. Le proporcionó la poción del olvido para Roc y ofició el salto al pasado. Hasta que desapareció al día siguiente de nuestro regreso del castillo de la condesa.

– ¿Y el cetro? ¿Cuándo desapareció el cetro?

Dácil hizo memoria.

– Anaíd se volvió loca buscándolo. Fue al regresar del pasado. Sí, al día siguiente. Creía que lo había robado Baalat.

– Entonces, el cetro y Cristine desaparecieron el mismo día.

Dácil no había caído en esa coincidencia.

– Es verdad.

Clodia fue tajante:

– No lo robó Baalat. Fue Cristine.

– ¿Y qué haremos?

Clodia desconectó el ordenador y bostezó ostentosamente.

– Ahora mismo, a sobar se ha dicho.

A Dácil le pareció una magnífica idea. Y se durmieron con la misma fe y el mismo entusiasmo que habían puesto minutos antes en sus pesquisas.

No abrieron los ojos hasta que los estómagos rugientes les reclamaron comida y les hicieron darse cuenta de que llevaban todo un día durmiendo. Al encender de nuevo el ordenador se encontraron con la sorpresa de que estaba absolutamente colapsado por la cantidad de *e-mails* recibidos desde todos los rincones de México. En todos los lugares habían dado la voz de alarma sobre esa anómala concentración de Odish que ya se estaba dejando notar en los lugares cercanos.

Dácil y Clodia contenían el aliento al conocer los desmanes y atropellos cometidos por las hermosas Odish. De nuevo, niñas y bebés Omar eran las víctimas predilectas de las sangrientas damas. Pero el más desconcertante de los mensajes era uno dirigido a Clodia y firmado desde Creta por su madre Valeria: No os mováis de ahí, venimos inmediatamente.

De lo cual Clodia dedujo que en la convención de brujas Omar de Creta habían recibido información sobre sus averiguaciones, su correspondencia, y las habían localizado. También sacó la conclusión de que su madre estaba rabiosa y quería venganza. Pero no hacía ninguna alusión a su cuenta corriente y eso quería decir que se había olvidado de la existencia de la tarjeta en sus manos. Mejor, eso significaba que no la había anulado. Aún

podría continuar usándola.

– Está bien, Dácil, escúchame. Tenemos que ir hasta el Popocatepetl para recuperar el cetro de poder de manos de las Odish y esperar allí a Anaíd. Nosotras somos la clave de su salvación.

– ¿Nosotras? ¿Por qué?

– Porque la queremos. Tú y yo la queremos a pesar de todo. ¿Sí o no?

Dácil afirmó. Si de una cosa estaba segura era de su devoción y cariño por Anaíd. Y no porque le debiera la vida.

Clodia husmeó por las estanterías repletas de libros de la habitación de Anaíd sin hallar lo que buscaba.

– ¿Conoces el libro de Rosebuth y sus teorías sobre la salvación de la elegida maldita?

Dácil estaba un poco verde.

– No lo recuerdo.

Clodia no encontró el libro de Rosebuth, pero recitó de memoria:

El secreto del amor bien pocas lo saben.

Sentirá una sed eterna,

sentirá un hambre insaciable,

pero desconocerá que el amor

funde y derrite

y alimenta y sacia

la fuerza monstruosa del mal

que habita en las profundidades

de su corazón de elegida.

La cara de escepticismo de Dácil bien se merecía una explicación. Clodia se sintió sabia.

– Anaíd creía en Rosebuth. Cuando ella estaba segura de que Selene era la elegida, me dijo que podría salvarla con su amor. El amor es la clave.

Dácil dudaba.

– Pero tú y yo no somos las únicas que la queremos.

– ¿Ah no?

– Su madre también la quiere, aunque su obligación sea obedecer a las Omar.

Clodia recordó la dureza de Valeria.

– Con Selene no podemos contar. Pertenece a la tribu y la tribu la destruirá, destruirá a Anaíd por encima de sus sentimientos. Nuestras madres son insensibles, no tienen corazón.

Dácil se quedó sin aliento. Nunca se le había ocurrido pensar que la devoción priva de la espontaneidad.

– ¿Y su padre?

Clodia se extrañó. Ése era un privilegio insospechado. Pocas Omar conocían a sus padres.

– ¿Conoces al padre de Anaíd?

– Claro, fue él quien me consiguió mi cita con ella. Se llama Gunnar y es extranjero. Es maravilloso, guapo, amable.

Clodia se hizo un lío.

– ¿Pero no has dicho que su abuela es una Odish?

– Sí –cayó en la cuenta Dácil.

– Entonces no es de fiar.

Dácil recordó de pronto:

– Hay alguien muy importante, más importante que nosotras.

Clodia se llevó una mano a la boca.

– ¡Roc!

– Él sí que es su amor.

Clodia se frotó los labios y se acordó de Mauro. Su chico para pasar el rato. En cambio Anaíd era una romántica recalcitrante. Seguro que estaba enamorada de verdad y que, si nada lo impedía, acabaría viviendo toda la vida con ese Roc y despertándose cada mañana con la seguridad de que era el amor de su vida y el único espécimen masculino del mundo mundial. Eso era muy propio de las chicas serias y con convicciones. No de las chicas superficiales y frescas como ella.

Por suerte, Dácil se ofreció a mediar.

– Lo traeré aquí. Elena no se extrañará de verme.

Clodia suspiró.

– ¿Y qué dirá cuando le propongamos algo tan disparatado?

– ¿Tenemos los billetes? –eso fue lo que Roc dijo en cuanto Clodia y Dácil callaron tras una larguísima y complicada explicación.

Clodia se quedó boquiabierta.

– Eso quiere decir...

– Que nos abrimos ya. Si Anaíd está en peligro y me necesita, no puedo quedarme aquí perdiendo el tiempo y barajando hipótesis.

Clodia no podía creérselo. Roc era un tipo de una pieza. Con convicciones, con las ideas claras y sin prejuicios. Su historia algo vaga, algo difusa sobre los peligros a los que Anaíd estaba expuesta, su compromiso con una comunidad de mujeres y sus poderes extraordinarios no le habían amilanado.

– ¿Has entendido lo que te hemos explicado?

Roc la desconcertó aún más.

– Os habéis hecho un lío tan grande que he desconectado. Pero he deducido dos cosas: que Anaíd puede morir si no la ayudamos, y que yo tengo que estar cerca de ella.

Clodia miró a Dácil para echarle las culpas por ser tan mala narradora. Pero Dácil hizo lo mismo con ella. Clodia llegó a la conclusión de que ninguna de las dos tenía la culpa. En realidad, ¿cómo se le explica a un chico normal de carne y hueso que su chica es una bruja? ¿Y qué es la elegida de una profecía muy antigua, pero que ha sido víctima de una maldición y se ha vuelto malvada? ¿Y que depende del poder de un cetro poderoso? ¿Y que está

condenada a morir, pero que hay un tratado que permite vislumbrar una salvación?

Mejor no hurgar tanto en esos detalles que podían resultar algo incómodos para un chico vital, realista y pragmático como Roc. A pesar de ser hijo de una bruja.

Sin embargo, tenían que estar seguras de una cosa. A Clodia le dio vergüenza hacer una pregunta tan taxativa y seria sobre algo que ella misma banalizaba.

– ¿La quieres?

Roc calló y Dácil parpadeó.

– Es muy importante que digas la verdad. ¿Estás enamorado de Anaíd sí o no?

Roc las miró alternativamente a la una y a la otra.

– ¿Y ella?

Dácil saltó con espontaneidad:

– No piensa en otra cosa, está loca por ti.

Roc se molestó.

– ¿Y por qué se escurrió como una anguila? ¿Y por qué dejó de contestar a mis *e-mails*? ¿Y por qué no quiso besarme?

Clodia intervino conciliadora:

– Armas de mujer. Quería hacerte sufrir.

– ¿Y por eso la última vez que la vi me dio miedos?

– No era ella, ya estaba en peligro.

– ¿Y antes?

– Era por timidez – respondió Dácil.

Roc las miró a ambas, bajó la cabeza y admitió su situación.

– Está bien. Estoy colgadísimo de Anaíd.

– Yo también la quiero – suspiró Dácil.

– Fantástico. Yo soy insensible a la cursilería, pero pago los billetes de avión – redondeó Clodia como si se tratase de una subasta –. ¿Quién da más?

Y en ese preciso momento sonó su móvil.

– ¿Pronto?

– Le gustó.

– ¿A quién?

– Al gato de mi madre. Ahora no me deja ni a sol ni a sombra. Está lamiéndome el zapato. Gatito, gatito, miau, miau.

Era Mauro, el pirado de Mauro.

– Vaya, eso quiere decir que no pegas patadas.

– Pues eso. ¿Cuándo vienes a soñar conmigo?

– Es que... lo tengo un poco crudo.

– ¿No se ha acabado la boda?

– Qué va, está animadísima. Hemos decidido que continuamos la fiesta en Veracruz.

– ¿En México?

– Hay una salsa y una marcha que te mueres.

– ¿Y el bebé?

– Ya ha nacido, nos lo llevamos.

Se oyó un ruido al otro lado de la línea, Clodia no supo si se estaba riendo, se había caído de la silla o había tirado el teléfono por la ventana.

– ¿Has bebido mucho, no? –le espetó Mauro por fin.

– No, no, he estado pensando. Mientras los demás bailaban y bebían, yo pensaba.

– ¿En mí?

– Claro.

– ¿Y qué has pensado?

– Que no sé si eres sonámbulo.

– ¿Sonámbulo?

– ¿Lo eres? Los sonámbulos son un poco *gore*.

Silencio.

– ¿Mauro?

– Sinceramente no tengo ni idea.

– Pruébalo.

– ¿Cómo?

– Pon harina en el suelo y, si dejas huellas, es que te levantas por las noches.

Silencio de nuevo. Clodia quiso rebobinar y borrar sus últimas barbaridades, pero ya no era posible. Un suspiro desde Taormina y por fin la voz de Mauro.

– Eres una caña, tía.

Buuf. Clodia respiró profundamente.

– Llámame cuando quieras sufrir.

– ¿De verdad piensas en mí?

– Por supuesto.

– ¿Cuántas veces al día?

A Clodia otra vez se le encendieron todas las alarmas.

– Cada vez que me miro al espejo y me veo los labios.

– Yo también..., ¿sabes?...

– No te oigo, aquí no hay apenas cobertura...

– Yo sí que te oigo perfectamente.

– Lo siento, *ciao*.

Colgó resoluta y guiñó el ojo con picardía a sus amigos, que ya estaban en la puerta dispuestos a salir volando.

– Mi novio. Le estoy haciendo sufrir un poco. Le gusta.

* * *

Selene abrió la puerta de su casa con manos temblorosas y husmeó como una loba. El olor reciente de los jóvenes impregnaba el zaguán. Dejó la llave en la cerradura y no se preocupó en recogerla; sabía que detrás de ella venía Karen, y también esperaba en breve a Valeria.

– ¡Clodia! ¡Dácil! – gritó subiendo las escaleras.

Y se desgañitó recorriendo todas las habitaciones de la casa. Cuando finalmente llegó Karen, la encontró desanimada y jadeando.

– No están. Se han ido – murmuró con los ojos bajos—. Y no debe de hacer mucho rato, el ordenador aún está encendido.

Karen la obligó a sentarse.

– Respira y tranquilízate o tendré que volver a hacerte tomar las pastillas.

– A la porra con tus pastillas.

– No puedes volver a sufrir otro desmayo.

– ¿Por qué no? He perdido a mi hija ¿Qué me importa mi salud?

– Puedes perder a tu próxima hija.

– No quiero ningún otro hijo, quiero a Anaíd – gritó Selene echándose a llorar.

Karen la consoló de la única forma posible. La abrazó.

– Vamos, vamos, nadie te reconocería ahora. Conseguiste levantar a las Omar de sus sillas y lanzarlas a la revuelta. Ahora todos los clanes están en pie de guerra contra las Odish y te están aclamando como su líder. No puedes abandonarlas.

– Sí que puedo – se lamentó Selene—. Tengo que ir en busca de Anaíd.

– Anaíd no está perdida; simplemente entró en el Camino de Om – rebatió Karen.

Pero Selene la miró fijamente.

– Yo estuve en el reino de los muertos y sé que los muertos no perdonan las ofensas cometidas. No tendrán piedad con Anaíd. Mi hija no saldrá con vida.

Karen calló impresionada. Ante determinadas experiencias se sentía incapaz de oponer calma o sentido común. Selene sabía mucho mejor que ella de lo que hablaba.

– ¿No pretenderás volver a entrar allí?

Selene se mordió las uñas con desespero.

– Tú no sabes lo que es estar rodeada de muertos y sentir que la vida se va apagando dentro de ti; no sabes lo que son la soledad, el miedo, la locura y la desesperación. No quiero que eso le ocurra a Anaíd y no quiero que muera. Iré a ayudarla.

Karen la sujetó.

– Selene, no puede ser. Ya es demasiado tarde. Ahora tienes que cuidarte, estás embarazada. Piensa en esa nueva vida... Es providencial.

Selene no lloró, la fulminó con la mirada.

– ¿Pretendes decirme que he perdido una hija y que por eso la naturaleza me ofrece otra?

Karen bajó la vista avergonzada. Había querido decirle exactamente eso. En esos momentos compartía el espíritu de la sabiduría popular que compensa las pérdidas de vidas con nuevas vidas. Ciertamente, el descubrimiento del recientísimo embarazo de Selene había sido tan sorprendente como inesperado, pero era justo.

– ¿Y según tú qué tengo que hacer? – preguntó Selene con cautela.

– Tenemos que acudir a México y arrebatar el cetro a Cristine.

Selene negó.

– Eso es tarea de la elegida. Es Anaíd quien debe hacerlo.

– ¡No puede!

– Yo la ayudaré, y también Clodia y Dácil. Todos los que la queremos intercederemos por ella.

– ¿Cómo? ¿Bajaréis todos al Camino de Ora?

Selene calló; era justo eso lo que le bullía en mente.

– Las llevaré conmigo. Las dos le deben la vida a Anaíd. Podemos ofrendar nuestras vidas a los muertos, que escojan.

Karen se horrorizó.

– ¿Y qué le dirás a Valeria? ¿Que cambias la vida de su hija por la de la tuya?

Selene estaba fuera de sí.

– Anaíd es la elegida, ella nos salvará, no puede morir.

Pero Karen era médico y tenía un sentido estricto de la muerte por muy injusta que pareciese a veces.

– ¿Cómo se te ocurre intercambiar vidas ajenas? Cálmate de una vez y actúa con sensatez.

Selene reaccionó. Karen tenía razón, estaba desvariando. Es que se sentía tan desesperada, que cualquier idea que supusiese una esperanza de mantener a Anaíd con vida, por descabellada que fuese, era un clavo ardiendo al que agarrarse.

Valeria se les unió silenciosamente; había hecho sus pesquisas.

– Me he conectado a Internet y he estado consultando las últimas visitas que han hecho desde casa. He descubierto dos cosas. Que tengo una tarjeta en números rojos y que Clodia, Dácil y Roc están camino de México.

Una nueva idea bulló en la cabeza alocada de Selene. Se puso en pie.

– Rápido, vamos.

Valeria se sorprendió.

– ¿A México?

Selene reaccionó.

– Claro. Ahí están las Odish, tienen el cetro de poder; si arrebatamos el cetro a Cristine, volveremos a ser poderosas. Somos muchas Omar.

Karen suspiró, por fin Selene entraba en razón.

– Y entonces ofreceré el cetro a Anaíd y será su salvación – añadió.

Karen intentó hacerla regresar a la realidad.

– Selene, no vuelvas a las andadas. No puedes hacer nada para modificar el destino de Anaíd.

Selene apretó los puños.

– Sí puedo y voy a hacerlo.

Y ante la sorpresa de Karen y Valeria, se arrodilló en el suelo frío del zaguán y rozó los labios contra las baldosas mientras hilaba una súplica confusa.

– Señores de la muerte que reináis sobre los vivos, soy Selene Tsinoulis, a quien escuchasteis con vuestra infinita bondad años atrás y me concedisteis vuestra justa sentencia.

La tierra tembló bajo los pies de las Omar y Karen sintió cómo el miedo se adueñaba de ella.

Selene, sabiéndose escuchada, continuó.

– Oh, señores poderosos, desde la humildad de mi cuerpo mortal os suplico el perdón de mi hija Anaíd, cuya vida vosotros mismos me concedisteis.

Selene calló y el silencio se adueñó del zaguán. No había suficiente. Selene sabía cuál era el precio que los muertos aceptarían.

– Os ofrezco a cambio mi vida, grandes y generosos señores. Si Anaíd regresa al mundo de los vivos para empuñar el cetro y cumplir con su destino, acudiré hasta vosotros y me ofrendaré.

El suelo tembló de nuevo y a lo lejos se oyó el aullido solemne de la loba. Esta vez, hasta la valiente Valeria se estremeció.

– Deméter, te lo ruego, intercede por mí y por mi hija y consigue salvar su vida.

Valeria y Karen sintieron un escalofrío en su espalda al percibir la caricia de una mano fría que rozaba sus rostros y se detenía en la mano de Selene estrechándola a modo de pacto.

¿Acaso los muertos aceptaban su sacrificio?

CAPÍTULO XXV

La justicia de los muertos

La luz que envolvía a Anaíd y que amenazaba con desintegrarla parpadeó levemente. Una voz que provenía de la oscuridad circundante la había interceptado.

– Esperad, os lo ruego.

La luz disminuyó su intensidad y se alejó de ella. Los muertos atendieron al ruego y Anaíd reconoció la voz de su abuela Deméter.

– Esperad, por favor, y escuchadme. Soy Deméter Tsinoulis. Mi hija Selene y mi nieta Anaíd, de mi propia sangre, se han inclinado ante vosotros. Deseo interceder por ellas.

– Te escuchamos, gran Deméter.

Anaíd contuvo la respiración.

– Anaíd, la elegida, ha transgredido las leyes de los muertos y os ha arrebatado un cuerpo que era vuestro, el de la pequeña Dácil. Pero si bien es cierto que actuó hechizada por la maldición de Odi, y que estáis en vuestro derecho de cobraros esa vida, ella bajó hasta aquí para pedirnos justicia y rigor sobre la nigromante Baalat. No podéis desatender su petición. Por vuestra piedad y bondad, os conmino a destruir a Baalat.

Los murmullos sustituyeron al silencio y una voz del Consejo de los Muertos respondió a Deméter.

– Tu ruego es razonable. Antes de ofrecernos su vida, Anaíd tiene derecho a saber si su petición es atendida. Deliberaremos.

Deméter les interrumpió.

– Os suplico que deliberéis también sobre la misión de la elegida. Debe destruir a las Odish para que de una vez para siempre vuestras leyes sobre la vida y la muerte sean obedecidas. Por ello debe regresar al mundo de los vivos y eliminar todo vestigio de inmortalidad. Os suplico, gran Consejo de los Muertos, vuestra generosidad y sabiduría para que las profecías puedan hacerse realidad. Una vida ha sido ofrecida en su lugar. Os ruego que la aceptéis.

Anaíd sintió cómo las palabras de su abuela le hacían recuperar la esperanza perdida y, cuando los muertos se retiraron a deliberar y a su alrededor sintió un enorme vacío rodeándola, se atrevió a levantar levemente la cabeza.

– ¿Abuela? – preguntó con cautela reconociendo sus elegantes pies.

– Anaíd, cariño, has sido muy valiente.

Anaíd se sintió pequeña.

– Abuela, ¿puedo mirarte?

– Sí, preciosa.

Anaíd levantó los ojos y se extasió en la contemplación de la imagen serena de su abuela Deméter. Sus ojos grises, su largo pelo trenzado hasta la espalda, sus facciones generosas, sus poderosas manos. Sonreía con severidad. En esos momentos era todo lo que necesitaba: una rectitud condescendiente, un amor recto.

Se puso en pie lentamente y tendió sus manos hacia ella. Aunque su tacto fuese frío, irradiaba fuerza.

– Abrázame, abuela, abrázame.

Los brazos de Deméter la rodearon y le infundieron tranquilidad. Ya no estaba sola. Su respiración se acompasó y sus pensamientos confusos cobraron orden y forma.

– Abuela, no quería ser una Odish, no quería pertenecerles a ellas.

Deméter la consoló.

– Lo sé.

– No quería sentirme atraída por la sangre ni por el poder.

– Lo sé.

– A lo mejor..., a lo mejor sería preferible que muriese.

– No, Anaíd.

– ¿Y si regreso al mundo de los vivos y mi sangre Odish me impulsa a atacar a las Omar? Me volvería loca.

– Ahora ya eres consciente de ello, puedes luchar en contra.

– ¿Cómo?

– Dominándote. Sintiéndote arropada en el amor ajeno.

Anaíd suspiró.

– Me odian: Elena, Karen, Criselda, Selene, Roc. Todos me odian, hasta Dácil me traicionó.

Deméter la calmó.

– No es cierto. Dácil quería impedir que murieses; por eso avisó a Ariminda de tu llegada y le rogó que te salvase la vida.

Anaíd sintió que esta nueva información le daba el valor que había perdido.

– ¿Dácil sufría por mí?

– Y Selene.

Anaíd notó cómo se le calentaba el corazón.

– ¿Selene también?

– Ha ofrecido su vida por la tuya.

Anaíd sintió que la sangre se le paralizaba en el cuerpo.

– No puede ser.

– Lo es. Casi todas las madres estarían dispuestas a hacerlo por sus hijos.

Anaíd sintió un ahogo.

– ¿Tanto me quiere, entonces?

– Claro que te quiere, con locura.

– ¿Y Gunnar?

Deméter calló unos instantes.

– Anaíd, el gran Consejo de los Muertos está aquí.

En efecto, los muertos la rodearon y el haz de luz que la había deslumbrado unos minutos antes volvió a herir sus retinas. Incluyó inmediatamente su cabeza y se dispuso a escuchar su sentencia con resignación.

– Gran Deméter, el Consejo de los Muertos ha deliberado y ha tenido en cuenta tus ruegos. Atendiendo a vuestra petición de impedir que la nigromancia de Baalat subvierta más las leyes de los vivos, hemos decidido que Baalat debe morir. Le negamos su posibilidad de reencarnarse eternamente y jugar con la vida para arrebatarse la ajena.

Anaíd respiró aliviada. Había cumplido su misión. Baalat estaba ya vencida. Tuvo ganas de sonreír, pero aún le faltaba escuchar la decisión sobre su propio destino.

– En cuanto a la vida de Anaíd Tsinoulis, la elegida, los muertos consideramos que las profecías dejan en sus manos el destino futuro de las brujas y debe asumir el poder del cetro. Concedemos pues a Anaíd Tsinoulis la oportunidad de regresar al mundo de los vivos con la condición de que ahora nos ofrezca su inmortalidad y, una vez haya sido cumplida su misión, su vida sea ofrendada a los muertos.

Anaíd tembló. Si bien acababa de conseguir una prórroga, la espada de Damocles se cernía sobre su futuro.

Deméter, sin embargo, intervino:

– ¿Aceptaríais, a cambio de la vida de Anaíd, la de un ser querido?

– Aceptamos una vida de su propia sangre –concedieron tras otro largo silencio.

– ¡No! –gritó Anaíd–. No es justo.

Deméter la reprendió con severidad:

– Pide perdón a los muertos, sus decisiones siempre son justas.

Anaíd recobró la humildad perdida.

– Grandes y sabios miembros del Consejo de Muertos, os pido que no aceptéis ninguna otra vida que la mía. Una vez cumplida mi misión, regresaré aquí con vosotros y permaneceré en vuestro reino para siempre.

Un silencio sepulcral respondió a la petición desesperada de Anaíd. Deméter la corrigió.

– Ruego que no se lo tengáis en cuenta; es demasiado joven e impulsiva.

– Puesto que disentís en la vida que tenéis que ofrendarnos –intervinieron los muertos–, aceptaremos la primera que nos entreguéis.

Anaíd se sintió extrañamente inquieta, pero se abstuvo de objetar nada por miedo a impacientar la infinita paciencia de los muertos. Su secreto sería suyo: sólo ella sabría de su pacto y no permitiría que nadie se inmolará en su lugar.

– Os doy las gracias por vuestra bondad.

Los muertos se congregaron a su alrededor y entonaron un cántico que desgarró las entrañas de Anaíd, pero de su boca no salió un solo quejido. Luego, Anaíd giró sobre sí misma una y mil veces, como una peonza incansable, hasta volver a convertirse en un minúsculo embrión y desaparecer; enseguida el embrión se formó de nuevo y creció y creció vertiginosamente hasta regresar a su forma adulta.

Sucedió en un tiempo sin tiempo.

Y Anaíd volvió a nacer con una sola vida en su haber.

Su cansancio era infinito, aunque se sintió recompensada: volvía a ser una mortal. Había muerto para volver a vivir... ¿Se había cumplido la profecía de Odi? Los muertos dieron sus instrucciones:

– Tú, Deméter, guiarás a tu nieta Anaíd a través de los laberintos de nuestro reino y designarás a un guía para que la acompañe hasta la penumbra del cráter. Como valedora suya, responderás de su compromiso de ofrendarnos una vida.

– Gracias, grandes y generosos dirigentes de los muertos –agradeció Deméter.

Anaíd no sabía si debía permanecer arrodillada, pero cuando sintió la mano de Deméter arrastrándola, se puso en pie y la siguió.

– Rápido –le silbó Deméter al oído.

– ¡¡¡¡No!!! ¡¡¡Dejadme!!! –se oyó resonar en el recinto de la fortaleza—. ¡Soy la gran Baalat, soltadme he dicho!

La voz desgarradora y amenazante de Baalat hizo temblar las rodillas de Anaíd. Su crueldad, su maldad y su ambición habían hecho mucho daño a las Omar y a su propia familia. Bien se merecía ese final.

– ¡¡¡No podéis condenarme a la muerte eterna!!! ¡¡No podéis!!!

Baalat se rebelaba a sabiendas de que las decisiones del Consejo de los Muertos eran irrevocables, y Anaíd se alegró de esa severidad.

A medida que se alejaban oyeron los gritos ahogados e ininteligibles de Baalat, cada vez más desesperados, cada vez más rabiosos.

– Vámonos antes de que la ira de Baalat nos salpique –murmuró Deméter abriendo una puerta de la fortaleza que comunicaba con el exterior.

La voz de Baalat se fue amortiguando. La estaban atando con los cordajes del olvido. Y de pronto, no se la oyó más. La habían amordazado con silencio. Callaría por siempre y su cuerpo no podría regresar nunca jamás a la tierra de los mortales.

Anaíd se mordió los labios y lamentó que eso no hubiera ocurrido mucho antes. Si así hubiera sido, Elena tendría a su niña Diana con ella y muchas otras Omar habrían visto crecer a sus hijas y a sus hermanas.

Los muertos, tan piadosos como justos, habían condenado a perpetuidad a Baalat. Su castigo sería conservar sus deseos de vida, inalcanzables por siempre. Ésa era la peor tortura, ése era su justo castigo.

Anaíd suspiró y salió en compañía de su abuela. Deméter la guió por un pasadizo excavado tras los muros de la fortaleza que descendía un largo trecho y luego se perdía entre húmedas paredes oscurecidas por el tiempo.

– ¿No tendríamos que pasar la laguna? –se extrañó Anaíd.

– La estamos pasando por debajo.

– ¿Por qué?

– Las leyes de los muertos impiden que ningún ser vivo salga por la puerta de nuestra fortaleza. El Cancero se ocupa de ello y los muertos se jactan de que sus leyes se cumplen

escrupulosamente.

Estaban pues saliendo de aquel lugar, al que Anaíd había prometido regresar, por otra ruta diferente. No cruzaron la gran llanura ni ascendieron los valles que Anaíd descendió. Los caminos del reino de los muertos eran diversos e intrincados y sólo los muertos conocían las formas de atajarlos.

Anaíd sintió un gran cansancio al recordar el horrible y espantoso trayecto que había recorrido para llegar hasta allí. La próxima vez que regresase lo haría sin su cuerpo. La vida era una losa demasiado pesada para arrastrarla.

– Y ahora atiende, Anaíd, tenemos poco tiempo mortal y tendrás que escucharme con atención. Yo he sido tu valedora y he conseguido tu pasaporte hacia el mundo de los vivos, pero ahora deberás asumir la responsabilidad tú sola.

– ¿Qué debo hacer?

– Destruir a Cristine Olav, la dama de hielo.

En el ánimo de Anaíd algo se quebró.

– Pero...

– Ella tiene el cetro de poder. Ella es el último bastión de las brujas Odish. Ése es tu deber como elegida.

Anaíd asintió.

– ¿Y mi naturaleza Odish? ¿La he perdido con la renuncia a mi inmortalidad?

Deméter suspiró.

– No lo sé, puede que aún sientas el deseo del poder y la sangre.

– ¿Y cómo podré vencerlo?

– Ha llegado el momento de que tú domines al cetro y no al revés como ha sucedido hasta ahora.

– Ciertamente me ha dominado – admitió su debilidad –. Con el cetro en mis manos perdía la voluntad.

Deméter la tranquilizó.

– Ahora eres más sabia, más prudente y más generosa. Estás dispuesta a sacrificar la única vida que te queda para conseguir la felicidad ajena. No lo olvides, Anaíd, ésa es la clave para reinar.

Deméter se fue difuminando ante Anaíd.

– Deméter, no te vayas, todavía no.

– Vendrá otro espíritu más antiguo para acompañarte en el último tramo.

– Prométeme que Selene no sabrá nada de mi pacto con los muertos.

– No puedo.

– Abuela, quiero que Bridget me acompañe hasta el confín del mundo de los vivos.

– ¿La bruja Bridget? ¿La Omar del monte Domen?

– Sí. Te lo ruego, abuela, es mi último deseo.

Deméter se desvaneció súbitamente y Anaíd quedó huérfana de compañía y se dio cuenta de lo duro que era estar sola. A los pocos instantes, una voz grave y armónica la sacó de sus tristes ensoñaciones.

– ¿Me has llamado?

Una bellísima mujer con una gran mata de pelo rubio hasta la cintura y larga falda se había manifestado ante ella.

– ¿Eres Bridget? – parpadeó sorprendida Anaíd –. ¿La bruja que lanzó su maldición en el monte Domen?

Bridget, a su vez, la reconoció.

– ¿Eres tú la elegida? ¿La elegida de la profecía?

Anaíd supo que en ese momento su pelo era completamente rojo tal y como la profecía anunciaba.

– En efecto, soy la elegida, Anaíd Tsinoulis, hija de Selene, nieta de Deméter, del clan de la loba, y deseo pedirte a ti, el espíritu de Bridget, un gran favor...

Y Bridget, la bruja indomable del monte Domen, que no se amilanó ante los soldados ni la hoguera, y que mientras moría pronunció la maldición que condenaba a los amantes del monte Domen a vivir en desgracia el resto de sus días, se arrodilló humildemente ante la elegida.

– Todos los favores que te pueda conceder serán tuyos.

* * *

La muchacha avanzaba por las calles de la ciudad de Veracruz con su fiero perro *husky* firmemente sujeto de la correa. A nadie llamaba la atención su pelo largo y enmarañado, su exótico collar de dientes de oso y su aspecto desaliñado. Muchos peregrinos venían desde muy lejos para encomendarse al saber de las brujas. Muchos arrastraban consigo penas y enfermedades que sólo la sabiduría ancestral de la magia era capaz de sanar.

A aquella hora fronteriza entre los últimos noctámbulos y los primeros madrugadores, ninguna guitarra rasgaba la noche y alegraba el cuerpo con ritmos de bambas y huapangos. Las arcadas bajo las que se refugiaban los viejos cafés y las orquestinas estaban vacías, y las blancas fachadas solitarias de sus edificios recibían la luz fantasmagórica del amanecer sin las sombras de los paseantes.

Por eso nadie se fijó en ella ni se sorprendió de su extraño comportamiento cuando se arrodilló junto al perro y lo besó antes de atar su correa firmemente; tres vueltas dio, una detrás de otra, a una farola parpadeante.

Luego, la muchacha se alejó del hermoso animal que, al comprender que lo abandonaba, luchó denodadamente con su correa para liberarse y correr tras su dueña. Fue en vano.

Y mientras la figura de la chica se perdía entre las callejuelas sucias de la ciudad portuaria, el *husky* elevaba su hocico triste a la luna aturdida de luz matutina y aullaba largamente con un aullido desgarrador. Una bruja Omar del clan del colibrí despertó de su duermevela y formuló un conjuro rápidamente. Era un mal presagio.

CAPÍTULO XXVI

En la falda del Iztaccíhuatl

Anaíd se sintió cálidamente acogida. Unas manos amorosas, acostumbradas a traer niños al mundo y masajear pieles sin estrenar, amasaban sus músculos cansados uno a uno, con profesionalidad, como si su cuerpo fuese la masa dulce y esponjosa de un pastel de manzana a punto de meter en el horno. Le retornaron la sensibilidad, el tacto y las cosquillas.

– No, por favor, no aquí no.

Tenía unas terribles cosquillas en la planta de los pies y las manos mágicas se habían empeñado en descubrir los recovecos de su talón y su puente, arrancándole enormes carcajadas.

– ¡Ahí, no, no que me muero!

Las manos se detuvieron inmediatamente.

– No, mi amor, no se me muera. Acaba de regresar de la muerte, que yo la encontré medio muerta.

Esa voz cálida, su propia risa, las cosquillas, el frío que sentía en las piernas y una ligera pero pertinaz sensación de hambre le permitieron deducir una cosa sencilla: estaba viva. ¡Qué maravilla!

Abrió los ojos inmediatamente y contempló a la espléndida mujer que la acunaba en su regazo como si fuera una niña. Y así se sentía Anaíd con su cara hundida en el mullido pecho de una matrona de piel cobriza con rasgos indígenas, ataviada con un ornamento peculiar, una media luna de plata suspendida del tabique nasal.

– ¿Dónde estoy?

– Bienvenida al mundo de los vivos, mi niña. Está usted en la cueva de Mipulco, en la cañada de Mipulco, a los pies de Rosita.

Anaíd no comprendió bien.

– ¿Te llamas Rosita?

La risa fresca y desenfadada de la mujer la convenció de que efectivamente la mujer también estaba bien viva.

– Mi nombre es Coatlicue Yacametztlí, hija de Xóchitl y nieta de Cuauhtli, del clan de la serpiente de la tribu azteca. Rosita es el nombre de nuestra montaña, la mujer blanca, la hermosa Iztaccíhuatl.

Una Omar. ¿La había reconocido?

– ¿Y el Popocatepetl?

– El Popo está aquí mismo, don Goyo está en la esquina velando a Rosita.

Vaya. Eso quería decir que había salido en el lugar adecuado. ¿La estarían esperando

las Omar? ¿No sería una trampa? O a lo mejor no sabían quién era ella.

Anaíd quiso presentarse, pero tenía la boca seca y las palabras se le encallaban en el paladar.

– Soy Ana... noulis...

– No hable, m'hijita, y beba, que tiene la garganta seca, y coma también unas migajas para reponer fuerzas. Y escúcheme bien que tengo que platicar con usted seriamente.

Le ofreció un cuenco con una bebida blanca y se lo acercó a la boca ayudándola a beber. Era una bebida alcohólica y se atragantó, pero la buena mujer insistió.

– Beba, m'hijita, es pulque, aguamiel fermentado del maguey, bebida sagrada que sana a los enfermos.

Anaíd obedeció y sintió un agradable cosquilleo que retornó el calor a su cuerpo.

– Y ahora, m'hijita, usted y yo haremos una linda plática a solas.

Anaíd la escuchó atentamente.

– Sepa que todas se han vuelto locas y que en su mano he detectado el signo de la cordura de las lobas, la señal de los dientes de la gran loba madre. Y mis manos descubrieron su energía. Si es usted poderosa, m'hijita, ayúdeme a que recuperen la sensatez.

Anaíd no la comprendía.

– ¿Quiénes se han vuelto locas?

– Las jaguar, las colibrí, las serpientes emplumadas... Andan como gallos peleoneros lanzando bravatas y consignas de guerra y diciéndose unas a otras que vencerán a las Odish.

Anaíd continuaba sin entender muy bien. ¿Los clanes jaguar, colibrí...? ¿Las Omar se estaban armando? Anaíd sonrió. ¿Era posible que por fin las Omar hubieran abandonado su actitud victimista?

La matrona de grandes pechos tomó delicadamente entre sus dedos unas pastitas fritas del tamaño de un dedo meñique, las metió dentro del pan, le hizo una torta, las untó con un poco de chile y se lo ofreció a Anaíd.

– Coma, m'hijita, que quedó muy débil. ¿De dónde vino? ¿Hizo un largo viaje?

Anaíd asintió para darle a entender que su viaje había sido fatigoso y largo, pero la mujer pareció no verla. Anaíd masticó con hambre, era muy sabroso.

– En cuanto recupere sus fuerzas me ayudará a poner orden. Parece muy joven, pero con su marca y su carisma la respetarán. Mi sobrina ya no me escucha ni me obedece, está aprendiendo a luchar con una serpiente etrusca descarada de pelo corto que se desdobra ante las Odish con su *atame* y salta como una pulga – alzó la cabeza hacia el techo de la cueva y juntó las manos en una plegaria –. ¿Acaso la madrecita O se largó y nos abandonó?

– ¿Aurelia? – se sobresaltó Anaíd.

– ¿La conoce?

– Oí hablar de ella; es la nieta de Lucrecia.

La serpiente se lamentó.

– La gran serpiente Lucrecia matriarca de la tribu etrusca fue una dama respetada, pero su nieta se chaló nomás.

Anaíd se sintió animada.

– ¿Aurelia está aquí?

– Pues claro, m'hijita, llegaron las serpientes, las lobas, las tortugas, las águilas, las osas... Llegaron por los aires a miles, las escupieron las panzas de los aviones y cayeron sobre las cañadas como una plaga.

Era extraño. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que Anaíd se hundió en las profundidades del Camino de Om?

– ¿Qué día es?

– Para ustedes día 20.

– ¿De qué mes?

– De septiembre.

Anaíd se atragantó. Habían pasado tres largos meses desde que desapareció en las profundidades del Teide. ¿Qué había sucedido en ese tiempo? Dio un enorme mordisco a su deliciosa tortita. Bebió un poco más de pulque y tragó los últimos restos del manjar chupándose los dedos. Las Omar habían decidido actuar y aquella matriarca no la había reconocido. Creía que era una de tantas. ¿Tal vez su pelo estuviese tan sucio que no se reflejase su color rojo?

– ¿Y dónde están las Omar?

– M'hijita, están rodeando a las inmortales, pero yo me vine para meditar con mi Rosita, que es sabia y me escucha. Y llegó usted a mi cueva sin que yo la esperase. La encontré medio muerta y usted fue una señal que me envió el fuego. Y aquí estoy alimentando a la enviada del clan de la loba para que ponga orden en este gallinero.

– Tía Coatlicue, ¿qué está silbando al oído de la loba?

Anaíd miró hacia la puerta. A contraluz, una muchacha morena vestida con vaqueros y polar, y ataviada con el mismo ornamento de la media luna que su tía, estaba en la puerta de la cueva con el *atame* en mano.

– Nada que no sepan ustedes. Y guarde el *atame* en mi presencia, es de muy mala educación entrar armada en la cueva.

La joven se asombró.

– ¿Cómo lo vio? ¿Es usted ciega o nos engaña?

Anaíd, horrorizada, pasó una mano ante la mirada hierática de Coatlicue. Sus ojos no siguieron su movimiento y se dio cuenta de que Coatlicue no había visto su pelo rojo puesto que era ciega. Se sintió muy apurada y buscó con la mirada algo con lo que ocultarse. Un bonito mantón bordado le sirvió de excusa. Lo pasó por su cabeza y sus hombros y sonrió aparentando tranquilidad a la recién llegada que, deslumbrada por la luz, se estaba acostumbrando a la oscuridad de la cueva. Y se dispuso a fingir...

– Veo que la decisión de luchar no es bien recibida por la matriarca del clan de la serpiente azteca.

La muchacha guardó su arma.

– Las matriarcas son reacias a los cambios por naturaleza.

Anaíd leyó determinación y algo que hacía tiempo que no hallaba en la actitud de las Omar, valentía. Lamentó no poder dar su auténtico nombre.

– Diana Dolz, hija de Alicia, nieta de Marta, del clan de la loba.

La chica se acercó a Anaíd y con ojos limpios se presentó arrodillándose ante ella.

– Metztli Talpallan, hija de Itz'papálotl y nieta de Omecíhuatl, del clan de la serpiente.

Y la abrazó con cariño. Anaíd se sintió reconfortada y Metztli olisqueó el cuenco que había junto a su tía.

– Vaya, mi querida tía Coatlicue pretendía comprar tu fidelidad con un puñado de gusanitos de maguey.

Metió la mano, sacó el puño lleno y se lo metió en la boca con glotonería.

– Humm – se relamió Metztli –, riquísimos.

Anaíd sintió mucho asco. Miró fijamente el cuenco creyendo que tal vez los gusanitos fuesen un eufemismo. Pero no. Eran gusanos asquerosos de verdad, con ojos, con anillos y con su forma característica. ¡Y ella se los había comido! Hubiera tenido que vomitarlos, pero decidió que no lo haría. Eran sabrosos, nutritivos y, al fin y al cabo, mientras los comía no sabía que fueran gusanos.

Coatlicue se levantó de su piedra refunfuñando, alcanzó una pipa a tientas, la relleno con tabaco y se dispuso a prenderla. Metztli dio un codazo a Anaíd.

– Está enfadada, está muy enfadada con las luchadoras.

Anaíd se emocionó.

– ¿Entonces es cierto? ¿Vamos a presentar batalla a las Odish?

– Por la luna Metztli que ilumina las noches y me da nombre, tan cierto como que si sales ahí fuera y te fijas bien, en cada loma, en cada cerro, bajo cada sabina hallarás a una Omar armada y a la espera del gran momento.

A Anaíd se le hizo un nudo en la garganta.

– ¿El gran momento?

Metztli dio un largo trago y se limpió los labios con delectación.

– Tu loba nos guía. Ella ha sido quien nos ha instruido sobre la estrategia.

Y le ofreció el pulque.

– ¿Qué loba?

La joven se asombró.

– ¡Selene! ¡La elegida!

Anaíd sintió cómo las rodillas le flaqueaban y bebió un trago de pulque antes de preguntar con incredulidad:

– ¿La elegida?

– Sí, Selene, la elegida, tomará el cetro de poder de manos de la dama de hielo y la destruirá.

Anaíd repitió como una autómatas.

– La dama de hielo ya está aquí.

– ¿De dónde sales? Claro que está aquí, con todas sus Odish, que vinieron tras ella desde Veracruz. Es su gran reina. A lo mejor no te has enterado, pero Baalat por fin ha sido destruida.

Anaíd fingió absoluta ignorancia para saber qué bulo corría entre las nuevas Omar

guerreras.

– ¿Y quién destruyó a Baalat?

Metztli se asombró.

– La elegida, naturalmente. Selene es una loba de la tribu escita que vive en las montañas del norte de España.

– Algo he oído.

Metztli suspiró con admiración.

– Tendrías que verla. Selene es alta, valiente, tiene el pelo rojo y llama a las cosas por su nombre. No tiene miedo a nada ni a nadie y sacrificará su vida si es preciso para salvar a las Omar.

Anaíd se sintió mareada. Esa grandeza, esa honestidad, esa valentía que ella hubiera deseado transmitir eran patrimonio de su madre. Metztli estaba entusiasmada y el entusiasmo de la joven, en lugar de alegrarla, la amargaba. ¿Sentía celos? ¿Envidia? ¿Rencor?

– ¿Y sabéis cuáles son los planes de las Odish? Metztli asintió.

– La dama blanca y sus sanguinarias Odish están preparándose para officiar la gran ceremonia de mañana y consagrar el cetro de poder en el Tetzacualco del Popo, con el primer rayo de sol equinoccial –y se permitió aclarar el término al darse cuenta de la cara de desconcierto de Anaíd–. El Tetzacualco es un adoratorio que recibe el primer rayo de sol. Las Odish celebraban allí sus ceremonias sangrientas desde antiguo y ofrendaban niñas Omar.

Anaíd se estremeció.

– ¿La dama blanca será la portadora del cetro?

Metztli afirmó.

– Pero no saben que las tenemos rodeadas.

– Os tienen que haber visto a la fuerza, son muy poderosas –objetó Anaíd.

Metztli sonrió.

– Nos hemos impregnado de invisibilidad. Por primera vez hemos usado estrategias de lucha. Las Odish están tan acostumbradas a creerse todopoderosas, que ni siquiera han considerado esa posibilidad. Nos han confundido con un puñado de Omar descontentas.

Anaíd sintió como el corazón le latía con demasiada rapidez.

– ¿Y qué haréis mañana?

– Atacaremos, y la elegida tomará el cetro que le pertenece.

– ¿La elegida?

Metztli asintió.

– Selene. Y se cumplirá la profecía de O.

Anaíd se puso lívida y quiso gritar. De pronto, toda la generosidad y la benevolencia hacia las Omar se esfumó. Eran tramposas, la habían acogido hospitalariamente para anular su voluntad con halagos, pero se equivocaban si creían que en su larga ausencia podrían sustituirla. El cetro era suyo. La elegida era ella y no permitiría que Cristine y Selene se disputasen lo que era suyo y sólo suyo. En ese instante sintió la quemazón urgente en la palma de su mano y la angustia por poseer el cetro volvió a dominarla: un sentimiento

mezquino, vengativo, inmediato. Intentó someter su rabia e invocó a Deméter; recordó entonces su compromiso con los muertos y con su abuela, su última misión, la que tenía que realizar antes de morir.

Metztli se dio cuenta del cambio que se operaba en la recién llegada.

– ¿Te sientes mal? ¿Qué te ocurre? ¿Te pasa algo en la mano?

Y pretendió cogérsela, pero Anaíd la retiró con violencia.

– ¡Déjame! – gritó colérica escondiendo la mano iluminada tras su espalda.

Salió corriendo para esconderse a solas en el fondo de la cueva. Allí, en un rincón, jadeó asustada. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué sentía esa rabia y ese deseo de venganza? ¿Por qué el cetro la dominaba cuando perdía el control de sus sentimientos? ¿Era quizá que no se sentía amada por sus seres queridos? Podría ser eso. La idea de que Selene o Cristine la traicionasen hacía renacer su odio y anular cualquier contrición.

Pidió ayuda a su hermana de leche, Sarmik. Pero al atraer su mente hacia ella, en lugar de obtener respuesta, un rugido atronador conmovió la cueva. Anaíd se sobresaltó, las paredes habían temblado. Salió al exterior donde estaban las dos Omar. Coatlicue fumaba parsimoniosamente de su pipa y expulsaba blancas volutas de humo.

– Lo siento – se disculpó Anaíd –. A veces tengo miedo.

Metztli y Coatlicue, las dos, le cogieron la mano, comprensivas. Anaíd notó cómo el bienestar de su energía volvía a invadirla.

El rugido atronó de nuevo la cañada. Metztli señaló con la cabeza. Ahí, muy cerca, como un coloso en llamas, el gran volcán Popocatepetl, de blancas cumbres, ardía y lanzaba una columna de humo poderosa.

– Está inquieto. Tendremos que aplacarlo con un sacrificio – comentó Coatlicue.

– Hace mucho tiempo que está inquieto – le respondió su sobrina.

Su tía se ratificó.

– Por eso. Está esperando a su víctima.

– Ya pasaron esos tiempos, tía.

– Hay cosas que nunca pasan Meztli, hay cosas eternas y una de ellas es el hambre de don Goyo. Yo sé lo que pide.

Metztli calló y en lugar de contradecirla, como era su estilo, contempló a su tía con respeto y comentó a Anaíd:

– Es una guardiana del fuego, una *granicera*.

– ¿Una qué?

– La tocó el rayo y quedó ciega. Por eso el volcán y ella platican.

Anaíd se estremeció y Coatlicue lo notó.

– ¿Tienes miedo, m'hijita?

Anaíd lo admitió.

– ¿Qué dice el Popo?

– Don Goyo dice que esperará nomás un día y luego los muertos se cobrarán su deuda.

Un día. Un solo día para recuperar su cetro, destruir a Cristine, eliminar a las Odish y

luego sacrificarse para cumplir con su promesa. No podía perder el tiempo.

Se escabulló sin que ninguna de las dos serpientes advirtiera su desaparición. No tenía que preocuparse por la dirección que seguir. Su mano ardiendo era su brújula.

* * *

El *husky* de ojos azules corría montaña arriba con determinación. Su correa estaba mordida y se enredó entre unos matorrales produciéndole un súbito tirón. Pero el perro no se amilanó. De una arremetida se desprendió del obstáculo y continuó trepando por la ladera del volcán.

Hasta que la encontró.

Ella caminaba paso a paso con la cabeza baja y la respiración jadeante. Era pequeña y de apariencia frágil, como una muñeca de porcelana, pero engañaba. Tenía las piernas fuertes, los pulmones anchos y los dientes de acero. Sin embargo, comenzaba a acusar la falta de oxígeno. Estaba casi a cinco mil metros y el esfuerzo de la ascensión se complicaba por la altura, el viento gélido y las piedras volcánicas agudas y lacerantes que se clavaban en sus pies a través de las suelas de las botas.

Estaba a punto de alcanzar Las Cruces cuando el perro dio un salto y se lanzó encima de ella. Cayeron los dos al suelo, como un gigantesco monstruo que se revolvía y giraba sobre sí mismo en una batalla desigual. Los gritos de la chica fueron silenciados por los fuertes ladridos del animal que, feroz y resolutivo, con el instinto de sus antepasados los lobos, la inmovilizó con sus cuatro patas y acercó peligrosamente su morro al cuello de la chica.

– ¡Nooooo! – gritó la muchacha temiendo lo que se le avecinaba.

Pero el *husky* no le hizo caso y con su lengua áspera lamió sus orejas, su naricilla, su cara de porcelana y sus ojos rasgados una y otra vez agitando la cola.

– Teo, déjame, déjame te digo – ordenó Sarmik intentando en vano ponerse en pie y liberarse de su peso –. ¡Teo, *uk!* – ordenó con la autoridad del conductor de trineo.

Teo respondió a la orden, se echó a un lado con mansedumbre y le permitió incorporarse.

Sarmik se quedó contemplándolo con ojos hoscos. Estaba contrariada.

– Muy mal, Teo, muy mal. Sabías que no podías venir. ¿Lo sabías, verdad?

El *husky* emitió un gemido y bajó la cabeza hasta hundirla entre sus patas delanteras. Había desobedecido a su ama.

– Te até con la correa para que no me siguieras y tú la mordiste, eso está muy mal.

El perro la escuchaba con la cabeza gacha.

– Tendría que castigarte...

Teo, esa vez, asumió su falta y la miró con la inocente honradez con la que sólo son capaces de mirar los perros, los caballos y los niños. Su fidelidad estaba fuera de dudas y Sarmik alargó la mano y le agarró el morro; pero en lugar de azotarlo, lo acarició cariñosamente.

– Teo, Teo, eres imposible...

Teo lamió su mano y agitó de nuevo la cola.

– Es que no quiero que te espongas. Tienes que regresar. ¿Me has oído?

Teo la oía, pero no estaba dispuesto a abandonarla de nuevo.

– Va a ser muy difícil, Teo, es mi última prueba y no sé si seré capaz de superarla.

Teo la escuchaba con devoción. Sarmik cosquilleó su testuz y señaló su collar de dientes de osa.

– La madre osa me protege y con ella estoy segura. No me haces falta.

Teo, como si la comprendiera, se entristeció.

Sarmik se puso en pie, abrió su zurrón y sacó sus últimas provisiones. Un pedazo de pescado en salazón que volvía loco al *husky*. Se lo mostró, permitió que lo olisqueara y luego lo lanzó con fuerza al fondo del barranco.

– Anda, ve, ve a buscarlo Teo.

Teo dudó unos instantes y Sarmik insistió.

– A por él, Teo, a por él..

Teo se lanzó en pos de la presa siguiendo a su instinto, a su estómago y a su cadena de mando. Pero el impulso le duró apenas unos metros. Algo más profundo, quizá el amor, lo hizo detenerse, dar media vuelta y seguir de nuevo a la pequeña figura que ascendía hacia la cumbre.

Esa vez, Sarmik fue incapaz de desprenderse de su fiel *husky*.

CAPÍTULO XXVII

El pacto de sangre

S

elene estaba sentada en posición de loto, la columna erguida, la respiración pausada, los brazos majestuosamente recogidos tras su espalda y los párpados entornados. Aparentemente, su concentración era óptima, pero no tenía la mente en blanco. Por mucho que lo intentase, era incapaz de dejar de pensar y relajar el torbellino de sensaciones que acudían en tropel para mezclarse en un cóctel explosivo familiar: las emociones. Las malditas emociones habían secuestrado su voluntad otra vez y no podía sobreponerse a las noticias que acababa de recibir de sus acólitas.

Hacia tan sólo unas horas se había enterado de que Anaíd había regresado con vida del Camino de Om. Anaíd, su pequeña, su niña, estaba viva. Ésa fue la primera noticia que recibió y se sintió estallar de alegría cuando la joven Metzli le relató la aparición casi milagrosa de una joven loba en la cueva de su tía, la serpiente Coatlicue, en la falda del Iztaccíhuatl. Le explicó que tenía los ojos azules como el mar, la piel blanca y la marca de la gran madre loba en el dorso de su mano; que había recorrido un largo viaje y estaba exhausta, pero que había desaparecido como por ensalmo.

Selene la esperó con ansiedad durante horas. Por fuerza tendría que acudir a su lado para pedirle ayuda. No sólo era su madre, ahora también se había convertido en la gran matriarca, puesto que se había visto obligada a asumir el mando de la guerra y el falso papel de elegida para no dejar huérfanas de liderazgo a las Omar. Las matriarcas que conocían su secreto guardaron silencio al descubrir el poder de la fe en el mito, y la confusión creada en torno a las identidades. Sólo unas pocas conocían el nombre de Anaíd, la elegida maldita, pero callaban porque su naturaleza Odish era un secreto ominoso. Además, fue el azar el que la eligió un día en que una joven ardilla visionaria se arrodilló ante la pelirroja Selene, a orillas del lago Nahualac, cuando se disponía a organizar un batallón, y la aclamó como a la elegida. Muchas otras la imitaron, el rumor creció y, en lugar de desmentirlo, las matriarcas pidieron a Selene que asumiese ese nuevo papel. Hasta que finalmente acabó por instalarse en el ánimo de todas que Selene era la elegida de la profecía. La profecía estaba demasiado arraigada en las creencias de las Omar y no podían defraudarlas. Durante generaciones hablaron de la loba del cabello de fuego que empuñaría el cetro con su fuerza sobrenatural y se enfrentaría con su magia a las temidas Odish liberándolas de milenios de opresión. Y Selene estaba espléndida en su papel. Había iniciado una revuelta y había levantado el clamor de guerra de las gargantas de los clanes.

Cuando fue proclamada gran matriarca y fue venerada como elegida, ya era la líder indiscutible de las tropas Omar.

Pero Anaíd no había acudido a su lado.

Durante esos meses en que Anaíd estuvo ausente en el mundo de los muertos, Selene no dejó de pensar en ella ni un instante. Compartió con su hija su miedo y su angustia, y asumió todas y cada una de las terribles pruebas que en aquellos momentos debía de estar superando. Cada mañana luchaba contra la desesperación recordando las palabras de su prima Leto acerca de la elegida:

«No me consuela saber que ella, la elegida, también deberá recorrer un largo camino de dolor y sangre, de renunciadas, de soledad y remordimientos. Sufrirá, como yo he sufrido, el polvo del camino, la dureza del frío y la quemazón del sol. Pero eso no la arredrará.

Desearía ahorrarle la punzada amarga de la decepción, pero no puedo.

La elegida emprenderá su propio viaje y lastimará sus pies con los guijarros que fueron colocados para ella.

No puedo ayudarla a masticar su futura amargura ni puedo endulzar sus lágrimas que aún no han sido vertidas.

Le pertenecen. Son su destino.»

Se convenció, a su pesar, de que su destino y el de Anaíd se desgajaban para unirse más tarde. Por eso recibió con esperanza la noticia de la desaparición de Baalat y la celebró. Anaíd era fuerte y valiente, había salido triunfadora de su misión y había acabado con Baalat, se dijo. Y es pero con ansiedad su regreso inminente al mundo de los vivos. Confiaba en la palabra de los muertos que habían aceptado su sacrificio. «Mi vida por la de mi hija», les ofreció, y los muertos habían atendido su súplica y ella había recibido la caricia fría de una mano muerta que sellaba su pacto. Deméter por fuerza tenía que haber protegido a Anaíd; así se lo pidió y así creía que habría sucedido.

Por eso no había perdido la fe en su pronto regreso y cada mañana, al despertar, preguntaba a su guardia de guerreras si en la falda del volcán había aparecido una muchacha joven de piel blanca y ojos muy azules. Luego oteaba el horizonte con la firme convicción de verla llegar en lontananza.

Pero Anaíd no aparecía, la fecha del equinoccio se acercaba y no podían posponer más su ofensiva. A su pesar, tuvo que preparar minuciosamente el ataque.

Ella, con su magia y su fuerza mortales, se enfrentaría a Cristine, milenaria e inmortal, e intentaría arrebatarse el cetro. Aunque no estaría sola. El ejército de las Omar que habían acudido a luchar atacaría bajo su mando y desbarataría las defensas de las Odish.

La lucha era desigual y existía la posibilidad que esa batalla fuese un baño de sangre, pero era preferible la muerte a permanecer eternamente bajo el poder del cetro en manos de las sanguinarias Odish.

Y ahora, a pocas horas de la gran batalla, su hija, la elegida verdadera, había regresado por fin entre los vivos.

Pero Anaíd no había acudido a su lado.

Y si no había llamado a su puerta para ponerse del bando de las Omar..., ¿significaba

que lucharía contra ellas?

Si así fuera, hubiera preferido mil veces que los muertos la hubiesen retenido en su inframundo.

Estaba inquieta, aturdida, y no hacía más que barajar múltiples posibilidades sobre los sucesos que acontecerían al día siguiente. Había movilizado a su guardia personal para que encontrasen a Anaíd, pero sólo habían hallado a una Omar inuit del clan de la osa que, acompañada de su perro, ascendía lentamente hacia la cumbre del Popocatepetl, más allá de las cruces, donde la ventisca y el frío del glaciario mordían la piel. La muchacha les prometió vigilar desde las cumbres para evitar la llegada de Odish desde la retaguardia del cono del volcán.

Selene se concentró en su posición de loto nuevamente. Respiró acompasadamente, una vez, otra. Su responsabilidad de líder no le permitía flaquear ni hundirse. Todas tenían su mirada fija en ella. Pasase lo que pasase, mañana sería el gran día. Pero antes le esperaba una larga noche.

— Oh Selene, discúlpame por interrumpir tu paz. Ha sucedido algo importante.

Selene levantó la mirada sin dejar traslucir su miedo. Ante ella, una recia Omar escorpión manchú de piel clara, cabellos lacios y ojos rasgados, armada con su *atame*, parecía agitada.

— ¿Habéis encontrado a la loba?

— No exactamente, Selene.

Selene se hundió.

— ¿Sabes que la batalla es mañana y que la elegida debe pasar esta noche a solas enfrentándose a sí misma?

— Lo sé.

— ¿Y a pesar de todo me interrumpes?

— Son noticias importantes.

— Habla pues, Shon Li.

Era una magnífica luchadora de artes orientales a quien había escogido entre centenares para formar parte de una escogida elite que vigilase la cueva de las matriarcas. Confiaba ciegamente en ella y su lealtad estaba probada.

— Hemos interceptado a un hombre. No era un arqueólogo ni un alpinista extraviado. Te está buscando a ti y dice tener noticias sobre la joven loba.

Selene palideció y se puso en pie con una intuición.

— ¿Rubio, alto, ojos azul cobalto?

— En efecto.

Instintivamente se llevó las manos a la cara retirando su cabello e intentando recordar su aspecto. Iba vestida con una larga túnica bordada de alegres colores que disimulaba su incipiente embarazo y llevaba su melena roja suelta sobre sus hombros.

Así pues Gunnar estaba aquí.

— Que pase —ordenó aparentando confianza y repitiéndose que no le estaba permitido desmoronarse.

Sin embargo, al tenerlo delante le flaquearon las piernas y tuvo que reprimir su deseo de correr hacia él y refugiarse entre sus brazos. Se estaba tan bien dentro de ellos. Todo era sencillo cuando acurrucaba la cabeza contra el pecho de Gunnar y oía los latidos de su corazón dejándose imbuir de su serenidad y sintiéndose protegida por su fuerza.

No obstante se mantuvo erguida y firme.

– Hola, Gunnar.

– Hola, Selene. Supongo que te asombras de que esté aquí.

Selene extrañó sobre todo su falta de cordialidad. Gunnar no se acercó a ella, ni pretendió besarla, su voz era distante, sin un asomo de la ternura que había detectado en ocasiones anteriores, y en sus ojos no había pasión, ni deseo. Sus ojos eran como el acero, fríos y duros.

– No me asombra nada de lo que hagas. Por algo eres un brujo Odish.

Gunnar se impacientó.

– No he venido a discutir contigo, Selene. Tampoco he venido, como otras veces, dispuesto a ofrecerte mi amor. No tengas miedo, eso ya pasó. Afortunadamente, eres libre

Selene tragó saliva lentamente. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué en ese momento deseaba furiosamente besar a Gunnar y hacerlo callar? ¿Por qué, en lugar de tranquilizarla, su indiferencia la exasperaba? ¿Acaso no había significado nada esa noche que pasaron juntos en la cabaña junio al lago? ¿Las palabras que se dijeron? ¿La locura que les invadió? ¿Y ese hijo que estaba esperando sin que el lo supiese? Quería odiarlo, pero no tenía fuerzas.

– Está bien. ¿Qué noticias traes?

Gunnar escogió sus palabras con sumo cuidado.

– Anaíd ha regresado del Camino de Om con vida a pesar de la maldición.

Selene respondió con cautela.

– Lo sé. Gunnar continuó desgranando sus palabras.

– Se ha reunido esta misma tarde con Cristine, mi madre.

Selene se sintió doblemente traicionada. Gunnar estaba con la dama blanca y Anaíd se unía a su bando. Fingió, sin embargo, dominar la jugada.

– Lo suponía.

Gunnar bajó la cabeza.

– Y de aquí a unas horas se celebrará la ceremonia equinoccial para consagrar el cetro de poder que le será entregado a la elegida, Anaíd.

Selene fue escueta.

– Estaba enterada de la ceremonia.

– Y yo, de tu estrategia, pero ahora ya no surtirá efecto.

Selene palideció.

– ¿Qué quieres decir?

– Que ahora tendrás que arrebatarme el cetro a tu propia hija y no serás capaz de eliminarla.

Selene tembló.

– ¿Será Anaíd quien sostenga el cetro cuando el rayo de sol equinoccial lo ilumine?

– Efectivamente. Cristine la ha engañado. No tenía ni tiene intención de cederle el cetro. La ceremonia será sólo una tapadera y un freno para las Omar. Con Anaíd al frente no atacaréis. No, si eres tú quien da las órdenes.

– ¿Quieres decir que lo sabe todo a pesar de las precauciones?

Gunnar rió.

– Naturalmente. Quizá no le han dado la importancia que deberían a vuestra repentina beligerancia, pero las Odish vigilan vuestros movimientos y conocen vuestras intenciones. Saben que atacaréis en la ceremonia de entronización. Por eso la llegada de Anaíd ha sido providencial. Selene, la madre de la elegida, no eliminará a su hija. De eso Cristine está segura.

Selene se llevó la mano al pecho. Lo que Gunnar le explicaba era lógico. Pero en todo ese rompecabezas había una pieza clave.

– ¿Y Anaíd? ¿Cómo está?

– Bien, serena, más madura. Mejor que Cristine. La aparición de Anaíd la ha alterado profundamente. Nunca la había visto tan alterada.

Selene, desconcertada, intentó guardar la compostura. Pero sentía curiosidad.

– ¿Qué quieres decir?

Gunnar se sentó sobre unos cojines y, sin esperar a ser invitado, se sirvió de una copa de pulque que había en una bandeja, junto a él. Selene, intrigada, se sentó a su lado.

– Gritaba. Gritaba como nunca la había oído gritar y discutía con las otras Odish que le reprochaban la naturaleza Omar de Anaíd. Cristine les ha dicho que mañana todo habrá acabado y que de una vez para siempre se dirimirá la balanza lo quiera la elegida o no.

– Así que, al margen de Anaíd, ella ya ha tomado su propia decisión.

– Ha dejado muy claro que la elegida deberá acatar su decisión. Es irrevocable.

– ¿Y cuál crees que es la decisión que ha tomado?

Gunnar se sirvió más pulque.

– Es obvio. Cristine es la única Odish con poder para coronarse como reina, y Anaíd no es más que un pequeño estorbo. Mi madre no tiene escrúpulos.

Selene ató cabos con rapidez.

– Quieres decir que la dama blanca utilizará a Anaíd como escudo para nuestro ataque y luego se deshará de ella. Gunnar afirmó.

– Es nuestra hija y tenemos que salvarla.

Selene tomó aire.

– Anaíd es la clave.

– Exacto.

– Y... ¿qué partido ha tomado?

Gunnar bajó la cabeza.

– El de Cristine.

Selene se inquietó.

– Podemos convencerla. ¿Puedes traerla aquí?

Gunnar suspiró y negó con la cabeza.

– La quiere.

Esa revelación le dolió tanto a Selene que entretuvo la bofetada contemplando un rincón oscuro de la cueva. ¿Su hija quería a una Odish que planeaba destruirlas?

– No puedo creerlo.

Gunnar le dio la razón.

– Yo tampoco, pero quiere a Cristine, la quiere de verdad.

Selene palideció a sabiendas de que Gunnar era sincero.

– No puede ser cierto. Es una estratagema de Anaíd.

– No, Selene. Cristine es perseverante y manipuladora. Lo que no tuvo de mí lo ha conseguido con Anaíd. La niña la adora, hará todo lo que le pida y Cristine, incapaz de amar, la destruirá. Por eso estoy aquí. Selene reaccionó con pragmatismo.

– ¿Qué propones?

– Te propongo un pacto.

Selene contuvo el aliento.

– ¿Cuál?

– Te ayudaré a acabar con Cristine antes de la ceremonia. Luego rescataremos el cetro y entre los dos controlaremos a Anaíd o... la reduciremos.

– ¿Podrás contra Cristine?

– Sabes que si lo deseo puedo volver a utilizar mis poderes.

– Pero es tu madre. ¿Lo harás?

– Con una condición.

Selene vio una puerta abierta a su indecisión.

– ¿Cuál?

– Anaíd. Mi precio es Anaíd.

Selene se estremeció.

– ¿Qué harás con ella?

– Quiero llevármela lejos para que crezca sin sentirse una de vosotras o de ellas. Ya que nosotros no pudimos, que Anaíd encuentre su propio camino y no sea infeliz.

Selene se sintió atrapada. Ésas habían sido sus aspiraciones cuando huyó con Gunnar. Habían quedado muy lejos.

– No podrás. Anaíd es y será siempre una bruja.

Gunnar estaba empeñado.

– A pesar de todo lo intentaré.

Selene valoró las posibilidades de todas las jugadas posibles. Si Gunnar destruía a Cristine, Gunnar sería el único que podría dominar a Anaíd. A pesar de su juventud, era muy poderosa y las Omar no bastarían para reducirla. Luego quedaba la segunda parte. Su sacrificio. Su vida por la de Anaíd. Cuando ella muriese, Anaíd quedaría huérfana.

– De acuerdo –dijo Selene súbitamente asustada por todas las decisiones que la acechaban.

Y extendió su mano hacia Gunnar para sellar su pacto. Gunnar tomó su mano y se la llevó a la boca lentamente, deliberadamente, y besó su dorso con delicadeza como habría

hecho con una princesa de sangre real.

Selene sintió una descarga eléctrica y quiso retirar su mano, pero Gunnar la retuvo escrutándola fijamente.

– Y no me vuelvas a hacer trampas, princesa.

Selene le devolvió la mirada buceando desesperadamente en esa puerta abierta de los sentimientos de Gunnar. Antes, sus ojos eran nítidos y a través de ellos podía leer su amor, su deseo, su miedo. Ahora estaban protegidos tras una puerta blindada y añoró su mirada ávida de cuando llegó a la caravana tras quince años sin verse.

– No te haré trampas – pronunció Selene con voz queda y retirando sus ojos de los de Gunnar.

Siempre y cuando su promesa de entregar su vida por la de Anaíd y omitir que esperaba un hijo suyo no fuesen una trampa a priori.

– ¿Me escondes algo?... – inquirió Gunnar receloso.

Selene rió.

– ¿Acaso crees que lo sabes todo de mí?

Gunnar rió a su vez.

– Es una aspiración masculina imposible. Ni siquiera los brujos podemos saberlo todo acerca de las mujeres.

Selene, sin pretenderlo, le sonrió seductoramente.

– A lo mejor sueño contigo.

Pero Gunnar se puso repentinamente serio y se levantó con brusquedad.

– No, Selene, no continúes. Fui vulnerable a tus encantos, pero se acabó. No me gusta que jueguen conmigo. Cásate con Max, no me importa, pero no intentes seducirme para utilizarme, ya no funciona. Te espero en el Tetzacualco de Tlamacas, antes de amanecer. Tú sola.

Selene se sintió muy mal. No pretendía quedar en evidencia, no se esperaba una reacción tan airada de Gunnar y sobre todo se sentía terriblemente vejada por ese rechazo tan tajante. ¿Por qué le dolía tanto su frialdad? ¿No le odiaba? ¿No le parecía abominable? ¿No quería olvidarlo?

Esperó a que Gunnar se marchase para golpear su puño contra la pared. Se sintió estúpida, miserable y sobre todo humillada. No quería que le importasen ese tipo de cosas. Pronto tendría que desprenderse de los sentimientos, de la vida y abandonar ese mundo.

– Selene – la interrumpió Shon Li, la manchú.

Estaba jadeando y se llevó la mano al pecho para respirar mejor.

– ¿Qué ocurre?

– Dácil, esa niña guanche no iniciada se ha empeñado en desobedecer tus órdenes.

– ¿Qué ha hecho?

– Seguir al hombre apuesto.

Selene sonrió bajo las lágrimas. Hasta Shon Li se habla fijado en la arrogante masculinidad de Gunnar.

– ¿Por qué?

Shon Li se avergonzó al repetir las palabras de la rebelde.

– Dijo que la llevaría hasta Anaíd, que ella era la elegida verdadera y no tú.

Selene se sintió en falso.

– ¿Eso ha dicho esa niña descarada?

– Y no estaba sola.

– ¿Quién más...? – preguntó entre dientes temiendo una revuelta.

– Clodia y ese muchacho que aparece de vez en cuando.

– ¿Roc?

– Sí.

Selene barajó esa posibilidad que el azar le ofrecía.

– Déjalos, no hacen ningún daño.

– Pero esta noche es importante que...

Selene la interrumpió.

– He dicho que los dejéis, y comenzad a preparar las tropas. Esta noche nadie debe dormir.

– De acuerdo.

Selene sabía que a veces el azar juega caprichosamente y quizá esa decisión alocada de Dácil fuese una opción que ella no había barajado. La fuerza del amor de sus amigos. La fuerza del amor de Roc.

Tal vez no estuviese todo perdido.

CAPÍTULO XXVIII

La elegida de la profecía

Anaíd estaba siendo preparada por su abuela, personalmente, para la gran ceremonia del amanecer. Parlotaba, hacía preguntas sin parar y estaba ansiosa e ilusionada como una niña. Seguía con los dedos los bordados de oro y plata que adornaban su túnica, caminaba de puntillas con sus zapatillas de seda y bailaba ante el espejo haciendo tintinear sus pulseras de piedras preciosas.

Cristine la reprendía por no estarse quieta mientras la maquillaba con sobriedad. Una línea de lápiz negro rodeando sus ojos azules y resaltando la profundidad de su mirada algo alocada, algo juvenil, la sombra inquietante de sus párpados, y sus labios rojo cereza, apetecibles, extrañamente seductores.

– Es increíble, jamás me ha dejado que le haga algo parecido –protestó Clodia aplicando su ojo al agujero.

Inmediatamente, fue apartada por la mano ávida de Roc.

– Está preciosa.

Dácil se colocó a su vez bajo ellos aprovechando una grieta más pequeña.

– Nos está traicionando –musitó dolida.

Clodia y Roc fueron conscientes de que la alegría de Anaíd, su esmero en lucir esas ropas ceremoniales y su trato cariñoso con la Odish eran ciertamente una traición.

– No puedo creerlo. No será capaz de convertirse en la reina de las Odish, ¿no?

La pobre Dácil, con su falda corta, su jersey floreado y sus ojos empapados de rímel empezó a llorar y unos grandes manchones se formaron bajo sus ojos.

– Yo la quería, pero nos destruirá y nos veremos obligados a luchar. Estamos en bandos opuestos.

Durante ese tiempo se habían ido imbuyendo del belicismo, antes impensable, de las Omar.

Clodia también empezó a inquietarse.

– Aún no hemos hablado con ella. No nos ha visto. No sabe que estamos aquí.

Roc tembló. Acababa de sentir un tacto frío en su espalda. Cogió la mano de Clodia para infundirle valor.

– No os asustéis, pero estamos rodeados.

Dácil y Clodia se dieron la vuelta al unísono y no pudieron gritar aunque quisieron. Unas manos rápidas las amordazaron y se les nubló la vista. Roc se desvaneció con la mano de Clodia entre la suya y el recuerdo fugaz de una mujer muy bella con una mirada rapaz, la misma mirada del halcón abalanzándose desde el aire sobre su presa.

Cristine alisó el cabello revuelto de Anaíd con sus propias manos y le cogió la barbilla

delicadamente, alzándola.

– Querida mía, camina erguida, con la barbilla siempre en alto y la mirada al frente. Nada ni nadie debe amilanarte. Recuerda: eres la elegida y dentro de muy poco empuñarás el cetro.

Anaíd recordó algo y Cristine, inmediatamente, se dio cuenta.

– Dime, ¿qué necesitas?

Anaíd dudó unos instantes hasta que finalmente se decidió.

– Quiero unas monedas.

– ¿Ahora?

– Sí, me sentiré más segura se llevo unas monedas conmigo.

La dama abrió un cofre repleto de monedas de oro y le ofreció un saquito de cuero.

– Toma las que quieras.

Anaíd tomó un puñado, las introdujo dentro del pequeño monedero, lo colgó de su cuello y lo apretó contra su pecho. Así estaba mucho más segura.

– ¿Algo más cariño?

– No, gracias, no necesito nada más.

Anaíd se sentía agradablemente envuelta en la calidez fría y acogedora de su elegante abuela. Su maravilloso palacio surgido de la nada le ofrecía todas las comodidades inimaginables y su anfitriona no cesaba de agasajarla. Tras tantos días de privaciones agradeció el baño caliente, la comida sabrosa y las ropas bellamente bordadas que le regaló Cristine. Pero no debía agradecerle únicamente su hospitalidad. Gracias a ella estaba viva.

Su llegada por sorpresa había provocado un gran revuelo entre las Odish, que esperaban aclamar a la dama de hielo como la portadora del cetro, pero que no estaban dispuestas a bajar la cabeza ante una niña de dudosos orígenes Omar. Tuvieron una reunión agitada en la que acusaron a Anaíd de infiltrada y a Cristine de ofrecer el cetro a una traidora. Finalmente, Cristine se impuso con todo su poderío y las silenció. Pero Anaíd se sintió rechazada. Hasta Gunnar, su propio padre, había sugerido que a lo mejor no estaba preparada para asumir el poder. ¿Qué poder? ¿El de las Omar o las Odish? Estaba hecha un lío.

Cristine era su abuela, Cristine le ofrecía todo cuanto tenía y le abría su corazón. Y las Odish tenían razón, ella era una traidora.

– Y ahora, quiero que pruebes unos exquisitos bocados antes de salir a officiar la ceremonia.

Anaíd se sintió fatal. Muy mal. Era impropio comer de la mano de la persona a quien debía clavar el puñal.

– No, gracias, no tengo hambre.

Deméter le pidió que aniquilase a Cristine, pero Deméter no la conocía, no había compartido sus confidencias, no había sido objeto de sus atenciones, no se había sentido acogida, escuchada y amada por Cristine. Y su hermana de leche Sarmik no respondía a sus llamadas, sólo percibía de ella algo inquietante, peligroso.

Estaba sola. Muy sola.

La puerta se abrió y una Odish de piel de ébano, antigua aliada de Baalat y ahora vasalla de Cristine, la increpó poco respetuosamente. Su fidelidad era dudosa.

– Cristine, tenemos unos pequeños inconvenientes.

Cristine se sintió indignada.

– Ahora no, Cloe. Os he dicho que no me interrumpáis.

Sin importarle la objeción de la dama de hielo, Cloe, la Odish de piel oscura, hizo pasar a otras Odish que transportaban los cuerpos exánimes de Roc, Dácil y Clodia. Al verlos Anaíd lanzó un grito.

– ¡¡¡No!!!

Cristine palideció de rabia. Sabía lo que sucedería a continuación. Detuvo a Anaíd con contundencia.

– No están muertos.

Cloe miró a sus compañeras, todas ellas antiguas vasallas de la gran Baalat.

– Parece ser que la pequeña Odish que nos gobernará tiene el corazón sensible y propenso a involucrarse con las Omar.

– ¡Silencio! –exigió Cristine–. Esas Omar que veis aquí facilitaron la llegada de Anaíd hasta nosotras. Lo que ocurre es que Anaíd ignora que atentaban contra su vida.

Anaíd se quedó de una pieza.

– ¿Cómo?

Cristine acarició su pelo.

– Querida niña, Dácil, Clodia y Roc se proponían acabar contigo sirviéndose de vuestra anterior amistad. Han sido enviados por las Omar.

Anaíd se sintió esquizofrénicamente dividida. Por una parte lo que decía Cristine le parecía imposible. Por otra, sabía lo que eran las leyes Omar y conocía sus órdenes para eliminar a la elegida traidora. Criselda, su propia tía, había recibido el encargo de eliminar a Selene si llegaba a confirmar su traición. Pero Anaíd se arrodilló junto a Roc y lo observó desde muy cerca. Tenía la expresión asustada.

– ¿Roc? ¿Roc? Dime algo.

Cristine señaló su mano cogida a Clodia.

– Te lo está diciendo. No te ha esperado. ¿Te das cuenta?

Anaíd miró alternativamente a uno y a otra.

– No puede ser.

Cristine suspiró.

– Todo puede ser. ¿Quieres escucharlo de su propia boca?

Cristine chasqueó los dedos y despertó a los tres invitados, que abrieron lentamente los ojos en presencia de Anaíd y las Odish presentes.

– ¿Anaíd? – musitó Dácil.

Cristine la ayudó a levantarse.

– La misma a quien te proponías eliminar. ¿No es así?

Dácil afirmó con la cabeza baja.

– Nos ha traicionado. Es una Odish.

La dama de hielo miró fijamente a Anaíd mientras hacía la pregunta lentamente.

– ¿Y creéis que por eso debe morir?

Clodia se incorporó cogida a la mano de Roc.

– En efecto, debe morir.

Anaíd notó cómo se desencajaba su cuerpo.

– ¿Y quién clavará su puñal? ¿Roc?

Roc miró a Cristine.

– Sí, yo le clavaré mi puñal. No lo espera.

Cristine señaló su mano cogida a Clodia.

– Tampoco esperaba que te hubieses enamorado de su mejor amiga.

– Fue una sorpresa. Anaíd no lo sabe.

Clodia miró a Cristine a su vez.

– Nos hemos enamorado. Roc ya no quiere a Anaíd. Anaíd se echó al suelo sin importarle su ropa nueva y se tapó los oídos.

– No quiero oír más, no quiero verlos más, llévatelos, hazlos callar, hazlos desaparecer.

Cristine se dirigió a Cloe, que había asistido con escepticismo a la escena.

– Anula su voluntad y congela sus deseos.

– Ya lo has hecho tú, señora de los hielos – replicó la Odish rebelde.

Cristine la fulminó.

– Obedece mis órdenes y las de la elegida. Cloe pasó la palma de su mano sobre los ojos de los tres prisioneros, que la siguieron mansamente, con docilidad. Su contoneo insolente enfureció a Cristine, que no atendió a Anaíd hasta pasado un rato.

Anaíd estaba encogida en el suelo, víctima de un ataque. Sus llantos e hipidos no la abandonaban.

– Anaíd, compréndelo, ya no eres una Omar, ya has probado la sangre y el poder. Nunca te aceptarán de nuevo entre ellas.

Anaíd tuvo un nuevo acceso de llanto.

– Pero Roc, Roc no es Omar.

– ¿Qué creías? ¿Que te sería fiel? Los hombres engañan, por eso las Odish nos servimos de ellos. Si dejásemos nuestra voluntad en manos de un hombre, estaríamos perdidas.

– Y Clodia...

– Clodia obedece a su clan del delfín y es coqueta y egoísta. Su amistad queda en un tercer plano.

– Dácil me quería.

– Dácil quiere regresar con su madre y hará todo cuanto la tribu le ordene, incluido eliminarte. ¿No lo comprendes? Todos tienen sus intereses y tú no estás en el primer lugar de nadie.

Anaíd boqueó en busca de aire.

– Selene sí, es mi madre...

Cristine rió con ganas.

– ¿Selene? Precisamente Selene ha usurpado tu papel. No le interesa tu regreso. Quiere la gloria y el poder para ella sola. Quiere que la aclamen como a la gran matriarca y la elegida de la profecía.

Anaíd se arañó las mejillas en un intento desesperado por mitigar el terrible dolor que las palabras de Cristine le causaban.

– ¿Y Gunnar?

Cristine se entristeció.

– Es mi hijo, pero...

– ¿Qué?

– Ha maquinado contra ti.

Anaíd ya no podía soportarlo más.

– ¿Contra mí?

– Se ha unido a Selene para arrebatarle el cetro. Acaba de entrevistarse con ella y han urdido una traición.

Anaíd explotó. Todo era excesivo.

– ¡No te creo!

Cristine suspiró con deferencia, rozó con sus blancos dedos una columna de hielo que sostenía el techo del palacio y sobre su nívea superficie se reflejó la escena que había tenido lugar una hora antes. En ella Selene y Gunnar, sentados en la cueva, con una vasija de pulque al lado, hablaban con voz queda. Anaíd contuvo el aliento.

– *¿Qué propones?*

– *Te propongo un pacto.*

– *¿Cuál?*

– *Te ayudaré a acabar con Cristine antes de la ceremonia. Luego rescataremos el cetro y entre los dos controlaremos a Anaíd o... la reduciremos.*

– *¿Podrás contra Cristine?*

– *Sabes que si lo deseo puedo volver a utilizar mis poderes.*

– *Pero es tu madre. ¿Lo harás?*

– *Con una condición.*

– *¿Cuál?*

– *Anaíd. Mi precio es Anaíd.*

– *¿Qué harás con ella?*

La dama chasqueó los dedos ante la atónita Anaíd y mostró a Gunnar. La escena estaba ocurriendo en esos mismos momentos. Gunnar había llenado una jarra y estaba introduciendo unos polvos dentro de una copa. Anaíd contempló cómo Gunnar se armaba con sus armas de *berseker* y Cristine comentó con naturalidad.

– Ahora tu padre está preparando nuestra desaparición.

Anaíd se llevó las manos al cuello. Tenía miedo de sus propios padres. No podía

confiar en nadie, en ningún ser vivo. ¿Y en Cristine?

– ¿Qué quiere hacer Gunnar conmigo?

Cristine se dirigió lentamente hacia la puerta.

– Se lo preguntaremos a él.

Y abrió la puerta sorprendiendo a Gunnar, que en esos instantes estaba frente a su puerta con la bandeja en las manos. Al verla adelantarse a sus intenciones, Gunnar, con desconfianza, depositó la bandeja sobre una mesa.

– Vaya, sabías que vendría.

Cristine lo contempló.

– Una madre sabe muchas cosas –y añadió con desenvoltura para quitar hierro a la desconfianza de Gunnar–, sobre todo cuando su hijo hace ruido –y señaló sus botas claveteadas.

Gunnar se tranquilizó. Ciertamente no pasaba inadvertido.

– Vamos a brindar por la entronización de la elegida –propuso Gunnar mirando a Anaíd–. Estás muy guapa. Mucho.

Anaíd se sentía incapaz de pronunciar una sola palabra ni de representar ningún papel. Estaba anestesiada de dolor. Simplemente la infelicidad se había adueñado de su persona y estaba asistiendo con estupor, como una invitada macabra, a la tragedia que tenía como desenlace su propia muerte a manos de su padre.

– ¿Qué te pasa? ¿Te ocurre algo?

Cristine sonrió a Gunnar.

– Es una sentimental, tendrá que aprender a controlar sus emociones, como tú y yo.

Y sin que Gunnar atendiese a su acción, Cristine señaló hacia otra dependencia.

– Acabamos de eliminar a Dácil, Clodia y Roc. Pretendían atentarse contra ella.

Consiguió el efecto esperado. Gunnar palideció y miró hacia donde la dama señalaba sin atender a la bandeja con las tres copas que él mismo había llevado. Luego abrazó a una Anaíd hierática y distante. Estaba bajo estado de *shock*.

– ¿Era necesario eliminarlos? –clamó Gunnar con voz rota.

– O ellos o Anaíd.

Cristine, con una levísima indicación de sus dedos, cambió las copas de lugar.

– Pero, pero... eran unos niños –objetó.

– Unos niños peligrosos, iban armados y habían recibido de Selene las órdenes de matar a Anaíd.

Anaíd ni siquiera reaccionó, pero Gunnar estaba fuera de sí.

– ¡No es cierto! ¡Eso no es cierto!

Cristine rió con una risa clara.

– Vaya, ¿la defiendes? Creía que te había engañado Muchas veces y que te rechazaba.

– No quiero discutir contigo.

– Pues brindemos. ¿Has venido para eso, no?

Anaíd, incrédula, vio cómo Gunnar servía con mano temblorosa el brebaje en las copas y las distribuía. Cristine aceptó la suya con naturalidad, pero ella la rechazó. No podía

creerlo: su propio padre pretendía envenenarla. Gunnar insistió.

– Bebe, te sentará bien.

– No quiero, gracias – respondió Anaíd horrorizada.

Cristine, en cambio, levantó su copa y brindó alegremente con su hijo.

– ¡Salud! ¡Por el triunfo del cetro y la elegida!

Gunnar sostuvo su copa y aguantó el choque de su madre con un rictus de dolor.

– ¡Por la elegida! – repitió.

Anaíd no les quitaba el ojo de encima. Lo que sucedería era previsible. Y sucedió.

Tras apurar sus copas, Gunnar comenzó a sentirse mal. Se llevó las manos al cuello, su tez se puso violácea y comenzó a temblar violentamente. Sus rodillas flaquearon y cayó al suelo poco a poco. Se fue dando cuenta del efecto contrario de sus actos.

– ¿Qué me has hecho madre? – musitó.

Cristine abrazó a Anaíd y le tapó los ojos.

– Cambiar nuestro destino y salvar a mi nieta.

Y con una ternura infinita, rodeó a Anaíd con sus elegantes brazos y la acompañó poco a poco hasta la puerta.

El aire frío de la noche mordió la piel de Anaíd, pero no lo notó. Flotaba en una nube de dolor. El mundo le era indiferente y al oír el rugido hambriento del Popocatepetl sintió ganas de arrojarse en su cono ardiente repleto de azufre y cenizas y concluir así su sufrimiento.

– Tu muerte no es la solución.

Anaíd se la quedó mirando sorprendida.

– Me tienes a mí, no te he abandonado, estoy contigo y te cuido.

La voz cariñosa de Cristine actuó como un bálsamo. La dama la cubrió con una soberbia capa de piel de marta cibelina.

– Tienes que sobreponerte, querida niña, tienes que ser fuerte.

Anaíd se arrebujó en la suave capa y se dejó arrullar por las palabras dulces de Cristine.

– Pronto tendrás el cetro en tus manos. Piensa en el cetro.

Y la condujo amorosamente por el empinado camino que conducía hasta el Tetzacualco del Popocatepetl, el lugar donde se celebraría la ceremonia del cetro.

Tras ellas, las Odish venidas de todos los rincones del planeta las seguían a una prudente distancia vestidas con sus trajes ceremoniales. Las últimas, las que cerraban la comitiva iban acompañadas de dos chicas que caminaban con la mirada ausente y los pasos mecánicos de los que han perdido la voluntad. Las habían vestido de verde para la ocasión y habían adornado su cabeza con una tiara blanca. Eran, sin saberlo, el sacrificio para la ceremonia. Dos jóvenes Omar caídas del cielo: Clodia y Dácil.

Cuando Selene, con su melena roja, llegó al Tetzacualco de Hamacas a la hora convenida con Gunnar, el palacio mágico de la dama de hielo y sus Odish había desaparecido. En su lugar sólo quedaban las ruinas del antiguo templo y los cuerpos exánimes de

Gunnar y Roc sobre las frías losas.

Selene lo comprendió todo en pocos instantes. Cristine los había descubierto y ésa era su respuesta.

Se agachó sobre Gunnar y acarició su mejilla. Luego le besó delicadamente sobre sus labios aún calientes y pronunció únicamente:

– Te quiero.

CAPÍTULO XXIX

La guerra de las brujas

El Tetzacualco del Popocatepetl era excepcional. Se erigía a casi cinco mil metros de altura, sobre el hielo blanco del glaciar y muy cerca de la cúspide, pero pasaba absolutamente inadvertido a los pocos viajeros que emprendían la lenta ascensión hasta la cima del Popo. A esa altura, exhaustos y faltos de oxígeno, sólo tenían ojos y fuerzas para continuar tercamente paso tras paso hasta alcanzar los 5.452 metros que culminaban su proeza.

Como el resto de los adoratorios, el Tetzacualco estaba ubicado en el lugar exacto donde el primer rayo de sol equinoccial se posaba sobre el altar, y conducía, siguiendo el trazado de una línea imaginaria, hasta los siguientes Tetzacualcos. El del Popocatepetl desafiaba todas las leyes de la gravedad y estaba colgado de la ladera de la montaña en una situación de vértigo. Ante el templete, cortado a pico, caía el acantilado cubierto de hielo.

Cristine, con un simple sortilegio, había levantado de nuevo sus antiguas columnas y reconstruido su hermoso techo artesonado sobre el suelo negro de roca volcánica brillantado por la lengua golosa del glaciar.

Arriba, la mágica columna de humo que ascendía del cráter del irritado volcán. Debajo, un anillo blanco de nubes. En el lugar de honor, temblorosa, pero firmemente dispuesta a empuñar el cetro, Anaíd. Estaba envuelta en pieles junto a la dama blanca. La barbilla alzada, la espalda erguida y la mirada serena, al frente, tal y como le había enseñado su abuela.

Cristine, rodeada de hielo deslumbrante, saludaba y acogía a las Odish que iban llegando. Se procedía según el ritual. Desde su sitial de honor junto a la elegida, Cristine las recibía con unas palabras de bienvenida y un beso; luego pintaba sus ojos con *surma* negra, para echar de ellos cualquier mal presagio, y llenaba su vasija de plata con el licor sagrado.

Las Odish, hermosas, caminaban dignamente con su copa en la mano hasta el sitial que les estaba reservado a cada una en función de su rango, su procedencia y su antigüedad.

El protocolo era lento, repetitivo, y se prolongó a lo largo de un tiempo que a Anaíd se le hizo interminable. La proximidad del cetro la había alterado. Lo notaba en sus manos ardientes y en la angustia que la atenazaba. El cetro estaba demasiado cerca y sólo faltaba un suspiro para que el amanecer desbancase a la noche y el rayo de sol la legitimase como a su dueña. Miró de soslayo el arca de oro macizo, custodiada por dos Odish leales de las estepas siberianas. Dentro estaba el cetro de poder.

Anaíd, comida por la impaciencia, soportó con un mal llevado estoicismo la libación que ofició Cristine junto con el resto de las Odish. Respondiendo a las palabras rituales que formaban parte de la ceremonia, Cristine alzó su copa en dirección al cono del volcán y todas las Odish a una imitaron su gesto.

— El poder del fuego sagrado e inmortal se hermana en este mágico lugar con la fuerza

de los hielos eternos. Unamos pues nuestras copas y bebamos juntas para impregnarnos de la sabiduría de la madre O, que concede al fuego y al hielo el poder del tiempo infinito.

Las Odish al unísono respondieron con un espectral «así sea», inclinaron la cabeza y bebieron de sus copas hasta que aguraron el sagrado líquido que a buen seguro agudizaría sus sentidos y su percepción. Luego se sentaron con elegancia, adoptaron una postura hierática y fijaron sus ojos en Anaíd.

Dos de ellas, dos Odish robustas, se adelantaron portando una piedra rojiza tallada como un cuenco y la depositaron a los pies de Anaíd.

– Todo está dispuesto para el sacrificio.

Y dirigieron su mirada hacia dos figuras lejanas que, fuera del Tetzacualco, aguardaban de pie y resignadamente su suerte. Bajo el poder de un encantamiento, eran incapaces de moverse, de huir o de pensar. Lucían grandes tiaras blancas en la cabeza y vestían ropajes verdes. Aguardaban su turno para ser ofrendadas, pero Anaíd ni siquiera atendió a sus rostros ni comprendió el significado del ritual. Estaba asombrada por el lugar que ocupaba y el poder que emanaba de su persona.

Cristine decidió por ella.

– El sacrificio puede esperar.

Y las dos Odish se arrodillaron, agacharon la cabeza y se retiraron a sus sitios.

Anaíd sintió cómo se le erizaban los pelillos de la nuca. Todas las Odish, esas mujeres bellas, sanguinarias e inmortales, estaban formadas ante ella, dispuestas a obedecerla, a servirla y a acatar al cetro. Y se adueñó de ella un vértigo parecido al que producía mirar hacia el fondo del precipicio sobre el que estaba suspendido el Tetzacualco. ¿Era eso el poder? ¿Era ése el placer del mando? El vértigo fue en aumento, mientras Cristine abría con su llave el arca dorada donde reposaba el cetro. Un gemido salió de la garganta de Anaíd al contemplar por fin ese viejo amigo del que había estado separada durante largo tiempo. Una explosión de emociones la sacudió y el resplandor de la palma de su mano se acrecentó dolorosamente. Pero fue Cristine quien hundió su blanco brazo en el arca y lo empuñó con mano diestra. Después lo paseó ante los ojos ansiosos de Anaíd y de todas las Odish.

– Aquí está. El cetro de poder de la madre O, profetizado por Trébora, maldito por Odi. Poderoso y único. El cetro de la ELEGIDA.

Y al pronunciar lentamente sus palabras un murmullo de desaprobación atronó la sala del Tetzacualco. Algunas Odish no estaban dispuestas a ser gobernadas por una muchachita Omar.

Anaíd extendió la mano para recibirlo y todas pudieron ver la luz blanca que brotaba de su palma. Era obvio que le pertenecía, que su naturaleza lo reclamaba, que la conjunción adecuada era ésa, pero el rechazo de algunas facciones de Odish no era el único inconveniente que impedía que el cetro llegase hasta Anaíd.

Cristine, temblorosa y tensa, prisionera del dorado símbolo, se negaba a entregarlo. No podía. No tenía valor. El cetro la reclamaba y ella no conseguía resistirse a su dictado. El cetro estaba imponiendo su propia ley y Cristine no era inmune a su fuerza.

Anaíd, con los ojos desorbitados y la mano ardiendo, seguía angustiada la trayectoria

del cetro en manos de Cristine, que se detuvo, hipnotizada y subyugada por el preciado juguete. A lo lejos, refulgiendo en la nieve, comenzaba a apuntar la primera claridad del día. Pronto sería tarde.

Se hizo un silencio espeso que rompió el aullido del coyote y que pareció sacar a Cristine de su ensoñación.

Anaíd no podía arrebatárselo a la fuerza, no podía luchar contra ella, pero se cogió a su mano libre y la apretó.

– Abuela –susurró–, me tienes que entregar el cetro a mí.

Las Odish armaron mayor revuelo y la facción de la nigromante Baalat hizo oír su voz:

– ¡El cetro para las Odish!

Y entonces Cristine reaccionó.

– ¡Silencio! –clamó, alzándolo sobre las cabezas de las Odish–. La elegida, ella sola, tiene el poder de la vida y la muerte con el cetro entre sus manos. ¿Queréis que lo ejerza sobre vosotras? Debéis aclamarla y acatarla.

Rápidamente y sin vacilar, extendió el brazo y ofreció el cetro a Anaíd. La mano de Anaíd, ávida, se cerró sobre su empuñadura y se aferró desesperadamente a él. Con los ojos cerrados se dejó invadir por su energía y su magia y se sintió transportada hacia otras dimensiones. Al abrir los ojos, advirtió que la luz era diferente y que los sonidos eran más nítidos. La niebla se había iluminado y tras los jirones de nubes percibía otras realidades.

De pronto, distinguió los susurros de muchas mujeres ocultas y percibió con claridad que estaban rodeadas de guerreras Omar, a quienes ni los árboles, ni los matorrales, ni la nieve blanca podían ocultar. El cetro las hacía visibles a sus ojos; nada ni nadie podía evadirse del cetro, su poder infinito llegaba a todos los rincones.

Se sintió tremendamente poderosa. Se sintió tremendamente sola. Se sintió desconfiada y temerosa de todos.

Pero poseía el cetro.

Ni las Odish, ni las Omar confiaban en ella. Nadie, excepto Cristine, la amaba. Pero por eso mismo, quizá, se sentía más fuerte, más capaz de alcanzar sus deseos sin que los escrúpulos o el sentimentalismo amordazasen su conciencia.

No tendría que plegarse a voluntades ajenas. Ella dictaría su propia ley.

No tendría que acatar ninguna orden. Ella daría las órdenes.

No tendría que tener en cuenta a nadie. Sólo a sí misma.

Recordó de golpe a Deméter y su promesa de destruir a Cristine. Las promesas con los muertos no pueden olvidarse... ¿Y por qué no? Deseaba volar libre hacia el poder absoluto del cetro.

El graznido del águila anunció la inminente aparición del sol. Anaíd tensó sus músculos y abrió sus brazos dispuesta a recibirlo. Pero en el instante en que dirigía el cetro hacia el Este, una voz la detuvo.

– ¡Anaíd, te quiero! –clamó la voz serena de Selene, su madre, rebotando contra las columnas del Tetzacualco.

Anaíd sintió cómo un zarpazo de humanidad desgarraba sus entrañas.

– ¡Anaíd, te quiero! – gritó Gunnar, su padre, llenando sus pulmones vacíos de aire puro y causándole el mismo dolor que produce la primera respiración.

– ¡Anaíd, te quiero! – gritó la voz de Roc oprimiendo su corazón y obligándolo a latir como una descarga eléctrica tras una larga parada cardíaca.

Y Anaíd tembló de pies a cabeza y notó cómo su de terminación se esfumaba.

Cristine permanecía impávida, mientras las Odish se levantaron de sus asientos dispuestas a luchar contra los invasores que desvirtuaban su ceremonia. Y al hacerlo, algunas de ellas quedaron atrapadas por redes mágicas que las Omar, agazapadas bajo el hielo y suspendidas en el vacío del precipicio, les lanzaron. Los gritos atronaron en el recinto sagrado.

Y en ese mismo instante se depositó sobre el cetro el primer rayo de sol equinoccial y Anaíd sintió el calor del astro rey invadiendo sus venas y dotándola de un poder infinito, fastuoso.

Pero la voz de Clodia la conmovió más que el poder del cetro.

– ¡Anaíd, te quiero! – gritó Clodia, que había despertado de su letargo con la ayuda de las Omar.

– ¡Anaíd, te quiero! – la secundó Dácil corriendo hacia ella y esquivando a las Odish que pretendían atraparla.

Anaíd había sido ungida por el cetro y permanecía inmóvil respirando bocanadas de aire puro y saboreando su nueva humanidad. Estaba rota y desgajada, pero sentía cada una de sus células. Estaba tremendamente viva y por primera vez supo lo que significaba poseer el cetro, y no ser poseída por el cetro. Era eso. Sentirse amada. Era esa delgada línea que separaba ambos conceptos.

Selene se abrió paso entre el desconcierto, llegó junto a Anaíd y le imploró con los ojos anegados en lágrimas:

– Destruye a la dama blanca. Destruyela ahora.

Anaíd reconoció que ésa era su misión, ésa era la profecía para la cual estaba destinada.

Alzó el cetro sobre la cabeza elegante y hermosa de Cristine. Y Cristine no se defendió, ni se movió del lugar de honor que ocupaba junto a ella. Se la quedó mirando sin implorar compasión, sin pretender otra cosa que conservar su recuerdo.

Anaíd intentó descargar el poder del cetro sobre la dama blanca, pero cuando sus brazos bajaron, algo los detuvo. Luchaba contra sí misma.

– Hazlo, Anaíd.

– Destruyela, Anaíd.

– Ella es el mal, Anaíd.

Anaíd, embrujada por los ojos de su víctima, tal vez bajo su último maleficio, se desprendió del cetro con mano temblorosa y lo dejó sobre el altar.

– No puedo hacerlo.

– ¿Por qué no puedes destruirme? – preguntó Cristine.

Anaíd se hundió irremediabilmente.

– Te quiero.

– No te rindas, Anaíd, no te rindas – intervino entonces Selene.

Y desesperada, se lanzó a tomar ella misma el cetro dispuesta descargarlo sobre la gran Odish, pero una mano más fuerte se lo impidió. Era Gunnar.

– No lo hagas, es muy peligroso.

Cristine, mientras tanto, como si estuviera ajena a todo lo que no era su nieta, abrazaba a Anaíd con ternura y secaba sus lágrimas.

Selene dio un grito y quiso separarlas, pero de nuevo Gunnar la retuvo fuertemente.

– No le hará daño. A ella no.

Anaíd se giró hacia su madre:

– Lo siento, Selene – balbuceó –, lo siento, hemos perdido la guerra. Las Omar habéis perdido por mi culpa. No soy capaz de matarla.

Cristine sonrió a Anaíd y le ofreció el cetro con delicadeza.

– Te equivocas, preciosa. Tu amor ha sido providencial. El cetro es tuyo.

Y la dama blanca se irguió con arrogancia y gritó. Su voz resonó en la falda del Popocatepetl. Su voz potente de tuvo el vuelo de las águilas y la corriente de los vientos. Su voz dulce y poderosa llenó de asombro a las Omar, guerreras y furiosas, que por primera vez estaban cercando a las Odish. Y mientras ella habló, todas las criaturas vivas la escucharon.

– Oídme bien. La profecía acaba de cumplirse.

Las Odish y las Omar, inmóviles, no osaban respirar.

– La guerra de las brujas ha acabado.

La voz poderosa y profética de Cristine anunció con solemnidad:

– Anaíd, la elegida, ha vencido.

El estupor fue enorme.

– El tiempo de las Odish ha acabado – pronunció Cristine contundentemente.

En ese mismo instante una Odish pecosa y rubia que contemplaba la escena furiosa desapareció fulminada por un resplandor. En su lugar quedó apenas un puñado de polvo. A su alrededor surgió un grito de espanto y las Odish que estaban junto a ella se apartaron.

Cristine continuó hablando con voz de trueno.

– Anaíd, la elegida, con su amor sincero por mí, con su lealtad, ha triunfado sobre las espadas y los conjuros.

La Odish nubia, sicaria de Baalat, se abalanzó sobre Cristine con su *atame* desnudo.

– ¡Traidora! – chilló.

Pero en ese instante un relámpago fulminante la envolvió y, al disolverse la llama, nada quedaba de su rabia y su venganza. Su cuerpo simplemente se había esfumado.

Cristine la señaló.

– Yo misma he decantado la balanza de esta contienda. Yo misma he puesto fin a esta guerra inútil y absurda. Las Odish no tenemos lugar en el mundo de los vivos.

Los resplandores se multiplicaban. A cada nuevo segundo se añadía la desaparición de otra Odish. Las que quedaban pugnaban por escapar de su destino sin conseguirlo. Una tras otra, se veían envueltas en un estallido súbito y repentino que las destruía.

– Desapareceremos definitivamente. La guerra de las brujas ha terminado.

El asombro de las Omar y el terror de las Odish se reflejaban en todos los rostros.

Anaíd lo comprendió de repente.

– La libación, el ritual de la copa sagrada... ¿Tú misma has decidido vuestro final?

Cristine suspiró.

– Siempre debe haber un final.

Anaíd se horrorizó.

– ¿Tú también has bebido el veneno?

– Soy una Odish inmortal y estoy cansada, muy cansada de haber vivido tanto.

Anaíd se aferró a ella.

– No, abuela.

– Te he querido mucho, Anaíd, como he sabido. Gracias a ti he descubierto el sentido de la vida, y la vida no se comprende sin la muerte.

Anaíd, con los ojos llenos de lágrimas, sólo tuvo tiempo de abrir su saquito y ofrecerle unas monedas de oro.

– Por favor, acéptalas. Son unas monedas, para Manuela y su hija. Con ellas pasarán la laguna. Dáselas. Y para ti.

Cristine recogió las monedas en su mano y en ese mismo instante un hermoso resplandor rojizo la envolvió.

Anaíd cerró los ojos para no asistir a su fin.

El rugido atronador del Popocatepetl la invitó a abrirlos de nuevo. Suspiró. Reconocía la llamada, el volcán reclamaba su deuda. A su alrededor se vivía un caos. Las Omar celebraban su victoria y recogían sus pertrechos. Unas y otras, absortas en su propia felicidad, en la dicha que otorga el triunfo, se habían olvidado de la elegida.

Los vio a todos recuperándose de sus heridas, exhaustos, pero vivos: Dácil y Clodia relataban su periplo con aspavientos y algunas risas; Gunnar y Selene estaban apartados del resto, dirimiendo sus propios asuntos, los que ella había solucionado con Bridget, a quien rogó que anulase su maldición; y había alguien más, alguien que la buscaba con la mirada. Era Roc. Moreno, alto, guapo. Con los ojos le pedía que lo esperase, intentando abrirse paso entre los obstáculos que los separaban.

Sin embargo, entonces oyó su voz.

– Anaíd, te estoy esperando.

Era Sarmik, su hermana de leche. Esa vez sí. La oía con nitidez, claramente. Estaba muy cerca, tenía que ir con ella.

Dio media vuelta, pero una mano se posó en su hombro y la retuvo. Levantó la cabeza y se topó con Roc, sonriéndole con su hoyuelo travieso.

– ¿Me darás un beso?

Anaíd no lo dudó. Una despedida de la vida se merecía un recuerdo imborrable. Se besaron un largo rato y Anaíd se sintió tan bien que temió que le fallasen las fuerzas.

– Ha valido la pena –comentó Roc.

– ¿El qué?

– El largo viaje para cobrarme tu beso, el que me debías.

Anaíd rió y se separó de él.

– Tengo que irme.

– ¿Dónde vas?

Anaíd señaló hacia el cráter.

– Es una promesa.

– Te acompaño.

– No, debo ir sola.

Roc la retuvo aún con una última pregunta.

– ¿Volverás pronto?

Anaíd, con los ojos llenos de lágrimas, no le respondió y, sin despedirse, comenzó la lenta ascensión hasta la cumbre.

También Selene y Gunnar se habían reencontrado, con tanto desespero como extrañeza. Ninguno de los dos podía entender el motivo de la magia de su amor recobrada, sin odios, sin rencores, sin venganzas. Selene, sin embargo, sufría: no podía arriesgarse a tener tanto apego a la vida que no pudiera cumplir con su promesa a los muertos.

– Nuestro amor está maldito. No tentemos a la suerte –protestó temblando en los brazos de Gunnar, aunque deseosa de amarlo eternamente.

– Tal vez ya no lo esté –sugirió Gunnar.

– Bridget pronunció la maldición del monte Domen. ¿Lo recuerdas?

– A veces las maldiciones pueden exorcizarse.

Selene lo rechazó con contundencia.

– No tengo tiempo, o mejor dicho, no puedo darte tiempo, porque no me pertenece.

Gunnar se puso serio.

– ¿Qué quieres decir?

– Que he comprometido mi vida.

– ¿Con Max?

– No seas celoso. Es una promesa más seria.

– ¿No habrás pensado en la posibilidad de ofrecer tu vida por algún motivo?

Selene bajó los ojos y Gunnar la sujetó por los hombros.

– No lo permitiré, bajo ningún concepto.

Pero Selene se desprendió de su abrazo.

– Es por Anaíd.

Y de pronto, Selene se percató de la ausencia de su hija y se desesperó buscándola. Hasta que la descubrió. Su figura era un simple punto en la lejanía, a pocos metros del cráter humeante.

– ¡Anaíd! –gritó adivinando su intención y señalando a lo alto.

Y sin mediar palabra con Gunnar, pronunció un conjuro de ilusión y salió volando tras ella con la determinación de quien sabe que debe poner todas sus fuerzas en salvar una vida, la más querida.

Anaíd, sin embargo, ya había llegado a la cumbre y sonreía a su hermana de leche que estaba con su fiel perro *husky* contemplando el fondo del cráter.

– ¿Sarmik? – preguntó antes de abrazarla con cariño.

Tras el abrazo se miraron las dos a los ojos. Habían estado muy unidas durante todo ese tiempo. Sarmik señaló su cetro.

– Es hermoso.

Anaíd se lo entregó. Sabía que Sarmik lo usaría con criterio y sabiduría, sería la mejor matriarca para las Omar y una maravillosa portadora. Ella, que poseía su misma sangre, ella que era su otro yo, ella era la verdadera reina de las brujas.

– Es tuyo, te lo entrego en nombre de las brujas Omar. Úsalo con prudencia.

Sarmik, emocionada, contempló sin asomo de codicia el preciado cetro. Su mano estaba libre del ansia que corroía a Anaíd, y su generosidad y entrega eran tantas que jamás podría caer tentada por la ambición del poder.

El Popocatepetl rugió otra vez atronadoramente y las frágiles paredes del cono temblaron. Una fumarola espesa las envolvió.

El volcán la reclamaba y Anaíd, temerosa, apretó su saco de monedas con fuerza.

Sarmik, con el cetro en la mano, se quitó su bonito collar y lo puso en el cuello de Anaíd.

– La madre osa te protegerá.

Anaíd estaba emocionada y, antes de dar el paso definitivo, se abrazó a su hermana de leche y susurró su augurio.

– Serás nuestra reina, la que gobernará a las Omar Con tu sabiduría y la ayuda del cetro de la madre O.

Se despidieron con lágrimas en los ojos.

– Me hubiera gustado conocerte mejor, pero me siento orgullosa de cumplir con mi destino – musitó Sarmik.

Anaíd sentía lo mismo: también debía cumplir con su promesa y ofrecerse a los muertos. Y en ese mismo instante, en el instante en que se armaba de valor para arrojarse al cráter humeante, Sarmik arrancó con fuerza el saco de monedas del cuello de Anaíd y dio un salto hacia el vacío con el cetro en la otra mano, seguida de su fiel *husky*.

Ambos volaron sobre la nube de azufre y desaparecieron en la boca ardiente del cráter.

Anaíd horrorizada quiso arrojarse tras ella, pero la mano de Selene la retuvo.

– ¡Nooo!

Desde la cueva de Milpuco, la serpiente Coatlicue encendió su pipa y vio sin necesidad de mirar la fumarola que salía del imponente volcán saciado.

CAPÍTULO XXX

Carpe diem

Anaíd tosía asfixiada por el humo de los coches. No estaba acostumbrada al tráfico de la atestada calle del centro de Manhattan.

– ¿Estás segura de que es aquí? – preguntó a Dácil, que miraba desesperada a un lado y a otro.

– Me dijo que me esperaría en esta esquina, frente a un quiosco de refrescos.

Roc, que tenía a Anaíd fuertemente sujeta de la mano, señaló el puesto de refrescos. Pero en la esquina no había ninguna madre esperando a una hija. Sólo una joven vestida con una falda muy corta, caminando sobre unos tacones excesivamente altos, con un globo atado a su mano, una muñeca bajo el brazo y el bolso de rebajas rebosante de chucherías. Lamía una nube de caramelo y miraba descaradamente las caras de los paseantes con niños.

Dácil, nerviosa, se acercó a ella con incredulidad.

– ¿Mamá? – preguntó con cuidado.

La joven permaneció paralizada, estúpidamente conmovida; levantó la vista desde los pies y comenzó a ascender, a ascender, a ascender reteniendo la respiración, hasta llegar a los ojos de la niña que era casi, casi de su misma estatura.

– ¡¡¡No puede ser!!! – exclamó horrorizada –. ¡No puedes ser Dácil!

Y en lugar de abrazarla, dio un paso atrás llevándose la mano al pecho. Dácil sintió un nudo en la garganta y unas ganas terribles de salir corriendo. Quería escapar de esa mujer que la había traído al mundo y que luego no la reconocía.

– Soy yo, mamá.

– No me lo creo – gritó la joven Omar lanzando la muñeca al suelo con expresión de desconcierto –. Creí que eras una niña...

Dácil se avergonzó y Anaíd quiso correr a su lado para consolarla, pero Roc no se lo permitió. Era una cuestión privada y no podían intervenir.

Clodia, unos metros más atrás, fotografiaba la escena con su móvil y recogió la imagen en la que la madre de Dácil tocó el delgado brazo de su hija, con desconfianza, y pasó la mano poco a poco por su mejilla aterciopelada.

– No me creo que tenga una hija tan preciosa, tan alta, tan encantadora..., no puede ser verdad. Es un sueño, pellízcame, Dácil, pellízcame. Mi niña bonita, mi linda guanchita, mi lloronceta comilona.

Dácil abrió la boca y volvió a cerrarla como un pez boqueando fuera del agua. Estaba buscando desesperadamente las palabras que tenía que decirle a su madre... y no las encontraba. Afortunadamente su madre hablaba por las dos, y sobraba y bastaba.

– ¿Y qué hago aquí mirándote como una tonta? Anda, acércate y deja que te abrace. Tantos años soñando con este momento y ahora nos quedamos como dos bobas. No soy una

bomba nuclear, soy tu madre. ¡Ven aquí!

Anaíd se quedó atónita al ver el apretón tan intenso con que se estrujaron. Eran idénticas en sus gestos, en su sinceridad, en su horroroso gusto para combinar la ropa, en su espontaneidad. Eran encantadoras, hechas la una para la otra y destinadas a quererse.

Clodia las fotografió una y mil veces. Hasta que sonó su móvil.

- ¿Mauro? – sonrió guiñando un ojo a Anaíd y Roc.
- ¿Dónde estás? – preguntó la voz de Mauro.
- En Nueva York, por fin acabó la fiesta. Ya está, regreso ahorita.
- ¿Ahora mismo?
- Ya me puedes ir haciendo sitio en tu habitación para soñar juntos.
- Pues de eso quería hablarte, no creo que quepas.
- ¿Tu cama no es grande?
- Es que seríamos tres.
- ¿Tres? – tronó Clodia –. Tú y yo sumamos dos, aprobé las matemáticas.
- Julia hace tres.

Clodia se puso violeta, azul y verde, simultáneamente.

- ¿Julia? ¿Mi buena amiga Julia a la que pedí que te hiciera compañía?
- Pues eso. Me ha hecho compañía y ahora es mi novia.
- ¿Tu qué? – balbuceó incrédula aunque lo había oído perfectamente.
- Mi novia.

Clodia explotó como un tifón tropical.

– ¿Qué se ha creído esa usurpadora miserable roba-novios? ¿Qué sabe hacer Julia que no sepa hacer yo?

- Consolarme. Me consoló tan bien, que acabamos soñando juntos.

Clodia se puso de mil demonios.

- ¿No tienes paciencia? ¿No podías esperarte un poco?
- Clodia, me pasé esperándote todo el verano.
- Te lo estaba poniendo difícil... – lloriqueó, más ofendida que dolida y más estafada que enamorada.

– Y te lo agradezco, te lo agradezco de verdad, tía, me has hecho sufrir un montón y he pasado un verano de fábula... Lo que pasa es que...

- ¡Ciao! – colgó enfadadísima Clodia.

A pesar de los pesares disfrutaba eligiendo ella la última palabra, la definitiva. «Ciao» era una de sus preferidas.

Anaíd se acercó dispuesta a abrazarla.

- Alto ahí, no soporto la compasión – la detuvo Clodia.
- Pero...

– Y menos aún de una amiga con novio. No soporto a las amigas felices con novio.

Anaíd, cortadísima, se quedó inmóvil. Clodia era bien capaz de hablar en serio. Hasta el momento ella había sido una amiga infeliz sin novio. Pero las cosas habían cambiado. ¿Se le había puesto cara de boba? No le extrañaría nada. A pesar de todo lo sucedido, a pesar de

la ausencia de Cristine, era tan feliz que se le tenía que notar a la fuerza.

Hasta Sarmik había dejado tras ella un recuerdo entrañable y glorioso. Entre los jóvenes Omar se había puesto de moda una camiseta impresa con la silueta de Sarmik y su perro, el cetro dorado y el lema «*proud of you*». Ella sí que se sentía orgullosa de haber sido su hermana de leche y haber compartido la valentía de la pequeña inuit, que guardaría en el mundo de los muertos, por siempre jamás, el cetro de la madre O y gobernaría con sabiduría el destino de las Omar hasta el fin de los tiempos.

Sarmik era la verdadera heroína, la reina de las brujas. Y Anaíd se había convertido, simplemente, en una chica normal y... feliz.

La felicidad se resumía en su nueva familia, su futura hermanita Rosa, y su flamante novio. Le parecía tan guapo que hasta le dolía mirarlo.

Selene, que lucía una bonita barriga premamá, llegó discutiendo con Gunnar con una bolsa repleta de ropa de bebé.

Clodia se puso verde de envidia.

– ¡Y no soporto a las mamás felices con novio!

– Mujer, Selene se ha puesto gorda.

– Y guapísima. Me parece vomitiva la felicidad ajena.

Anaíd intentó justificarse. Se sentía algo cohibida por formar parte de una familia aparentemente tan perfecta, enrollada y maravillosa.

– Se pasan el día discutiendo – adujo señalando a sus padres.

Clodia dejó escapar un sollozo.

– Peor, mucho peor: eso significa que se quieren – lloró con ganas –. Y a mí no me quiere nadie.

Anaíd la dejó por inútil. Además, Selene, agobiadísima por su nueva responsabilidad, la reclamaba mostrándole un pequeñísimo jersey y, tras ella, Gunnar refunfuñaba.

– Mira, mira esto, Anaíd. ¿No te parece una preciosidad?

– Es grande – objetó Gunnar.

– Tú calla, que hace mil años que no tienes hijos.

– ¿Y Anaíd?

– Nunca le compraste un jersey.

Anaíd hizo oídos sordos a sus disputas e imaginó a Rosa, rechoncha y llorona, embutida en el minúsculo jersey de rayas verdes y azules.

– ¿Y ya cabrá aquí dentro? Parece de juguete.

Roc se lo arrancó de las manos y dio su veredicto.

– Es grande, es una talla de tres meses. Y para Urt, en la época en que nacerá, no sirve: es demasiado ligero.

– Te lo dije – remató Gunnar.

Anaíd y Selene se deshincharon. Roc era un experto; por algo tenía siete hermanos pequeños, y Elena, su madre, estaba de nuevo embarazada.

Selene dejó caer la bolsa al suelo.

– No valgo para esto.

Anaíd la animó.

- Claro que sí, mamá, lo harás muy bien.
- Soy un desastre.
- Que no, que eres estupenda. Si quieres, yo te ayudaré.
- Será peor, Anaíd, lo nuestro no son los niños.
- Pero me hace ilusión – se defendió Anaíd.

Selene sonrió con una sonrisa espléndida.

- ¿De verdad?
- Pues claro, será divertido tener un bebé en casa.

Roc se permitió intervenir.

- Si me permites, me puedes nombrar asesor.
- ¡Eh, eh, que nadie me quite el puesto! Yo seré el padre – dejó bien claro Gunnar.
- ¿Y yo qué seré? ¿La tía frustrada y algo loca? – interrumpió Clodia, que no podía sufrir perder el protagonismo de la escena más allá de medio minuto.

– ¿Si prefieres ser la tía ligona? – le ofreció Anaíd de todo corazón.

Clodia se hizo la víctima.

– ¿Ah, sí? Encima cachondeo. ¿Cómo puedes burlarte de una pobre chica abandonada?

Anaíd admiraba la capacidad de Clodia de salir airosa de todo.

– Por poco rato. A tu alrededor hay siete millones de personas de las cuales, por cálculo de probabilidades, debe de haber cien mil chicos que encajarían perfectamente contigo.

Clodia se giró teatralmente.

– ¿Ah sí? Pues mira por dónde, yo no veo a ninguno.

Alzó las manos al cielo y gritó dando vueltas sobre sí misma:

– ¿Dónde está el chico de mis sueños? Lo estoy esperando. No hace falta que me caigan los cien mil juntos, con uno tengo bastante.

Anaíd se alejó unos pasos y movió imperceptiblemente los labios.

Bajo los pies de Clodia se hundió entonces la tapa de la alfombra y Clodia cayó con gran estrépito por las tripas recién abiertas de la gran ciudad.

– ¡Ahhh! – gritó Clodia desapareciendo... como por arte de magia.

Gunnar miró con gesto acusador a Selene y Selene desvió la mirada hacia Anaíd.

– ¿Y ahora qué? ¿Quién la va a sacar de ahí dentro?

Anaíd bajó los ojos avergonzada.

– Sólo quería echar un cable.

Roc estaba boquiabierto.

– ¿Lo has hecho tú?

Anaíd trató de mentir pero no supo.

– Yo sólo le he dado un empujoncito.

Gunnar ya estaba arrodillado junto al enorme agujero negro que conducía a las míticas cloacas de Nueva York, de las que hablaban las leyendas urbanas, pobladas de caimanes,

boas y ratas mutantes.

– ¡Clodia! – gritó Gunnar.

Dácil y su madre se acercaron corriendo dispuestas a auxiliar. Los seis se asomaron al hueco de la alcantarilla y los seis al unísono abrieron la boca de asombro.

Clodia, comediente, mediterránea y tan tremebunda como una erupción volcánica, ascendía hacia la superficie de la metrópoli en los brazos de un apuesto bombero neoyorquino que trepaba por una escalerilla. Los saludó agitando la mano como una reina de las fiestas desde lo alto de una carroza.

Al pisar de nuevo la calle tomó la mano del robusto muchacho pecoso de ascendencia irlandesa, y lo presentó:

– *He is Jim, my new boyfriend.*

Y ante el estupor de sus amigos lo besó. Luego sonrió y paseó su mirada sobre la felicidad ajena que la envolvía. Ya no le daban ganas de llorar.

– *¡Carpe diem!*